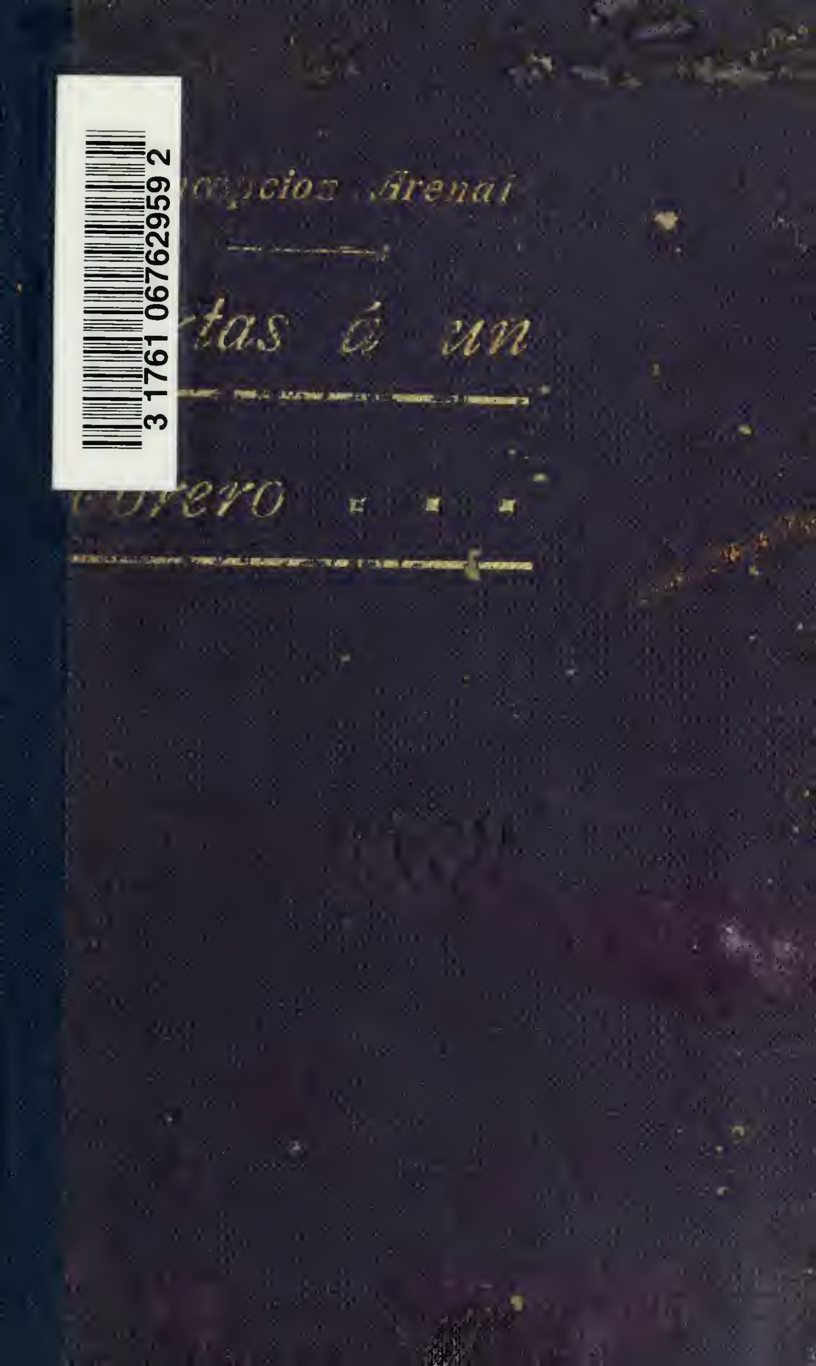
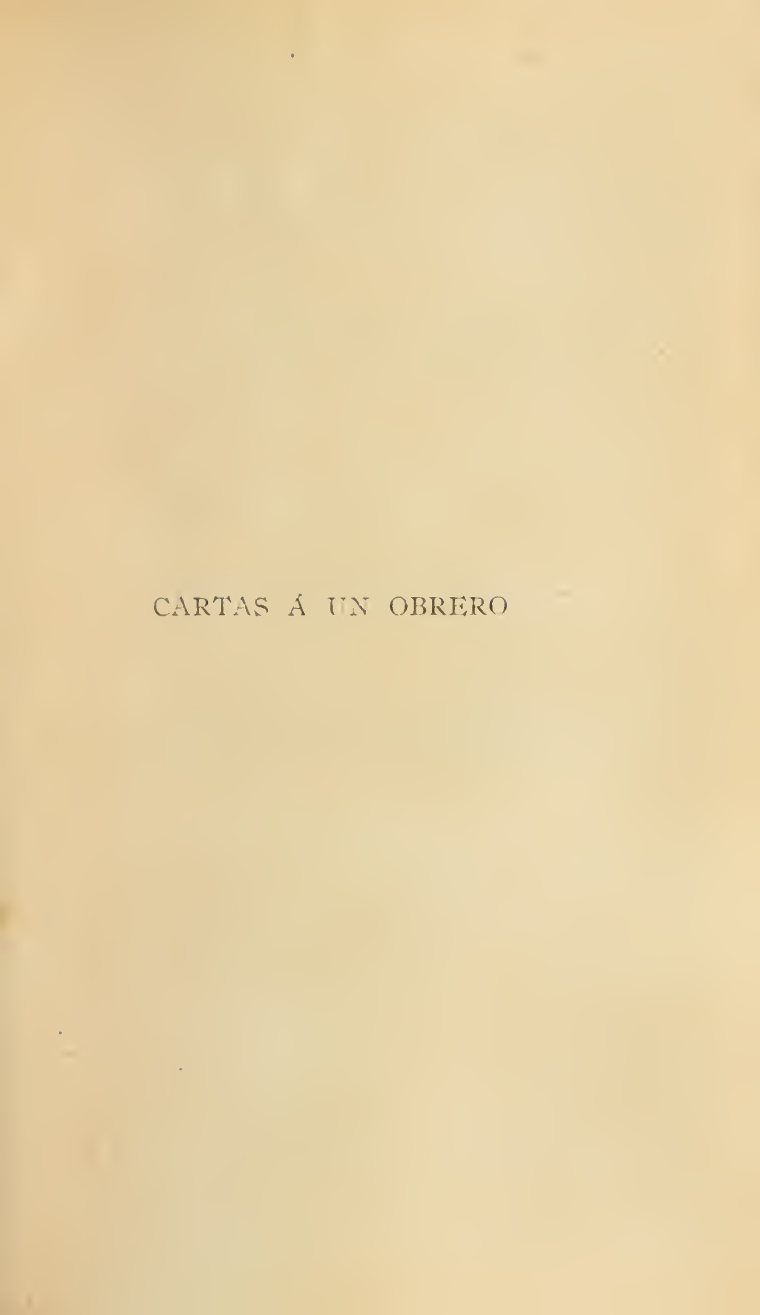

Arenal
á un
3 1761 06762959 2

2 Vols.



CARTAS Á UN OBRERO

OBRAS COMPLETAS

DE

D.ª CONCEPCIÓN ARENAL

LA CUESTIÓN SOCIAL

CARTAS Á UN OBRERO

EDICIÓN HECHA EXPRESAMENTE PARA REPARTIRLA GRATIS, POR VÍA DE PROPAGANDA, Y CON EXPRESA PROHIBICIÓN DE QUE NINGÚN EJEMPLAR SE PONGA Á LA VENTA

BILBAO:
Imp. y Enc. de la Editorial Vizcaína
Henao, 8

Al Sr. D. Tomás Pérez González

Las Cartas á un obrero *estaban olvidadas en la colección de* La Voz de la Caridad; *las* Cartas á un señor, *inéditas, y así continuarían, si V. no se empeñara en sacarlas á luz. Como yo sé el puro amor al bien que le impulsa á esta publicación, y como creo que si hubiese muchos* señores *como V. habría pocas cuestiones con los* obreros, *le dedico este libro, por un sentimiento de justicia, y como una prueba de amistad.*

Concepción Arenal.

Gijón, 4 de Junio de 1880.

Sra. D.ª Concepción Arenal.

Mi distinguida é ilustre amiga: contento y satisfecho me consideraba con la autorización que de usted había alcanzado para dar á la estampa este precioso libro, y grande era mi honor al poder asociar de este modo mi buen deseo á la publicación de una obra, cuya lectura juzgo hoy de gran conveniencia y oportunidad para todas las clases sociales.

Tenía vencidas las dificultades que siempre se presentan en estas empresas, dificultades mucho mayores para quien como yo ni es impresor ni nunca ha editado obra alguna; y cuando ya se estaban componiendo las primeras páginas, recibo su afectuosa carta de 4 del corriente, y con ella una de las más gratas satisfacciones de mi vida.

La amistad que me ha dispensado usted, ha sido siempre tan sincera, que sólo así se explica la inmerecida dedicatoria que me manda y los términos en que la expresa. Nada más que en ese sentido puedo y debo aceptarla.

Lo poco que he escrito y lo no mucho que he realizado para elevar el nivel de las clases obreras por medio del ahorro, del trabajo y de la asociación, y para inclinar el ánimo de las clases acomodadas á cooperar generosamente, como conveniencia y como deber, á esa obra de paz, de progreso y armonía en el mundo social, todo, repito, si algo vale, es debido en primer término á los saludables consejos de usted y á sus elocuentes escritos.

Dudo que haya nadie que leyéndoles y meditando sobre sus profundos conceptos, deje de sentirse in

clinado á imitar el ejemplo de usted y á practicar algo de lo mucho bueno que aconseja en favor de la humanidad.

Por eso me decidí de la manera espontánea y desinteresada que usted sabe, á dar á luz la colección epistolar sobre *La cuestión social,* creyendo firmemente que su lectura producirá en estos momentos un saludable influjo en los ánimos serenos y desapasionados, y confiando en que el público verá con gusto esta obra, aplaudiendo las grandes verdades en que abunda, y la claridad, valentía, imparcialidad é independencia con que son expresadas.

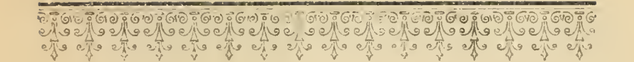
Esa ha sido la única aspiración de usted al escribirla y la mía al darla á luz. Abrigo fundadas esperanzas de que la opinión general hará justicia y corresponderá á nuestros honrados propósitos.

Concluyo estos renglones reiterando á usted el testimonio de mi más profunda gratitud y de mi sincera amistad.

B. S. P.

Tomás Pérez González.

Avila, 8 de Julio de 1880.



ADVERTENCIA

Allá, por el año de 1871, cuando el pueblo, porque estaba armado, se creía fuerte; cuando fermentando en su seno pasiones y errores, tenía predisposición á abusar de la fuerza, y abusaba de ella alguna vez; cuando daba oídos á palabras engañosas que señalaban como remedio de sus males lo mismo que debía agravarlos; cuando, en fin, la *cuestión social* se trataba por muchos que no lo comprendían ó que la extraviaban de propósito, dirigiéndose á masas ignorantes, apasionadas y poco dispuestas á escuchar á los que pretendían llevarlas por buen camino, nos pusimos al lado de estos últimos, publicando en *La Voz de la Caridad* las CARTAS Á UN OBRERO. En ellas tratamos la *cuestión social* dirigiéndonos solamente á los pobres, diciéndoles algunas cosas que debían saber é ignoraban, y procurando desvanecer errores y calmar pasiones entonces muy excitadas. Se concluyó la publicación de las CARTAS Á UN OBRERO, y poco después concluyó también el ilusorio poder de las masas, á quienes se quitó el cetro de caña; las multitudes volvieron á guardar silencio, y no se

oyeron más voces que las de mando. Entonces quise elevar la mía, aunque débil; quise considerar otra fase de la *cuestión social;* quise decir lo que entendía ser la verdad á los ricos, como se la había dicho á los pobres, y escribí las CARTAS Á UN SEÑOR. Como las del obrero, debían, á mi parecer, publicarse en *La Voz de la Caridad;* mas no opinaron lo mismo mis compañeros de redacción, los cuales expusieron varios y graves inconvenientes que resultarían de que vieran la luz en aquella Revista (1). Por razones que no es del caso manifestar, creí que debía conformarme con el parecer de la mayoría, y guardé el manuscrito: de esto hace unos cinco años. Si tenía alguna oportunidad en aquella fecha, la conserva por desgracia, é imprimiéndose en forma de libro, no podrá atraer ningún anatema sobre la humilde publicación á que estaba destinado.

Las CARTAS Á UN OBRERO y las CARTAS Á UN SEÑOR constituyen dos partes, no dos asuntos; es una misma cuestión considerada por diferentes fases, y por eso ha parecido, no sólo conveniente, sino necesario, formar con todas una sola obra. Hay en ella imparcialidad de intención, que tal vez no se vea siempre realizada: ¿quién se puede lisonjear de no inclinarse nunca de un lado ó de otro, de mantener constantemente la balanza en fiel, de que

(1) Debo exceptuar á mi inolvidable amigo el señor don José Olózaga, que opinaba como yo.

la mano que la sostiene no tiemble á compás de los latidos del corazón agitado por el espectáculo de tantas iniquidades y de tantos dolores?

Hecha esta advertencia, se comprenderán algunas frases que sin ella serían ininteligibles: pudiéramos haberlas variado, revisando más cuidadosamente la obra, con lo cual quedaría menos imperfecta; pero esto exigiría un tiempo que hoy no podemos dedicarle, y además, en todo lo esençial, pensamos lo mismo que decíamos al *obrero* hace nueve años, y al *señor* hace cinco.

CONCEPCIÓN ARENAL.

Madrid, 28 de Marzo de 1880.

CARTA PRIMERA

Peligros de recurrir á la fuerza. No se resuelven por medio de ella las cuestiones, y menos las económicas.

Apreciable Juan: Te he oído afirmar como verdades tantos y tan graves errores económicos, que no puedo ni creo que debo resistir al deseo de rectificarlos. Para que tú me oyeses sin prevención, quisiera que te persuadieras de que te hablo con amor, de que me duelen tus dolores, y de que no soy de los que se apresuran á calificar tus males de inevitables, por evitarse el trabajo de buscarles remedio. A este propósito voy á repetirte lo que te dije en otra ocasión (1), porque tengo fundados motivos para creer que no lo has oído.

«Te engañan, pobre pueblo; te extravían, te pierden. Derraman sobre ti la adulación, el error y la mentira, y cada gota de esta lluvia infernal hace brotar una mala pasión, ó corroe un sano principio. Cuando, impulsado por el

(1) *Á los vencedores y á los vencidos*, opúsculo publicado después de la insurrección republicana el año de 1869.

huracán de tus iras, te lanzas sin brújula á un mar tempestuoso que desconoces, en lugar de las armonías que te ofrecían, oyes la voz del trueno, y á la luz del rayo ves los escollos y los abismos en que se han trocado aquellas deliciosas mansiones que te ofrecían y vislumbrabas en sueños.

»Han acostumbrado tus oídos á palabras falaces, y acaso no escuches las verdades que voy á decirte, porque te parezcan amargas; pero, créeme: cuando la verdad parece amarga, es que el alma está enferma, como lo está el cuerpo si le repugnan los alimentos que deben nutrirle. Yo no he calumniado á los que aborreces; no he lisonjeado tus pasiones; no he aplaudido tus extravíos; pero te amo y te compadezco siempre, y si no te he dado ostentosamente la mano en la plaza pública, la he colocado sobre la frente de tus hijos, que la inclinaban humillados en la prisión, ó la dejaban caer en la dura almohada del hospital. Mi amistad no ha brotado de tu poder, sino de tus dolores; soy tu amiga de ayer, de hoy, de mañana, de siempre; mi corazón está contigo para aplaudirte cuando obras bien, para censurarte cuando obras mal, para sufrir cuando sufres, para llorar cuando lloras, para avergonzarme cuando faltas... Aunque mis palabras te parezcan duras, espero que dirás en tu corazón:—Esa es la voz de un amigo».

Si esto dices, dirás verdad, y escucharás sin prevención, que es todo lo que necesito.

Esta mi primera carta va encaminada á di-

suadirte de recurrir á la violencia, y á probarte cuánto te equivocas creyendo que puedes promover trastornos y tomar parte en rebeliones, sin perjuicio tuyo, *porque no tienes nada que perder.*

Si alguna vez te enseñan historia, Juan, historia verdadera, y no la desfigurada para que se encajone en un sistema ó le sirva de apoyo, entonces verás que la violencia no ha destruído una sola idea fecunda, ni planteado ninguna irrealizable. Y esto sin saber historia puedes comprenderlo, porque ya se te alcanza que la violencia no puede hacer milagros, y sería uno que la fuerza aniquilase una verdad ó diera vida á un error. Está por escribir un libro muy útil, que se llamará cuando se escriba: *La debilidad de la fuerza.*

La fuerza que se sostiene, es porque está sostenida por la opinión, porque es como su representante armado. Si contra ella quiere luchar, cae; si la fuerza apoya injusticias, es porque en la opinión hay errores: rectificarlos es desarmarla.

Tú dices: ¿por qué no he de emplear la fuerza para hacer valer mi derecho? Prueba que lo es; que aparezca claro, y triunfará sin recurrir á las armas, que no han salvado nunca ninguno; y si esta prueba no haces, y si este convencimiento no generalizas, con razón ó sin ella, serás víctima de la violencia á que apelas. La fuerza contra el derecho reconocido, *reconocido,* ¿lo entiendes? se llama *violencia,* séalo ó no, y se detesta, y se comba-

te y se derriba. La violencia, si viene de arriba, no puede durar mucho; si viene de abajo, acaba antes, porque tiene menos arte, menos miramiento, menos hipocresía; prescinde de toda apariencia, y rompiendo todo freno, se desboca y se estrella: la tiranía de las masas es terrible como una tempestad, y como una tempestad pasa.

Hablando de la libertad política, te decía: «¡Las armas! ¿Cuándo nos convenceremos de que detrás de una masa de hombres armados hay siempre un error, un crimen ó una debilidad? ¿Cuándo nos convenceremos de que la opinión es la verdadera guardadora de los derechos, y que los ejércitos la obedecen como el brazo á la voluntad? ¿Cuándo enseñaremos al pueblo que las cadenas se rompen con ideas y no á bayonetazos; que ese fusil con el que imagina defender su derecho se cambia fácilmente en auxiliar de su cólera, y que desde el instante en que se convierte en instrumento de la pasión, allana los caminos del despotismo?» (1).

Y si esto es verdad en las cuestiones políticas, ¿qué no será en las económicas, cuyas leyes inflexibles no se dejan modificar ni un momento por ninguna especie de coacción? Pero no anticipemos; hoy sólo me he propuesto exhortarte á que encomiendes tu derecho á tu razón, y no á tus manos, y á que no incurras en el error de que los trastornos

(1) *Á los vencedores y á los vencidos.*

no te perjudican *porque no tienes que perder.* Veamos si no.

Eres jornalero. No tienes propiedad alguna. Si no hay contribución de consumos, no pagas contribución. Puedes incendiar, destruír caminos, telégrafos y puentes, sin que te pare perjucio. Si se imponen más tributos, otro lo satisfará; si se dejan de cubrir las obligaciones del Estado, poco te importa; no cobras un real del presupuesto. Puedes hacer daño, mucho daño á los otros, sin que te resulte ningún mal. ¡Error grave, blasfemia impía de la ignorancia! Nadie hace mal ni bien sin que le toque una parte; así lo ha dispuesto la admirable providencia de Dios.

Para reparar los caminos, los puentes, los telégrafos destruídos, hay que aumentar los impuestos ó dejar desatendidas otras obligaciones.

En la lucha han muerto muchos combatientes; en vez de disminuír el ejército, hay que aumentarle; los que tronaban contra los soldados y contra las quintas, quieren quintas y soldados, porque han cobrado miedo al robo, al incendio, al asesinato, á la destrucción llevada á cabo por las masas, á lo que se llama, en fin, *el reinado de la demagogia.* De resultas de todo esto, tu hijo, que debía quedarse en casa ayudándote, va á ser soldado.

La destrucción de los caminos dificulta los transportes, los hace imposibles por algún tiempo; los artículos suben; tienes que pagarlos más caros.

Cuando no hay seguridad completa ni en los caminos ni en las ciudades, muchos capitales se retiran; los que continúan en las especulaciones mercantiles é industriales sacan mayor rédito, por el mayor riesgo y la menor concurrencia. Esto se traduce en carestía para ti.

El que tiene tierras, el que fabrica el pan, el que vende la carne, el que teje el lienzo, el que hace los zapatos, se ven abrumados por las contribuciones, aumentadas para reparar tantos daños y mantener tantos soldados, y te venden más caros, por esta razón, el pan, la carne y los zapatos.

Los ricos huyen de un país en que no hay seguridad, ni paz, ni sosiego; van á gastar al extranjero sus rentas; los capitales emigran ó se esconden; no se hacen obras, y no tienes trabajo.

Imploras la caridad pública; pero por la misma razón que hay poco trabajo, hay poca limosna; y ¡quién sabe si la caridad no se resfría para ti, diciendo que tu desgracia es obra tuya, y mirándola como un justo castigo!

Enfermas, y tienes que ir al hospital. La pobreza y el desorden del Estado se reflejan allí de una manera bien triste; no hay ni lo más indispensable, y sufres horriblemente, y tal vez sucumbes de tu enfermedad, que era curable, ó de una fiebre hospitalaria, consecuencia de la acumulación y el abandono, de la falta de caridad y de recursos.

Cuando las contribuciones son despropor-

cionadas, ¿á quién abruman principalmente? —A los pobres.

Cuando el hospital carece de recursos, ¿quiénes sufren en él, además de la enfermedad, las consecuencias de la penuria?—Los pobres.

Cuando no prospera la agricultura, ni la industria, ni el comercio, ¿quiénes emigran á remotos y mortíferos climas, de donde no vuelven?—Los pobres.

Cuando no se paga á los maestros y no enseñan, ¿sobre quién recae de una manera más fatal las consecuencias de la ignorancia?—Sobre los pobres.

Cuando se enciende la guerra, ¿qué sangre corre principalmete en ella?—La sangre de los pobres.

Y todavía dirás, Juan, y creerás á los que te digan que no estás interesado en el orden porque no tienes que perder. ¿Qué entendéis por *perder*, ó qué entendéis por *orden*?

Si el tiempo que se ha empleado en declamaciones huecas, absurdas ó fuera de tu alcance, se hubiera invertido en enseñarte verdades sencillas, sabrías que cuando destruyes cualquier valor, tu propia riqueza destruyes; que cuando te esfuerzas por perder á los otros, trabajas para quedar perdido; que cuando enciendes una hoguera para arrojar en ella los títulos de propiedad, has de apagarla ¡desventurado! con tus lágrimas y con tu sangre.

A poco tiempo que lo reflexiones, la verdad

será para ti evidente. El pobre tiene lo preciso, lo puramente preciso para no sufrir hambre y frío; al menor trastorno que le quita un día de jornal, que rebaja el precio de su trabajo ó aumenta el de los objetos que consume, carece de lo más indispensable y su pobreza se convierte en miseria. El rico pierde cien reales ó cien duros cuando él pierde un solo real; pero la falta de este real significa para el pobre carencia de pan, y la falta de los cien duros significa para el rico la privación de alguna cosa superflua. Todos navegan por el mar de los acontecimientos; pero el fuerte oleaje que en el bajel del rico produce sólo un gran balanceo, sumerge tu barquilla. Para que puedas mejorarla, Juan, de modo que sea más cómoda y segura, necesitas calma, mucha calma; ¿cómo has podido creer que está en tu mano el levantar tempestades?

CARTA SEGUNDA

Toda cuestión social grave es en parte religiosa.—Necesidad de la resignación.—Distinción de la pobreza y de la miseria.—Manera equivocada de juzgar de la felicidad por la riqueza.

Mi apreciable Juan: Un capitán de la antigüedad, á quien se amenazaba con la fuerza cuando exponía la razón, dijo:—*Pega, pero escucha.*—A ti se te puede decir: *Escucha, y no pegarás,* y añadir: *ni te pegarán.*

Supongo que estamos en el buen terreno, en el de la discusión; supongo también que entras en ella lealmente, con el deseo de que triunfe la verdad y el propósito de no negarla si la llegas á ver clara.

Una duda me asalta y aflige. ¿Serás de los que no tienen ninguna creencia religiosa? Si es así, nos entenderemos con más dificultad. Tú diras: ¿Qué tiene que ver la religión con la economía política, con la organización económica? ¿Sabes el Catecismo? Es posible que no le hayas aprendido, que le hayas olvidado, que me respondas á la pregunta con una sonrisa de desdén. Allí se dice QUE DIOS ES

PRINCIPIO Y FIN DE TODAS LAS COSAS, y la prueba de esta verdad se halla en todas ellas, si á fondo se estudian. Un gran blasfemo, en un momento en que su genio se habría paso al través de su soberbia y de su espíritu de paradoja, como un rayo del sol á través de una nube preñada de tempestades, un gran blasfemo ha dicho que toda cuestión *entrañaba en el fondo una cuestión religiosa.* Así es la verdad. Donde quiera que va el hombre lleva consigo la cuestión religiosa, que envuelve y rodea su alma como el aire envuelve su cuerpo, sépalo ó no.

En cualquiera cuestión social grave, hay dolor. Si no le hubiera, no habría discusión; nunca les preguntamos á los placeres de dónde vienen; el origen y la causa de las penas es lo que investigamos, á fin de ponerles remedio. ¿Cuál es la causa de que ventiles la cuestión de la falta de trabajo, ó de que esté mal retribuído? El que la carencia de recursos te impone privaciones, te *mortifica,* te hace *sufrir.* ¿Por qué? ¿Para qué? No lo sabes. Dolor y misterio; es decir, cuestión religiosa en el fondo de la cuestión económica. Si nada crees, el *misterio* se convierte en *absurdo,* el dolor en *iniquidad,* y en vez de la calma digna del hombre resignado, tendrás las tempestades de la desesperación ó el envilecimiento del que se somete cediendo sólo á la fuerza. Si no tienes ninguna creencia; si no ves en el dolor una prueba, un castigo ó un medio de perfección; si, cuando no hay cosa creada sin

objeto, supones que el dolor no tiene ninguno, ó sólo el de mortificarte, no puedes tener la serenidad que se necesita para combatirle. Todo cuanto te rodea, tu ser físico, moral é intelectual, está lleno de misterios y de dolores. Si nada crees, ninguna virtud tiene objeto, ningún problema solución; la lógica te lleva á ser un malvado, á no tener más ley que tu egoísmo ni más freno que la fuerza bruta. Tú no eres un malvado, no obstante; eres, por el contrario, un hombre bueno. El Dios que tal vez niegas te ha dado la conciencia, el amor al bien, la aversión al mal, y este divino presente no puede ser aniquilado por tu voluntad torcida.

Como me he propuesto escribirte sobre economía social, y no sobre creencias religiosas, no hubiera querido tocar esta cuestión grave, que no debe tratarse por incidencia; pero donde quiera que vayamos, la religión nos sale al paso, y si no tienes respeto para el misterio y resignación para el dolor, nos entenderemos, como te he dicho, con mucha más dificultad.

Al hablarte de resignación, no creas que te aconsejo únicamente que sufras por Dios tus dolores sin procurarles remedio eficaz, no.

La resignación no es fatalismo ni quietismo; la resignación es paciencia, que economiza fuerza; calma, que deja ver los medios de remediar el mal ó aminorarle; dignidad, que se somete por convencimiento.

En la resignación puede y debe haber acti-

vidad, perseverancia, firmeza para buscar remedio ó consuelo á los dolores; puede y debe haber todo lo que le falta á la desesperación que se ciega, cuyos movimientos son convulsiones que producen la apatía después de la violencia. Una mujer ha comparado el dolor á un vestido con espinas en el forro. Si los movimientos del que le ciñe son suaves, puede llevarle sin gran daño, y aun írselo quitando poco á poco; si son violentos, se clava, se ensangrienta, sufre de un modo cruel. No se puede decir nada más exacto.

¿Has visto alguna vez enfermos que se resignan y enfermos desesperados? Habrás podido notar la especie de alejamiento y de horror que causa el que se desespera, y cuánto interés, lástima y respeto inspira el que se resigna. Para el que nada cree, la desesperación es lógica siempre que hay dolor. ¿Cómo es aquella repugnante al que la ve, sea creyente ó no, y la resignación es simpática? Esto debé darte que pensar.

La resignación es una necesidad para los indivíduos y para los pueblos; quiero decirte cómo la entiendo yo. Es, á mi parecer, *la conformidad* con la voluntad de Dios, si, como deseo, eres creyente; con la fuerza de las cosas, si no crees; es *en los males la conformidad que excluye la violencia y deja serenidad y fuerza para buscarles remedio ó consuelo.*

Al llegar aquí, tal vez te figures que hablo de tus males *de memoria.* Aunque me sea

muy desagradable hablarte un momento de mí, puedo asegurarte con verdad, para que no me recuses por incompetente, que sé por experiencia lo que te digo; que sé lo difícil que es la resignación en algunos casos, y lo necesaria que es en todos.

No basta, Juan, que desarmes tu brazo del hierro homicida; es necesario también desarmar el ánimo de los sentimientos que le agitan y que le ofuscan, para que tranquilo y con calma puedas ver la verdad y comprender la justicia. Una de las cosas que contribuirían á calmarte, sería la apreciación exacta de la *pobreza* y de la *riqueza,* considerada ésta como elemento de felicidad.

Voy á decir una cosa que tal vez te parecca muy extraña. *La pobreza no es cosa que se debe temer, ni que se puede evitar.* Lo temible, lo que ha de evitarse y combatirse á toda costa, es la *miseria.* Aquí es necesario definir.

Pobreza es aquella situación en que el hombre ha menester trabajar para proveer las necesidades fisiológicas de su cuerpo, y en que puede cultivar las facultades esenciales de su alma.

Miseria es aquella situación en que el hombre no tiene lo necesario fisiológico para su cuerpo, ni puede cultivar las facultades esenciales de su alma.

Lo necesario fisiológico es alimento, vestido y habitación, tales que no perjudiquen á la salud.

Las facultades esenciales del alma son las que forman el hombre moral, las que le elevan á Dios, y le dan idea de deber, de derecho, de virtud, de bondad y de justicia.

Todos los hombres no han de ser sabios, pero todos han de saber lo necesario para cumplir con su deber y hacer valer su Derecho: esto es lo *esencial*. La dignidad del hombre no está en saber cálculo diferencial, derecho romano, patología ó estrategia; no está en pintar el *Pasmo de Sicilia* ó dar el *do* de pecho.

Los hombres científicos y los artistas, que saben y hacen todas estas cosas, pueden ser unos *miserables* si faltan á sus deberes, si son malos padres, malos hijos, malos esposos, malos amigos, malos ciudadanos; si, viciosos, egoístas ó criminales, prostituyen vilmente su inspiración ó su ciencia.

Por el contrario, el obrero cuya ciencia se limita á cavar la tierra, puede ser digno, muy digno, si cumple con su deber, si sabe hacer valer su derecho. La ciencia y el arte son cosas bellas, sublimes, provechosas, pero no esenciales, indispensables; la moral, esto es lo que no se puede excusar.

El hombre moral es verdaderamente el hombre, y el hombre moral se halla, puede hallarse en el pobre, á quien es dado recibir la instrucción necesaria para comprender la justicia y practicar la virtud.

La pobreza, que no perjudica á la salud del cuerpo ni á la del alma, que deja al hombre robusto, honrado y digno, no es una desgra-

cia. El mal, lo terrible, lo que debemos combatir es la miseria.

Esto, que es evidente para el que reflexiona, se confirma con la observación de lo que en el mundo pasa. Todos tenemos, Juan, una marcada tendencia á tomar como base de felicidad la misma que sirve para imponer la contribución; esto es, *la renta*. ¿El vecino tiene doce mil duros anuales? Es dichoso. ¿Doce mil reales? La vida para él es llevadera. ¿Mil? Es desgraciado. Comprendo la dificultad de que se juzgue de otro modo.

Ese hombre está desnudo, descalzo, hambriento; es un mal evidente, y el que pasa le compadece: aquel otro tiene odio, amor, ambición, codicia, remordimiento, envidia; su alma se agita en una terrible lucha; su corazón está desgarrado, destila hiel... Si va á pié, la multitud no repara en él; si va en coche, le envidia. ¿Cómo ha de creer el opulento que la felicidad existe bajo un humilde techo, ni sospechar el pobre que la desdicha mora en un palacio? Y no obstante así sucede muchas veces.

De que la riqueza no es la felicidad, ni la pobreza la desgracia, se ven pruebas por todas partes. Observa, Juan, cualquiera diversión en que haya ricos y pobres, y verás que la alegría está en razón inversa del precio de las localidades; que los que han pagado poco se divierten, y los que se aburren y se hastían están siempre entre los que ocupan los asientos más caros. En los paseos puedes hacer la

misma observación: el aire de tristeza suele aumentar con el precio del traje, y casi nunca se ven alegres más que los pobres y los niños.

Dirás tal vez que la alegría no es la felicidad; ciertamente, pero la felicidad es una escepción; entra en el orden social por una de esas cantidades que los matemáticos dicen que pueden despreciarse sin que resulte error apreciable. El bienestar, el contentamiento, la alegría ó la resignación, esto es lo que conviene y lo que es posible estudiar, porque la felicidad, las pocas veces que existe, es una cosa tan íntima, tan concentrada, que no se revela por señales exteriores, y aun es posible que aparezca triste, melancólica, y muy fácil de confundir con el dolor.

Pero si no es posible estudiar la felicidad, lo es el estudiar la desgracia en su último grado, en su expresión más terrible, cuando llega hasta el punto de hacer odiosa la vida. Un suicida supone muchos desesperados; un desesperado muchos desgraciados; de modo que se puede afirmar que en aquella clase en que es más frecuente el suicidio, es más acerba la desgracia.—Ahora bien; la estadística dice que la clase mejor acomodada y menos numerosa, da el mayor número de los suicidas; es decir, que por cada pobre desesperado hasta el último extremo, se desesperan ciento, doscientos ó mil ricos: no es fácil establecer la proporción exacta.

Esto debe hacerte sospechar, Juan, que hay

en la pobreza y en la riqueza males y bienes en que no habías pensado, y que la fortuna, como una madre imprudente, sacrifica muchas veces á los hijos que mima. Necesitaría escribir un libro para darte alguna idea de por qué los ricos suelen ser más desgraciados que los pobres; pero como en vez de libro tengo que reducirme á los párrafos de una carta que no debe ser demasiado larga, te indicaré brevemente algunas ideas.

El problema del bienestar del pobre es muy sencillo: se reduce á cubrir sus verdaderas necesidades. El del rico es complicadísimo: porque sus necesidades no están marcadas por la naturaleza, ni limitadas por ella.

La vida es un combate: en el pobre, contra los obstáculos materiales; en el rico, contra los que halla su corazón, su inteligencia, su imaginación. Los deseos del pobre, efecto por lo general de necesidades fisiológicas, son menos numerosos, más razonables, más fáciles de satisfacer, y tienen una esfera de acción más limitada. Los deseos del rico le vienen de su razón que se extravía, de su corazón que se apasiona, de su amor propio que delira: parece que á veces, lanzados por el cráter de un volcán, recorre el infinito y descienden á la tierra convertidos en llanto. Esto, Juan, es capital. Cuando el pobre no tiene hambre ni frío, está contento. ¡Qué de condiciones, y qué difíciles de conseguir para contentar al rico!

En el bienestar del pobre no suele entrar

por nada el amor propio; en el del rico suele entrar por mucho. El pobre no come, ni viste, ni se pasea, ni se divierte, ni se mortifica por vanidad; rara vez sin ella hace el rico ninguna de estas cosas. Esto es capital también. El bienestar confiado al amor propio, es como el sueño confiado al opio: hay que ir aumentando la dosis de veneno, y muy pronto hay que elegir, entre la vigilia llena de dolores ó el sueño de la muerte.

Era necesario que entrásemos aquí en largas explicaciones, pero falta espacio: sirva de comentario el hecho que vuelvo á recordarte, de que los suicidas pertenecen, en su mayoría, á la clase bien acomodada. Los ricos sufren y se matan por desgracias de que tú, Juan, no tienes ni la idea. No los envidies, créeme; el dolor y el placer están distribuídos, si no en la forma, en la esencia, con más igualdad y más justicia de lo que has imaginado.

¡ Y la miseria ! ¡ Ah ! Es horrible, muy horrible, amigo mío. Combatámosla sin tregua, sin descanso; mas para combatirla con todas nuestras fuerzas, es preciso no distraerlas luchando con males imaginarios.



CARTA TERCERA

Ninguna cuestión social puede ser puramente material: aun reducida á la de subsistencias, tiene elementos intelectuales y morales.

Apreciable Juan: Hoy vamos á tratar de un error de los más lamentables y de los más extendidos. Escuelas que difieren en todo lo demás, están de acuerdo en este punto; á saber: *Que la falta de trabajo, la insuficiencia de salario, la miseria, el pauperismo, la cuestión social, en fin, se resuelve con la ciencia económica y con la ciencia política, sin necesitar para nada la religión ni la moral.* Tú estás muy dispuesto á creerlo así; los gobiernos y los legisladores deben darte las cosas arregladas conforme á tu deseo, y sin meterse, porque ¿qué les importa? en si vas á la iglesia ó á la taberna. ¿Qué tiene que ver tu conducta privada con la prosperidad pública, ni qué relación hay entre el trato que das á tu mujer y la organización del trabajo, la tiranía del capital, etc., etc? Cosas son éstas que no están relacionadas entre

sí; tú lo ves muy claro, y además lo confirman, como te he dicho, no sólo las escuelas que pretenden realizar tus sueños, sino otras que procuran hacerte ver las cosas como son, y traerte al terreno de la realidad. ¿Cómo hacerte variar de opinión cuando se apoya en tu deseo, en tu voluntad, en lo que crees tu interés, en el parecer de tus amigos autorizados, y aun de muchos de tus adversarios? Voy á intentarlo, no obstante, porque nunca desespero de tu buen sentido; además, las verdades que tengo que decirte son sencillas.

La religión y la moral entran por mucho, por muchísimo, en la resolución de los problemas sociales. No te hablaré más de religión por temor de que no me escuches; hablemos de moral nada más; bastará para que comprendas que la cuestión no puede tener soluciones puramente materiales. Si se tratara de un rebaño, convengo en que podría decirse: Tantos carneros hay, no llegamos á obtener tal cantidad de hierba ó de pienso, toca á tanto por cabeza; es lo suficiente para que no se mueran de hambre en el invierno, y engorden en el verano: el problema está resuelto.

Así puede hacerse, Juan, cuando se trata de las bestias, pero no cuando se trata del hombre, que, siendo una criatura religiosa, moral é inteligente, los problemas que á él se refieren no tienen elementos puramente materiales, sino que han de ser un compuesto

de moral, de inteligencia, de sentimientos y de materia como él lo es; esto parece de sentido común: el bienestar de cada criatura ha de estar en armonía con su manera de existir. Ni los peces pueden volar, ni las aves respirar debajo del agua, ni el hombre ser dichoso á la manera de un castor, un elefante ó un asno.

Tu dirás: Yo no quiero goces intelectuales, ni satisfacciones del corazón: mis aspiraciones se limitan á comer y vestir bien, y á tener buena habitación y buena cama.

En primer lugar, Juan, estás equivocado: por mucho que te rebajes, por mucho que te calumnies y por muy degradado que te creas, no puedes ser dichoso como un caballo de regalo, teniendo pienso abundante, buena manta y termómetro en la cuadra; pero supongamos que tus necesidades fuesen puramente materiales: para satisfacerlas, algo has menester que no es material, y hasta el bienestar de tu cuerpo depende de la elevación de tu espíritu; vas á verlo.

Para que tú puedas comer mucho son necesarias tres cosas:

1.ª Que haya mucho que comer.

2.ª Que se distribuya de modo que te toque bastante.

3.ª Que comas con cierta moderación, porque si no, padecerás indigestiones, el estómago se estragará, y estarás desganado.

O de otra manera: tu bienestar depende de que la sociedad produzca mucho, sea rica;

de que la riqueza se distribuya bien, y de que al consumirla se haga en razón, y sin entregarse á viciosos excesos. Vamos por partes, y veamos si prescindiendo de la moralidad, del sentimiento, de la abnegación, de la parte más elevada del hombre, puede llegarse á la prosperidad material.

Antes de que la sociedad en que vives sea rica, es necesario que exista, y su existencia se debe á la abnegación, al sacrificio, al valor, á alguna cosa que no es material. En un tiempo más ó menos remoto, tus ascendientes fueron atacados por pueblos feroces, que quisieron arrojarlos de la tierra. Defendieron sus hogares, sus mujeres, sus hijos, los restos de sus padres y los templos de sus dioses: los defendieron con valor, con entusiasmo, con fe; gran número sucumbieron en la pelea, y á su abnegación debes que tu raza no desapareciese como otras muchas. Si en vez de pertenecer á un pueblo que ha rechazado la conquista, desciendes de un pueblo conquistador, también debes tu existencia á alguna elevada cualidad del alma. Los conquistadores que no traen una grande idea servida por nobles sentimientos, vencen, destruyen, y pasan como una nube asoladora, sin fundar naciones que vivan en la posteridad. Sea que vengas de los que resistieron ó de los que vencieron la resistencia, para establecer el pueblo á que perteneces hubo necesidad de desplegar grandes cualidades de espíritu: la existencia de todo pueblo es testimonio de

que sus fundadores eran algo más que animales omnívoros. Así, pues, condición para el establecimiento de un pueblo: energía, esfuerzo, elevación de ánimo, alguna idea elevada y algún fuerte sentimiento para sostenerla.

Merced al esfuerzo de sus primeros hijos, la sociedad existe; para que prospere, para que sea rica, se necesita que trabaje mucho y que trabaje bien; es decir, que posea instrumentos perfeccionados para que multipliquen sus fuerzas. Si todos viven al día, si cada cual consume todo lo que produce ó se proporciona, si nadie quiere trabajar más que para sí y para cubrir las necesidades del momento, la sociedad es salvaje, estacionaria, y los que á ella pertenecen, miserables todos; pasan las generaciones de hombres como las de castores ó monos, sin que los últimos aventajen nada á los primeros, sin que haya progreso. Algunos hombres empiezan á hacer *economías*, es decir, á gastar algo menos de lo que tienen, y reservar el ahorro, sea para descansar en su vejez, sea para dejárselo á sus hijos. El que está en posesión de esta reserva, no tiene la necesidad perentoria de trabajar todos los días para no morirse de hambre; puede descansar, y cuando descansa, piensa. De su inteligencia puesta en actividad, brotan ideas que combina, y nacen las invenciones, las ciencias y las artes. Su pensamiento sería estéril si no hallara en la comunidad más que indivíduos que consumen

todo lo que producen; pero hay algunos que han realizado economías, y las aventuran en ensayar el invento. Se ensaya; se ve que produce ventajas; se ha hallado un instrumento de producción más ventajoso; la sociedad ha realizado un progreso. Para el progreso, para la riqueza, para que haya mucho que comer, es pues, necesaria la combinación del pensamiento del hombre con las economías que le dan los medios de realizarlo, es necesario mantener hombres que se empleen en hacer los ensayos, en construír el nuevo aparato y allegar las primeras materias que ha de modificar, ó en trabajar la tierra. En un país en que no se hace más que escabarla con un palo, se inventa, por ejemplo, el arado. La invención es altamente beneficiosa; mas para realizarla se necesita que haya algunas economías con que puedan mantenerse los hombres que han de extraer el hierro de la mina, cortar la madera, elaborar uno y otro, etc. Si todos los individuos de la comunidad tienen que ir todos los días en busca del diario sustento, imposible será que el arado se fabrique. Estas economías, que permiten dedicarse á un trabajo más reproductivo, pero que tarda en dar resultado, es lo que se llama CAPITAL, instrumento indispensable de prosperidad y progreso.

El capital es el resultado de un *ahorro,* y el ahorro, fíjate bien en esto, es un *sacrificio;* es decir, un acto de moralidad. El que ahorra, no gasta inmediatamente todo lo que pro-

duce; el que se priva de un goce del momento por amor á sus hijos, por proporcionarse una vejez descansada, por realizar el pensamiento de algún hombre de genio, por hacer bien á la humanidad, según el móvil que le impulse, su acción será más ó menos meritoria, pero siempre habrá moralidad en su proceder, siempre será el hombre moral que se contiene, que se impone privaciones, que triunfa, en fin, del hombre físico y del instinto bruto, el cual pide siempre la satisfacción del momento, sin cuidarse de nada más. El capital es, pues, hijo del ahorro; el ahorro, del sacrificio; el sacrificio, de la moralidad. El hombre grosero y corrompido no economiza; una sociedad compuesta de esta clase de hombres, no puede prosperar, y si por acaso no sucumbe, vivirá miserablemente.

Y si el ahorro, esa condición material del progreso, no puede realizarse sin moralidad, ¿qué será el otro elemento más elevado, la inteligencia? En él no hay sólo moralidad, sino abnegación, heroísmo. Aquí, Juan, me parece que veo alzarse las sombras de tantos miles de mártires del pensamiento, que preguntan indignados cómo ha podido ponerse en duda el sublime sentimiento que los impulsaba cuando, olvidados de sí mismos, sólo pensaban en la ciencia y en la humanidad. Cualquiera de esas invenciones cuyas ventajas utilizas sin apercibirte de ello, como respiras el aire sin notarlo, es el resultado, no sólo del ahorro, sino de la meditación, de la

generosidad, del trabajo de un hombre que se priva de mil goces para consagrarse á una idea, y empleó su vida en intentar la realización de un pensamiento. No digo en esa máquina que penetra veloz por las entrañas de la tierra, y en ese aparato maravilloso, que con la velocidad del pensamiento lleva la palabra al otro emisferio, sino en la cerilla que descuidadamente enciendes para tu cigarro, están acumuladas la inteligencia y la abnegación de muchas generaciones. Donde quiera que disfrutes una comodidad y halles un bien, puedes decir: *Aquí ha habido abnegación.* La sociedad, ni aun en el orden material, que de él sólo tratamos aquí, ni aun en el orden material, digo, puede prosperar sin abnegación, sin sacrificio, sin moralidad.

Supongamos lo imposible, Juan: que una sociedad absolutamente desmoralizada, prospera, es rica: ¿cómo distribuirá las riquezas? Ya comprendes que no será equitativamente. Los más fuertes llevarán la mayor parte, y ninguna voz generosa se alzará en favor de los débiles. Nota bien que los defensores de los débiles, de los oprimidos, es raro que salgan de sus filas. Los grandes campeones del pueblo no pertenecen á él; son personas de la clase elevada ó de la clase media, que habiendo adquirido instrucción, emplean su saber en favor de los que sufren las consecuencias de la ignorancia. Si pudieran estas cartas ser un curso de historia, ella te diría que para distribuír bien la riqueza, más que

para nada, necesitan las sociedades el elemento moral, generosidad, sentimiento, inspiraciones nobles y elevadas, que dictan leyes justas é instituciones benéficas. Con el cálculo, que cuando va solo es siempre *miserable y errado*, con el cálculo egoísta de todos, la riqueza no puede distribuirse bien, porque la sociedad no puede reducirse á un divisor, un dividendo y un cuociente.

Supongamos otra vez lo imposible: que sin que la moral entre para nada, la sociedad es próspera, y que sus grandes riquezas están bien distribuídas. Tú, Juan, sin un trabajo excesivo, tienes un salario suficiente con que cubrir tus necesidades y aun disfrutar ciertos goces. Pero careces de moralidad, y egoísta y depravado, quieres sólo satisfacer tus apetitos. Vives malamente con mujeres perdidas que arruinan tu bolsillo y tu salud. Si te casas, tratas mal á tu esposa, abandonas la educación de tus hijos, que hasta carecen de pan, porque la mayor parte de tu jornal se gasta en la taberna y los desórdenes. Tu salud se arruina; tu vejez se anticipa; caes irremisiblemente en la miseria, de que no te sacará una familia que ha heredado tus vicios y es un plantel de prostitutas, de vagos y de criminales. El jornal subido, sin moralidad, no sirve más que para aumentar la medida de los excesos. Si no sabes contenerte, si no sabes vencerte, si no economizas para cuando estés enfermo, si no educas á tus hijos de modo que te honren y te sostengan cuando

seas viejo, si no tienes moralidad, en fin, nada adelantas con tener crecido salario.

Yo creo que el problema, hasta donde es posible que se resuelva, puede resolverse por la *ciencia,* pero por la ciencia completa y no truncada; por la ciencia que parte del hombre como es, un ser moral y material, y cuyo bienestar no puede quedar nunca reducido á un mecanismo, ni realizarse sin el concurso de su voluntad y de su esfuerzo.

La necesidad de ser breve me obliga á concluír repitiéndote que, aun mirando la cuestión bajo el punto de vista más bajo y grosero, aun convirtiéndola en cuestión de *subsistencias* solamente, no puede resolverse sin que en su resolución entre por mucho el elemento moral. Ni habrá mucho que comer si no hay moralidad; ni, caso que la hubiese, se distribuirá equitativamente la comida; ni aunque se distribuyera bien, la consumirías de modo que no te produjera indigestiones, deteriorara tu salud, te arruinara á ti y á los tuyos, y os dejara á todos miserables.



CARTA CUARTA

La pobreza, ley de la humanidad.

Apreciable Juan: Como las cuestiones sociales puede decirse que son redondas; como sus elementos están entrelazados, siendo á la vez efecto del que está antes, y causa del que viene después, resulta que muchas veces no se sabe por dónde empezar; que para comprender la evidencia de lo que se dice, hace falta el conocimiento de lo que no se ha podido decir todavía, y que hasta el fin no se ve claro lo que se ha explicado al principio. Ten esto presente para no juzgarme en definitiva hasta que haya concluído, y para no suponer que una afirmación carece de pruebas porque no las he dado.

Te he dicho que *la pobreza no es cosa que se debe temer ni que se puede evitar.* He procurado, aunque brevemente, demostrarte lo primero, y estoy segura que si observas, reflexionas y meditas, hallarás por todas partes pruebas de que los ricos no son más felices que los pobres; que la pobreza no es un mal;

que el mal está en la miseria. Pero de lo segundo, de que la pobreza *no se puede evitar,* no hemos hablado todavía, y es cuestión que necesitamos tratar antes de pasar más adelante, porque una de tus desdichadas ilusiones, Juan, es la de que todos podemos ser ricos, y lo seríamos si se distribuyera bien la riqueza.

Ya comprendes la dificultad de saber con exactitud lo que posee una nación, y por consiguiente, lo que á cada ciudadano correspondería si por igual se distribuyese. En España, los trabajos estadísticos cuentan poca antigüedad, y por esta y por otras causas, muy imperfectos; no te citaré, pues, á España. En Francia la estadística merece más crédito; y aunque sus trabajos deben ser siempre acogidos con cierta reserva, pueden consultarse con utilidad. En Francia se han hecho varios cálculos sobre la riqueza total del país, unos más altos, otros más bajos. Por el que puede considerarse como un término medio, y ha sido aceptado por muchas personas competentes, resulta que el producto líquido, la renta de la Francia, asciende á una suma que, distribuída con toda igualdad, vendrían á tocar unos DOCE REALES DIARIOS á cada familia compuesta de cuatro indivíduos: esto en un país de los más favorecidos por la naturaleza, y de los más prósperos y adelantados. En España, más pobre, no puede tocar á tanto. Pero supongamos (no te olvides de que no es más que una suposición), supongamos que entre nosotros también,

distribuída con igualdad la renta, cada familia de cuatro personas tiene tres pesetas diarias.

Esta condición de distribuír con *igualdad* para que toque á tanto, es imposible de llenar: y esto por causas de diversa índole, que están en la naturaleza de las cosas; es decir, que son leyes eternas. Pongamos algún ejemplo.

Si han de tener los mismos doce reales diarios el peón que mueve la tierra para extraerla de un túnel, el picapedrero que labra la piedra de un puente, y el ingeniero que dirige ambas obras, aunque se prescindiera (que no se puede) de la injusticia y el absurdo, con ese corto salario el ingeniero no podría adquirir los libros y los instrumentos, sin los cuales es imposible la obra. Lo propio sucede al que está al frente de la explotación de una mina, al que construye, monta y dirige una poderosa maquinaria, y al piloto que conduce su nave al través de los mares, y que se estrellaría indudablemente, ó no llegaría nunca al puerto, si sólo pudiera disponer de tres pesetas cada día. Pero con semejante salario, distribuído con inflexible igualdad, ni ingeniero ni piloto son posibles, porque, por regla general, que puede contar muy pocas excepciones, sus padres han tenido que emplear un capital para mantener al joven fuera de su casa, ó aun en ella, pagarle maestros, libros, instrumentos, etc. Todo hombre instruído, cualquiera que sea la carrera que siga, supone un capital empleado

en su instrucción, capital mayor ó menor, pero que excede siempre de las economías que puede hacer una familia de cuatro personas cuyo haber es de doce reales diarios.

Si no hubiera ingenieros y pilotos, y químicos y arquitectos, etc., sería imposible toda construcción, toda fabricación, toda industria y todo comercio; la sociedad sería entonces muy pobre; y no doce, pero ni cuatro ni dos reales correspondería á cada familia. Así, la retribución desigual es un elemento material indispensable de progreso y de riqueza. Esta condición necesaria es justa cuando no pasa de ciertos límites, porque si eres oficial de albañil y trabajas bien en tu oficio, no te parecerá razonable que te paguen lo mismo que al simple peón, ni aun que al peón de mano. Tú trabajas no sólo con las tuyas, sino con tu inteligencia; has necesitado un apredizaje más largo; tu responsabilidad es mayor; necesitas más instrumentos: razones todas por las cuales es justo que se te pague más. Si en lugar de dar un salto del ingeniero al que cava la tierra, subes poco á poco la escala gradual de operarios, á medida que trabajan más y mejor, la diferencia de retribución que te parecería un exceso, te parecerá una cosa equitativa.

No es esto solo: el que se dedica á trabajos mentales tiene necesidades, *verdaderas* y más caras que las del que trabaja solamente con las manos ó haciendo intervenir muy poco la inteligencia. El pintor, el músico, el letra-

do, el hombre de ciencia, en fin, que pasa el día con el cuerpo inmóvil y en gran tensión el espíritu, es imposible que duerma en la dura cama del cavador, ni coma el alimento grosero que sazona el buen apetito del que, ajeno á meditaciones profundas, se entrega á un trabajo corporal; ni que sea tan fuerte como el bracero para sufrir la intemperie, necesitando, por consiguiente, más precauciones contra los rigores del frío y del calor, etc. Si del descanso, del alimento y del vestido pasamos á las distracciones, que son también una verdadera necesidad del ánimo, son más caras á medida que el nivel intelectual sube más. El cuadro que encanta al bracero, la música que le deleita, son una verdadera mortificación para el hombre de una educación superior.

Resulta, pues, que con los doce reales por familia, aun suponiendo que á tanto le quepa distribuyendo con igualdad la renta social, no puede haber los ahorros necesarios para cultivar las inteligencias que necesita una civilización bastante adelantada, hasta producir esa riqueza, que bajaría más y más si la distribución por igual se hiciese, hasta quedar reducida la sociedad al estado salvaje; es decir, á la miseria de todos.

Pero semejante distribución, aunque no fuera incompatible con la civilización, aunque no fuera imposible, económicamente hablando lo sería, dada la naturaleza del hombre, sus vicios, sus veleidades y aberraciones, que le

llevan á pagar más al que le divierte y tal vez le extravía, que á quien le enseña y pretende corregirle. Y esto lo hacen todas las clases; lo mismo el gran señor que paga largamente las piruetas de una bailarina, que tú que contribuyes á que un torero gane más en una semana, que en un año un hombre de ciencia. Pero no anticipemos consideraciones que estarán mejor cuando tratemos de la igualdad, y limitémonos á convencernos de que la pobreza no es cosa que se puede evitar.

Aunque la repartición de la renta social se hiciera por partes iguales, con tres pesetas diarias ninguna familia es rica; y para no caer inmediatamente en la miseria, necesita que la madre sea económica, que el padre no vaya á la taberna y que los hijos no quieran llevar lujo, ni asistan con frecuencia á espectáculos y diversiones. Mas como hemos visto que esta repartición igual para todos, aun no mirando la cuestión más que bajo el punto de vista económico, es imposible, teniendo unas familias más, otras mucho más de doce reales diarios, resulta que un gran número deben tener menos, y que la ley de la humanidad, aun en las mejores condiciones y para los que pueden y quieren trabajar, es la pobreza.

Hay quien te dice: *La producción es indefinida, puede serlo.* Mira las cosas de cerca, Juan; mira lo que pasa en tu casa y en la vecindad, y verás si el hombre no tiene más dificultad para producir que para consumir,

y si la población no crece con los medios de subsistencia, de modo que, aunque la renta sea más, es también mayor el número de aquellos entre quienes ha de distribuírse. Gracias á Dios, el nivel del bienestar sube, y esto quiere decir, ó que la distribución es mejor, ó que la producción ha crecido más que la población, y de todos modos hay progreso. Pero este progreso no es tanto que destruya la ley de pobreza, por la cual la humanidad necesita trabajo y templanza para cubrir sus necesidades y para no caer en la miseria. Por mucho que el mundo avance, la ley quedará la misma. Si los medios crecen, las necesidades crecerán en proporción, y siempre el hombre habrá de trabajar para proporcionarse *lo que juzgue necesario*, y tendrá que *contenerse* para que no llegue á faltarle por haber gastado en lo superfluo. La observación de una familia deja en el ánimo este convencimiento, y el estudio más elevado de la naturaleza humana le confirma, porque el hombre, sin trabajar y sin contenerse, se deprava y se extenúa, y he aquí la ley de pobreza y templanza, escrita, no por los economistas en sus libros, sino por el Criador en la organización de sus criaturas.

No soy aficionada á citas, pero voy á hacerte una, Juan, porque es notable; atiende.

«Así el Criador, sometiéndonos á la necesidad de *comer para vivir*, lejos de prometernos la abundancia, como lo pretenden los epicúreos, ha querido conducirnos paso á paso

á la vida ascética y espiritual; nos enseña la sobriedad y el orden, y hace que los amemos. Nuestro destino no es el goce, diga lo que quiera Arístipo. No hemos recibido de la naturaleza, ni por medio de la industria ni del arte podríamos todos proporcionarnos medios de *gozar*, en la plenitud del sentido que da á esta palabra la filosofía sensualista, que hace de la voluptuosidad nuestro fin y soberano bien. No tenemos otra vocación que cultivar nuestro corazón y nuestra inteligencia; y para ayudarnos á ello y obligarnos en caso necesario, nos ha dado la Providencia la ley de pobreza. *Bienaventurados los pobres de espíritu.* Y he aquí también por qué, según los antiguos, *la templanza* es la primera de las cuatro virtudes cardinales; por qué en el siglo de Augusto, los filósofos y poetas de la nueva era, Horacio, Virgilio, Séneca, celebraban la medianía y predicaban el desprecio del lujo; por qué Jesucristo, con un estilo aun más conmovedor, nos enseña á pedir á Dios por toda fortuna *el pan de cada día.* Todos habían comprendido que la pobreza es el principio del orden social y nuestra única felicidad aquí abajo........................

....

....

»Donde quiera se llegara á esta conclusión, de la que sería de desear que nos penetrásemos todos: que la condición del hombre sobre la tierra es el trabajo y la pobreza; su vocación, la ciencia y la justicia la primera de

sus virtudes, la templanza. Vivir con poco, trabajando mucho y aprendiendo siempre: tal es la regla...»

Probablemente, Juan, te figurarás que esto lo ha dicho algún santo de los primitivos tiempos de la Iglesia, algún cenobita ó misionero cristiano. Nada de eso; las palabras que te he copiado son de un hombre descreído, de un socialista, de un enemigo de la propiedad, de un apóstol de esa especie de panteísmo social que quiere que el ser colectivo absorba al indivíduo; de Proudhon, en fin, inteligencia superior, especie de caverna inmensa y encantada, donde á la vez se engendraban monstruos y había ecos para las voces divinas. Aquel elevado talento, puesto tantas veces al servicio del error y del sofisma, se emancipaba otras, y rompía lanzas por la verdad.

Cuando vemos las tiendas de lujo, y las casas suntuosas, y los trenes brillantes, á ti y á mí y á otros nos ha ocurrido alguna vez esta idea: si se distribuyese bien tanta riqueza, no habría pobres. Es una equivocación, de que salimos por una sencilla operación de aritmética; es decir, dividiendo la renta de los ricos por el número de los pobres. Y no es esto decir que sea indiferente el modo de distribuír la riqueza; no, y mil veces no. Sobre esto hay bastante que decir y mucho que hacer; pero la mejor distribución debe tener por objeto extinguir la *miseria,* no la pobreza, que es de ley económica y moral, que no es una desgracia, y que du-

rará tanto como el mundo. Insisto sobre este punto, porque importa mucho que veas claro, Juan. Importa mucho que cuando te prediquen la rebelión, ofreciéndote un cambio de fortuna, recuerdes que en un país de los más favorecidos por la naturaleza y de los más adelantados en civilización, distribuyendo la renta por igual, no tocaría más que á razón de tres pesetas por cada familia de cuatro personas; que con la distribución por igual es imposible la civilización, el progreso, y esa riqueza misma cuya repartición por igual se pide. La ley de la humanidad es el trabajo, la pobreza, la templanza; lo demás son sueños, de que se despierta de una manera muy triste, muy horrible á veces.

Lo imposible no se lleva á cabo aunque lo pretendan millones de brazos armados, impulsados por millones de espíritus esforzados y generosos; hay una fuerza superior, que se llama *la fuerza de las cosas,* y no es otra que la ley económica y la ley moral, tan ineludibles como las leyes físicas. Esta fuerza te saldrá al paso siempre que pretendas que sea la regla la riqueza, que no puede ser más que una excepción, no digna de ser envidiada, por cierto, porque si el árbol se ha de juzgar por sus frutos, suelen ser bien amargos los que ella produce.



CARTA QUINTA

Que la llaga que conviene curar es el pauperismo, el cual no es cosa nueva ni calamidad creciente.

Apreciable Juan: Persuadirte que no debes recurrir á la violencia, porque á nadie perjudica tanto como á ti; desarmar, no solamente tu brazo de hierro homicida, sino tu ánimo del odio y la pasión, que no deja ver con claridad las cosas; comprender que la pobreza, ni se debe temer, porque no es un mal, ni se puede evitar, porque es de ley económica, y dar á la moral la importancia que tiene en la prosperidad de los pueblos, porque es cierto lo que alguno ha dicho, que *la virtud es un capital;* estos puntos, tratados aunque brevemente en mis anteriores cartas, forman una especie de introducción que juzgo necesaria al asunto que nos ocupa, y en el que podemos hoy entrar de lleno preguntándonos: ¿Qué llaga social debemos curar?

Nuestra respuesta está dada de antemano: el grave mal que hemos de combatir es la miseria física y moral; la miseria, que, cuando es *permanente y generalizada en una clase*

numerosa de un pueblo culto, se llama PAUPERISMO.

Dícese que el pauperismo es un fenómeno de nuestra civilización, que antes había pobres, pero que no había pauperismo. Importa mucho saber si es cierto, porque, á ser verdad, sería la más desconsoladora.

En los pueblos primitivos, que viven de la caza y de la pesca, todos los indivíduos son miserables; el pauperismo es la condición social: el pobre inglés socorrido por su parroquia, que recibe entre otras cosas té y azúcar, sería allí un potentado, y una gran fortuna la cama de un hospital, que es hoy la mayor desdicha. Si en los pueblos salvajes la miseria es permanente y general, ¿cómo se dice que no se conoce en ellos el pauperismo?

La sociedad da un paso más; se hace pastora, y agricultora después. En vez de inmolar en la guerra á todos los prisioneros, reserva algunos, ó muchos; los hace esclavos y los dedica á guardar los rebaños, á cultivar la tierra, etc.; á todas las labores penosas. Se ha dicho y repetido no ha mucho por un hombre de superior talento, que la esclavitud es preferible al proletariado. Si fuera posible desear que hubiera un solo esclavo en el mundo, habríamos deseado que arrastrase la cadena quien tal afirma, y no tardaría en retractarse solemnemente. Entre los esclavos, como entre las bestias de carga, no hay *pauperismo,* hay *inmolación;* sucumbe el niño por falta de cuidados, la mujer y el hombre enferman

y envejecen antes de tiempo por exceso de fatiga, y se abandona de derecho al anciano en una isla para que perezca allí, ó de hecho se le deja morir cuando ya no sirve para nada.

Hay progreso. El esclavo se convierte en siervo; disfruta una especie de libertad, que puede compararse con la del pájaro en su jaula: tiene algunos movimientos libres en la tierra de que no puede separarse, y que cultiva para su señor, el cual le impone las condiciones más duras y más humillantes. La sociedad feudal se ha pintado por algunos con los más halagüeños colores. Para asunto de novelas, era bella, y un innegable progreso, comparada con la que la precedía; pero el que desapasionadamente busca la verdad en la historia, ve rapiñas, violencias y miserias, y ve el pueblo *siervo*, poco menos desdichado que el pueblo *esclavo*.

Esos señores que en su castillo eran la providencia de sus vasallos, son sueños de poetas: la realidad es que expoliaban y eran opresores, y esto se ve claro en las amonestaciones de los Papas y Concilios, cuya repetición revela la ineficacia; en las leyes, tanto civiles como criminales, diferentes según se aplicaban á los ricos y los pobres, y tan injustas y crueles para éstos; y en la miseria, que no se tomaba en cuenta por el desdén que inspiraban los que la padecían, pero que se revelaba en proporciones horrendas, cuando algún desastre venía á ponerla de manifiesto.

La brevedad con que me he propuesto escribirte, Juan, no me permite citarte aquí textos de leyes, resoluciones de Concilios y de Papas, ni relatos de historiadores; voy, no obstante, á copiarte lo que dice uno describiendo los horrores del hambre en esos siglos en que dicen que no había *pauperismo.*

«El género humano parecía amenazado de una próxima destrucción; los elementos furiosos, instrumentos de la venganza divina, castigaron la insolencia de los mortales. Los grandes, como los pobres, estaban pálidos de hambre; *la rapiña no era ya posible* en la penuria universal. Pero entonces se vieron otros horrores. Los hombres devoraban la carne de los hombres: ya no había seguridad para los viajeros; los desdichados que huían del hambre eran devorados por los que los hospedaban; hasta se desenterraban los cadáveres. No tardó en ser como una costumbre recibida alimentarse con carne humana, que se vendía en el mercado.» Glaber, de cuya crónica tomo esto, refiere que *él asistió* á la ejecución de un hombre que había degollado CUARENTA Y OCHO personas para comérselas.

Esto nos parece hoy imposible, y estamos dispuestos á calificarlo de invención; pero si cuidadosamente estudiamos la penuria y la dureza de los tiempos feudales, un hambre de tres años, que es la que describe Glaber, debería dar lugar á los horrores que refiere, y que prueban el estado miserable de una sociedad que á tales extremos se ve reducida.

¿No habría *pauperismo* en pueblos donde eran grande la miseria, grande la opresión, desigualmente distribuída la riqueza, y donde la propiedad constituía un privilegio á que en vano aspiraba el que al nacer no había sido favorecido por la fortuna, por más que fuera inteligente y trabajador? El gran número de hospitales, hospicios y demás fundaciones benéficas debidas al espíritu cristiano, prueban la falta que hacían; y la despoblación de los países en que había esclavos y siervos, prueba que allí la miseria era general, y que había *pauperismo*. Lo que no había era derecho ni aliento para quejarse; lo que no había eran entrañas en la sociedad para conmoverse con los quejidos. Nadie tomaba en cuenta la miseria del esclavo, del siervo; en ella moría; su silencio era uno de los derechos del señor, y todo grito se sofocaba en la sangre del que lo había dado.

En medio de la obscuridad en que queda la suerte de los miserables en los pasados siglos, hay algunas ráfagas de luz en la historia, al través de las cuales pueden vislumbrarse sus dolores. Las insurrecciones armadas y repetidas de muchos miles de mendigos; la frecuencia con que las asambleas se ocupaban en la mendicidad; las leyes para extirparla, crueles hasta el punto de imprimir al mendigo vagabundo las penas de palos, exposición, mutilación, y hasta el último suplicio: estos hechos generalizados, ¿no prueban claramente la existencia del pauperismo?

Cuando el legislador se arma de tal modo y se ocupa con tal frecuencia de un mal, ¿no es prueba evidente de que está generalizado y es profundo?

Ahora, sean mil veces gracias dadas á Dios y á los hombres buenos, ahora los pobres se quejan, y sus ayes hallan eco en los corazones de las personas bien acomodadas; ahora, los que por su posición social están lejos de la miseria, se acercan á ella por los sentimientos de su corazón, cuentan sus víctimas, lloran sus dolores, investigan sus causas, buscan para ellas remedios, y levantan muy alto la voz, ya dolorida, ya indignada, para pronunciar un terrible *memento*. Se han escrito miles de libros en estos últimos tiempos gimiendo sobre la miseria, poniéndola de manifiesto, procurando combatirla, y las mismas instituciones creadas para aliviarla tienen que contar sus víctimas. El mal se hace notar más, no porque es mayor, sino porque hay quien le investiga y quien le denuncia. Donde no existen médicos, ni medicinas, ni asistencia de ningún género, no se sabe de los enfermos hasta que son cadáveres. No recuerdo qué autor ha dicho que nadie sospechaba el gran número de sordo-mudos que había en Francia hasta que se han abierto colegios para recogerlos y educarlos. ¿Se dirá que esta enfermedad es moderna, porque hasta ahora los enfermos sucumbían sin que nadie los contase? Algo semejante sucede con todos los desvalidos.

Lo que hoy se considera como el estado

más lastimoso: carecer de camisa, de calzado y de cama, era la situación ordinaria de los pobres en esos siglos en que se dice que no había pauperismo. Ahora mismo, cuando en Madrid, por ejemplo, alguna persona caritativa acoge bajo su protección á una familia necesitada, le causa gran pena saber que no tiene sábanas, y uno de sus primeros cuidados es proporcionárselas. *No tiene sábanas en la cama,* es como decir: Se halla en el último grado de miseria. Mientras así se juzga en la capital, hay en ciertas provincias muchas, muchísimas aldeas y lugares, cuyos vecinos en su mayor parte no tienen sábanas, donde no se las dan á sus servidores las familias regularmente acomodadas, y donde, para encarecer las ventajas de servir en una casa, se dice que *da sábanas á los criados.* Si se hace una estadística, aparecerá entre los miserables que forman en las filas del pauperismo, el que en la capital recibe de la caridad sábanas, y no el que duerme sin ellas en la aldea.

Este hecho, y otros muchos análogos que pudiera citarte, te hará comprender que la miseria puede existir y existe sin que nadie la compadezca ni hable de ella, ni la note, y que el abatimiento y la resignación del que la sufre, combinados con la indiferencia del que podía consolarla, dan por resultado el silencio de la historia. Alguna vez los miserables, aconsejados por la desesperación, se levantan, luchan y sucumben; hay guerra, pero no hay *cuestión social,* porque ni derecho se

concede á los rebeldes, ni compasión inspiran los vencidos, ni se ve allí más que un caso de fuerza que con la fuerza se vence. Para que las miserias de la multitud sean *una cuestión,* es preciso que las compadezcan y las sientan los que no son miserables, los que han cultivado su inteligencia, y la llevan como una santa ofrenda al templo del dolor, y se arman con ella para combatir por la justicia. Creo que te lo he dicho ya, y es posible que te lo vuelva á decir, porque poco importa la monotonía de la repetición, y mucho que no olvides que de las filas de los *señores* han salido los defensores de los pobres, los que en estudiar los medios de aliviarlos han gastado su vida, ó la han sacrificado en el patíbulo y en el campo de batalla.

A medida que ha ido habiendo manos benditas que se presten á curarlas, se han ido revelando las llagas sociales; y como esos niños que se han lastimado y no lloran hasta que ven á su madre, el pueblo no ha empezado á quejarse hasta que la sociedad ha tenido entrañas para compadecerle. Hay un derecho del que nadie te habla, que no está consignado en nigún código, *el derecho á la compasión;* derecho que, sin proclamarle, invoca el que padece, y que sin reconocerle sanciona el que consuela; derecho bendito y santo, sin el cual es probable que nunca se hubiera reconocido la justicia de los débiles.

Al sostener que el pauperismo es un fenómeno de nuestra civilización, se citan nú-

meros, y es, por desgracia, grande el de los que sufren en la miseria; pero aunque en absoluto excediera al de otros tiempos, que no lo creo, siempre sería menor, proporción guardada con el de habitantes, aumentado éste en términos de que una ciudad cuenta hoy más que había antiguamente en todo un reino. Y no sólo se aumentan con la población los miserables, sino que se agrupan generalmente en las grandes poblaciones, donde su desdicha puede ser más notada.

La mortalidad decrece en términos de que hay pueblos como Londres, donde en poco tiempo ha disminuído una mitad: ¿y se quiere sostener que la miseria aumenta? Es como afirmar que cuatro y cuatro son seis.

Un título de gloria para la civilización se convierte en un capítulo de cargo. Las filas de la miseria están en su mayor parte formadas por ancianos, enfermos, achacosos, niños abandonados; por los débiles, por los que no pueden trabajar, ó cuyo trabajo es insuficiente. En los pueblos salvajes ó bárbaros nada de esto existe; los débiles sucumben infaliblemente: no hay para ellos *miseria,* hay *exterminio.*

Resulta, pues, para mí muy claro, y quisiera que para tí lo fuese también:

1.º Que el pauperismo no es un fenómeno de la civilización, sino una desdicha de la humanidad.

2.º Que la civilización le disminuye en vez de aumentarle, circunscribiéndole más ó menos, pero circunscribiéndole siempre á una parte de la sociedad, cuando en el estado sal-

vaje se enseñorea de todo, y en el estado de barbarie muy poco menos.

3.º Que en la historia no aparece á primera vista con toda claridad y con la extensión que realmente ha tenido, porque sus víctimas sufrían y morían en el silencio, abatidas ó resignadas, y vistas con indiferencia por los que debían auxiliarlas; además no se llamaba miseria lo que hoy se califica de tal.

4.º Que habiéndose humanizado el hombre, sintiendo más los que sufren y los que pueden consolar, el miserable se queja bastante alto para que se le oiga; el compasivo repite el ¡ay! doliente, que halla miles de ecos; este dolor, ignorado ayer, se publica hoy, se estudia, se compadece, y hasta se explota, convirtiéndole los fanáticos y los ambiciosos en arma de partido contra los Gobiernos que quieren derribar. Desde que el pueblo ha empezado á llamarse soberano, como todos los soberanos, tiene sus aduladores.

5.º Que habiendo tenido la población un extraordinario incremento, los pobres se han multiplicado también, y agrupándose en los grandes centros, se hacen más visibles.

¿Concluiremos de todo esto que las cosas están muy bien como están; que no hay motivo sino para congratularnos, y que nada resta que hacer? No, no, mil veces no. El pauperismo, la miseria física y moral, existe en grandes, en horribles proporciones. Que todo el que tiene entrañas la sienta; que todo el que tiene inteligencia piense en los medios de

atenuarla; que todo el que tenga lágrimas la llore. Te digo con verdad, Juan, que las mías corren al escribir estas líneas, y obscurecen la luz de mis ojos, pero no la de mi entendimiento, hasta el punto de confundir las cosas, de modo que vea el pauperismo creciente, á medida que crece la prosperidad de las naciones. Esto podrá ser cierto, si acaso, en un momento de la historia, en un país dado y por circunstancias especiales, pero de ningún modo es un hecho general, ni menos una ley económica.

porque las desdichas de la humanidad son grandes, pero no nos desesperemos creyendo que son cada vez mayores, porque entonces, ¿quién tendrá ánimo para trabajar en combatirlas? Bajo la mano de Dios, é inspirado por Él, mejora el hombre su suerte sobre la tierra; pero las pasiones y los errores oponen de continuo obstáculos á su marcha, y por eso es el progreso tan lento.

Aflijámonos, sí, aflijámonos profundamente, *Bajo la mano de Dios*, te digo, y tú replicarás tal vez: ¡siempre Dios! Siempre, amigo mío. No es mucho que una mujer le invoque, le implore y le sienta, cuando una de las inteligencias más poderosas, y uno de los espíritus más rebeldes, Proudhon, decía: «Estudiando en el silencio de mi corazón, y lejos de toda consideración humana, el misterio de las revoluciones sociales, Dios, el gran desconocido, ha venido á ser para mí una hipótesis, quiero decir, *un instrumento necesario de dialéctica.*»



CARTA SEXTA

Causas de la miseria.—Falta de trabajo.

Apreciable Juan: En mi carta anterior he procurado demostrarte que el pauperismo es una desdicha de la humanidad, no un fenómeno de la civilización, lo cual, por el contrario, le aminora. Importa persuadirse de esta verdad consoladora, para no desesperar de la humanidad y tener fuerzas y emplearlas en buscar algún remedio, algún consuelo siquiera á sus agudos dolores. Sus males son grandes, muy grandes, pero lo han sido más: trabajemos sin descanso y con fe en disminuírlos cada día. Si imitáramos, como podíamos y debíamos, al que *pasó haciendo bien;* si tan lejos de locas esperanzas como de la desesperación culpable y cobarde, cerrando los oídos á la voz del egoísmo, pusiéramos en actividad las nobles facultades que de Dios hemos recibido, cada cual en la medida de sus fuerzas, toda generación, al extinguirse, podría decir á la que la sigue: *Te dejo la humanidad un poco mejor y un poco menos desdichada que la he recibido.*

Para conocer el pauperismo, sin lo cual es imposible hallar para él remedio ni paliativo alguno, lo primero es estudiarle, analizarle, ver de qué elementos se compone y cómo existe. Comprendo que semejante estudio tiene, entre otros desagrados, el de aparecer como una cosa trivial y que todo el mundo sabe; pero está lejos de ser indigno de una inteligencia, aunque sea elevada, profundizar esas cosas *que saben todos*, agruparlas, y sacar de ellas consecuencias que la pasión y la soberbia han obscurecido. ¡Cuántas veces el genio necesita tocar á la tierra para fortalecerse y recibir las inspiraciones del sentido común, que sirven de freno á sus delirios!

En cuanto á mí, Juan, lejos de disgustarme el que no halles novedad en las cosas que te voy á decir, me complace altamente que sepas unas, que caigas en la cuenta de que sabías otras, sólo que no te habías parado á reflexionar sobre ellas, y que puedas comprobarlas todas, sin más que recurrir á tu memoria, ó hacer una visita á los cuartos de la casa de vecindad donde habitas.

El pauperismo es miseria; la miseria se compone de miserables, que lo son: 1.°, por falta de trabajo; 2.°, por no poder trabajar; 3.°, por no querer trabajar; 4.°, por imperfección del trabajo; 5.°, por mal empleo de la remuneración; 6.°, por insuficiencia de la remuneración.

La falta de trabajo puede ser permanente ó temporal, y lo propio sucede con la imposibilidad de trabajar.

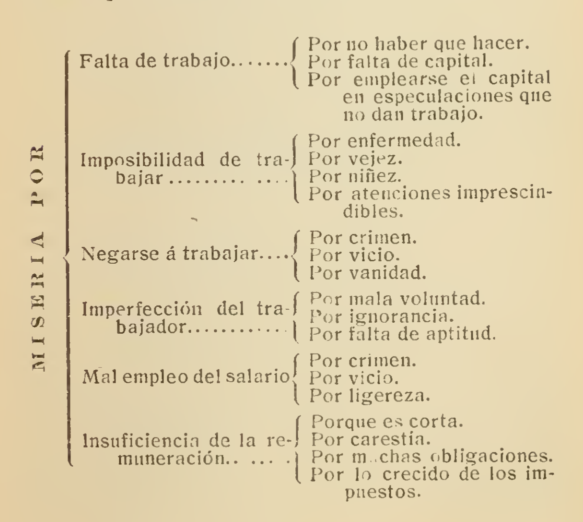
El negarse al trabajo puede provenir de crimen, de vicio ó de vanidad.

La imperfección del trabajador puede ser efecto de mala voluntad, de falta de instrucción ó de natural ineptitud.

El mal empleo del fruto del trabajo puede ser por conducta viciosa ó por falta de circunspección.

La insuficiencia de la remuneración puede ser efecto de las muchas obligaciones, ó de la carestía de las cosas necesarias á la vida, ó de lo crecido de los impuestos.

Te haré un pequeño cuadro, para que de un golpe de vista puedas hacerte cargo de las causas que producen la miseria.



MISERIA POR	Falta de trabajo.......	Por no haber que hacer. Por falta de capital. Por emplearse el capital en especulaciones que no dan trabajo.
	Imposibilidad de trabajar.............	Por enfermedad. Por vejez. Por niñez. Por atenciones imprescindibles.
	Negarse á trabajar....	Por crimen. Por vicio. Por vanidad.
	Imperfección del trabajador............	Por mala voluntad. Por ignorancia. Por falta de aptitud.
	Mal empleo del salario	Por crimen. Por vicio. Por ligereza.
	Insuficiencia de la remuneración..	Porque es corta. Por carestía. Por m.chas obligaciones. Por lo crecido de los impuestos.

Todas las personas miserables verás que han caído en la miseria por alguna de las causas arriba señaladas ó por la combinación de varias. Empecemos nuestro estudio por

LA FALTA DE TRABAJO

Las olas embravecidas del mar inmenso, que destrozan y tragan los navíos poderosos, obra la más admirable del genio del hombre, están constituídas del mismo modo, obedecen á la misma ley, que esas casi imperceptibles que levantan en el agua de tu jofaina si la agitas. Del propio modo, las leyes económicas de los mercados de Londres y Nueva-York son idénticas á las que rigen el puesto de verdura del portal de tu casa. Importa mucho que comprendas bien esto, Juan, porque si estuvieras persuadido de la identidad de ciertos fenómenos económicos, y de que lo que es absurdo en tu casa ó en tu vecindad, lo es igualmente en todas las casas, en todos los palacios, en el mundo todo, tu buen sentido habría puesto en su lugar ciertas teorías que no te han engañado sino por el disfraz de la fraseología científica, y por la suposición de que los fenómenos en grande escala, que no puedes observar, no son esencialmente idénticos á los que ves todos los días. Las cosas pasan en el mundo lo mismo que en tu barrio, por lo que toca al asunto que nos ocupa, y alrededor tuyo y muy cerca

tienes pruebas de si es verdad ó mentira la regla ó ley que te dan por universal.

Suponiendo que no olvidarás esto, vamos á ver qué se necesita en tu casa, en tu pueblo, en el mundo todo, para que haya trabajo; pero antes es menester que nos fijemos bien en lo que es trabajo. A mi parecer, puede definirse así:

UN ESFUERZO INTELIGENTE Y SOSTENIDO QUE PRODUCE UN RESULTADO ÚTIL. Esta definición te hará comprender el absurdo, muy generalizado, de llamar trabajadores solamente á los que trabajan con las manos.

En primer lugar, con las manos solamente nadie trabaja, porque en el trabajo más mecánico entra siempre cierta cantidad de inteligencia, así como en el más elevado hay siempre algo material.

Trabajan igualmente el que hace una teja y el que hace una ley; el que cepilla una tabla y el que corrige un verso; el que amasa el mortero y el que combina los sonidos para producir una melodía; el que lleva una camilla y el que estudia los medios de aliviar ó curar al enfermo; el que construye un muro para encauzar la corriente de un río, y el que medita sobre el modo de contener el desbordamiento de las pasiones humanas. Estos trabajos, que hasta aquí no has tenido por tales, y que ahora mismo te parecen muy cómodos, son á veces los más penosos, y puedes cerciorarte de ello por lo mucho que gastan la vida del trabajador, envejecido antes de

tiempo sobre sus libros. Sabes del albañil que se cae de un andamio y muere de resultas del golpe ó queda inútil, é ignoras que el estudio hace también sus víctimas, y que en las Escuelas de Caminos y de Minas, por ejemplo, enferman ó sucumben muchos jóvenes que no tienen bastante robustez para resistir tantas fatigas mentales. No soy sospechosa de indiferencia para con los inválidos del trabajo manual: tienen mis simpatías y mis lágrimas cuando no puedo darles otra cosa, pero no he de negárselas al que cae abrumado por el trabajo de la inteligencia.

Investiguemos ahora qué se necesita para tener trabajo, y veremos que son indispensables estas condiciones.

1.ª Que haya medios de adquirir el instrumento del trabajo y de pagar al trabajador, ó que él los tenga, si trabaja por su cuenta.

2.ª Que estos medios puedan y quieran dedicarse á este objeto.

3.ª Que haya quien quiera y pueda comprar el producto del trabajo.

Supongamos que eres oficial de zapatero. Para que tengas trabajo es necesario que el maestro tenga dinero para acopiar material y pagarte la hechura del calzado, que tarda más ó menos en venderse.

Es preciso que el maestro crea que venderá la obra en buenas condiciones, porque si teme que se la roben ó que le deje poca ganancia, aunque tenga capital, se lo guardará

ó lo dedicará á otra especulación en que espere hallar más seguridad ó más interés.

Es preciso también que haya quien quiera ponerse zapatos y tenga dinero para pagarlos. Todas estas condiciones son necesarias igualmente, si en lugar de ser oficial trabajas por tu cuenta.

Ya ves, Juan, que sin material, sin herramienta, sin alimento y sin que haya quien compre los zapatos, no es posible que tú los hagas, ni que nadie te mande hacerlos.

Lo mismo sucederá si en vez de zapatos haces blusas, sillas, panes, sortijas, violines, memoriales ó comedias: para todo se necesitan medios de trabajar, comer mientras se trabaja y venta de los productos obtenidos.

Otra vez me figuro que al leer esto piensas: —¿A qué vendrá decir y repetir verdades tan sencillas y que todo el mundo sabe?—Viene, Juan, á que se olvidan ó no se aplican estas verdades, porque de otro modo no era posible que te hablasen de *derecho al trabajo,* ni que tú creyeses que semejante derecho puede existir en el sentido de que haya alguno que tenga *el deber legal de darte ocupación.*

Supongamos que se declara solemnemente ese derecho, y que tú pides zapatos que hacer, ó quieres venderlos si los haces por tu cuenta. ¿Y si no hay quien te dé obra? El Estado te la dará, dicen, en virtud del derecho que reclamas. Y si no hay quien quiera ó pueda comprar los zapatos, ¿qué hará el Estado de ellos? Los irá almacenando, y tú trabajarás,

no para producir un efecto útil, sino para acumular un producto que de nada sirve, y tu trabajo dejará de serlo para convertirse en *ocupación*. Tú dirás: zapatos siempre se necesitan. Es cierto, pero no siempre se necesitan ó *pueden pagarse* en la cantidad en que pueden hacerse.

Si sólo los de tu oficio tuvieran derecho al trabajo, tal vez sería posible que, haciendo un sacrificio grande el Estado, aunque no tuviera *despacho*, te diera *obra* y regalara ó tirara lo que no puediera vender, pero todos los trabajadores, es decir, casi todos los hombres, tienen el mismo derecho que tú, y piden ocupación en su oficio, su arte ó su ciencia.

En tu casa hay ochenta vecinos: no quieren gastar zapatos, ó no pueden pagarlos, ó tienen quien se los haga mejores ó más baratos que tú. En virtud de tu derecho, es preciso imponerles una contribución para pagar tus jornales, quieran ó no quieran, hágales ó no falta tu obra: esto es cómodo para ti. Pero en la misma vecindad hay un sastre, un carpintero, un albañil, un cerrajero, un médico, un abogado, un pintor, una modista, un músico, un arquitecto, un comerciante, un ingeniero, etc., etc., hasta ochenta, en fin, que tienen derecho al trabajo como tú. Es necesario que pagues la parte de contribución que te corresponda para satisfacer el salario de todas estas personas, si es que no hay quien necesita ó puede pagar sus servicios. ¿Y qué quedará de tu salario después

que se saque lo preciso para contribuír al pago de tantos otros? No alcanzaría, Juan, puedes estar seguro de ello; porque el *derecho* al trabajo supone el *deber* de dar que trabajar, deber que sólo el Estado puede llenar. Figúrate cómo el Estado ha de hacerse industrial de toda clase de industrias, y comerciante, y vigilar todo lo que se hace y cómo se hace, y retribuír á cada uno según su buena ó mala labor, y llevar á todas partes la actividad é inteligencia indispensables para que los productos se obtengan en buenas condiciones económicas, es decir, para que no cuesten más de lo que valen.

Entra luego la apreciación de lo que á cada uno ha de satisfacerse por su obra, según es mucha ó poca, buena ó mala; cosa fácil de hacer á un particular é imposible al Estado; lo que ha de darse á los que no tienen trabajo, porque no se han de crear pleitos para dar que hacer á los abogados, y herir á las gentes ó inocularles algún virus para que los cirujanos no carezcan de ocupación; y entra, en fin, la parte proporcional que á cada trabajador corresponde, porque si á todos se da lo mismo, nadie querrá hacer lo que ofrece mayores dificultades, y la sociedad se volvería al estado salvaje.

Para intentar esto, sería preciso que el Estado poseyese todos los instrumentos de trabajo, las tierras que se habrán de cultivar, las minas que habrán de explotarse, las fábricas de todas las industrias, los barcos des-

tinados al comercio, los capitales, etc.; en fin, sería preciso despojar á todo el mundo, destruír la propiedad.

Si fuera posible, que no lo es, tamaño absurdo, el resultado inmediato de este comunismo sería la ruina del *empresario inepto y puesto en condiciones en que es imposible prosperar*, ó, lo que es lo mismo, del Estado; y esta ruina sería espantosa, porque la sociedad se hallaría sin recursos, sin capital, como en los tiempos primitivos, y con una población llena de necesidades que en ellos no se conocían, é infinitamente más numerosa. Un ensayo se hizo en Francia el año 1848 con los *talleres nacionales:* acudieron á ellos los operarios en virtud del derecho al trabajo; se trabajó mal, caro y poco, relativamente; faltó salida para los productos; después de haber aglomerado los obreros, se cerraron los .talleres; vinieron el hambre, la desesperación, y aquellas jornadas en que no hubo tanta vergüenza, pero en que corrió tanta sangre como en los combates que ha sostenido la Commune. Los grandes apóstoles del derecho al trabajo procuraron sustraerse á la responsabilidad de este desastre; ninguno quiso confesar que había tenido parte en los talleres nacionales, y cayeron á miles las víctimas de ese pobre pueblo, á quien se engaña con tan poca reflexión ó con tan poca conciencia. ¿Y qué razones alegaban los sostenedores del derecho al trabajo para condenar el ensayo de París? Todas venían á redu-

cirse *á la falta de oportunidad,* como si pudiera haberla nunca para realizar lo imposible.

No puede ser lógico el que parte de un error, que de consecuencia en consecuencia va creciendo hasta saturar las inteligencias que, á Dios gracias, no tienen una capacidad indefinida para él, ó hasta estrellarse contra los hechos, contra el imposible material. El derecho al trabajo debe ser idéntico para todo trabajador; lo mismo para el que hace caballos de cartón que para el que forma tablas de logaritmos. Pero crear pleitos para dar que hacer á los abogados que no los tienen; inventar enfermos para que los médicos tengan á quien curar; remunerar al poeta cuyos versos nadie quiere oír, parecería un absurdo imposible, y, no obstante, no es ni más ni menos que pagar al sillero para que haga sillas donde ninguno quiere sentarse.

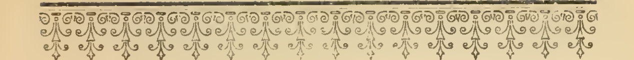
Cuando veo á un hombre con cara de honrado, con aspecto digno, con señales de costarle grande esfuerzo decir: «Señora, un pobre jornalero que no tiene trabajo», te aseguro, Juan, que aquella voz me causa un dolor profundo; pero he sufrido más, porque la desdicha es mayor, al penetrar en una pobre vivienda, sin fuego ni estera en invierno, y he visto en ella un obrero de la inteligencia sin trabajo; á un hombre de grandes conocimientos, de elevadas ideas, que quiere trabajar y no halla dónde, y con los suyos sufre la privación de lo más necesario, y no puede pedir limosna porque su dignidad se lo impide.

¿Crees tú que no es también desgarrador este espectáculo? ¿Crees tú que si hubiera derecho al trabajo, debería limitarse á los que trabajan con las manos, y que Cervantes, Camoens y Papin no hubieran podido invocarle en su miseria?

Yo sé que es terrible querer trabajar y no hallar donde: también lo es una enfermedad dolorosa, y el perder los objetos de nuestro cariño, y el dejarlos morir, y el ver que se extravían, y el hallar indiferencia en pago de amor... La vida está llena de males terribles é inevitables; negándose á la evidencia de esta verdad, se corre tras ilusiones, sembrando al paso dolorosas y á veces sangrientas realidades.

Cuando *naturalmente* no hay trabajo, espontánea y lógicamente no resulta como una *consecuencia,* y nadie tiene la posibilidad ni puede tener el deber de darlo. La ley económica es inflexible y despide al obrero. ¿Diremos con Malthus al hombre, *que está realmente de más sobre la tierra; que en el gran banquete de la naturaleza no se ha puesto cubierto para él; que la naturaleza le manda que se vaya, y no tardará en poner por sí misma la orden en ejecución?...* ¡No! ¡No! ¡No! Si la ley económica es inflexible, queda la ley religiosa, la ley moral, la ley de amor; y cuando el jornalero no halla un especulador que le ocupe, puede y debe hallar un hermano que le consuele y le ampare.

Esta carta se va haciendo muy larga, Juan; dejaremos para otra el investigar las causas de la falta de trabajo.



CARTA SÉPTIMA

Continuación de la anterior.

Apreciable Juan: Hemos visto que cuando naturalmente hay trabajo es un hecho, y cuando no le hay, no puede ser un *derecho,* porque nadie tiene derecho á lo imposible. Tú me dirás tal vez: *Yo he visto promover obras públicas para dar trabajo.* Es cierto, y la objeción merece que nos detengamos un momento en ella.

Hay casos de escasez, de epidemia, de penuria, en que el hambre amenaza hacer muchas víctimas, ó en que peligra el orden público. Entonces se promueve una obra para que los miserables no se mueran en la miseria ó maten desesperados. Si la obra es útil, y el Estado ó la corporación que la promueven tienen fondos ó pueden proporcionárselos con un interés moderado, el trabajo está la necesidad no ha hecho más que vencer el en condiciones económicas, es beneficioso, y descuido, la inercia, ó, como tantas veces sucede, inspirar un pensamiento que sin ella no hubiera ocurrido.

Si la obra no es útil, ó no lo es tanto que pueda compensar los sacrificios pecuniarios indispensables para llevarla á cabo; si tal vez los fondos que se emplean se han tomado á un subido interés, que saldrá del presupuesto del Estado, entonces se da limosna, se evita un motín ó una rebelión; es cuestión de beneficencia ó de orden público; las medidas que se adopten deberán juzgarse bajo este punto de vista, y no son ya de la competencia de la economía política.

Aunque sea muy de paso, he de hacerte notar la mucha prudencia que se necesita para que el Estado ó las corporaciones den limosna en forma de trabajo sin graves perjuicios, que vienen á recaer principalmente en aquellos mismos que la reciben. Ejemplo:

El Ayuntamiento de Madrid se cree en la necesidad de dar trabajo á miles de hombres, y no tiene preparada ninguna obra beneficiosa en que pueda ocupar tantos brazos. No se hace casi nada, y el trabajador adquiere hábitos de holganza. Corre la voz de que se gana un jornal por dar perezosamente algunos pasos y mover de vez en cuando un azadón, ó llevar una espuerta entre cigarro y cigarro; no es para desperdiciar la ganga, y acuden á ella aun los que no se hallan necesitados. El número va creciendo, se empieza por disminuír el jornal; aun así hay imposibilidad de pagarlo; se toman precauciones; la fuerza armada interviene, y se empieza á despedir á los trabajadores. Para sostenerlos

hubo que tomar dinero á un rédito muy alto, que han de pagar los contribuyentes, y como el pobre lo es, resulta perjudicado con la medida aparentemente beneficiosa:

1.° Porque ha adquirido hábitos de holganza, que á él perjudican más que á nadie.

2.° Porque han venido á hacerle competencia personas que no se la hubieran hecho en condiciones normales.

3.° Porque ese dinero con que se le paga devenga un rédito enorme, de que satisfará una gran parte en esta ó en la otra forma, pero que pesará sobre él, porque el Ayuntamiento, en último resultado, no tiene más recursos que los que saca de los contribuyentes.

La limosna en forma de trabajo pueden darla los particulares con buen éxito, pero dada por el Estado y por las corporaciones, tiene grandes inconvenientes. No se puede condenar en absoluto, porque hay casos en que la cuestión de humanidad y orden público lo domina todo; pero conviene que comprendas que has de pagar al cabo tú mismo, y con réditos, ese jornal que á tu parecer se te regala.

Hagámonos cargo ahora de las principales causas de la falta de trabajo, y de este estudio resultará la inutilidad, más, el perjuicio de recurrir á medidas violentas, que le disminuyen en vez de aumentarle.

Una de las causas de la falta de trabajo puede ser el excesivo número de trabajado-

res, ya con relación al capital disponible, ya respecto á la obra que ha de ejecutarse y que tiene un límite. Ahora, por ejemplo, las carreras de medicina y leyes se hacen en dos ó tres años (1), salen millares de abogados y médicos, y como ni los pleitos ni los enfermos aumentan, resulta que es materialmente imposible que tengan ocupación; aquí, la falta de trabajo es falta de qué hacer, y el remedio, que de esto se convenzan los que á ellas se dedican: algún otro más pronto y eficaz podría indicarse, pero esta indicación nos sacaría de nuestro asunto.

La acumulación que hay en algunas carreras, por la facilidad de concluírlas ó por las ventajas que ofrecen, puede suceder en todas y en todos los oficios por exceso de población. Aunque no sea yo de los que toman los cálculos de Malthus como un artículo de fe, y crea que el exceso de población es un monstruo siempre pronto á devorar la prosperidad pública, no puede negarse que en momentos y países dados, crece más que la posibilidad de darle trabajo, por mucho que prosperen la industria y el comercio y abunden los capitales. ¿Qué hacer? ¿Trasladar el sobrante de población á otros países en que falte, como ha hecho Inglaterra? Es como establecer bombas á la orilla del mar, con la pretensión de que baje su nivel. Cuando el exceso de población llega á ser un gran

(1) Esto se escribía en Agosto de 1871.

mal, no se ve para él otro remedio que la continencia, la moralidad, la dignidad, la razón del hombre, en fin, y su conciencia, que no le permiten formar una nueva familia hasta que tiene medios de sostenerla. Esta es una de tantas veces en que la economía política necesita recurrir á la moral para resolver sus problemas.

Un hombre de primer orden, Montesquieu, ha dicho que los mendigos no se apuraban por tener hijos en gran número, porque los dedicaban á su propio oficio. En esta clase desdichada, el mal alcanza sus mayores proporciones, que van disminuyendo á medida que el hombre se moraliza y que el sér racional se sobrepone al bruto. Levantar el nivel de la instrucción y de la moralidad del pueblo, es hacer cuanto hacerse puede para que la población no exceda á los medios de subsistencia. Ese recurso, dirás tal vez, es muy lento, dado que sea eficaz: así es, por una desgracia inevitable; *inevitable* te digo, Juan, porque no hay remedios *breves* para males *largos*.

La falta de trabajo puede provenir también, y es en general el caso en nuestra España, no de que no haya que hacer, ni de que sobre población, sino de que falte capital, ya porque escasea, ya porque se dedica á especulaciones que no proporcionan trabajo, ó á gastos que alimentan el trabajo de otros países.

En España faltan en general caminos, canales y puertos; faltan industrias; faltan edificios apropiados para provisiones, hospitales y

asilos benéficos; faltan casas para pobres; falta que explotar nuestro rico suelo, que con trabajo inteligente produciría mucho más y mucho mejor. Cuando se habla de hacer algo de todo esto, suele responderse: no hay dinero, no hay capitales.

Mucho tiene de verdad la respuesta: en un país en que se pierde tanto tiempo, no puede haber mucho dinero, ni grandes ahorros donde hay desorden en la administración pública y despilfarro en los gastos particulares. Para estar en lo cierto, hay que partir del hecho de que España, con un suelo rico, es un país pobre, comparado con Inglaterra, Francia, Bélgica, etc., etc. Pero además de que escasean los capitales, se da á muchos una dirección que no proporciona trabajo. El Estado está siempre falto de recursos y de crédito, y toma prestado á un interés crecidísimo, de modo que la especulación más lucrativa es darle dinero á rédito. ¿Cómo han de ir los capitales á levantar fábricas, á fecundar nuestro suelo, si prestados al Gobierno, ganan no se sabe cuántos por ciento, sin inteligencia ni trabajo? La deuda pública aumenta, y con ella los que viven del *agio*, que se reduce á comprar barato y vender caro, sin haber añadido nada al valor verdadero, al valor útil de la cosa comprada.

Los propietarios, por despilfarro en sus gastos, descuido, completo abandono ó falta de inteligencia en la administración de sus bienes, se ven en la necesidad de tomar dinero

sobre ellos y dan un subido interés, que es todavía mucho mayor para los que no pueden ofrecer en hipoteca un inmueble. El atractivo de una gran ganancia sin necesidad de emplear trabajo ni inteligencia, lleva los capitales, como ves, á prestar al Estado y á los particulares sumas que no emplean en gastos reproductivos, generalmente, sino en superfluidades ó en vicios.

Para el Estado, para los particulares, para todo el mundo, el préstamo, cuando no se dedica á una especulación beneficiosa, á mejorar fincas, á gastos reproductivos, en fin, el préstamo, cuando se consume, cuando se come, es la ruina del que toma prestado: tal es el caso de miles de personas pobres y ricas, grandes y pequeñas, en nuestra patria, y una de las causas más poderosas de empobrecimiento y de que no haya trabajo. Todos los países, se dirá, tienen deuda y papel y gentes que lo compran y viven de su renta. Es cierto; pero en los pueblos prósperos es menor la deuda pública relativamente á la riqueza; es mayor el crédito; se paga en consecuencia un interés más reducido, y los capitales no se agolpan á la Bolsa, á la usura, al agio, en tan grande escala, dejando languidecer la agricultura, la industria y el comercio, donde hallan mayores beneficios.

Hemos hablado de usura, de ese cáncer que nos está corroyendo, y conviene definirla. Entiendo por usura *un interés excesivo del capital, que no guarda proporción con el trabajo*

y la inteligencia que emplea el que lo cobra, ni con el riesgo que corre, ni con el rédito que se saca de los capitales empleados en empresas beneficiosas. Si la definición es exacta, ¡qué de usureros en nuestra patria! Aquí, Juan, la economía política vuelve á encontrarse con la moral: si sus leyes se respetasen más, no habría tantos despilfarradores viciosos que pagasen réditos usurarios, ni para cobrarlos habría tantos hombres sin conciencia.

Pero es necesario ser justos y comprender las dificultades que entre nosotros ofrecen las empresas verdaderamente beneficiosas para el país y que proporcionan trabajo. Hay que luchar con las preocupaciones de la comarca; con la mala voluntad de los que se creen perjudicados; con la poca inteligencia de los operarios; con sus hábitos de holganza; con la falta ó carestía de instrumentos ó ingredientes auxiliares que pagan fuertes derechos; con el mal estado de las comunicaciones; con la poca seguridad que hay para las propiedades y para las personas; con lo abrumador de los impuestos, y de algún tiempo á esta parte con la hostilidad de los operarios, que puede quedar latente, traducirse en huelga ó ir más allá.

Ahora dime tú, dígame cualquiera persona de razón y sinceridad, si con tantos obstáculos para realizar un beneficio por una parte, y tantas facilidades por otra, no es natural que la balanza se incline al lado del egoísmo, y que los capitales corran á la ganancia fácil, y más cuando *todos lo hacen.* Los males muy

generalizados son más de deplorar, pero son menos imputables á los indivíduos, porque revelan una especie de complicidad en las cosas, que, si no los justifica, disminuye no obstante la culpa de cada uno en esa especie de torbellino en que van envueltos todos. Las cosas malas, malas son siempre; pero la maldad de los que las llevan á cabo varía mucho con las circunstancias: condenamos la mala acción, pero antes de aborrecer ó despreciar al hombre que de ella es responsable, preguntémonos: *En su lugar, ¿hubiera sido yo mejor?* Si no exigiéramos de los otros más bien que el que somos capaces de hacer, se evitarían muchos odios y muchos rencores que, haciendo daño al que los inspira, hacen todavía más al que los siente.

Yo te aseguro que me inspira una especie de gratitud y de admiración cualquiera persona que plantea una industria, mejora un cultivo, construye una fábrica ó un barco, y alejándose de las ganancias fáciles para él, estériles ó perjudiciales para la sociedad, va á buscarlas entre luchas y dificultades sin cuento, y da trabajo al obrero y beneficios á su país. Mucho hacen por él los que no desertan de un campo donde se lucha en condiciones tan desventajosas.

Hay otras causas que explican la falta de trabajo; tales son:

La ignorancia de los que podrían darlo y no mejoran su propiedad ó no plantean una industria por no saber las ventajas que puede reportarles.

Ciertos hábitos de avaricia sórdida, que halla su mayor complacencia en contemplar el tesoro guardado.

La desconfianza.

La falta de aquel espíritu de asociación que da por resultado un gran capital con los pequeños ahorros de numerosos asociados.

El descrédito en que las asociaciones han caído.

La falta de probidad, que justifica el retraimiento de los que ven un estafador en casi todo el que les propone una especulación.

Las preocupaciones, que aunque van desapareciendo, influyen todavía para que cierta clase de personas rehusen dedicarse á empresas que proporcionarían trabajo.

Ya ves, Juan, si estos obstáculos, y otros análogos que omito, pueden hacerse desaparecer á tiros ó dando decretos, y haciendo leyes ú organizando huelgas, y si, arraigados como están, es obra de un día ni de un año el arrancarlos. Para esto se necesita que varíen las condiciones económicas del país; que la seguridad y la moralidad crezcan, y también que varíen los hábitos y las ideas. ¿Deduciremos de aquí que no debe intentarse nada para salir del triste estado en que nos hallamos? No, ciertamente. Hay que trabajar mucho, luchar incesantemente, pero sin desalentarse si el triunfo no es inmediato y completo, porque no pueden vencerse en poco tiempo obstáculos que han necesitado mucho para acumularse.

Tú habrás oído hablar de *organización del trabajo;* es la piedra filosofal de los alquimistas sociales. Cómo se ha de organizar en el sentido que ellos lo intentan, es decir, de modo que ponga fin á la miseria y á la injusticia, ninguno lo ha dicho, porque no se puede llamar organización á los sueños socialistas ni á los delirios de Fourrier.

Cuando no hay trabajo, nadie puede tener derecho á él, como te he dicho; cuando le hay, es un hecho; y en cuanto á su organización, á esa fórmula superior que ninguno ha dado, puede afirmarse que ninguno la dará. La organización del trabajo, como la del Municipio, del Estado, de la escuela, del taller y del ejército, puede acercarse á la perfección, pero no puede ser perfecta, porque no lo son los hombres que en ella intervienen.

Yo he sido joven también; yo he sido soberbia, y me he rebelado contra la necesidad del dolor, y he seguido á los que buscaban fórmulas superiores de organización social, y aun las he buscado por mi cuenta. Yo he protestado alto, muy alto, en mi corazón y en mi conciencia, contra todo lo existente, y he querido una renovación completa, absoluta. Los innovadores más atrevidos no me parecían imprudentes, ni los soñadores más delirantes, insensatos. ¡Juzgaba tan cuerdo y razonable á todo el que me decía: *Los hombres van á dejar de ser desdichados!* La pasión del bien me arrastraba; pero al estrellarse contra la realidad, sentía el golpe; y reci-

bí tantos, que se templó mi alma, y tuve bastante fuerza para no cerrar los ojos á la luz que los hería dolorosamente: entonces vi una cosa muy sencilla; vi que toda institución humana ha de ser imperfecta como el hombre, y que toda imperfección ha de producir dolor. Acepté, pues, el dolor como una cosa inevitable; comprendí que disminuirle es nuestra obra, y perfeccionarnos nuestro único medio; que toda mejora social tiene que ser lenta, como el perfeccionamiento del hombre, y que esas fórmulas superiores para curar en un día, en una hora, las llagas sociales, eran delirios de la soberbia y sueños del buen deseo. Los que adquirimos este convencimiento debemos resignarnos á representar un modesto papel, y á que nos traten muy de alto abajo los apóstoles de las reformas radicales é instantáneas. Tú podrás notar que, si nos conceden buena voluntad, nos miran con desdeñosa compasión, como á pobres gentes sin elevación en las ideas ni energía en el carácter, esclavos de la rutina é incapaces de elevarse á altas concepciones científicas. En cuanto á mí, nada importa; estoy resignada hace tiempo á ser una operaria humilde de la obra social; pero á ti es fácil que te fascine esa altivez y que midas la ciencia por el orgullo, y más cuando las promesas que te hacen halagan tu deseo.

Debemos distinguir, no obstante, entre el *derecho* al trabajo y la *organización* del trabajo. El primero es un imposible; la segunda

lo es también, si se cree hallar con ella un remedio á todo género de miserias é injusticias sociales, que tienen su origen en la imperfección del sistema económico actual; pero en cierto sentido es un hecho. Desde que se ha empezado á trabajar, ha empezado á *organizarse* el trabajo, y esta organización se perfecciona á medida que se ilustra y se moraliza la sociedad. Del trabajo del esclavo, del siervo ó de los gremios, al trabajo libre, hay un inmenso progreso; pero de esto no hemos de hablar por incidencia, sino largamente y otro día.



CARTA OCTAVA

El capital y el trabajo.

Apreciable Juan: En las anteriores cartas hemos hablado con frecuencia de *capital;* ya sabemos lo que es, pero convendrá que nos detengamos un poco más á analizarlo, máxime cuando hoy todo el mundo habla de él, y es un recurso oratorio, un arma ó una bandera de combate *declarar la guerra al capital;* especie de absurdo que causará algún día grande asombro.

El capital no es precisamente dinero. Se tiene un capital en géneros de lana ó algodón, en frutos coloniales, en trigo, vino ó aceite.

Capital es un valor de que no necesita inmediatamente su dueño, y que puede convertirse en instrumento de trabajo.

Ya hemos visto que sin capital, sin la facultad de hacer algún anticipo, y sin instrumentos de trabajo, son imposibles la civilización, la prosperidad, y hasta la existencia de las sociedades.

Sin capital no se siembra el trigo, ni se planta la vid, ni se forman los rebaños, ni se fabrica una vara de lienzo, ni una caja de fósforos, ni se trae una arroba de azúcar, ni una libra de tabaco; sin capital no hay más que ignorancia, barbarie, miseria moral y física, vicio y crimen, porque ya no cree nadie en las virtudes y altas dotes de los pueblos salvajes.

En los países civilizados hay pocas personas que no tengan algo de capital. Tu herramienta y el dinero con que te mantienes toda la semana hasta que cobras el sábado, es un capital.

El botijo y la cesta donde lleva los vasos la aguadora, es un capital; y las naranjas de la naranjera, y la verdura del que la vende, los fósforos y el papel de hilo del fosforero, las madejitas de algodón y de hilo y los rábanos, son un capital también.

Sin poder hacer algún anticipo, ni agua puede venderse por las calles

Pero contra estos pequeños capitales nadie truena: no son ellos los causantes de la miseria pública. Ahora te pregunto yo, Juan, es decir, pregunto á los que procuran extraviarte: ¿Desde cuándo empieza la *malicia* del capital? ¿Desde qué cantidad es perturbador, opresor, tirano, como algunos lo llaman? Menester sería fijarla, porque, poco ó mucho, casi todos los hombres son capitalistas, y convendría saber los que no están comprendidos en el anatema.

Como te decía en una carta anterior, á una ley misma obedecen el oleaje de una aljofaina y el del Océano; no es diferente la del mercado de Londres á la del puesto de verdura donde compras patatas. El capital del aguador, lo mismo que el del banquero, quiere sacar el mayor rédito posible; procura excluír la competencia y ensanchar el mercado, etc., etc.

Si voy á una tienda de objetos de lujo, veo que me piden por una cosa la mitad, un tercio, una cuarta parte más del precio en que me la dan, del precio corriente; es decir, hablando claro, que procuran engañarme. Aquel gran capitalista es un mal hombre. Llamo al naranjero, me pide también una mitad, un tercio, una cuarta parte más de lo que ha de llevar; me dice que son excelentes, aunque sean malas, sus naranjas; si puede, me las encaja podridas; en fin, procura engañarme en el precio y en la calidad. Aquel pequeño capitalista es un mal hombre. Todo el que vende una cosa procura sacar de ella la mayor cantidad posible; todo el que la compra trata de dar lo menos que puede; es la ley económica que obedecen todos, pobres y ricos.

Te haré observar, no obstante, que los pequeños capitales sacan un rédito infinitamente mayor que los grandes, y tanto, que te parecería monstruoso si bien lo notases. El naranjero, el verdulero, el que vende fósforos, sacan un ciento por ciento de su capital cada semana; esto no te irrita, y reservas tu có-

lera para el fabricante, que saca un seis ó un diez por ciento, ó para el agricultor, que saca un tres. El precio de la mayor parte de las cosas que compras está recargado por el rédito exorbitante que de su capital sacan los pequeños capitalistas, que no obstante hallan gracia ante los enemigos del capital, cuya culpa, si la tuviese, estaría en razón inversa de su importancia.

Un gran capitalista hace una casa y procura dar pocos jornales; es decir, comprar el trabajo lo más barato posible: un pequeño capitalista, el albañil, procura que suba su jornal y trabajar poco y no bien; es decir, vender caro y malo.

El capitalista de un duro y de un millón hacen lo mismo; sus acciones que pueden diferir en resultado económico, tiene el mismo valor moral, y ellos no son peores ni mejores uno que otro.

¿Deduciremos de aquí que el hombre es un perverso monstruo, todo fraude y egoísmo? No seguramente: de aquí se deduce que la fraternidad tiene su lugar, que no es el mercado; que la compra y la venta, aun con la mejor fe, están regidas por el interés, y regatea con el vendedor hasta el último maravedí el mismo que es capaz de darle en seguida su sangre para salvarle de un peligro; que la Providencia, más sabia que los hombres, ha puesto el cálculo como ley en los negocios mercantiles y en todas las especulaciones, sin lo cual serían imposibles. No es esto decir, nada me-

nos que eso, que en ellas se ha de prescindir de la justicia y de la moral, sino que la generosidad y la abnegación, indispensables en la vida social, van con otro orden de ideas y tienen otro campo en que ejercitarse. Importa mucho no confundir estas cosas; ya porque es perjudicial toda inútil tentativa de llevar al mercado lo que no puede estar en él, ya porque se calumnia á la humanidad, pervirtiéndola en igual proporción, si se le niegan sus virtudes, sin más motivo que el que no las practica allí donde son impracticables .

El capital es un gran bien, una necesidad. Se abusa de él como del poder, de la ciencia, del valor, de la fuerza, del nacimiento, de la belleza, de cuanto hay. Toda ventaja puede convertirse en una iniquidad, si el que la posee no tiene razón ni conciencia, y los pequeños capitales son los que exigen un rédito mayor.

Sobre otra circunstancia llamo muy particularmente tu atencion, que se fija en los capitalistas que se enriquecen y no en los que se han empobrecido. Si estudiaras la historia de muchas industrias que hoy prosperan, tal vez la mayor parte, verías que los primeros, acaso los segundos y terceros especuladores que las plantearon se han arruinado, y los que vienen después compran por casi nada edificios, aparatos, etcétera, y reciben de balde la experiencia que costó su fortuna al que les ha precedido. Esto no es un caso eventual; hay una gran masa de capitales que constantemente se pier-

den en especulaciones *que salen mal,* y que no son otra cosa que ensayos hechos á costa de los capitalistas y en favor de la sociedad, y de ti, que formas parte de ella.

La explotación de minas, por ejemplo, es seguro que no da lo que cuesta, sobre todo la de metales preciosos. Cualquiera que sea el móvil que impulse á llevar allí los capitales, es el hecho que se pierde en gran parte para su dueño, y que el beneficio que logra la sociedad es á costa de la pérdida de muchos de sus individuos.

Tú dirás tal vez: ¿cómo puede ser útil para la sociedad lo que es desventajoso para el individuo? Nos detendremos un momento para comprenderlo bien.

En España es indudablemente útil que se introduzcan ciertas industrias de que carece, y para las que no tiene ninguna desventaja *natural.* Sea la fabricación de cristales; y la pongo, por ejemplo, porque me consta que una fábrica que está hoy dando grandes ganancias, arruinó á sus primeros dueños. Trátase como te digo de la fabricación de cristal; hay que traer todos los operarios del extranjero, y las materias primeras en su mayor parte; hay que buscar corresponsales, y hacer variar al comercio del camino que tiene hábito de frecuentar yendo á surtirse á otra parte; no se pueden vender inmediatamente los productos, como sería necesario; hay que hacer edificios costosos, etc, etc. No basta el capital; resultan errados los cálculos, y el especulador se

arruina. Le sucede otro, á quien acontece lo mismo; hasta que el tercero, con los edificios y útiles que compra más baratos con todos ó una parte de los operarios que halla instruídos ya, sin tener que apelar al medio onerosísimo de recurrir para todo al extranjero, con corresponsales y medios de dar salida á los productos, con el capital que se ha visto ser indispensable para el buen resultado de la empresa, con la experiencia, en fin, comprada á costa de la ruina de los otros dos, el tercer especulador plantea una industria beneficiosa para sí y para el país.

Con la explotación de una mina sucede algo parecido. Si nada se saca de ella, el capitalista y la sociedad, todos pierden; más puede sacarse un mineral de mucha utilidad, pero en cuya explotación se hayan arruinado una ó más personas, ó que aunque no se arruinen, no saquen rédito á su capital, ó lo saquen muy pequeño.

Esto es todavía más palpable en las grandes obras públicas. Se sabe que los caminos de hierro no han sido una buena especulación en ninguna parte; que en muchos han perdido los individuos los capitales en ellos empleados. Tú que recorres alegremente la vía en un tren de recreo, tal vez entre copla y copla eches una parrafada contra el capital, contra ese feroz tirano causa de todos tus males, y no sospechas que te ha hecho gratis, ó poniendo dinero encima, la obra tan útil y cómoda para ti y para la sociedad entera.

¿Has oído hablar de la apertura del istmo de Suez? Es una empresa gigantesca que pone en comunicación el Asia con la Europa, y regenerará aquella inmensa parte del mundo, llevando á su cabeza la luz de la ciencia, y á su corazón el espíritu del Evangelio. ¿Cómo se lleva á cabo esta obra? Dícese que sacrificando una parte del capital: parece que el sacrificio es la ley de todas las grandes cosas.

Y cuenta con que en esas empresas en que se pierde el capital en todo ó en parte, el trabajo y sobre todo el trabajo manual, no pierde nada : haya ó no haya ventajas, cóbrese un interés ó no se cobre, los jornales del obrero se pagan religiosamente. Se dirá que no es posible otra cosa porque el obrero no tiene ahorros para hacer anticipos, y no podría trabajar si no se le diera cada semana con qué comer: así es la verdad, pero no es menos cierto que el trabajo del bracero nada pierde en las empresas que arruinan al capital, que, fruto las más veces de grandes privaciones y de una laboriosidad inteligente, desaparece para su dueño con gran ventaja del común. Si se hiciera una estadística exacta, te asombrarías de los millones que cada año pasan de manos de sus dueños á la sociedad que los recibe, ya en forma de obras públicas que no son ventajosas para particulares que las emprenden, ya en tentativas industriales ó mercantiles, ruinosas hoy, y que un día serán de grande utilidad. Estos millones suponen centenares ó miles de personas que pierden parte, tal vez toda su

fortuna. Ha sido mal adquirida, pensarás tal vez. Este es otro error en que estás, Juan. Hay fortunas, demasiadas por desgracia, que son, en efecto, mal adquiridas, pero no son las más, ni con mucho; la mayor parte son fruto del trabajo inteligente, de la perseverante economía.

Tu te quejas del especulador afortunado que escatima al obrero su jornal, mientras él realiza grandes ganancias. Suelen exagerarse mucho las ajenas, mas si es como tú lo dices, hace mal; pero si es raro que un capitalista, cuando realiza una gran ganancia, espontáneamente dé una parte de ella á los operarios que le hayan ayudado á realizarla, no tengo tampoco noticia de que los trabajadores que han recibido buen jornal, y religiosamente pagado, para plantear una industria que arruinó al que ha intentado establecerla, digan: «Vamos á fumar algunos cigarros menos, y dar dos cuartos cada semana, para que no se muera de hambre el que fué capitalista y hoy está sumido en la miseria. Nos ha dado pan y hoy no le tiene, y nosotros ganamos en la tentativa en que él lo perdió todo».

Te repito que no tengo noticia de que los obreros hayan pensado nunca nada semejante en los muchos casos (porque insisto en que son muchos) en que se arruina en una empresa el que pagó bien el trabajo. Y no es que los trabajadores sean malos ni miserables, nada de eso; son, por el contrario, caritativos y generosos; pero no les ha ocurrido semejante idea

hija de la fraternidad que debe existir, y que no existe, entre los hombres.

Resumamos, Juan.

El capital es una necesidad imprescindible.

La gran mayoría de los hombres son capitalistas.

El capitalista, grande ó pequeño, hace lo mismo; saca de su capital todo el interés que puede.

Los capitales más pequeños son los que sacan mayor interés.

La fraternidad y la abnegación, indispensables en el mundo, no pueden exigirse en las especulaciones, en las que sólo puede exigirse moralidad.

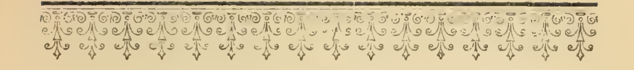
Gran número de capitalistas se arruinan en empresas beneficiosas para la sociedad.

Aunque el capitalista se arruine, el obrero cobra, y no se cuida de la suerte del que perdió su fortuna.

Yo siempre estoy con mi corazón de parte de los pobres; pero mi razón me demuestra muy claro que pobres y ricos se calumnian, cuando se atribuyen mutuamente vicios de clase. El capitalista, en lugar del obrero, haría como él, y éste se conduciría como el millonario, si en su posición se hallase. Las virtudes y los vicios del hombre varían de forma según su posición: en la esencia son los mismos. Tú y yo conocemos ricos que deberían estar en presidio, y pobres que por falta de justicia andan sueltos.

El declarar la guerra al capital es tan absurdo, como sería declarárselo al trabajo, al arado, á la sierra, al martillo, al pan, á la carne, al aceite y á las patatas.

En vez de maldecir el capital y el trabajo, lo que hay que hacer es moralizar é ilustrar al capitalista y al trabajador, para que no abusen de la fuerza cuando respectivamente la tengan ó crean tenerla; para que comprendan el gravísimo perjuicio que se les sigue, y el peligro en que los pone, el tratarse como enemigos; para que sientan que, sin moralidad, benevolencia y abnegación, son insolubles todos los problemas sociales; y que mientras la fraternidad no sea más que una palabra, no se puede llamar un bien á la riqueza.



CARTA NOVENA

De los que no pueden trabajar ó malgastan el fruto de su trabajo.

Apreciable Juan: Al enumerar las causas de la miseria, hemos empezado por la falta de trabajo, siendo indispensable definirle y tratar, aunque brevemente, lo que se ha llamado *derecho al trabajo,* antes de investigar las causas de que falte.

También ha sido necesario dedicar una carta al capital, contra el cual se subleva hoy cierta clase de trabajadores, extraviados por cierta clase de ambiciosos ó de ilusos.

Sigamos nuestro triste estudio de las causas de la miseria, y veamos cuándo viene imposibilidad de trabajar á causa de:

Enfermedad, vejez, niñez, ocupación.

¿Puede evitarse que el enfermo pobre caiga en la miseria? Sí; mas para ello se necesita recurrir á la moral, á esa moral desdeñada por algunos economistas como cosa que nada tiene que ver con la ciencia.

Para que el pobre enfermo no se vea en

la miseria, y arrastre á ella á toda su familia, es necesario que cuando podía trabajar haya realizado algunas economías, ya las guarde, ya las lleve á la Caja de Ahorros, ya se inscriba en una Sociedad de Socorros Mutuos. Esta forma de realizar la economía es la mejor de todas, porque empieza desde luego haciendo el gran bien de auxiliar al enfermo pobre y honrado, y porque pone en acción los buenos sentimientos del hombre, que se interesa por la suerte de su consocio doliente. De esto hablaremos con más detenimiento al tratar de la *asociación.*

El pobre necesita un grande y continuo esfuerzo para realizar algún ahorro; es decir, necesita una gran virtud, una gran moralidad. Hay ocasiones, y muchas, en que no le basta, porque si tiene una dilatada familia, gana un escaso jornal y los mantenimientos están caros, imposible es que realice economías, y que al caer enfermo no necesite de la beneficencia pública ó de la caridad privada, para no verse reducido al estado más lastimoso. Caridad, *beneficencia;* es decir, remedios del orden moral.

La vejez es otra especie de enfermedad, solamente que en lugar de ser eventual, es segura, y como suele ser muy larga, dificilísimo es que el pobre haya podido economizar para atender á ella. La beneficencia pública, la caridad privada y la familia pueden sacar de la miseria al pobre que por sus muchos años no puede trabajar ya. La familia que él ha criado,

y por quien ha hecho tantos sacrificios, debe cuidarle; pero desgraciadamente, el instinto habla más en favor de los hijos que de los padres, y suelen ser éstos sacrificados cuando, en una situación estrecha, para ampararlos se necesita hacer un gran esfuerzo. Esto se ve de continuo, y más cuanto los hombres están menos educados y son más groseros: entre ellos se hallan casos de indiferencia y de crueldad feroz, en que el pobre abandona al mísero autor de sus días, cuando ya no es para él más que una carga. Los hombres, en que apenas hay más que instintos, atienden á los hijos, poco ó nada á los padres, que necesitan cariño, idea del deber, conciencia, razón, moralidad, en fin para ser atendidos en aquel período de su existencia, á veces largo, en que de poco ó nada sirven. La beneficencia pública ampara aunque no siempre, á los ancianos desvalidos, y les abre asilos donde, si están sustraídos á la miseria material, les falta la familia. Aquella acumulación de desengaños, achaques, acritudes y extravagancias, hacen de un asilo de ancianos uno de los espectáculos más tristes que puede ofrecer la humanidad desgraciada. El amor de la familia ó el socorro domiciliario para auxiliar en su piadosa obra, son el único modo de salvar al anciano pobre de una vejez desventurada y verdaderamente miserable, aunque tenga alimento, techo y vestido: siempre la moral.

Los niños forman una gran masa de miserables, cuya situación es obra:

De la miseria, de la muerte, del vicio, del crimen.

Los niños pobres que la muerte deja huérfanos no tienen más amparo que la beneficencia pública ó la caridad privada; y no puede haber ninguna duda acerca de la necesidad imperiosa de socorrerlos eficaz é instantáneamente.

La miseria puede dar lugar á más dudas; pero aunque se abriguen para ciertos casos particulares, en general es evidente que un número mayor ó menor, pero siempre considerable, de niños, no pueden recibir alimento, vestido ni educación de los autores de sus días.

El vicio deja también en el desamparo á gran número de criaturas que no tienen padres sino para darles malos ejemplos.

Y, en fin, el mayor número de inocentes abandonados, lo son por el crimen, que los lleva al torno de la Inclusa ó los deja en la vía pública, ó en el desamparo en que queda el que tiene sus padres en una prisión.

En todos los países es grande el número de estos pobres, víctimas la mayor parte del desarreglo de costumbres y de la falta de conciencia. Hasta donde la Estadística puede dar luz, se observa que la miseria influye poco ó nada en el número de expósitos que forman la mayoría de los niños desamparados. Y como este número es verdaderamente alarmante; y como es grande, casi insuperable, la dificul-

tad de dar buena educación á los que no tienen familia; y como el pobre que no está bien educado es difícil que deje de ir á formar en las filas de los miserables, resulta que el vicio y el crimen son un poderoso auxiliar de la miseria: siempre la moral.

El abandono de los ancianos es cruel, pero no tiene para la sociedad consecuencias tan terribles. El decrépito lleva á la tumba la hiel alquitarada en sus últimos días; el niño derramará en el mundo la que acumuló en sus primeros años, y devolverá, acaso con creces, el mal que ha recibido.

Las atenciones imprescindibles hacen imposible el trabajo para un gran número de mujeres que tienen que cuidar niños pequeños. A unas las ha dejado viudas la muerte, otras pueden llamarse viudas del vicio ó de la pasión, del criminal abandono de su marido, su seductor, ó de su cómplice.

Si la beneficencia pública ó la caridad privada no abren asilos donde recoger estos pobres niños, es imposible que las madres trabajen, y que no caigan en la mendicidad ó en la prostitución; y por más que estos asilos hagan, una mujer que tiene muchos hijos, mientras son pequeños puede trabajar poco; y si el padre no los sostiene caerá en la situación más desdichada.

Las madres que están en este caso, los enfermos, los ancianos y los niños desamparados, nótalo bien, Juan, forman una masa de centenares de miles de criaturas que, con la

forma política que quieras, y la organización social que sueñes, se morirán de hambre si no se les auxilia, y no se les auxiliará sino á medida que la sociedad *sienta más y piense mejor*. Para estos centenares de miles de miserables que no pueden trabajar, ¿de qué serviría la organización ni el derecho al trabajo, aunque pudiera existir? El derecho á la compasión es el que ellos necesitan, derecho que tiene que estar en las entrañas de la sociedad antes de qué pase á sus leyes.

Hay otros miserables, y el número no es corto, que lo son por negarse á trabajar, siendo las causas de su culpable desdicha:

El crimen, el vicio, la vanidad.

El crimen arranca al trabajo muchos brazos útiles, que buscan la subsistencia en el robo, la estafa, el juego fraudulento, en mil especulaciones inmorales castigadas por las leyes, y por regla general, conducen al especulador á la prisión y á la miseria. Nota bien que los que quieren vivir haciendo lo que las leyes prohiben, es raro, muy raro, que no mueran miserables.

El vicio distrae todavía más brazos del trabajo. Como horroriza menos se extiende más, é inutiliza más completamente á sus enervadas víctimas; es muy difícil hacer un trabajador de un hombre criminal de la clase de los que mencionamos aquí; es decir, de los que han buscado la subsistencia en el crimen; pero acaso es aún más difícil hacer trabajar á un hombre vicioso, porque suele añadir á

la falta de resorte moral, la carencia de fuerza física.

Pasa revista mentalmente á los que conoces (que por desgracia serán bastantes), que se embriagan, que juegan, que son perezosos, que se entregan á excesos deshonestos, y verás cuán difícil es convertirlos en trabajadores, si el vicio ha llegado á adquirir grandes proporciones.

La vanidad quita también brazos é inteligencias al trabajo, más ó menos, según los países; el nuestro no es de los que menos. Hay personas que, habiendo tenido una regular posición, se creen rebajadas dedicándose á ciertos trabajos, aun cuando las honraría mucho más que el pan debido á la limosna, que degrada á todo el que no la recibe con verdadera necesidad. En España queda mucho que hacer en este sentido, porque es grande el poder de la preocupación, reforzada por la pereza. El trabajo podrá ser más ó menos agradable, más ó menos sano, más ó menos lucrativo, pero es honrado siempre; y es santo cuando el trabajador, para emprenderle, tiene que sacrificar alguna preocupación del amor propio. La vanidad, esa loca prostituta, es quien le calumnia y le infama, apartando de él á los débiles que la escuchan. ¡Cuánto más noble y más digna es la blusa del obrero, que la levita mugrienta del pobre que lo es por no sacrificar sus vanidades de señor! Hay pobres vergonzantes dignos de la mayor consideración y respeto, pero los hay también que de-

berían recibir el nombre de *vergonzantes sin vergüenza,* porque no la tienen de recibir limosna pudiendo trabajar.

La vanidad influye de otros muchos modos, y es uno de ellos arrancando brazos al trabajo útil, para llevar inteligencias á donde sobran y se convierten en una causa de perturbación y de miseria. Un industrial prospera; es impresor, zapatero, sastre, etc.: en vez de educar á su hijo, para que le suceda con ventaja, teniendo más conocimientos que él tenía, y dejando de trabajar por rutina, se le despierta la ambición de hacer de él un señor, y le manda al Instituto. Tal vez sus estudios no pasan de la segunda enseñanza, pero esto basta para que se crea rebajado siendo lo que fué su padre. ¿Cómo ha de coger una herramienta el que sabe el alfabeto griego, y ha oído hablar del binomio de Newton? Busca, pues, un empleo, una ocupación *decorosa,* y va á aumentar el número de los que no hallan ocupación; y alternativamente pretendiente, empleado ó cesante, cae en la miseria, y arrastra á ella á la nueva familia que ha formado. Si concluye sus estudios, si en la Universidad se hace abogado, médico, farmacéutico ó notario, el mal es acaso mayor: las necesidades de su decoro crecen; la competencia es furiosa; no hay enfermos ni asuntos sino para una mínima parte de los que los buscan, y el resto desmoraliza la sociedad con intrigas, la espolia con fraudes, la trastorna con rebeliones, ó sufre en la miseria las consecuencias de la falta

de trabajo. Mientras muchas artes, mecánicas en parte, y que en parte necesitan cierta instrucción é inteligencia, están desiertas ó ejercidas por extranjeros, aumenta de un modo alarmante la falange de los que quieren elevarse de su esfera á una en que no es posible que se sostengan. Bien está que suba hasta la mayor altura social el joven de talento, donde quiera que haya nacido, pero que sea en virtud del mérito que Dios le dió, y no de la vanidad de su padre.

Esta causa de perturbación y de miseria es más poderosa de lo que generalmente se cree, y obra en el triple sentido de privar á las artes mecánicas de operarios inteligentes, aglomerar ambiciones donde por buenos medios no pueden satisfacerse, y desprestigiar la nobleza del trabajo cuando tiene algo de manual. Sin vencer esta preocupación es imposible hacer progresos en la industria. Se han hecho algunos, justo y consolador es consignarlo, pero por el momento están neutralizados, y acaso más que neutralizados, por la rapidez y la facilidad con que se concluyen ciertas carreras, que ofrecen lo que seguramente no darán.

Ya ves, Juan, cómo no es posible estudiar la miseria sin hallarse á cada paso con la moral: te lo repito hasta la saciedad, porque importa hasta donde tú difícilmente puedes imaginarlo.

Ahora trataremos de aquella miseria que es consecuencia de *la imperfección del trabajador* y del *mal empleo del salario.*

La imperfección del trabajador puede ser

efecto de *mala volutad, ignorancia ó ineptitud natural:* esta última es inevitable, pero no es frecuente; más comunes, sobre todo entre nosotros, son la ignorancia y la mala voluntad.

El obrero no ha recibido buena educación industrial; su maestro sabía poco y él sabe menos; la rutina y el descuido son los señores del taller, acompañados de ciertas dosis de salvaje amor propio, que en vez de aspirar á la perfección, la desdeña. Las obras del artífice ignorante en su oficio son imperfectísimas; no pueden sostener la competencia con las más perfectas que vienen del extranjero; y allí van á pagarlas muchos caudales, dejando sin trabajo al compatricta, que no ofrece más que toscos productos. Observa cualquier ramo de industria, por ejemplo, la de *juguetes.* Compara los que por regla general se hacen en España y los que vienen del extranjero, y verás la razón de que salgan de nuestro país muchos millones, nada más que para entretener á los niños.

Ya sé que en la industria, como en todo, las cosas pequeñas están relacionadas con las grandes; ya sé que la imperfección de una muñeca y de un soldado de plomo se enlaza con los estudios de la Universidad y la oratoria sagrada; ya sé que el obrero imperfecto no puede por sí solo llegar á la perfección, ni es él solo responsable de no alcanzarla, pero conviene que tú sepas que una parte de responsabilidad le. cabe; que comprendas la insensatez ó la mala fe de los que te hablan tanto de *organización,*

de *derecho* al trabajo, y nada de su *perfección*. Te excitan á que ganes más, á que trabajes menos, no á que trabajes mejor; las telas de los vestidos de tus aduladores vienen del extranjero; en el extranjero se han hecho sus gemelos, su cadena, su reloj y boquilla y la pipa en que fuman; hasta la fosforera y los palillos de los dientes: y sin notar este hecho, ó prescindiendo de él, organizan propagandas políticas y sociales, establecen clubs y comités, y nada hacen para perfeccionar tu educación industrial, sin la cual estarás siempre al borde de la miseria, si no caes en su abismo, porque toda esa fraternidad verbal con que te aturden no hará que te compren caro y malo, lo que un extranjero les vende barato y bueno.

Creo deber llamarte la atención sobre lo poco que hacen por darte pan los que parecen hacer mucho por darte derechos. Y cuenta con que yo tengo en mucho las teorías y en muchísimo los derechos; pero la teoría de la riqueza sin trabajo inteligente, es absurda, y la de los derechos imposibles, perjudicialísima. Con un poco menos de doctrinas políticas y sociales que te predicaran, y un poco más que te enseñasen á leer, escribir, contar, elementos de geometria y de otras ciencias aplicadas á las artes, tú saldrías mejor librado, y la sociedad progresaría más. El trabajador moral é inteligente es elemento de progreso; el trabajador ignorante, soliviantado y levantisco, es elemento de motín.

En cuanto al trabajador imperfecto que lo es

por su volutad torcida, no hay más recurso que enderezarla, y no veo para ello otro medio que los principios religiosos y morales, que individualistas y socialistas suelen tratar con desdén. Mira las cosas de cerca, Juan, como pasan debajo del sol, como pasarán siempre, porque el mundo económico tiene sus leyes eternas como el mundo físico, y si te obstinas en no hacer perfecta tu obra, nunca serás retribuído como el obrero que trabaja mejor. Si no hay en ti un sentimiento religioso; si no quieres ser perfecto *como tu Padre Celestial;* si no tienes un sentimiento moral; si la idea de lo que debes á los tuyos y de lo que necesitas tú mismo, no te estimula á dar á tu obra aquella perfección que puedes darle, y sin la cual no te dará pan, ignoro á qué medio puede recurrirse para que no caigas en la miseria.

Aunque el trabajador sea hábil y esté bien retribuído, no dejarán de ser miserables él y su familia, si emplea mal su salario.

Puede ser solamente *ligero,* y despilfarrar en cosas superfluas lo que ha menester para las necesarias.

Puede ser *vicioso,* y llevar á la taberna el fruto de su trabajo.

Puede ser *criminal,* y emplear en el garito ó en sostener relaciones ilícitas los recursos que necesitan sus hijos para comer.

Repasa tu memoria, y recordarás al punto gran número de trabajadores hábiles y bien pagados, que tienen á su familia sumida en la miseria, y son miserables ellos mismos, por el

mal empleo de su jornal. Puede darse como regla, que cuando un trabajador gana mucho en un oficio que exige poco arte, cuando tiene mucho dinero y poca educación, se hace vicioso, y por consiguiente miserable. Hay ocupaciones muy retribuídas, ejercidas por hombres groseros que se degradan convirtiéndose en un plantel de miserables; y ahí tienes cómo todas las cuestiones en que entra el hombre, aunque sean económicas, son en parte religiosas y morales; y ahí tienes cómo el obrero no es una máquina que puede asegurarse que funcionará bien dándole cierta cantidad de agua, de carbón y de grasa; y ahí tienes cómo el salario es una parte del problema, pero no es todo el problema, para el bienestar del trabajador.



CARTA DECIMA

Insuficiente remuneración del trabajo.

Apreciable Juan: El estudio de las causas de la miseria nos conduce hoy á la insuficiente remuneración del trabajo, cuestión grave, pavorosa en algunos casos, que destila lágrimas siempre, y muchas veces sangre. *Vivir trabajando ó morir combatiendo*, decían los sublevados obreros de Lyón; pero la sangre de los que han muerto no libertó de la miseria á los que han sobrevivido. Ni los vencidos, al expirar, resolvieron el problema, ni los vencedores tampoco al darles sepultura; la artillería sofocó la rebelión, pero no aniquiló sus causas, y después de restablecerse el orden, como antes, la miseria dijo: «*Aquí estoy, desesperada y amenazadora*». Las cuestiones económicas no se ventilan á tiros; yerran los pueblos en sublevarse para resolverlas, y los Gobiernos en pensar que no resta que hacer nada cuando los han sujetado.

Dicen que los toros cierran los ojos para acometer; los pueblos hacen con frecuencia lo

mismo, y desgarran el trapo que les ponen por delante, dejando ileso al causador de su daño. ¡Cuántas veces se acusa á una persona, á una ley, á una forma de gobierno, de males que son efecto de hondas, múltiples y variadas causas! En la cuestión que nos ocupa, la de los salarios, ¿á quién sueles acusar de su insuficiencia? Al maestro del taller, al dueño de la fábrica, al que con cualquier nombre adelanta el capital y paga el trabajo. Bien podrá ser que tenga una parte de la culpa, bien podrá ser que no tenga culpa alguna; de seguro no la tiene toda.

Primeramente, Juan, has de notar, que de los capitalistas industriales, como de los que van á América á hacer capital, se ven los que vuelven ricos, y no los que han sucumbido víctimas de las enfermedades endémicas. Te he dicho y te repito, que son muchos, muchísimos, los capitalistas que se arruinan en empresas industriales; y es ley económica y moral que este riesgo se pague, que cobre su interés: tú prescindes de él. Primer error.

La mayoría de los capitalistas industriales, la gran mayoría, aun prescindiendo de los que se arruinan, no realiza grandes ganancias; viven, prosperan, pero no se hacen opulentos; tú te imaginas que todos son millonarios, porque se exageran los bienes que se desean, y más cuando á ellos creemos tener algún derecho. Segundo error.

El capitalista industrial, no sólo pone y arriesga su dinero, pone también su trabajo:

tú te imaginas que vive en la holganza, porque no maneja una herramienta pesada. Tercer error.

El capitalista industrial, no sólo trabaja, sino que su trabajo es inteligente: debe pagarse y se paga más: tú prescindes de esta mayor y merecida remuneración. Cuarto error.

Tú crees que los salarios pueden subirse mucho, sin que por eso dejen de tener una razonable ganancia los que los pagan. Quinto error.

Si los salarios subieran no lo que pretenden los asalariados, sino mucho menos, las fábricas se cerrarían, cesarían las empresas industriales, porque producirían pérdidas en vez de ganancias: esta sería la regla con poquísimas excepciones. Aunque las ganancias del capitalista industrial fueran tan fabulosas como supones, distribuídas entre centenares ó miles de obreros, tocarían á casi nada; de manera que sin mejorar sensiblemente su situación hoy, este aumento los dejaría sin trabajo mañana, porque, ¿quién había de anticipar capitales y poner trabajo inteligente sin el estímulo de una regular ganancia, ó con la seguridad de perder? Ya te he dicho que las cosas se han de poner en su lugar, y que el mercado no es el de la abnegación y del heroísmo. Y esto, no te figures que sucede por la maldad de los hombres, sino por la ley de las cosas. En los negocios, en las empresas, desde el momento en que se sustituyese al cálculo la abnegación, se arruinaría al empresario, no habría empresa

posible, ni progreso, ni civilización, ni otra cosa que miseria. El cálculo es, pues, una cosa necesaria, y por consiguiente justa; es bueno, como todas las facultades que hemos recibido de Dios; sólo es malo cuando abusamos de él, convirtiéndole en un instrumento de ruina ajena, atropellando la leyes de equidad, sin otra mira que el provecho propió.

Volvamos á la insuficiencia de los salarios. Es preciso que te fijes bien en todas las consecuencias de que suban de una manera sensible. Trabajas en una fábrica de tejidos de algodón; echas tus cuentas (mejor ó peor echadas) de las ganancias que realiza el fabricante, y dices:—Puede darme doce reales más cada semana.—Si solamente lo dijerais tú y los que á la misma labor que tú se dedican, tal vez la cosa sería hacedera en algunos casos; pero observa lo que va á suceder. Querrán aumento de salario:

Los que cultivan el algodón.

Los que lo recogen.

Los que lo conducen.

Los que hacen los carros en que ha de conducirse.

Los que hacen con él las operaciones que necesita para embarcarle en el estado en que le emplea tu fábrica.

Los marineros que tripulan el buque, y la multitud de operarios que han tomado parte en su construcción.

Los que cargan y descargan las pacas, y los carreteros que las conducen á su destino.

Los que extraen el hierro, los que conducen, y la multitud de operarios que se necesitan para convertir el mineral en las prodigiosas máquinas, destinadas unas á comunicar fuerza y otras á utilizarla.

Los que extraen el carbón.

Los que proporcionan los vegetales y minerales para blanquear y pintar las telas.

Los que hacen los dibujos, etc., etc., etcétera.

Suspendo la enumeración, por no hacerla más pesada, sin decirte la mitad de los trabajadores cuyo salario influye en el precio de una vara de percal. Que este precio aumentará cuando sea preciso pagar más á los que contribuyen á formar el producto, es evidente, y también lo es que cuando el percal esté más caro se venderá menos, que la fabricación disminuirá con la venta, y que sobrarán una parte de los operarios. Consecuencia de la subida de salarios: disminución de trabajo.

Pero los que fabrican telas de algodón no son los únicos necesitados ni deseosos de verse mejor retribuídos; acontece lo propio á todos los trabajadores; y cuando todos lo consigan, el aumento de precio que ha tenido la vara de percal, por la misma razón, le tendrán la fanega de trigo, la arroba de aceite, el cuartillo de vino, la libra de carne, la pieza de paño, el par de zapatos, todos los productos, en fin, porque no hay ninguno de los que satisfacen verdaderas necesidades, cuyo valor no dependa del trabajo. Consecuencia de la subi-

da de los salarios: aumentar el precio de todos los productos.

Ahora bien: ¿de qué te servirá, Juan, que te aumenten el jornal, si se aumenta en igual ó mayor proporción el precio de todas las cosas que has de comprar con él?

Hay quien insiste en que el precio de los productos puede quedar el mismo, aunque se aumente la retribución de los productores. Es un error que se desvanece con reflexionar un poco sobre lo que pasa y ha pasado. Se inventa una máquina que lleva grandes ventajas á la mano del hombre, para tejer lienzo, por ejemplo. Según la opinión que combato, el lienzo no abaratará, sino que el fabricante ganará más. Sucede, y ha sucedido siempre, todo lo contrario. El inventor de la máquina podrá enriquecerse, justo sería; por lo general, vive y muere pobre: los primeros que la adoptan se enriquecen tal vez; no es fuera de razón, pues han hecho más justicia á la inteligencia y arriesgado su capital, realizando un pensamiento beneficioso para la sociedad. Pasada esta primera época, breve, las ventajas de la invención son para los consumidores, no para los capitalistas; el ingenio, como el sol, brilla gratis para todos. En Inglaterra, donde primero y más en grande se han empleado esos obreros poco costosos que se llaman máquinas, no es donde los capitalistas sacan mayor interés; al contrario, como hay muchos se hacen pagar menos: lo que han hecho los ingleses con los adelantos de la me-

cánica, es vender mucho y muy barato, no sacar un gran rédito de sus capitales.

Esto que sucede en la Gran Bretaña, ha sucedido en todas partes y siempre: en cuanto baja el coste de la producción, baja el precio del producto; te lo repito, Juan, porque es una hermosa y consoladora ley económica: las ventajas de todos los progresos en las artes pasan á los consumidores, es decir, á la comunidad, y son gratuítos; el capitalista las utiliza, como uno de tantos, y en calidad de consumidor, no de otra manera. Si se inventa el modo de hacer los zapatos con menor coste, ten por seguro que costarán más baratos, no que se sacará mayor interés del capital que en hacerlos se emplee.

Resulta de esto, que el precio de los productos es generalmente el mínimo posible, dadas las circunstancias en que se producen, y prescindiendo de las ganancias del comercio, con frecuencia más exorbitantes que las de la industria. Si se aumenta el salario de la multitud de obreros que contribuyen más ó menos directamente á la fabricación de cualquier artículo, éste subirá, y subirán todos cuando todos los jornales sean más crecidos.

Hasta aquí te he hablado de los productos de las fábricas, y lo dicho puedes aplicarlo á los productos de la tierra. Los capitales empleados en ella hoy en España, no dan en muchos casos el 3 por 100; por regla general no pasan, ó pasan poco, de este módico interés. ¿Cómo es posible aumentar el jornal del

obrero del campo, sin que suban las primeras materias y todos los artículos de primera necesidad? ¿Crees que el capitalista puede cercenar de aquel rédito, y más cuando ve el muy crecido que se saca de otras especulaciones que no exigen trabajo ni inteligencia?

Ten, pues, como cosa cierta, Juan, que, por regla general, los salarios no subirán armando tumultos ni organizando huelgas, que si fuera posible que subieran, dadas las actuales circunstancias económicas, sería un mal, porque disminuiría el trabajo y subiría el precio de todos los artículos, haciendo ilusorio el aumento de jornal.

He usado de las salvedades de *generalmente, en la mayor parte de los casos,* porque no entiendo que en todos sea imposible el aumento de jornal: trataremos otro día de estas excepciones, ocupándonos de la regla de hoy. La regla es, que todo tu esfuerzo debe dirigirse, menos á que aumente el precio de tu salario, que á disminuír el de las cosas que se han de comprar con él. Dirás que es igual: para tí sí, pero hay la diferencia de que lo segundo es hacedero y lo primero suele ser imposible.

La carestía de los productos es efecto de muchas causas; apuntaré algunas.

Imperfección de los medios de producir.

Lo crecido de los impuestos.

Imperfección de los medios de comunicación.

Trabas y derechos fiscales.

Muchos y caros intermediarios entre el productor y el consumidor.

Pongamos, por ejemplo, los garbanzos. Yo soy propietario de una tierra; la abono mal, la aro mal, no la limpio; traigo la cosecha por mal camino, en un mal carro; la majo á palos. Resulta que la tierra me da poco, que su cultivo y la recolección me cuesta mucho; no puedo dar los garbanzos baratos.

Tengo que pagar una contribución territorial enorme: aumento de precio.

Los garbanzos van al mercado por un mal camino, en un mal carro, y pagando un crecido porte: aumento de precio.

Al llegar al mercado, registro, estorsiones, pérdida de tiempo, nueva contribución: aumento de precio.

Entre yo que produzco los garbanzos, y tú que los consumes, hay tres ó cuatro intermediarios, comisionistas y mercaderes, que realizan ganancias no insignificantes: aumento de precio.

Si el cultivo fuera más perfecto, los medios de comunicación fáciles, los tributos moderados, los registros y derechos de puertas suprimidos, y te entendieras conmigo para que te mandase los garbanzos, sin costosos intermedios, su precio se reduciría hasta un punto que había de parecerte increíble.

La perfección de la Agricultura ya sé que no depende de ti, pobre amigo mío; las otras causas de carestía son poderosas, y difícil y lento hacerlas desaparecer; pero en este sentido es necesario que trabajes, y en vez de prestar oídos á los que te hablen de dar á tu salario

un aumento que no puede tener, debes exponer con mucha moderación, pero con mucha constancia, la necesidades de reducir los impuestos, de quitar las embarazosas trabas fiscales y de mejorar los medios de comunicación. En esto último, Juan, tú y tus compañeros sois descuidadísimos; los caminos que se dejan á vuestro cargo, ó no se hacen, ó si os los dan hechos, los dejáis deshacer, porque no os persuadís que un mal camino, no sólo es *incomodidad*, sino *carestía.*

Lo que más pronto podrías hacer para disminuir el precio de los artículos, sería ponerte en comunicación directa con los productores. No imaginas tú cuánto aumentan el precio de las cosas esos vendedores que te las dan al por menor, y cuanto más en pequeño, más. Los comerciantes en grande sacan de su capital el 6, el 10, aunque sea el 20 por 100 al año, que seguramente no es poco; pero esos que te venden en los portales y por las calles, te llevan el 50, el 80 y hasta el 100 por 100 á la semana. No oigas, pues, hablar con indiferencia ó con prevención de las *sociedades cooperativas;* reúnete con otros compañeros para comprar las cosas lo más cerca posible del lugar en que se producen, y en la mayor cantidad á que á vuestros medios alcancen: de esto he de hablarte otro día más despacio. El comercio es una cosa grande y útil, pero esa reventa innecesaria y exagerada es una verdadera calamidad.

Mucho distan estos consejos *caseros* de las grandes teorías de tus amigos los curanderos

sociales; pero nota que no debemos desdeñar el estudio de las cosas que Dios no se ha desdeñado hacer, y, como decía un artista, los detalles minuciosos dan á la obra perfección, y la *perfección* no es *un detalle*. Las ciencias sociales tienen que descender á pormenores, que no las rebajan sino en el concepto de la gente frívola; no reputan como ajeno á ellas nada que puede interesar al hombre, y donde quiera que pueden desvanecer un error, evitan ó consuelan una desventura.

Para el poco espacio de que hoy disponemos, esta carta va siendo demasiado larga; en otra continuaremos tratando de los salarios.

CARTA UNDÉCIMA

De las huelgas.

Apreciable Juan: Decíamos el otro día que en la mayor parte de los casos no es posible aumentar el precio de los salarios sin que suba el de los productos; que subiendo el de los productos se hace ilusoria la mayor remuneración, porque lo que como productor ganas, lo pierdes como consumidor, y de nada te sirve tener más dinero si te cuestan más caras todas las cosas que has de comprar con él, sin contar con que la industria tiene que reducir sus proporciones ó tal vez cesar del todo. En efecto; ya sabes que cuando una cosa está cara, se vende menos; y aunque el sofista de más genio de cuantos han procurado extraviarte haya dicho que es cosa que no se puede demostrar, no se necesita que nadie te demuestre que dos y dos no son seis, para que tú estés convencido de que son cuatro.

La subida de los salarios, que por regla general determinaría la de los productos, no sólo disminuiría la venta de éstos, y por consiguien-

te su fabricación, y en su consecuencia el número de operarios que en ella se emplea, sino que en muchos casos la haría imposible por efecto de la concurrencia. Tú fabricas lienzo, que sube de resultas de la subida de tu salario; pero en otro pueblo, en otra provincia, en otra nación no ha subido, é inundará tu mercado con sus productos, y los tuyos no se venderán y te quedarás sin trabajo. Me dirás que todos los obreros de todo el mundo vais á conveniros en no trabajar sino á tal ó cual precio, y que de este acuerdo universal resultará que, estando todos los productores en las mismas condiciones de carestía, ninguno podrá hacer competencia insostenible con su baratura.

En primer lugar, Juan, este acuerdo es imposible. Tú te equivocas ¡desdichada equivocación! la organización del trabajo con la de la guerra. Es posible formar ejércitos de obreros, señalar el lugar en que se han de reunir, adiestrarlos en los medios de matar, inflamarlos para que no teman morir, llenar la copa de su ira con una bebida que enloquece, compuesta de lágrimas y de sangre, de razón y de delirio, de injusticia y de derecho, de carcajadas infernales y ayes dolientes, y después que tengan fiebre y vean rojo, hacerles brindar por la destrucción del mundo, y lanzarlos como á esos proyectiles que caen en las tinieblas y van á herir ciegamente al que blasfema y al que ora, al que se inmola por la humanidad y al que la escarnece, al malvado y al varón justo, al duro y al compasivo, á la ramera y á la

mujer santa. Todo esto puede suceder; pero que se armonicen todos los hombres de todos los países para combatir las leyes económicas y que triunfen de ellas, eso es imposible. Después de la lucha, y queden vencedores ó vencidos los obreros, el sol saldrá por el Oriente, las aguas correrán hacia el mar, y producir barato será la tendencia irresistible del mundo económico. Esta ley de la baratura tiene sus inconvenientes y sus ventajas, como todas; el agua que se desprende de las nubes te hace un gran beneficio fecundando la tierra, pero te perjudica mucho si te cae encima. ¿Qué haces? Guarecerte cuando llueve. Las leyes económicas son tan inflexibles como las físicas; tan seguro es que tú comprarás al que te venda mejor y más barato, como que tendrás frío cuando hiela. La concurrencia es una lucha; no puede ser otra cosa. ¿Se concluye de aquí que no ha de tener modificación ni correctivo alguno, y que se ha de proclamar como ley el grito de *¡sálvese el que pueda!* y *¡caiga el que caiga!* No. Pero en la batalla, y no te hagas ilusiones, Juan, es una batalla y no puede ser otra cosa la concurrencia; en la batalla, te digo, debe hallarse socorro y amor en las ambulancias, pero sería locura pedírsela á las baterías.

La concurrencia es la libertad, con todos los inconvenientes y las ventajas que la libertad tiene en todas las esferas; la baratura es el resultado de la concurrencia, y entrambas son leyes á cuyo imperio es cada día más difícil

sustraerse; lo necesario es ver cómo acomodándote á ellas mejoras tu situación, y cómo la libertad no se convierte en desenfreno y licencia. Uno de los medios á que ahora recurres para conseguirlo, es la *huelga;* detengámonos un poco á tratar de ella.

Tú haces zapatos, trabajas en un gran taller, sois trescientos operarios; á vuestro parecer las horas de trabajo son muchas, la retribución poca y la ganancia del maestro excesiva, y le decís: «Auméntenos usted jornal y disminúyanos el trabajo.» El hombre responde: «No puedo.» Vosotros replicáis: «Pues nos marchamos.» Él contesta: «Lo siento; pero me veo en la necesidad de dejaros ir.» Y os váis y, como ahora se dice, *os declaráis en huelga.*

Si no hay violencia de tu parte, si no la usas con el maestro para que mejore las condiciones que te ofrece, ni con tus compañeros para que las rechacen, estás muy en tu derecho en decir al capitalista: «No me conviene el salario de usted», como él lo estaría en decirte que no le convenía tu trabajo. Pero reflexiona, Juan, que al uso del *derecho á holgar* suele seguirse el *hecho de no comer;* y antes de condenarte á grandes privaciones tú y los tuyos, es necesario investigar bien y reflexionar mucho si lo que pides es hacedero; porque si no lo es, ¿de qué servirá que te parezca justo?

Yo no condeno las huelgas en absoluto; siempre que, como te he dicho, no se use de violencia, pueden ser un derecho; pero tam-

bién pueden ser, y son con muchísima frecuencia, un error. Digo que *pueden* ser un derecho, porque hay casos en que no lo son aunque no se use de violencia. Sobre esto voy á decirte algunas palabras, porque me consta que tienes ideas equivocadas acerca de la *libertad del trabajo*. La libertad del trabajo no es absoluta, como no lo es ninguna libertad; todas están sujetas á la gran ley de la justicia. La libertad de trabajar no te autoriza para machacar la suela en el teatro Real mientras se canta un aria, ó para trillar la paja en la vía pública, interceptando el paso. Hasta aquí estarás conforme; pero esta conformidad nos conducirá más lejos de lo que tú crees probablemente.

Enfrente de tu derecho hay otro igual y tan sagrado como el tuyo; la sociedad debe igual protección á todos, y si las huelgas continúan, habrá que *legislar* sobre ellas. Si construyes naipes ó abanicos, si te dedicas á bailar en la cuerda floja ó cantar óperas, puedes *holgar* cuanto sea tu voluntad, salva la necesidad de comer. La sociedad puede improvisar abanicos y pasar sin oír música, sin ver bailar y sin jugar á la baraja. Pero si en vez de producir cosas de conveniencia y recreo produces cosas de necesidad; si eres tahonero, médico, ingeniero, aguador, sangrador, maquinista, etc., etc., entonces, amigo mío, la huelga en masa no es un derecho de que puedes hacer uso inmediatamente; es necesario que aviséis con anticipación tú y tus compa-

ñeros que váis á hacer uso de él, para que la sociedad provea de remedio al mal que tratáis de hacerla vosotros, que formáis parte de ella, que con ella y por ella vivís, y con la cual estáis unidos por lazos morales y materiales. Vamos á ver si no lo que te sucedería si al mismo tiempo que tú, y sin previo aviso, hicieran uso en masa de su *derecho de holgar* cierta clase de trabajadores. No olvides aquello que dijimos, de que es trabajador todo el que trabaja, sea con la inteligencia, sea con las manos.

Eres operario en una tahona, y con tus compañeros *te declaras en huelga*. Supongo que eres hombre prevenido, y guardas pan para ocho, quince, ó los días que á tu parecer haya de durar el conflicto de carecer de un artículo indispensable para la vida; supongo también (y no es más que una suposición, porque te creo hombre honrado), supongo que tu moralidad deja bastante que desear, ó que tu falta de reflexión deja mucho, cuando no te cuidas de lo que va á ser de tus parientes, de tus amigos, de tus vecinos, de tus conciudadanos, el día que no haya pan; cuando no te cuidas de lo que padecerán los pobres, que hacen de él su alimento principal, casi exclusivo muchos. Los ricos, la gente bien acomodada, comerán otras cosas ó se irán á otra parte; pero el pobre sufre el hambre, como sufre la peste, como lo sufre todo, allí donde le clava su pobreza. Así, pues, en tu cólera ciega contra el capital, vas á descargar un golpe terrible contra las

personas de tu clase, contra los que sueles llamar *tuyos,* contra los pobres.

Tú no te cuidas de estas cosas, y sigues adelante con tu idea. Tienes unas cuantas pesetas ahorradas; comerás de tu acopiado pan duro, supliendo con carne en mayor cantidad.

Pero he aquí que los operarios del matadero se han declarado en *huelga* también, y no hay carne.

En *huelga* están los obreros de la máquina que hace subir el agua á tu barrio, y no hay agua; esto te pone en un verdadero conflicto. Esperas á que pase una, dos, tres, seis horas, y el agua no llega; es de noche, no hay ya que esperar más; preciso es coger un cántaro é ir á llenarle á una fuente distante.

Pero ¿qué es esto que ven tus ojos, ó más bien lo que no ven? Obscuridad completa. Confusión indecible. Otros que, como tú, van á la fuente, tropiezan con su cántaro en el tuyo, y te lo rompen. Se arma una gran pelotera; de las malas palabras se pasan á las malas obras; os sacudís de lo lindo; tú llevas lo peor y quedas en el suelo. Pides socorro; pero hay otros muchos como tú, por golpes y por caídas y atropellos, etc., le necesitan también, y recibes en su lugar la visita de un ratero, que á favor de la obscuridad despoja tus bolsillos. Al cabo de muchas horas te recogen, vuelves en ti, preguntas qué significa todo aquello, y te responden: «La *huelga* de los operarios de la fábrica de gas».

El médico dice que es necesario sangrarte,

pero la cosa no es posible; también los sangradores del Hospital y de la Casa de Socorro se han declarado en *huelga,* y los de la población están tan ocupados que no parece ninguno para ti. Por no poder hacerse á tiempo este remedio, tienes una enfermedad. Sales de ella en fuerza de tus pocos años, y cuando te ves convaleciente, determinas dejar un pueblo en que tan mal te ha ido, y tomas el ferrocarril.

Ha habido grandes avenidas; se dice que muchas obras de fábrica se han resentido, pero el tren continúa hasta que, al llegar á un puente se derrumba, y te hallas en el río de donde te saca un guarda de la vía. Eres de los mejores librados, no te has roto más que una pierna. Según la costumbre establecida en España para estos casos, tardas horas en recibir socorro, y en tanto tienes tiempo de hablar con un guarda que te sostiene la pierna fracturada, acerca de la causa de aquel desastre, y entre los dos se entabla el siguiente diálogo:

Juan.—¡Es escandaloso esto! Si el puente hubiera estado bien hecho, no se hubiera hundido.

Guarda.—El puente bien hecho estaba, según decían, y se ha visto en muchos años; pero han sido tan terribles las avenidas y tantas, que sin duda se ha resentido.

Juan.—¡Sin duda! ¡Pues me gusta! ¿Y por qué no se ha averiguado, con mil pares de...

Guarda.—Ya anduvo mirando el jefe de es-

tación y le pareció que no había novedad; á mí me pareció lo mismo, pero resulta que nos hemos equivocado.

Juan.—Pero el jefe de estación y tú ¿entendéis de puentes? Yo he oído decir que para estas cosas están los ingenieros.

Guarda.—¡Ya lo creo! Ellos son los que saben de eso; pero, ¡cuánto hace que no hay ingenieros en la línea!

Juan.—¡Qué infamia! ¿Y cómo se consiente semejante cosa?

Guarda.—Parece que el Gobierno les ha hecho no sé qué mala pasada, sin respeto ninguno á lo mucho que saben, y ellos han dicho: «¿Sí? Pues ahí van nuestros títulos», y se los han mandado al Ministro de... no me acuerdo á cuál de los Ministros...

Juan.—Será al de la Guerra.

Guarda.—No. Ellos dicen que por ese ministerio no les hubiera sucedido tal chasco, pero es igual; han enviado sus títulos, se han quedado de paisanos, y no sé lo que va á suceder.

Juan.—Yo sí; que se estrellarán los viajeros, como nos hemos estrellado. Por lo visto también se han declarado en *huelga* los ingenieros. ¡No me había ocurrido á mí que esto pudiera suceder! ¡Tienen bemoles las huelgas de estos señores! Dime, el médico que me ha de curar, ¿estará en *huelga* también?

Guarda.—No; es el titular del pueblo, y no puede dejarle hasta que cumpla la escritura. Además es muy buena persona, y dice que los

médicos y los curas deben estar siempre á disposición de todos.

Juan.—Es claro. Dice muy bien; porque si se le antoja no curarme, sería una triste cosa.

Guarda.—No tengas cuidado. No ha llegado á ti, porque hay otros más apurados; pero cuando te toque la vez, ya verás qué hombre más bueno. En toda la línea le queremos como si fuese nuestro padre, y cuando le damos gracias por el mucho interés que por nosotros se toma, dice que no hace más que su obligación; que los hombres en sociedad se deben consideraciones, servicios y buenos procederes; hoy por ti y mañana por mí; y no se equivoca, porque una vez que venía á cuerpo á ver al del kilómetro 220 y le cogió un aguacero, que quiso que no, le eché mi capote y apreté á correr para que no pudiera devolvérmele. ¿Quiéres creer que sentía yo gusto en mojarme por él, acordándome de una noche que había pasado sin separarse de una hija que tengo, que es como un sol, y que si no está atisbando cuándo se le podían dar unas píldoras, se muere de una terciana de esas que matan á la tercera? Pues así fué.

Juan.—Lo creo bien. Así es como debe ser, porque si la gente se pone á malas, ¿dónde vamos á parar? Ya veo que el médico os tiene bien enseñados, porque me estáis sosteniendo la pierna con mucha paciencia.

Guarda.—¿Qué diría él si no? Además de que me hago cargo de que tendrás muchos do-

lores, y naturalmente, hago lo que puedo por ti, como tú harías en igual caso.

....

....

Te llega, Juan, el turno; se reduce tu fractura; te asisten bien y con cariño; te curas. Has cobrado gran horror á la vía férrea; te vas á pié al puerto más inmediato, y de allí determinas embarcarte para Barcelona, y te embarcas.

La mar, bonancible al princpiio, se encrespa, y tanto, que á toda máquina gobernáis en demanda del primer puerto, cuya entrada, mala siempre, es ahora peligrosísima. Pedís práctico; sin él no hay salvación posible; pero los marineros de la lancha se han declarado en *huelga*, y no quieren salir; así lo dicen las señales. El capitán exclama: «¡ Nos estrellamos sin remedio !», y antes de un cuarto de hora se cumple la terrible profecía. Tú, Juan, mueres ahogado, y antes de morir, *el derecho á holgar*, que sobre todo desde la *huelga* de los ingenieros había empezado á serte sospechoso, te parece horrible.

Con tu buen sentido comprenderás que, cuando la *libertad de holgar* se convierte en libertad de hacer grandes é irreparables males, es necesario limitarla un poco. La ley debe decir, y dirá, si las cosas continúan por la pendiente donde están, la ley dirá cuáles trabajadores no pueden declararse en *huelga* sin anticipado aviso á la autoridad. Bien podrá conciliarse su libertad, que es el movimiento

de un sér racional, y no los saltos de una bestia, con las necesidades sociales. Como lo que tú quieres al declararte en *huelga* es aumento de jornal, si este aumento no es algún gran despropósito por su cantidad exorbitante, bien se podrá suplir de los fondos comunes, hasta que entres en razón si no la tienes; te la concedan, si te asiste, ó de otro modo se provea el remedio, para que queden atendidas las necesidades apremiantes de la sociedad, y tus parientes, tus amigos, tus vecinos, tus conciudadanos y tú mismo, no os veáis en un conflicto grande.

Tratando de los jornales, nos han salido al paso las huelgas, como era inevitable; ellas nos han llevado al *derecho absoluto á holgar;* y aunque le hayamos discutido muy por encima, nos ha ocupado la discusión todo el espacio de que hoy podíamos disponer. Otro día continuaremos tratando de los salarios.



CARTA DUODÉCIMA

Que el derecho no es una cosa absoluta.

Apreciable Juan: En mi carta anterior hemos tratado de las *huelgas,* y discutido, aunque brevemente, *el derecho á holgar.* Un libro voluminoso, no una breve carta, necesitaba tan vasto asunto; y como el otro día me faltó espacio para decirte ciertas cosas que á mi parecer no debes ignorar, añadiré algunas palabras, porque estás muy propenso á llamar tiranía ó despotismo á cualquiera limitación del derecho.

No hay nada en el hombre que no sea limitado. ¿Cómo su derecho no tendría límites, cuando precisamente es de esencia que los tenga, porque lleva consigo un deber, porque es una regla, y toda regla y todo deber tienen puntos fijos de donde parten, y una esfera de acción de donde no pueden salir?

Por ejemplo, la ley electoral exige que el elector, para serlo, pague 500 reales de contribución directa. ¡Injusticia! exclamas tú. ¿Por qué el rico ha de tener este privilegio? ¿Por

qué no hemos de ser todos iguales? El legislador atiende tu reclamación y decreta que todos los ciudadanos tienen igual derecho á elegir concejales y diputados. Pero cuenta con que una cosa es la supresión del privilegio y otra la de toda regla. Tú eres elector como el Marqués ó el Duque, pero ni el Duque, ni el Marqués, ni tú, lo seréis si os halláis encausados, sois menores ó estáis locos. Limitación de tu derecho electoral.

Tú tienes derecho á vestirte como te parezca. ¿Quién lo duda? ¡Bueno sería que volviéramos á aquellos tiempos en que la ley marcaba el traje que había de llevar cada uno, determinando su forma y calidad! Sin embargo, no puedes vestirte de obispo, ni de general, de indivíduo de orden público ó de magistrado. Puedes en verano llevar un traje tan fresco como quieras, pero no presentarte en un estado de desnudez que ofenda la decencia. Ya comprendes los inconvenientes que esto tendría y los que habrían de resultar de que, ataviado con el uniforme de un alto grado en la milicia, empezaras á dar órdenes á los militares, sin aptitud ni autoridad para ello. Limitación de tu derecho á vestirte.

Tú tienes un jardín con una fuente. ¿Quién puede dudar de tu derecho á regar á la hora que te parezca y como quieras? Pero sucede que un ejército enemigo pone sitio á Madrid y corta el canal de Lozoya, y rompe la cañería que viene del Pardo. El agua empieza á escasear de tal modo, que se pone guardia en

las fuentes, se da por medida, y aun así no alcanza. Yo supongo que tú eres bastante bueno para no hacer uso del derecho de dar agua á tus plantas, mientras tus convecinos se mueren de sed, y que dices á la autoridad:—Disponga usted de mi fuente.—Pero si tan bueno no fueras, si te importaran más tus claveles que tus hermanos, la autoridad haría muy bien en enviar fuerzas para hacerte entrar en razón, y que se distribuyese el agua entre los que se morían de sed. Limitación del derecho de regar tus flores.

Tienes dinero y determinas hacer una casa. Ha de ser á tu gusto, distribuída de esta ó de la otra manera; ya es tiempo que tú te alojes convenientemente, y no según el capricho de propietarios y arquitectos, que entienden poco de tu comodidad. Nada más justo. Pero habrás de conformarte con las ordenanzas municipales; preciso es que subas ó bajes, retires ó adelantes la pared, según la alineación y la rasante. Has de dar curso á las aguas inmundas, y recoger las llovedizas, no sacar demasiado los balcones, dar cierta solidez al edificio, y, en fin, sujetarte á una porción de reglas, sin las cuales el derecho de edificar haría difícil ó peligroso andar por la calle. Limitación á tu derecho á hacer una casa como te dé la gana.

Eres dueño de una tierra. Has plantado en ella árboles, muchos frutales; la has embellecido de mil modos; la has cercado; es un paraíso para ti; no la darías por ningún dinero.

Un día llama á tu puerta un ingeniero, traza una línea y cae la pared, se cortan los árboles, se ciega el estanque, y un camino divide tu posesión. Te pagan el valor materialmente útil de lo que te quitan, pero tu gusto, el valor que aquella tierra para ti tenía por recuerdos ó alegrías ó dolores que en ella hubieras pasado, no tiene indemnización posible. Tú puedes hacer valer fuertes razones para que el camino no atraviese tu posesión, como el vecino, para que no vaya por la suya, y como todos los propietarios para que el trazado se aleje de su propiedad: si se os atendiera á todos, el camino no se haría, en lo cual todos quedarían perjudicados. Limitación al derecho de hacer de tu tierra lo que te parezca.

Es domingo y vas á los toros. La diversión es bárbara, pero la cosa es legal; con el billete has comprado el derecho de conducirte durante algunas horas como si no fueras hombre civilizado.

Pasas por el hospital de mujeres incurables; hay fuego en un almacén de maderas contiguo. Las llamas amenazan de cerca á las míseras, que no pudiendo moverse, morirán quemadas si no hay quien las auxilie. Esto no es una suposición; hace pocos años sucedió. No fué necesario, dicho sea en honor de la verdad y de los sentimientos del hombre, no fué necesario, digo, que para poner á aquellas infelices en salvo, se empleara la fuerza. De muy buena voluntad, grandes y pequeños, pobres y ricos, jóvenes y ancianos, hombres y

mujeres, acudían en gran número, y con afán y cariño, trasladaban á las pobres enfermas á lugar seguro. Era un hermoso espectáculo, de esos que se contemplan á veces en los grandes desastres, cuando el estrago material da ocasión á que se desplieguen las altas dotes del espíritu. A los lamentos del terror sucedieron bien pronto las bendiciones de la gratitud; la Universidad se convirtió en hospital, con multitud de enfermos y ayudantes. Al ver los colchones en que iban las imposibilitadas, sostenidas por caballeros y hombres del pueblo que querían y hacían lo mismo, auxiliándose mútuamente, sin reparar ninguno en la clase del otro, el corazón quedaba aliviado de un gran peso, y daba á la inteligencia resuelto un gran problema. La fusión de las clases sólo puede verificarse por el sentimiento; hacer bien al pueblo, hacer bien con el pueblo, es el mejor, el único medio de desarmar sus iras; dos hombres que espontáneamente han llevado juntos á cabo una buena obra, fraternizan; cualquiera que sea la diferencia de sus condiciones, son hermanos. Pero volvamos al hospital de incurables. Figúrate que en lugar de sobrar gente para salvarlas de las llamas hubiera faltado, y que tú pasas de largo, porque te importan más los toros que la humanidad doliente: la autoridad hubiera hecho muy bien en obligarte á evitar que alguna infeilz muriese quemada. Limitación de tu derecho de ir á los toros.

Resuelves embarcarte para América. Pien-

sas darte buena vida en la travesía y holgar á tus anchas: nada más justo; al pagar el pasaje has comprado este derecho. Le ejercitas sin obstáculo durante diez días; pero al undécimo, el buque empieza á hacer agua de una manera alarmante. Se acude á las bombas, hay que trabajar en ellas activamente noche y día. La tripulación no basta, es necesario el auxilio de los pasajeros. Al cabo de cinco días de labor ruda y angustia grande hay momentos en que el desaliento se apodera de los más, pero el capitán levanta el espíritu de los débiles, se despoja de su levita, es el primero á dar á la bomba, el último á tomar descanso, que para él no es el sueño, sino infundir esperanza con palabras de consuelo y la perspectiva del puerto cercano. Si te hubieras obstinado en descansar mientras los demás trabajan, ¿quién duda que sería justicia llevarte por fuerza al trabajo? Limitación de tu derecho de hacer descansadamente el viaje á Cuba.

Quieres echar una cana al aire. Te acompañas con tres amigos; coges una bota, unas tortillas, un salchichón y una guitarra; alquilas un coche de colleras y os váis al Pardo. Al llegar al puente de San Fernando oyes un tiro, y después ayes lastimeros. Mandas parar y te apeas á ver lo que es. A un cazador se le ha reventado la escopeta, y yace por tierra herido de gravedad. La hemorragia es grande, urge contenerla, y la casa de socorro está lejos. De la prontitud de la cura depende tal vez la vida de aquel hombre. Supongo que

ofreces tu coche, y que te dices:—Continuaremos á pié; si el carruaje falta á la fiesta, en cambio tendremos la satisfacción de haber hecho una buena obra, de haber contribuído eficazmente á salvar la vida de este infeliz, que tendrá hijos, que tendrá madre.—Te acuerdas de la tuya, y ocultando lo mejor que puedes una lágrima que asoma á tus ojos, te das prisa á sacar la bota y los víveres de la carretela, que queda á disposición del herido. Pero, si así no fuese, si tuvieras una de esas almas donde no halla eco ninguna voz generosa, si prefirieses tu capricho á la vida de uno de tus semejantes, la Guardia civil haría muy bien en apoderarse por fuerza del vehículo que no cediste por humanidad. Limitación á tu derecho de pasearte en coche.

Podría continuar; mas por lo dicho comprenderás que no hay derecho que no tenga ó no pueda tener alguna vez limitación. ¿Qué mucho que la tenga el derecho, si hasta el hecho la tiene? Si prescindiendo de toda moral, desenfrenadamente te entregas á los vicios, el aniquilamiento de fuerzas y la enfermedad te atajan presto; si cometes crímenes prescindiendo de la justicia y confiando en que no existe, la venganza pone límites á tu maldad.

No puede haber absoluto é ilimitado más que lo perfecto; y no siéndolo el hombre, debe hallar límites en todas las esferas de su actividad. Si es cuerdo, se los pondrá él; si es insensato, habrá de admitir los que le ponga la sociedad ó la naturaleza. A medida que se

ilustra y se mejora, él se traza los límites de donde no debe pasar, y su moralidad y su razón hacen inútil el empleo de la fuerza. En los ejemplos que te he citado, sin dar lugar á recurrir á ella, un hombre honrado hace, por impulso propio, todo lo que se le puede exigir por conveniencia ajena.

Tú dirás tal vez que cuesta grandes sacrificios vivir en sociedad: indudablemente. Efecto de nuestra imperfección, amigo mío, no hallamos en ninguna parte ventajas sin inconvenientes. Para que, *herido,* tengas derecho á ser trasladado inmediatamente á la casa de socorro en el primer coche que pase, es necesario que, *paseante,* tengas el deber de apearte, á fin de que el doliente reciba cuanto antes el auxilio. Tu deber de sano y tu derecho de enfermo son una misma cosa; si no los separaras contra razón, no faltarías á ellos contra justicia.

Si por *útilidad pública* se expropia al dueño la tierra por donde pasa el camino, por *humanidad* se puede expropiar el uso de coche que sobre él rueda, y el trabajo de sus brazos por algunas horas al hombre que con ellos puede evitar á sus semejantes una gran desdicha. Todas estas cosas son consecuencia de un mismo principio; pero el egoísmo rechaza la lógica que se opone á su comodidad. Todo el mal viene, Juan, de que la ley de amor, enseñada hace diez y nueve siglos por el divino Maestro, no es todavía la ley del mundo. Entre los que se aman, no hay *derechos* ni

deberes. El deber es un impulso que da el corazón; el derecho un consuelo que recibe; y la armonía resulta, no de que cada uno *pida* lo que le corresponde, sino de que *dé* lo que pertenece á otro; y la medida está en el deseo de *hacer* bien, y no en la pretensión de *recibirle*.

Seguramente estamos bien lejos del ideal, amigo mío, pero más hemos estado, y acercarnos á él cuanto sea posible es nuestra obligación y nuestra esperanza. Si el deber no brota como un sentimiento espontáneo de tu corazón, al menos no te formes ideas absurdas sobre lo ilimitado y lo incondicional de tu derecho; reflexiona hasta dónde puede llegar, y no intentes pasar de allí, porque es seguro que habrá alguno que te haga retroceder sin razón, tanto como sin razón querías avanzar tú. Cuando estás en tu lugar y te sales de él indebidamente, te dan un empujón que te echa más atrás del sitio que ocupabas.

Te lo repito: no hay derecho absoluto sin traba ni limitación alguna. El derecho no se lanza como un proyectil en la obscuridad destruyendo cuanto halla en su camino, sino que marcha pausada y majestuosamente á la luz de la justicia.



CARTA DÉCIMOTERCERA

Del socialismo.

Apreciable Juan: Hemos tenido que detenernos en la cuestión de los derechos absolutos que sin regla ni límite pueden ejercerse, y hemos visto que tales derechos no existen. La cuestión no ha sido traída por los cabellos, como vulgarmente se dice, sino que ha salido naturalmente de nuestro asunto; y aunque tengas por enojosa mi insistencia, he de hacerte notar otra vez cómo de las cuestiones económicas surgen cuestiones morales, sociales, políticas, filosóficas; cosa muy natural, porque donde quiera que está el hombre, hay un ser moral é intelectual, y los problemas que le conciernen no pueden resolverse pesando cuerpos, midiendo distancias y sumando cantidades; pero es cosa muy frecuentemente olvidada ó desdeñada por los economistas.

Volvamos á las *huelgas*. Ya te he dicho que yo no las condeno en absoluto: pueden ser un derecho, pero también pueden ser un error. *La historia de las huelgas* sería un libro muy

instructivo, y te haría un verdadero servicio el que la escribiese. Allí verías su principio, su marcha y sus consecuencias, y cuándo producen la subida del jornal, y cuándo un grave perjuicio al jornalero. La mayor parte de aquéllas, de que yo tengo noticia exacta, han producido este último resultado; y aun en los casos en que los jornales han subido por de pronto, lo probable es que vuelvan á bajar donde estaban, si no descienden más aún. Veamos cómo pasan las cosas.

Eres oficial de zapatero, y con tus compañeros te declaras en *huelga*. La mayor parte de vosotros vive al día; de manera que desde aquél en que cesa el trabajo, empieza la penuria. Tus hijos te piden pan en vano, y tu madre ó tu mujer se quedan irritadas ó afligidas de que voluntariamente lleves la miseria á una casa en que moraba el bienestar. Tú te disculpas con que todos han hecho lo mismo, y pones de manifiesto la justicia que te asiste; pero, dado que queden convencidas, no quedarán remediadas, y su equipo, el tuyo, el de tus hijos, todo pasa á la casa de préstamos: es una verdadera ruina.

Entretanto el maestro, el capitalista, va vendiendo las existencias, que suelen ser bastantes, y si calcula que la huelga durará mucho, sube el precio del calzado. Los zapateros que en la población trabajan por su cuenta, hacen lo mismo, y por de pronto, los perjudicados sois: el público, que no se calza barato, y tú, que no comes. Si este estado de cosas se pro-

longa, la subida de los precios atrae la mercancía y empieza á venir calzado de otras partes, operación que favorece la facilidad de las comunicaciones. El industrial tal vez se haga comerciante, y de todos modos, él puede permanecer mucho tiempo, ganando más, ganando menos, ó no ganando nada; pero tú, sin recursos, no puedes vivir, y si la huelga continúa, la necesidad de comer te pone en la de aceptar el jornal que habías rehusado. Acaso el aumento de precio de la mercancía ha traído al mercado vendedores, que le abastecen con más abundancia que antes lo estaba; tal vez la concurrencia mayor ha disminuído los precios; tal vez al maestro, que tiene con qué vivir, le habéis inspirado miedo, ó, aunque no le tenga, no quiere continuar con una industria que no puede ejercer sosegadamente, y se retira, y hay uno menos que os dé trabajo, y una probabilidad más de que os lo pagarán peor, porque, como decía un obrero parisién, cuyo buen sentido querían en vano alucinar con absurdas teorías: «Yo sé, replicaba, que cuando dos obreros buscan á un fabricante, los jornales bajan, y cuando dos fabricantes buscan á un obrero, los jornales suben.» Es, pues, muy posible que en algunos casos los jornales bajen de resultas de las *huelgas*. De todas maneras, antes de recurrir á ellas, es necesario estudiar bien la cuestión y aconsejarse con personas conocedoras del negocio, que te digan si lo que intentas es hacedero. Por regla general, debe dar y ha dado mejor resultado la intervención

de personas respetables y competentes, que tratan con los fabricantes y sostienen los intereses de los obreros, que las *huelgas* de éstos. En todo caso, nunca conviene empezar por ellas, sino concluir, cuando se haya recurrido en vano á todos los medios de avenencia, después de bien estudiado el punto. Fíjate mucho en esto, Juan; ninguna cuestión puede resolverse bien sin estudiarse antes, y yo no sé que preceda á las huelgas el estudio detenido de la industria cuyos operarios piden aumento de jornal. Por aquí es necesario empezar; porque si la cosa no es hacedera, ¿de qué te servirá que te parezca justa? Además de que las hostilidades, en el mundo económico como en el mundo político, no deben romperse sino en el último extremo, y no es caso para olvidarlo aquel en que te expones á estar días, semanas ó meses sin jornal, sufriendo las mayores privaciones, y abrumado por la última miseria. Al reducirte y reducir á los tuyos á semejante extremo, es necesario haber puesto antes todos los medios para no llegar á él. Lo que suele alarmar en las huelgas son los hombres que murmuran ó gritan en la calle; lo que á mí me preocupa son las mujeres y los niños que lloran y sufren en la pobre ignorada vivienda, donde nadie los oye ni los consuela.

Pero aun suponiendo que la *huelga* sea un remedio, no puede ser general, ni más que del momento; la condición del obrero no puede mejorarse sino por la *asociación,* y por el aumento *de su valor moral é intelectual.*

Te han hablado, Juan, mucho de *socialismo*, y poco de *asociación:* lo primero es un sueño imposible; lo segundo, una realidad salvadora. Entre los socialistas, como entre los alquimistas, hay hombres de gran inteligencia; pero no es dado á ninguna, por elevada que sea, trastornar las leyes económicas ni las físicas; nadie ha encontrado esa piedra que hace oro y prolonga la vida, ni ese sistema conforme al cual los hombres serán iguales y dichosos, sin más que dejarse conducir por una autoridad que todo lo sabe y que todo lo puede. La vanidad y la mentira de ese aparato socialista se ve en cualquiera de sus afirmaciones, sujetándola al análisis; y no parecería creíble, si no se viese, que levantaran gigantescas pirámides, nada más que para servir de sepulcro al buen sentido. El mayor atleta del socialismo, por ejemplo, con gran aparato de lógica y de metafísica, muy propio para imponer á los incautos, declara que todo el mal viene de no estar constituído *el valor* de las cosas que se venden, como lo está el de la moneda. El *valor,* Juan, esta *constituído* desde que los dos primeros hombres vendieron ó cambiaron los dos primeros objetos. El valor de una cosa *es lo que voluntariamente se da por ella.* Que este valor se represente por cuentas de cristal, pedazos de hierro, monedas de oro ó billetes de Banco, es cuestión secundaria; la esencia del valor es la misma. Esto ya te lo sabías tú; no necesitabas que yo te dijera que las cosas que venden valen lo que te quieren

dar por ellas; pero te he citado ese ejemplo, para que tengas una idea de como se obscurecen las cuestiones más claras, cuando para resolverlas no se tiene en cuenta su esencia, sino el objeto que se quiere alcanzar al resolverlas, y se hace para su-resolución mucho gasto de soberbia y de inteligencia extraviada, y mucha economía de sentido común.

Yo quisiera hacerte comprender en pocas palabras lo que pretenden los socialistas, pero la cosa no es fácil. La verdad es una; el error, como el demonio, es *legión,* y se multiplica y varía á merced del que lo sustenta. Los socialistas no están, ni con mucho, de acuerdo en los medios de organizar el mundo económico de manera que resulte la felicidad del género humano; pero te diré algunos puntos cardinales en que convienen los más prácticos y moderados, porque si de otros te hablara, habías de pensar que me burlaba de ti, dándote por organización social algún papel emborronado por los habitantes de un manicomio. Escucha, pues, lo que es el socialismo más moderado, más práctico.

El capital abusa del trabajo: *supresión del capital.*

El hombre abusa de la facultad de hacer lo que mejor le parece para utilizar su trabajo: *supresión de la libertad.*

La concurrencia es una guerra económica encarnizada: *supresión de la concurrencia.*

El propietario sacrifica al trabajador, mono-

poliza ventajas y bienestar: *supresión de la propiedad.*

No habrá propiedad *individual,* sino *colectiva.* EL ESTADO es el único propietario, el único capitalista, el único productor; y como no ha de hacerse concurrencia á sí mismo, no hay concurrencia. Ahora, reflexiona que no todos los pueblos plantearán este sistema al mismo tiempo, y aquellos en que no se halle establecido, podrán introducir productos á menor precio, y hacer una terrible competencia; hay que mandar ejércitos á las fronteras, y escuadras á las costas, para evitar el contrabando, que vendría á trastornarlo todo, porque no es posible quitar al hombre la manía de vender lo más caro y comprar lo más barato que pueda.

Aun cuando el socialismo se hallara establecido en todas las naciones, sería inminente el peligro del contrabando, porque sería grande la diferencia de precios. Ahora, á pesar de no haberse suprimido las aduanas, los derechos que en ellas se pagan son cada vez más bajos, y la tendencia es á entrar en razón, es decir, á que se produzcan las cosas allí donde naturalmente se producen con más ventaja, y no empeñarse en hacer de Inglaterra un país de cereales, y de Francia una tierra de azúcar. Yo supongo que el Estado, cuando sea único capitalista, fabricante y constructor, no dé en la manía de hacerlo todo en casa *para no ser tributario del extranjero,* como se decía y todavía se dice; pero aun así, los precios de las co-

sas no serían los naturales, ni con mucho, por una razón muy sencilla.

En la organización económica actual las industrias tienen operarios que temen ser despedidos si trabajan poco ó trabajan mal, y capitalistas que vigilan á los trabajadores, se procuran las primeras materias de la mejor calidad y al menor precio posible, cuidan de que la fabricación se haga con economía, se proporcionan la salida más favorable para sus productos, etc., etc.: esto sucede en Inglaterra y en Rusia, en Bélgica y en España. La producción está organizada según las espontáneas tendencias del hombre, que, como esencialmente es el mismo en todas partes, da resultados análogos, y los precios de las cosas tienden á equilibrarse donde quiera, siempre que no se forme el absurdo empeño, como te he dicho, de pretender luchar contra las leyes naturales. Pero desde el momento en que el Estado es fabricante, la industria nacional es un ramo de la Administración, como Correos, Beneficencia ó Establecimientos penales, y tendrá la misma inferioridad ó superioridad que estos ramos tengan en unos países respecto de otros. Supón los productos de España tan inferiores á los de los Estados Unidos, como lo son nuestros presidios respecto á sus penitenciarías, y figúrate si será posible evitar el contrabando, aunque la mitad de los españoles reciban la misión de impedir que la otra mitad, infringiendo la ley, compre bueno y barato, lo que legalmente deben comprar malo y caro.

Insisto sobre esto, porque si, lo que es imposible, el Estado llegara á ser el único productor, el contrabando bastaría para hacer imposible semejante sistema; la competencia suprimida dentro del país vendría de afuera, con tales ventajas para los competidores, que esta sola causa bastaría para arruinar aquel artificial mecanismo. Cuando organizas tu casa, tu pueblo ó tu país, y la base de esta organización es la no existencia de un elemento cualquiera, si este elemento aparece, es segura la ruina de todo lo que para existir necesitaba suprimirle. El socialismo suprime la competencia, y como la competencia no puede suprimirse, él sería el suprimido.

Digo *sería*, porque no *será*. No es posible que pase de las inteligencias extraviadas á la práctica una cosa tan impracticable. ¡ El Estado, único fabricante, único productor, único propietario ! ¿ Quién es el Estado? Sin entrar en consideraciones que estarían aquí fuera de su lugar, te diré que la idea del Estado está representada, y funciona convertida en hechos, por medio de hombres con vicios, pasiones y defectos. Necesitaban ser dioses y hacer milagros á todas horas, no digo para llevar á cabo, sino para dar realidad por un momento al sueño de los socialistas. Ya sabes, Juan, lo que ha pasado cuando el Estado se ha metido á industrial. Se gastaba mucho, se producía poco, se vendía mal, y había fraude, descuido é ignorancia en todo y para todo. No ignoras que para la empresa más pequeña es

necesario que el amo *esté encima*, y si no, se arruina. ¿Cómo no se arruinaría la gigantesca empresa de una industria nacional, la fabulosa de todas las industrias, de todos los comercios, sin más vigilancia que la oficial, sin más interés que el que inspira el bien público, las fábricas convertidas en *oficinas*, y los operarios en *empleados?*

Ya ves que vamos de imposible en imposible. No puede ser que el sentimiento de la realidad y de la justicia llegue á obscurecerse tan completamente, que se suprima la propiedad individual que se prive á cada uno de lo que le pertenece, convirtiendo los bienes de los ciudadanos en bienes nacionales. De la propiedad hablaremos más largamente otro día, porque no es cosa para tratada por incidencia.

Si esto fuera hacedero, no puede ser que el Estado fuese el único fabricante, comerciante y agricultor.

Si llegara á serlo, no puede ser que suprimiese la competencia que le harían otros países y el contrabando, que penetraría por todos los poros del interés individual y arruinaría el edificio construído sobre el monopolio.

Si tal edificio se mantuviera en pie, no puede ser que un pueblo se resignase á la pobreza, consecuencia del poco trabajo mal dirigido, y cuyos productos son mal aprovechados.

Si la pobreza se resignase, no puede ser que renunciara á su albedrío, y fundido en la co-

lectividad, desapareciendo en ella, y bajo la maza de la dictadura económica, tuviera que seguir ligado la senda que se le marcaba, en vez de lanzarse libremente por las vías abiertas á su genio emprendedor.

Si á semejante aniquilamiento de la individualidad se llegara, no puede ser què el hombre, así cohibido, así encadenado, así mutilado, fuese apto para nada grande, bello, ni bueno.

Si fuera dado que sin nada grande, bello, ni bueno, es decir, volviendo á la barbarie, existiese un pueblo que ha sido civilizado, no puede ser que los escasos productos de su mal dirigido y estéril trabajo se repartieran con un asomo de equidad y de justicia. Porque ¿quién había de mirar con bastante inteligencia, con bastante interés y bastante de cerca al operario, para saber cuánto valía su obra?

Esta serie de *imposibilidades*, que cuando se quieren realizar se llaman *absurdos*, es lo que te quieren dar como remedio á tus males. Y cuenta, Juan, con que no te he hablado más que de las cosas palpables, materiales, sin entrar en otro orden de ideas que no serían tan familiares para ti, y porque no es necesario, cuando una cosa no puede ser por una buena razón, enumerar todas las restantes.

Tú no habías sospechado que *socialismo* es convertirse el Gobierno en fabricante de fósforos y de zapatos, etc., en vendedor de pan y de carne, en comerciante de sedas y de hierro; ni que los socialistas quieren establecer un

despotismo de que no pueden dar idea ni los monarcas de Oriente. Esto, sin embargo, es la verdad, porque si el Estado es el único propietario, el único capitalista será el único productor.

¿Por qué mecanismo se llegaría á la práctica de esta teoría? No nos lo han dicho. Los grandes reformadores desdeñan los detalles, y no obstante, serían precisos de todo punto si se tratara de plantear el sistema. Un ensayo vergonzante se hizo en los *talleres nacionales* de París el año de 1848. Digo vergonzante, porque no expropió el Estado á los franceses, ni aun á los ciudadanos de París, para erigirse en propietario único, y para que no se trabajase en Francia más que por su cuenta. De los fondos públicos se aplicó una buena parte á establecer los *talleres nacionales; la imposibilidad material* de sostenerlos hizo que se cerrasen, y cien mil obreros, hambrientos é irritados, organizaron aquella terrible rebelión, que con propiedad se llamó *del hambre*. Al despertar de los sueños del socialismo, los pobres obreros hallaron la metralla, la deportación y la miseria. Llevada la cuestión al terreno de la fuerza, con la fuerza fué preciso responder, y ya se sabe la moderación con que usa siempre de sus triunfos. El del orden llevó la muerte y la miseria donde los soñadores de venturas habían llevado la mentira. Los soldados del socialismo cayeron, los capitanes protestaron desde tierra extranjera, asegurando que los talleres nacionales habían sido *prematuros*

y contra lo que ellos habían aconsejado, etcétera, etc.

Yo no atribuyo nunca á los hechos más importancia de la que tienen: aislados, no quitan ni dan la razón á nadie; pero cuando no lo están, cuando, por el contrario, se enlazan con antecedentes y teorías, y las reflejan, entonces tienen su importancia: por eso te he citado por segunda vez los *talleres nacionales* de París.

De tal teoría, tal práctica, Juan. El *error* en acción se llama *injusticia y desventura*. El remedio de tus males no está en el *socialismo* sino en la *asociación*, de que trataremos otro día.



CARTA DÉCIMOCUARTA

De la asociación.

Apreciable Juan: Vamos á tratar hoy de la *asociación,* es decir, de la cosa más importante de cuantas podemos analizar y discutir, al procurar que el hombre dé á sus esfuerzos la dirección más conveniente para utilizarlos mejor. Cuando digo *esfuerzos,* cuenta con que no hablo de los físicos solamente.

El hombre puede asociarse, y se asocia, para superar una dificultad material, y para hacer triunfar una idea; para despachar mejor sus productos, ó para adquirir con más ventaja los que necesita; para vencer un obstáculo, y para resistir un impulso; para fortalecer su abnegación, ó para reformar su egoísmo; y en fin, para el bien ó para el mal.

Ante todo, es preciso que te formes una idea clara, que probablemente no tendrás, de lo que es *asociación:* la confusión en esta materia, trae consecuencias más fatales de lo que imaginas.

Habrás oído decir y repetir, que la sociedad

es una gran asociación de seguros mutuos, lo cual es un error que conviene mucho desvanecer.

La asociación verdadera, fecunda, la que puede utilizar mejor los esfuerzos del hombre, á la que se piden y de la que se esperan grandes resultados, necesita estas cuatro condiciones:

Libertad.

Facultad de admitir ó rechazar asociados.

Organización.

Unidad de objeto.

Sirvámonos de un ejemplo.

Primero. Eres oficial de zapatero; crees que el maestro te explota, y determinas asociarte con otros para poner un taller por vuestra cuenta, y repartiros las ganancias íntegras. Ya comprendes que lo primero que necesitas es *libertad,* porque si tus compañeros te cogen por fuerza, y por fuerza te obligan á tomar un salario, ó te privan de él, ó tú haces lo mismo con ellos por medios violentos, en vez de *asociación* hay *esclavitud.* El esclavo, en efecto, trabaja por fuerza, y por fuerza acepta las condiciones que le imponen: la primera de toda asociación, es la *libertad;* esto, Juan, me parece evidente: te asocias porque crees que te conviene; tu determinación es libre; si no lo fuere, te lo repito, de *asociado* te convertirías en *esclavo.*

Segundo. Una vez asociado libremente con tus compañeros para trabajar del modo que sea más ventajoso, fijáis las condiciones que

han de tener los que han de formar parte de vuestra asociación, porque tratando de hacer mesas, puertas ó armarios, no podéis admitir á los curtidores ó picapedreros; tienen que *saber* vuestro oficio, y además tienen que *querer* trabajar en él, según lo determinéis, porque si unos asociados se van á paseo ó á la taberna á las horas en que los otros trabajan, la holgazanería explotará la laboriosidad, y el objeto de la asociación será imposible. La segunda condición es tan indispensable como la primera: es necesaria la facultad de cerrar las puertas del taller á los que no saben ó no quieren trabajar.

Tercero. Para declarar los que son ó no aptos, los que son ó no holgazanes; para retribuir á cada uno según la calidad y cantidad de su obra; para comprar las primeras materias, procurar y realizar las ventas, dirigir la fabricación, llevar las cuentas, etc., etc., preciso es que se establezcan reglas; que se nombren las personas que han de encargarse de las diversas ocupaciones; que ordenadamente se desempeñen los diferentes trabajos; en fin, que haya *organización.* Si nadie quiere encargarse de las cuentas, ó si quieren echarlas todos; si nadie quiere hacer las compras, ó si todos quieren comprar; si alternan, en fin, caprichosamente, de modo que ninguno sea inteligente en nada, ni responsable de cosa alguna, el taller, imagen del caos, no podrá prosperar, ni instalarse siquiera.

Cuarto. Los asociados se han de proponer

el mismo objeto; porque si unos quieren hacer obras de carpintería, otros efectos militares; ésos forman una cofradía para celebrar con pompa una función religiosa, aquéllos arman un motín para intimidar á los capitalistas, no habrá acuerdo, ni armonía; cada uno querrá arrastrar á los otros en la dirección que lleva; hallará en vez de auxiliares, resistencias; y las fuerzas, en vez de multiplicarse, se restarán, si acaso no se destruyen del todo.

Siendo, pues, las cuatro circunstancias dichas, indispensables para toda asociación que merezca este nombre, podemos definirla de este modo.

ASOCIACIÓN: *Reunión libre de esfuerzos ordenados, entre personas que mutuamente se aceptan y que se proponen el mismo objeto.*

Si esta definición es exacta, la sociedad está muy lejos de ser una asociación, como te han dicho.

La reunión no es libre: ni tú, ni yo, ni ningún español, hemos tenido libertad para no nacer en España. Nos encontramos, pues, *forzosamente* asociados con muchos millones de personas que no piensan, ni sienten, ni obran como nosotros, y tenemos que sufrir las consecuencias de ideas y acciones que no son las nuestras. El hombre laborioso y probo que nace en un país en que estas virtudes son raras, padece por el resultado de los vicios opuestos. Se dirá que puede emigrar; pero esta posibilidad, que para un individuo será tal vez cierta, para la masa total es ilusoria, y

aunque no lo fuera, á la nueva patria que eligiese llevaría, de aquella en que ha nacido, hábitos, ideas, disposiciones, tal vez una organización de que no se puede desprender, y que influye poderosamente en toda la vida. En la sociedad, pues, la asociación no es libre.

Tampoco se establece entre personas *que se aceptan mutuamente*. El holgazán, el vicioso, el criminal, la prostituta, forman parte de la sociedad, influyen en ella, la extravían, la envenenan, la ensangrientan; no hay medio de eliminarlos, y aun cuando su compañía no se acepte, su influencia se sufre.

El objeto de los que viven en sociedad no es el mismo. Uno se propone hacer puertas para dar seguridad, otro buscar medios de abrirlas para que nadie esté seguro. Uno estudia para neutralizar los efectos del veneno, otro para envenenar. Uno trata de dar garantías para que la moneda sea de buena ley, otro fabrica moneda falsa. Uno escribe un libro para elevar el espíritu, otro publica una obra que le degrada. Uno medita leyes sabias, otro calcula como las infringirá impunemente. Uno se esfuerza en despertar los nobles sentimientos, otro se ingenia para explotar los malos. Uno arriesga la vida para salvar al que está en peligro, otro mata por robar. Uno muere en el altar del sacrificio, otro de las consecuencias de la orgía. Uno lo refiere todo así mismo, otro no vive sino en los demás y para los demás. La circunstancia indispensable de proponerse el mismo objeto está, pues, muy

lejos de llenarse por los indivíduos que componen la sociedad, como sería necesario para que ésta fuera una asociación.

Hay más. Aun los que se proponen el mismo objeto, varían tanto en los medios de realizarle, que á veces se hacen guerra, y encarnizada, sobre cuáles deben adoptarse ó excluirse.

No es esto decir que todo en la sociedad sea hostilidad y antagonismo, y que nadie se proponga igual fin y por idénticos medios; no. Si tal sucediese, la sociedad sería imposible; su existencia depende de sus elementos armónicos, de sus movimientos encaminados al mismo objeto; sus males resultan del desacuerdo y la falta de armonía, que produce la perturbación en la región de las ideas y la pérdida de fuerza en el orden material. Nos serviremos de un ejemplo para comprenderlo mejor.

Hay un criminal, un ladrón. Da mal ejemplo á todos los que conocen su perversidad; aflige á todos sus parientes que no participan de ella; arrastra por su mal camino á sus cómplices; hace vacilar y perturba las conciencias poco firmes; agita los ánimos por el terror que inspira. Esto en el orden moral. En el material: aumento de gastos para dar seguridad á las viviendas, para sostener cárceles, presidios, tribunales y Guardia civil. De manera, que el hombre que se propone un fin culpable, antisocial, no sólo no contribuye con su trabajo común, sino que obliga á distraer una

parte de la fuerza social para contenerle. El ladrón, y el guardia civil que le persigue, en vez de ser cuatro brazos que trabajan para el fondo común, se emplean en combatirse; y á todo lo que se aspira, y que se consigue rara vez, es á que sus fuerzas se neutralicen, á que el uno contenga al otro de modo que no haga daño.

Supón que hay en la obra social cien operarios; cinco se separan de ella para robar; hay que separar á otros cinco que contengan á los ladrones; total, diez hombres menos que trabajen, y un décimo de disminución en el producto, con un aumento en el gasto, porque el hombre de combate cuesta más que el hombre de trabajo.

En los que se separan de los fines sociales por otros caminos, el daño podrá ser menos palpable que el causado por el ladrón, pero no menos cierto, y es mucho más general. Toda mala acción necesita una cantidad de fuerza para combatirla, ó si se le deja sin correctivo, produce un estrago proporcionado á su malicia. La sociedad está llena de engañadores de todas clases y categorías, desde el orador que te miente para conquistar poder ó popularidad, hasta la mujer que te engaña vendiendo piñones ó naranjas para sacar dos cuartos más. En todas las profesiones y en todos los oficios hay hombres dispuestos á no reparar en medios para conseguir su fin, que es medrar; y para que no te engañen, tienes que emplear cierta cantidad de fuerza, y si te han engañado, has perdido cierta cantidad

de trabajo. Aun en las acciones no castigadas por la ley ni calificadas por la mayor parte de las gentes como moralmente malas, la falta de buena fe, y por consiguiente de armonia, da por resultado la destrucción de fuerzas que debían ir íntegras al fondo común. Vas á comprar un objeto cualquiera, y para que no te engañen tienes que andar muchas tiendas, á fin de ponerte al corriente de los precios, y regatear, y marcharte, y volver. Tú pierdes trabajo al comprar, y el que vende al vender, porque los muchos que entran y salen sin llevar nada y se detienen regateando, hacen necesario mayor número de dependientes.

Verás, pues, á poco que observes, que la sociedad se compone de armonías y desacuerdos; que tienen dos corrientes, una que va en el mismo sentido, y otra que se le opone, retarda y á veces trastorna su marcha. En ti mismo puedes observar que en tus negocios, en tu trabajo, en tus goces, en tus desgracias, en tu vida, en fin, hallas auxilios y obstáculos, que no vienen de las cosas, sino de los hombres; te ves favorecido en tus movimientos, ó contrariado en ellos; hallas compañeros por tu camino, ó gente que te sale al paso y lo dificulta. Repito que la suma de los que favorecen tus movimientos es mayor que la de los que á ellos se oponen; de otro modo, no podrías marchar, ni la sociedad, que se compone de individualidades como tú, tampoco; pero, puesto que no todos reunen vo-

luntariamente sus esfuerzos y los emplean ordenadamente para conseguir el mismo fin, ni pueden excluir á los que no les convengan, la sociedad no es una asociación, ni los conciudadanos son consocios.

El ideal de la sociedad sería que fuese asociación; y ya que llegar á él no sea dado, debemos trabajar para aproximarnos cuanto sea dado, multiplicando las asociaciones, de modo que queden fuera de ellas el menor número de ciudadanos posible. La sociedad más perfecta es aquella en que más hombres libremente se armonizan para el bien, y armónicamente marchan; la sociedad más defectuosa es aquella en que más hombres marchan en diferente sentido, haciendo prevalecer su individualidad egoísta é indiferente, poniéndose en desacuerdo con los demás, sirviendo de obstáculo donde quiera, y hallándolos en todas partes.

Los resultados de la asociación no son únicamente económicos, materiales, como has creído; sus principales ventajas son morales, y producen armonías del espíritu, las que parecían nada más que combinaciones del interés.

Eres propietario de una casa; no hay seguros contra incendios; tu interés está en que se quemen muchas casas, porque escaseando las habitaciones, valdrá más la tuya: y como en la mayoría de los hombres, la corriente del interés es muy fuerte, sino eres bastante malo para pegar fuego á los edificios que te hacen

competencia, no serás tampoco bastante bueno para sentir que ardan, cuando en ello está tu provecho; y he aquí tu moralidad constantemente socavada por tu interés, y tú en hostilidad con todos los propietarios, y deseando su mal, que es tu bien.

Pero viene la asociación; formáis una compañía de seguros mutuos: si arde tu casa, todos contribuyen á reedificarla; si se quema la del vecino, das tu parte para que se levante: todos estáis interesados en el bien de todos, nadie hay que no sufra del daño de cada uno, y por consiguiente sin heroicidad, sin esfuerzo, por el propio interés, nadie desea ni se alegra del mal de otro.

Eres armador, tienes un buque, y le destinas á traer canela de Ceilán. Estás interesado en que naufraguen todos los que hacen igual comercio, para vender tus mercancías á subidísimo precio. Es horroroso, pero es posible que te alegres de las catástrofes que, dejando á muchas madres sin hijos y á muchos hijos sin padre, aumentan tu peculio.

Llega la asociación de seguros marítimos; tienes que contribuir á indemnizar el valor de cada buque que se pierde; estás interesado en que todos lleguen á puerto seguro, y cuando alguno perece, acompañas sinceramente en su dolor á las familias de los que han perecido.

Eres oficial de carpintero; estás interesado en que enfermen los de tu mismo oficio; cuantos menos seáis, os pagarán mejor; si sois muy pocos, dispondréis la ley.

Se organiza una asociación para auxiliaros mutuamente en caso de enfermedad; todos ganáis con la salud de todos; sientes el mal de tus compañeros cuando están enfermos, y te alegras cuando se restablecen, como si fueras su pariente y allegado.

Ya ves que de la organización de las cosas materiales ha resultado una transformación del egoísmo; que la asociación de los capitales y de los esfuerzos ha traído la de los sentimientos; que las armonías económicas son armonías del alma, y que el *interés bien entendido* se convierte en *fraternidad*. Estas no son aspiraciones vagas, esperanzas ilusorias, sueños de la imaginación ó del buen deseo: son realidades evidentes, consecuencias indefectibles, conclusiones científicas y absolutamente exactas.

Cuando la gran mayoría de los hombres de todos los países se asocien para realizar los altos fines de la vida, lo mismo que para proveer á las necesidades materiales, la fraternidad será un hecho.

Las compañías de seguros serán universales; toda la tierra contribuirá á reparar la calamidad que aflige la comarca más remota; los pueblos tendrán intereses *armónicos* y no *encontrados;* el mal hecho á los hombres de cualquiera región, repercutirá en los antípodas; el arte de hacer bien á su país haciendo mal á los otros, será una abominación impracticable; la guerra no será posible, y la palabra *extranjero*, que quería decir *enemigo*

en el mundo que pasó, en las sociedades futuras significará *consocio, hermano*.

Este será el resultado de la asociación; ella disminuirá cuanto sea posible el número de maldades, y, por consiguiente, de dolores; ella transformará el globo que ha empezado á transformar ya. Los capitales de todo el mundo han contribuído á perforar el istmo de Suez; las manos de todas las naciones han auxiliado á los heridos de las últimas batallas, y llegará un día en que el dolor de un pueblo se llorará en toda la tierra. Tengamos, Juan, esta bendita y razonable esperanza; leguémosla á nuestros hijos como una divina herencia; no temamos que llamen sueño á nuestra convicción, porque vendrá un día en que se realice, y un siglo que dirá: *Tenían razón aquellos perseverantes soñadores.*



CARTA DÉCIMOQUINTA

Del progreso.

Apreciable Juan: En la carta anterior hemos procurado formarnos idea exacta de lo que es la *asociación,* y hemos visto que la *sociedad* no lo es. No puedes figurarte los males que han venido de confundirlas, y qué de sueños se han querido realizar partiendo de este error. Vistas las ventajas de la *asociación,* se han tomado en cuenta las que pudiéramos llamar armonías sociales, prescindiendo de los desacuerdos, y al ir á poner en práctica aquel ideal armónico, el edificio se ha venido al suelo, porque no tenía por base la verdad. Cuando esas pequeñas *sociedades* dentro de la sociedad han prosperado, es cuando han sido *asociaciones,* cuando han elegido sus indivíduos y desechado los que no estaban acordes con su objeto. Pero desde el momento en que tienes que tomar á la humanidad como es, desde el momento en que tu asociación tiene que recibir al holgazán y al derrochador, al vicioso y al

criminal, al estafador y á la prostituta, la armonía no existe, los movimientos acordes cesan, los esfuerzos obran en distinto sentido, la fuerza es necesaria contra el que ataca el derecho, y las cosas van mejor ó peor, pero van siempre lejos de ese ideal de perfección armónica que te ofrecen con sus ingeniosas combinaciones los que te engañan ó se engañan á sí mismos desconociendo la naturaleza humana. Observa lo que pasa á tu alrededor, y sabrás lo que pasa en tu patria y en el mundo todo, relativamente á la cuestión que nos ocupa. Entre tus vecinos y conocidos hay personas honradas y pícaros, hombres laboriosos y holgazanes, esposas, madres ejemplares, y mujeres livianas, grandes malvados y ejemplos de virtud rara. ¿Te parece que hay constitución política, ni organización económica que pueda hacer que naturalmente se pongan de acuerdo elementos tan desacordes? No des oídos, Juan, á ese charlatanismo filantrópico y seudo-científico, que, despojado de su oropel y hojarasca, queda reducido á que con partes imperfectas se puede hacer un todo perfectísimo, que el compuesto no participa de la naturaleza de los componentes, que es lo mismo que si te dijeran que tres y tres son ocho.

Cuanto menor sea el número de malos y menos maldad haya en ellos, el mal de la sociedad será menor. ¿Hasta dónde podrá disminuirse? ¡Quién lo sabe! Yo creo que mucho, porque creo en el progreso como en una ley

de Dios. Yo veo esta ley en el universo todo, y la siento en mi conciencia, donde halla eco aquella voz divina que nos ha dicho: *Sed perfectos*. No creas, Juan, que este siglo es peor que los otros siglos, ni tú más perverso que los hombres de las generaciones que te han precedido. Esta idea desconsoladora, tan propia para contribuír al mal que afirma, es errónea; á la luz de la razón me parece absurda, y casi impía ante los resplandores de la fe.

¿Y tantos crímenes? ¿Y tantos horrores? ¿Y tantas abominaciones? No olvido ni disminuyo uno solo, Juan. Todos llegan en forma de dolores á mi corazón, que siente su magnitud, más dispuesto á exagerarla que á disminuirla, porque amo á la humanidad, porque con ella siento y con ella sufro, y porque todas sus imperfecciones, que son las mías, vibran en mi alma como otras tantas desdichas. Los tiempos son de lucha: tripulamos un bajel donde se da recio combate. El humo de la pólvora no deja ver el cielo; los gritos de guerra y las blasfemias no dejan oír las plegarias; la brújula y el timón son inútiles; piloto y timonel han empuñado las armas y se confunden con los combatientes. ¿Quién es capaz de saber en aquel momento si el barco marcha ni á dónde va? Cuando lo recio del combate cese, cuando cada uno vuelva á su puesto y el piloto se oriente, verá que, aunque poco, algo ha marchado en la dirección del puerto. El mal disminuye; se nota por muchas señales; pero es difícil ver

que baja la marea durante la tempestad. En medio del combate estamos, con desencadenada tempestad tenemos que luchar; pero en los breves instantes que nos dejan para tomar aliento, volvamos los ojos á la luz de la verdad, que ninguna nube puede obscurecer completamente, y escuchemos su voz, que ningún grito puede ahogar. La voz de la verdad es severa, pero no aterradora; nos acusa, pero no nos calumnia; nos señala el peligro, pero no nos acobarda; nos infunde temor, pero no nos quita la esperanza, que, como ella, viene de Dios. Ni nuestro siglo es el más perverso de los siglos, ni nuestra generación la más perversa de las generaciones; las futuras le harán justicia, y dirán: *La época más perversa no es la que se agita y se extravía buscando el bien, sino la que reposa en el mal.* Los rugidos de las olas embravecidas aterran más, pero no son tan fatales como las emanaciones invisibles, silenciosas y mortíferas de las aguas estancadas.

Seguramente los progresos morales no corresponden á los materiales; es menos dificultoso perforar las montañas, que desencastillar los egoísmos; las costas se iluminan mejor que se desvanecen los errores; la palabra llega más fácilmente á las antípodas, que la verdad á los obcecados, y los mares ofrecen menos resistencia que las pasiones. Un descubrimiento hecho en cualquier país, se aplica inmediatamente á todos los otros. Lo mismo marcha la locomotora y funciona el telégrafo

en España que en Inglaterra, en América que en Asia. Pero una forma política, una institución social, una idea benéfica, realizada en un país, ¡qué de dificultades, de imposibilidades á veces, para realizarse en otro, y cómo lo que es bueno para un pueblo hace mal al que quiere imitarle imprudentemente! La materia es en todas partes la misma; el hombre varía, y no se pueden importar las virtudes como el material para las vías férreas. El progreso de las cosas se comunica inmediatamente, puede decirse que vuela sin tardanza por toda la tierra; el progreso de las personas camina con lentitud, y cada pueblo se le va asimilando con más ó menos trabajo, según sus disposiciones, pero siempre con gran dificultad. Hemos de convencernos de las muchas que tiene que vencer el progreso en el orden moral, para no extrañar ni desanimarnos porque sea tan lento. Para un pueblo, lo mismo que para un indivíduo, es más fácil hacerse rico que emplear bien las riquezas; ser sabio que ser santo.

Conviene, Juan, que nos detengamos todavía un momento en esta digresión sobre el progreso porque debes guardar un medio entre dos extremos igualmente perjudiciales. Unos te hablan de la perversidad humana, cada vez mayor, y que debe conducirnos indefectiblemente al abismo; otros, de la perfección del hombre, que pintan como un semidiós, y que para convertir la tierra en un paraíso, no necesita más que poner en prác-

tica unas cuantas teorías: los primeros producen el desmayo del desaliento ó las orgías de la desesperación; los segundos llevan á la rebelión del orgullo, á las iras de la soberbia, á los atentados del amor propio convertido en pasión ciega, y todos nos extravían, auxiliándose, sin saberlo y sin quererlo, en la tarea desdichada de apartar al hombre de la verdad y mermar sus fuerzas para la lucha. El desesperado de su porvenir y el soberbio que quiere imponer su voluntad como ley al presente, por distintos caminos van á caer juntos en la sima de la culpa ó en las angustias de la impotencia.

No escuchemos á los que nos dicen *todo*, ni á los que nos dicen *nada;* oigamos la voz de nuestra conciencia, penetremos en nosotros mismos, donde hallaremos cosas malas y cosas buenas, á veces cosas viles, y á veces cosas sublimes. Seamos humildes recordando lo bajo que hay en nosotros; seamos dignos viendo lo que en nosotros hay elevado. Este conocimiento de nosotros mismos hará que no nos desvanezcamos con esperanzas locas, ni nos desalentemos con terrores vanos, y nos dará la dignidad modesta y perseverante, que necesita cada hombre para alcanzar la mayor suma posible de bien, y también la humanidad entera para realizar sus altos destinos.

Para saber si la humanidad progresa, te harán largas relaciones de aumento de riqueza, y fabulosos relatos de los istmos abiertos

á la navegación, de las montañas perforadas, de la tierra que abre sus entrañas, y de los mares que dicen al abismo: «Deja pasar la palabra del hombre». Todo esto es grande y bello, ciertamente, pero con todos estos adelantos podría no haber progreso. Yo tengo otra medida para apreciarle; yo pregunto á los hombres: *¿Os amáis más que vuestros antepasados se amaban?* Si me responden que no, retrógrados son ó estacionarios; si me responden que sí, han progresado. La obediencia á la ley de amor, esta es la medida del progreso; las demás cosas no tienen más que una importancia secundaria.

Partiendo de esta verdad, que es para mí evidente, leo la historia, veo que los hombres se aman más cada vez, y concluyo de aquí que la humanidad progresa. «¿Y la guerra? dicen los que lo niegan. ¿Cuándo se ha visto una mortandad tan horrible como la guerra franco-prusiana? ¿No es esto retroceder á la barbarie? ¿Dónde está el progreso?»

Podría responder que la guerra es un hecho social, que tiene su valor, pero no único ni absoluto; que una sociedad, como un hombre, no se puede juzgar por una acción, sino por el conjunto de todas las de la vida; y que para pesar los merecimientos del mundo moderno, si en un lado de la balanza se pone el crimen de la guerra, del otro deben echarse las virtudes de la paz. Pero no quiero usar de mi derecho; prescindo de los poderosos argumentos que me ofrecen tantas instituciones

humanitarias, tantos establecimientos benéficos, tantas legiones de criaturas consagradas á consolar el dolor bajo todas sus formas, como presentan los pueblos modernos, y de que no tenían idea los antiguos. Podría preguntar á esa Edad Media qué hacía de sus niños expósitos, de sus enfermos, de sus miserables, de sus encarcelados, de sus débiles todos, y arrojar la verdad de su respuesta, como un argumento sin réplica, al rostro de los que faltan dos veces á la justicia, calumniando á su siglo, y suponiendo en otros una perfección imaginaria.

No quiero hacer uso de ninguna de estas legítimas armas; acepto la guerra como si fuera el único hecho por donde puede medirse la moralidad y el progreso de los pueblos; y enfrente de esas máquinas poderosas de destrucción, de esas nubes de fuego y de esos campos cubiertos en minutos de muertos, heridos y moribundos, afirmo el progreso.

Ante todo, Juan, es preciso no confundir la *guerra* con el *combate*. Es de ley natural que dos pueblos, lo mismo que dos hombres, desde el momento que llegan á las manos, hagan á su enemigo todo el daño necesario para impedir que él los dañe, que en lo recio de la refriega suele ser todo lo posible. La moralidad de dos combatientes, sus buenos sentimientos, han de juzgarse por lo que han hecho para evitar la lucha; por los móviles y propósitos que á ella los conducen; por el uso que hacen de la victoria, y cómo tratan al ene-

migo vencido: porque pretender que durante la pelea no den tan duro y tan recio como puedan, es intentar una cosa insensata, que no podrá realizarse mientras el hombre tenga el instinto de la propia conservación. Teniendo esto muy presente, prosigamos.

La guerra en las sociedades antiguas, y en la Edad Media, era un estado permanente; en el mundo moderno, es un estado excepcional.

La guerra en las sociedades antiguas era un recurso; en los pueblos modernos es una calamidad.

La guerra en las sociedades antiguas era casi el único medio de comunicación, la única manera de influír y modificarse mutuamente; en los pueblos modernos interrumpe las comunicaciones, los aisla, ofrece obstáculos á la influencia que unos ejercen sobre otros.

La guerra en las sociedades antiguas era de exterminio, arrasaba las ciudades, inmolaba los habitantes, destruía los imperios; la guerra en los pueblos modernos es destrucción, pero no exterminio, deja en pié las ciudades y los reinos, y terminado el combate, respeta la vida de los enemigos.

La guerra en las sociedades antiguas no tenía ley moral ni freno, seguía las inspiraciones de la ira y de la venganza; la guerra en los pueblos modernos tiene leyes, y el honor y la humanidad no levantan su voz en vano.

Hoy los combates son más sangrientos; pero como las campañas son más cortas, la

guerra hace menos víctimas y produce menos estragos materiales.

Esto en el orden material; en el moral, el progreso es tal, que sirve de consuelo al ánimo, afligido por el espectáculo de tantos horrores. El grito del mundo antiguo era: *¡Ay de los vencidos!* El del mundo moderno es: *¡Los enemigos heridos son hermanos!* La muerte del vencido era un derecho, el cautiverio una gracia, el rescate un privilegio. Hoy se cura en el mismo hospital al vencedor y al vencido; la vida del prisionero es sagrada; se le cuida y se le atiende con humanidad; y si en la última guerra han sufrido cruelmente, fué por imposibilidad material, á causa de su extraordinario número, no por falta de buen deseo.

Hoy, auxiliar á los enfermos y heridos del enemigo hallados en el campo de batalla, es cosa de que no se hace mención, porque es la regla. Mira cómo este mismo hecho se calificaba hace dos siglos.

Carlos V emprendió el sitio de Metz en mala estación, y el Duque de Alba se vió obligado á levantarle dejando muchos enfermos. Un testigo ocular, Vieilleville, dice: «...los grandes desastres que vimos en el campo del Duque de Alba eran tan horribles, que no había corazón que no pareciera que iba á estallar de dolor. Hallábamos á los soldados de diversas naciones, como en rebaños, mortalmente enfermos y echados sobre el codo; otros sentados sobre grandes piedras, con

las piernas metidas en el fango, heladas hasta las rodillas, clamando misericordia y pidiendo que los acabasen de matar. Entonces el Duque de Guisa ejerció una gran caridad, porque hizo llevar más de 60 al hospital para que fuesen curados. A su ejemplo, los príncipes y los señores hicieron lo mismo, de modo que se sacaron más de 300 de esta horrible miseria, pero á la mayor parte fué preciso cortarles las piernas, que estaban heladas».

Salignac, historiador del siglo de Metz, al referir el hecho, añade: «Con esto el Duque de Guisa añadió á su nombre, ya muy grande por otras acciones, ésta tan humana, QUE INMORTALIZARÁ SU MEMORIA.»

«La humanidad de los franceses causó tal asombro y resonó de tal modo por todas partes, que estando en el sitio de Therouanne, y próximos á ser hechos pedazos conforme al derecho de la guerra en aquellos tiempos, les ocurrió gritar dirigiéndose á los españoles, sus vencedores: *¡Acordaos de la caballerosidad de Metz! ¡Buena guerra, compañeros!* A este grito, los caballeros españoles que formaban la cabeza de la columna de asalto, salvaron á los soldados, señores y caballeros, sin hacerles ningún mal, y los recibieron todos á rescate» (1).

Es decir, que inmortalizaba su memoria un caudillo por un hecho que hoy es tan común, que nadie hace mención de él. El que recogía

(1) Brantome, *Hommes illustres.*

hace dos siglos á los enfermos abandonados en el campo de batalla era un héroe; el que no lo hace ahora es un hombre cruel, y se le vitupera, y se clama contra la infracción de los tratados. En memoria de una acción heróica se concedía *como favor* el rescate, que ya nadie tiene la imprudencia de pedir, es decir, que se tenía como *gracia* lo que en la época presente nadie piensa en imponer como *castigo*. ¿No hay progreso, y progreso grande, aun rotas las hostilidades? ¿No hay más amor entre los hombres aun en medio de ese acceso de ciega ira que se llama guerra?

En la guerra, que antes era todo cólera, odio y venganza, hay ahora perdón y amor así que cesa el combate. ¿Te parece pequeño progreso? Y ¡cuán inmenso y consolador es el que ofrecen los pueblos que no toman parte en la lucha! En el mundo antiguo, enemigo y extranjero eran lo mismo; no había más que una palabra para expresar cosas que son hoy tan diferentes; acabas de ver á las naciones mandar sus hijos y sus tesoros al campo de batalla extranjero. No ha habido pueblo civilizado que no envíe el tributo de su amor y las lágrimas de compasión á la lucha sangrienta; apenas se han abierto las puertas de París hambriento, han entrado los convoyes de comestibles que le envía Londres; hay una institución bendita que nació ayer, que ya es grande, que en breve será inmensa, y que se llama: *La caridad en la guerra*, es decir, el amor enfrente del odio, el bien enfrente del

mal. Es de ley divina que cuando el mal y el bien se ponen enfrente, el bien acaba por vencer; la caridad triunfará de la guerra; lo difícil, lo que parecía imposible, era que entrase en ella; pero habiéndose abierto paso hasta las entrañas de la fiera, concluirá por encadenarla. ¿Qué importa el fusil de aguja, ni las ametralladoras? La guerra no sale de los parques ni de los arsenales, sino del corazón del hombre; y el día en que los pueblos se amen, las armas, perfeccionadas ó no, poco importa, caerán de sus manos.

Ya lo ves, Juan; aun en la guerra, aun en ese movimiento de ira, que es la ocasión más desfavorable para juzgar á los pueblos como á los hombres, aun en la guerra hay progreso, porque hay aumento de amor, disminución de odio y perdón en lugar de venganza.

No calumniar al pasado ni desesperar del porvenir, me parece un punto de partido necesario para ver con claridad y obrar con justicia en el presente; esta es la razón porque he insistido en afirmar la ley del progreso y en recordarte la virtud de la esperanza, que no en vano se ha puesto al lado de la caridad y de la fe.



CARTA DÉCIMOSEXTA

Que mientras el obrero no eleve su nivel moral é intelectual, no se elevará para él el social.

Apreciable Juan: Lejos está de ser ajena á la cuestión que tratamos la digresión hecha en mi carta anterior sobre el progreso, que se halla en las entrañas de nuestro asunto como lo está en las de la sociedad. No es transición violenta pasar de él á la asociación, que es á la vez su prueba más concluyente y su instrumento más poderoso.

Ya te he dicho que por regla general, y según resulta de los hechos que he podido observar, las *huelgas* no resuelven el problema de la insuficiencia de los salarios, como un motín no resuelve nigún punto de derecho. Asociarte, ilustrarte, moralizarte: he aquí el medio, el único medio de alcanzar el mayor fruto posible de tu trabajo.

Ya trataremos de las ventajas que puedes sacar de la asociación para aumentar tu jornal ó suprimirle, convirtiéndole en ganancia; pero antes hemos de tocar otros puntos, y tan-

to más cuanto la asociación supone y necesita en los asociados cierto grado de inteligencia y moralidad.

Yo soy tu sincera amiga, Juan, y he de hablarte la verdad, ya sea dura, ya consoladora; bien me atraiga tu simpatía, bien tu aversión; porque la verdad es siempre santa, siempre útil, y la mala suerte que suele caber al que la dice, no sirve de obstáculo al mucho bien que ella hace. Escúchame un poco atento.

Cuanta más diferencia hay entre las criaturas, menos se aman: aplastas un gusano, matas un insecto, sin sentir hacia ellos el menor movimiento de compasión; matas un perro ó un caballo, ya te da lástima; matar á un hombre, causa remordimiento y pena grande. Si pudieras formar una escala graduada de la simpatía que te inspiran las criaturas, correspondería exactamente á las semejanzas que contigo tienen desde el gusano hasta el hombre.

Esta ley, si no está bien estudiada ni formulada claramente, no hay duda que está sentida, porque ha pasado al lenguaje, y para significar los que nos inspiran respeto, afecto, consideración, decimos *nuestros semejantes*. La SEMEJANZA: hé aquí el gran lazo entre las criaturas, lazo tanto más estrecho cuanto ella es mayor.

Los efectos de la ley no se detienen al llegar á la especie humana. Si amas más á un animal cuanto más se parece al hombre, amas

también más al hombre cuanto más se parece á ti. El hotentote no te inspira igual simpatía que el hombre de tu raza, y entre tus conciudadanos sientes más afecto por los de tu clase, por los que se hallan en igual situación que tú, en fin, por los que tienen más semejanza contigo. En los países en que hay castas, es decir, agrupaciones de hombres con grandes diferencias permanentes, se aborrecen y se desprecian unos á otros, y puede decirse que no se comunican más que para la *opresión*, la *explotación* y la *rebelión*.

A medida que las castas desaparecen, que los hombres se aproximan, que las diferencias disminuyen, se atenúan también las iras de los de abajo y el desprecio de los de arriba, cuya escala es idéntica á la de las distancias. El señor feudal promulga horribles leyes cuando se trata del pechero y atropella la justicia y la piedad; su honor depende de su comportamiento con sus *pares;* el rebaño vil de sus vasallos, ¿tiene que ver con su honra ni con su virtud?

La religión, la moral, el cultivo de la inteligencia, modifican esta disposición instintiva; pero el impulso natural, cuyos efectos pueden atenuarse pero no destruírse, es la armonía entre el amor y la semejanza. Cuando digo *semejanza*, no entiendas *identidad*. Hay diferencias que no excluyen, antes favorecen los afectos; pero cierta aproximación moral, cierta equivalencia en las cualidades, determina y facilita las relaciones benévolas.

Cuando se ha dicho que *la aristocracia no tenía entrañas,* se ha señalado un efecto de esta causa, y otro al afirmar que *los pobres tienen mucha caridad unos con otros.*

Las instituciones que borran los privilegios y dan iguales derechos á todos los ciudadanos, favorecen seguramente los sentimientos benévolos y humanitarios; pero no hay que confiar demasiado en ellas ni hacerse ilusiones sobre su eficacia, porque la igualdad civil y política promulgada por un Código, prepara, mas no realiza inmediatamente la semejanza moral é intelectual de los ciudadanos. Aun es posible que la promulgación de esta igualdad exacerbe por de pronto el desprecio y el odio entre las clases que debiera aproximar. Los de arriba se irritan de que se declaren iguales seres tan inferiores, cuya tendencia es convertir la dignidad del hecho en el abuso de la fuerza, y cuyo voto sin opinión se arroje como un peso bruto en la balanza de los destinos públicos. Los de abajo se esasperan de ver que la igualdad de derechos no cambia el curso de los hechos; que nada influye en su bienestar; que es como un sarcasmo al lado de desigualdades positivas é irritantes Nada más natural en el que sufre que creer en la facilidad con que su mal puede trocarse en bien; nada más natural que acusar á los hombres antes que á las cosas, y convertir en odio una aspiración impotente, una esperanza desvanecida. Al ver esta hostilidad entre unos y otros, se acusa á las leyes que

parecen haberla excitado, se echan de menos aquellos tiempos de supuestas armonías entre la sumisión de los de abajo y la bondad de los de arriba. La sociedad, Juan, no puede asentarse bien sobre la resignación y la generosidad, sino sobre la justicia: á medida que la noción de ésta se generaliza, los pueblos son mejores y más dichosos, porque la resignación y la generosidad, necesarias en cierta medida, útiles como puntos de apoyo, son deleznables como único cimiento.

Hemos de dedicar una carta á la importante cuestión de la igualdad; lo que hoy cumple á nuestro propósito es dejar sentado que los grados de semejanza miden los grados de aprecio, de benevolencia, de amor.

Para que te aprecien y te amen los que están colocados más arriba que tú en la escala social, es necesario que te acerques á ellos componiendo tus maneras, aseando tu persona, arreglando tus costumbres é ilustrando tu inteligencia. Siempre que el hombre es despreciable, se le desprecia; siempre que se le desprecia, se le oprime; y siempre que se le oprime, se le explota.

La explotación se compone de *querer* y *poder* explotar. A medida que los hombres se parecen más y se aman más, disminuye en ellos la voluntad de hacerse mal, porque aumenta el afecto que se inspiran; quieren explotarse menos veces y con menos afán; decrece también la posibilidad de hacerlo, porque los grados de explotación se miden por la

diferencia que hay entre el que explota y el explotado. El animal se explota sin ningún género de consideración; no hay otra regla que el interés ó el capricho de su dueño. El esclavo se explota poco menos que el animal; hay, no obstante, alguna diferencia. El hombre libre, aun grosero, no se explota ya como el esclavo, y aunque haya quien compare y prefiera la esclavitud al proletariado, hay un mundo entre ambas cosas y un inconmensurable progreso entre ser *cosa* y ser hombre, aunque sea hombre infeliz. El origen de todas las esclavitudes está en la *perversidad* del tirano y en la *inferioridad* del esclavo: sin la primera no habría *voluntad;* sin la segunda no habría *posibilidad* de esclavizar. Con la explotación del hombre libre, aunque en menor escala, sucede lo propio.

Al pueblo se le ha llamado *masa,* y es deplorable, Juan, que este nombre tenga siquiera un asomo de propiedad, y que oigas y oigamos todos sin horripilarnos hablar de las *masas*. La masa es una cosa pesada, sin conciencia ni movimiento propio, y terrible cuando se desploma movida por impulso ajeno. Es necesario que el pueblo deje de ser masa, porque mientras lo sea, la manipulará la osadía, la explotará el interés, la pervertirá la maldad, la extraviará el error ó la pasión. Te hablan de *emanciparte del capital,* que es como si te dijeran que te emancipases del instrumento con que trabajas: de lo que es preciso que te emancipes es del error, de la ig-

norancia, de los vicios, de la inferioridad, en fin, que tiene todo explotado respecto del que le explota. El mal está aquí, y nada más que aquí; distribuye la riqueza como quieras, repártela como se te antoje, organiza la sociedad política y económicamente como te parezca; mientras haya una multitud ignorante y unos cuantos que sepan, éstos la explotarán.

¿En virtud de qué ley domina el hombre á los animales, que son más numerosos y más fuertes que él? Los domina porque es más inteligente, por eso utiliza su fuerza, y á su voluntad aumenta ó disminuye su número. No hay que rebelarse contra esta ley, porque sobre impío sería inútil, y si fuera posible sustraerse á ella, si la dirección del mundo perteneciese, no á la mayor ilustración, sino al mayor número, la sociedad retrogradaría, en lugar de progresar, y volvería á la barbarie, al estado salvaje, á la animalidad.

No hay, pues, que *contarse;* esto es inútil y alguna vez perjudicial, porque la ilusión del número puede conducir al combate y á la derrota; lo que es preciso es *pesarse;* ver el valor intelectual y moral del pueblo, y á medida que este valor *suba*, la explotación *bajará*.

Imagina un cambio. Figúrate que la riqueza queda en manos de los que hoy la tienen, pero que la ilustración pasa toda al pueblo, que hoy carece de ella: que tú eres abogado; y de tus vecinos, el trapero, doctor en ciencias; teólogo, el que compone tinajas y arte-

sones; el sereno, astrónomo; el albañil, arquitecto; el fabricante de chicharras, músico eminente; el esquilador de mulas, médico afamado; el que vende fósforos se halla muy instruído en todo lo relativo á la industria y al comercio; el aguador es ingeniero de caminos, etc., etc. Figúrate en los reducidos cuartos de tu casa de vecindad á todas estas personas instruídas, y en las habitaciones lujosas y en los palacios, á hombres sin instrucción alguna, muchos sin saber leer, la mayor parte sin comprender lo poco que leen, y con más errores que ideas. ¿Crees, Juan, que las cosas podrían continuar así mucho tiempo? ¿Crees que los instruídos miserables tardarían mucho en dar la ley á los opulentos ignorantes? Tu buen sentido te hará comprender que no, y él mismo debe decirte que tu mayor ilustración y tu mayor moralidad son los únicos medios de emanciparte. Numerosos son los rebaños, y no son por eso fuertes. Las multitudes ignorantes se asemejan á rebaños, que se conducen suavemente ó á palos, según son mansos ó se rebelan. Esta verdad es dura, pero no he tomado la pluma para decirte mentiras agradables, y ahí está la historia para probar lo que afirmo.

Donde todos son ignorantes y degradados, todos son rebaño conducido por uno solo: es el despotismo de Oriente.

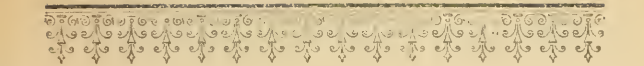
Donde hay unos pocos que valen, todos, menos ellos, son rebaño que ordeñan y esquilan: las aristocracias.

Donde el número de los inteligentes aumenta, disminuye el de los oprimidos y la dureza de la opresión, por aquella ley de que te hablé al principio; los hombres se van pareciendo más cada vez amándose más, tratándose como *semejantes*.

Se da el caso de que una persona que vale menos explota á otra que vale más; esto puede suceder por excepción en un indivíduo, pero no por regla general en las colectividades; y aun en los indivíduos, esta injusticia es un reflejo y una consecuencia de la ignorancia é inmoralidad general, que no retribuye debidamente el mérito, y opone grandes obstáculos á la asociación y á los beneficios del crédito. Un editor ignorante explota á un autor que sabe mucho: esto consiste en que la multitud aprecia poco el saber, y tarda en reconocer el mérito. El autor que *gusta*, da la ley en lugar de recibirla; y si el mérito fuera moneda corriente ó hipoteca segura, el autor, si no tenía fondos, tendría crédito; hallaría papel é impresión sin pagarla al contado, y vendería su obra al público por su justo precio, en vez de dársela al mercader intermedio casi de balde. Aun en este caso excepcional, la explotación es consecuencia de la ignorancia y falta de moralidad, si no del productor, de los consumidores del producto. ¿Qué debes pensar, Juan, de esa explotación y de esa tiranía del capital, y de todos esos males de que te hablan como consecuencia de leyes viciosas, y que pueden remediarse de

una plumada? Las cosas no pueden cambiar si no cambian los hombres, ni progresar si ellos permanecen estacionarios, ni mejorase la condición del obrero sino á medida que valga más. ¿Por qué no eres tratado como esclavo, ni como siervo, ni como vasallo? Porque vales más que los vasallos, los siervos y los esclavos. ¿Por qué no eres tratado como los hombres instruídos? Porque vales menos que los que han adquirido una vasta instrucción.

Emanciparse es instruirse y moralizarse; sustraerse á la tiranía del capital es dejar de ser esclavo de la ignorancia y del vicio. Cada virtud que adquieres, cada error que rectificas, mejora tu situación económica; consigues que te paguen mejor tu trabajo, y compras más barato el de los otros.



CARTA DÉCIMOSÉPTIMA

Continuación de la anterior.

Apreciable Juan: Continuemos tratando de los medios de disminuir la explotación y aumentar el salario. Hemos visto que, á medida que las clases obreras se elevan en moralidad é inteligencia, inspiran á las clases elevadas más simpatía, más respeto, y en caso necesario más temor; y que el deseo y la posibilidad de hacerles mal, de explotarlas, disminuye en la misma proporción. Fíjate bien en esto del *deseo,* porque la gran cuestión es rectificar las voluntades. Mientras *ocurre* cometer un abuso, el abuso se comete unas veces y se intenta otras; basta intentarlo para producir una gran perturbación. La sociedad no es posible sino porque la inmensa mayoría de las personas respetan mutuamente sus derechos, y no se insultan, se despojan ó se hieren. Si sólo por la fuerza se hiciera valer el derecho, su realización sería imposible, porque al lado de cada hombre, sería necesario un soldado para que no atentase contra

los otros. Hay una minoría que necesita ser reducida por la fuerza: éstos se llaman criminales: el resto tiene el freno moral, la rectitud de la voluntad. La justicia se respira, como el aire, sin apercibirse de ello.

Conforme á lo ajustado, te dan tu jornal; los días que has trabajado te pagan; si tomas fiado en la tienda, no lo niegas ni te exigen el pago de lo que no has sacado; no necesitas llamar testigos al hacer el pago del casero, para que anote en el recibo lo que le das; si te lavan la ropa, no te dan ningún documento que acredite que es tuya, ni tú le entregas tampoco si eres lavandero; ni piensas en despojar á los otros de lo que les pertenece, ni te despojan á ti; ni hieres, ni eres herido. En las relaciones sociales hay cierto grado de equidad y benevolencia que no notas, y sin el cual serían imposibles, y la moralidad tiene más parte en el orden que la fuerza. Desde el momento en que la ley no tiene más que el apoyo material, y que no está en la conciencia, se infringe por muchos que no creen cometer un delito. En todos los fenómenos sociales, los hechos son la consecuencia de las ideas y de los sentimientos.

En el hecho de lo reducido de tu salario influyen muchas causas; es uno de los más complejos que pueden estudiarse, pero no se sustrae á la influencia de las ideas y de los sentimientos. No dudo que hará sonreír á ciertas personas la modificación del salario por

el sentimiento; pero si la cosa es positiva, aunque se tome á burla, influirá de veras. Al fijar la cantidad del salario, si no por todo, entra por algo la *idea* de las necesidades del trabajador; y la prueba es, que donde los mantenimientos están muy caros, los jornales no suelen estar baratos, y en igualdad de todas las demás circunstancias, se paga mejor al obrero de la ciudad que al del campo, que puede vivir con más economía. Por mucha que sea la concurrencia, á un jornalero no se le fijarán por jornal cinco céntimos diarios, porque con esta cantidad se sabe que no puede comprar la cantidad necesaria de alimento para trabajar, ni aun para sostenerse en pié. El *mínimum necesario* del que hace la obra, depende de la calidad del obrero que se emplea. Si es un animal, el pienso; si es un esclavo, poco más; si es un obrero libre, tiene más necesidades, que son mayores á medida que se eleva en dignidad y consideración. De una máquina que necesita descanso, se convierte en sér racional y moral; tiene familia, deberes de hijo y de padre, deberes de ciudadano; necesidad, no sólo de alimento, sino de vestido, de cama, de albergue y de cierta decencia, sin la cual no es posible su dignidad de hombre. La idea que el operario tiene de esta dignidad y la que tiene el que le emplea, influyen en el modo de pagarle, y esta idea viene en parte del sentimiento. Cuando no se desprecia al obrero; cuando se reconoce en él á una criatura racional, digna,

capaz de nobles y generosos impulsos; cuando se le mira como miembro de una misma familia, como un hermano que ha tenido, al parecer, menos fortuna que nosotros, inspira simpatía, compasión y respeto, no se le puede condenar á vivir como los animales que encuentran escaso pasto; el sentimiento modifica la opinión ó la forma, penetra en las instituciones y en la organización económica, y el mínimum considerado necesario del obrero, sube á medida que sube el aprecio que merece é inspira.

En Inglaterra, por ejemplo, cuando estaba prohibida la entrada de granos hasta que tenían un precio subidísimo, si á él llegaban, la desproporción del precio de los jornales con el de los mantenimientos era grande, y el hambre, espantosa. Por dura que fuese la aristocracia, al cabo era civilizada y cristiana, y la contribución de pobres era un verdadero suplemento de salario, dado de la peor manera posible, pero dado en fin, en virtud del principio de un mínimum necesario de retribución para el obrero. En los socorros de la parroquia, á que todo pobre tenía derecho, entraban el te y el azúcar: estos artículos, que en otros países son de lujo, eran allí tenidos por de primera necesidad, y esta opinión estaba formada por ideas y sentimientos, como todas las opiniones, porque no hay cosa menos razonable que suponer que el hombre se guía por razón y nada más que por ella. Las dos cosas más grandes que hay, la

caridad y la justicia, se sienten por lo menos tanto como se razonan.

Con el trabajo de las mujeres, en general sucede algo parecido á lo que acontecía á los obreros ingleses en tiempo de carestía; no se paga lo suficiente para que viva el trabajador. Es efecto esto de muchas causas, pero no hay duda que una de ellas es la idea de la inferioridad de la mujer y de sus menores necesidades. La mujer apenas ha tenido hasta aquí personalidad social; se la consideraba como menor, recibiendo dirección y apoyo de su padre, de su marido, de su hijo ó de su hermano que la sostenían. La que tiene derecho á una pensión como huérfana, la disfruta, no hasta la mayor edad, como los varones, sino toda la vida, á menos que se case y tenga ya quien la proporcione el sustento que ella se supone incapaz de ganar. Ya se sabe que el trabajo de la mujer, por regla general, es un auxilio para la casa, pero no puede sostenerla; y cuando no hay otro recurso, la caridad y la beneficencia tienen que dar un suplemento, si la miseria no ha de cebarse en las pobres víctimas de un deplorable error. La corta retribución del trabajo de la mujer reconoce, entre otras causas, el desdén que ella inspira y la suposición de que tiene quien la sostenga; porque lo necesario para el obrero ha de salir de alguna parte, y preciso es que lo reciba en forma de limosna, si no como salario.

La concurrencia, te dicen, esa es la que

arregla el precio de los salarios, como el de todas las cosas: cuando hay muchos trabajadores y poco trabajo, los jornales bajan, y viceversa. Seguramente que la concurrencia es mucho, pero no es todo, y está limitada, tanto para subir como para bajar los jornales, por otras leyes. Figúrate que hay en Madrid 300.000 personas que quieran llevar zapatos, y que no hay más que 30 zapateros; van á dar la ley, su boca es medida, y no quieren hacer nu par de zapatos menos de 1.000 duros. Posible es que haya alguno que los pague, como se pagan los diamantes, y con más razón, porque son de mayor utilidad; pero el número de los que quieren y puedan dar 20.000 reales por un par de zapatos será muy corto, y los más se ingeniarán buscando otro medio de calzarse ó aprendiendo á fabricarse su calzado ellos mismos. Ya ves que el jornal por arriba, aunque no haya concurrencia, tiene el límite de la imposibilidad de vender los productos del trabajo cuando resultan excesivamente caros.

Ahora, imagina que sucede todo lo contrario, que hay en Madrid 30.000 peones de albañil, y sólo tres obras: los dueños pagan á cinco céntimos cada día de trabajo. Como no es posible que, no ya una familia, sino un hombre, se procure el necesario sustento con tan corta cantidad, no habrá quien acepte la proposición. Si por acaso hubiere alguno, necesario es que reciba, según te he dicho, como socorro el mínimum necesario que se le ha negado como jornal; lo cual quiere decir que,

sin concurrencia ó con ella, la sociedad necesita mantener á sus trabajadores, y que hay un límite al poder de la concurrencia, tanto en el máximum como en el mínimum de los salarios.

Para este mínimum influye la opinión que se tiene de las necesidades, y para esta opinión, la simpatía y el aprecio que inspira el obrero. Mira, por ejemplo, lo que sucede con los abogados y los médicos: el número es excesivo, hay una gran concurrencia, muchísimos se quedan sin trabajo, pero la retribución, lejos de bajar, sube, y nunca se paga á un abogado como á un albañil, según dictarían las leyes de la concurrencia si no estarían modificadas por otras. ¿Por qué? Porque aun cuando multitud de manos se disputen la obra, no es posible al pagarla prescindir enteramente de la calidad del obrero, de su valor moral é intelectual; y cualquiera que sea su número, nunca se pagará el informe de un letrado como el viaje de un mozo de cordel. Ya ves aquí otra modificación de la ley de la concurrencia.

De todo lo dicho y de mucho más que pudiera decirte, se deduce que una de las cosas que influyen en el precio del trabajo es la idea que se tiene del obrero, de su valer y de sus necesidades. Cuando era esclavo se le trataba como una bestia; hoy, aunque despacio, empieza á tratársele como á un ser racional, se habla de instruírle, de reducir sus horas de trabajo, de prohibir el de sus hijos hasta

cierta edad, etc., etc. Un día llegará, día bendito que Dios apresure, en que se reconocerá como una de sus necesidades la de cultivar su inteligencia, la de elevar su espíritu, la de afirmar sus creencias religiosas, la de reposar de los trabajos corporales con la comunicación con otros espíritus que contribuyan á levantar el suyo, asociando las altas ideas, en vez de asociar los bajos instintos.

Para apresurar la venida de ese hermoso día, es preciso que trabajemos todos, tú, los demás y yo. Es preciso que procuremos y procures instruírte, moralizarte, crecer en inteligencia, en dignidad; y está seguro que, cuando valgas más, te pagarán mejor. Esto, como te he indicado por una tendencia moral é irresistible, y además, porque entonces podrás utilizar un gran medio, la asociación, de cuyos beneficios para aumentar el producto de tu trabajo, te hablaré otro día.



CARTA DÉCIMOCTAVA

De la asociación.

Apreciable Juan: Hemos visto que el mínimum necesario para la vida del obrero, influye en la retribución que se le da por la obra; que la cuestión no se resuelve por la concurrencia sola, porque en éste, como en todos los problemas sociales, es necesario tener en cuenta la moral, la opinión, el sentimiento, y el nivel á que ha quedado reducido el error, y el que alcanza la verdad. Hemos visto que para el salario del trabajador se atiende á lo que necesita para vivir, y que en la apreciación de lo que necesita para vivir, influyen la idea más ó menos elevada que de él se tiene, y el aprecio y amor que inspira.

Hay una cosa más útil para ti, Juan, que la subida del jornal, y es no trabajar por jornal. No te vayas á figurar que, en mi concepto, se rebaja el hombre que le recibe, ni que sea más digno decir: gana tanto cada año, que gana tanto cada día. Todo hombre que

disfruta un sueldo fijo, tiene un tanto diario; y si no se dice que trabaja á jornal, será, sin duda, porque tiene asegurada ocupación por semanas, meses ó años, y no solamente por días, y que se le pagan aun aquellos en que no trabaja. En esto hay mayor ganancia, pero no mayor dignidad, que no se aumenta ó se disminuye por cobrar el primer día del mes ó el último día de la semana. Nada tiene de razonable el desdén con que á veces se dice: *un hombre asalariado*, porque son cuestiones de nombre y disfraces de vanidad las distinciones de honorarios, salarios, sueldos, haberes, pagas, etc. Desde los primeros funcionarios del Estado hasta el albañil, reciben en cambio de su trabajo una retribución; en la cantidad influyen muchas causas, y siempre es una de las necesidades que en el obrero se suponen. El cobrar ocho reales, ocho duros ú ocho onzas de oro, no es hecho que pueda enaltecer ó rebajar, y si estas cantidades son premios de la lotería, nadie medirá el aprecio que merece la persona, por la cantidad que recibe del lotero, y se tendrá como provecho, pero no como honra, el embolsarse las monedas de oro, ni ha de ser motivo de humillación cobrar las dos pesetas. ¿Por qué? Porque en esta obra de la suerte no ha influído para nada la valía del favorecido, que puede ser muy digno siendo agraciado con una pequeña cantidad, y muy grosero é ignorante, recibiendo muchos miles de duros.

El desprecio con que se miran las cortas

retribuciones, tiene su origen en la calidad de los que las reciben; el desdén con que se dice: *un jornal*, es el reflejo del que inspira el jornalero; disminuye á medida que éste se eleva en el aprecio público, y desaparecerá cuando sea respetado. Así, pues, cuando deseo que trabajes á jornal cuanto menos te sea posible, no es porque crea que este modo de retribución tiene en sí nada de humillante, ni que lleve consigo mayor dignidad los 6.000 duros que percibe un Capitán general cada año, que los seis reales que ganas tú cada día.

Quisiera que dejaras, siempre que posible fuese, de ser jornalero, para que tu ganancia se aumentara, para que fueses menos pasivo, más previsor, más reflexivo, más inteligente, para que tu egoísmo fuera menos estrecho, tus hostilidades menos acres, y más fuertes los lazos que te unían á la humanidad. Mas ¿quién puede sacarte de tu estado actual de jornalero? La ASOCIACION; pero recuerda la definición que de ella te di, y no vayas á tomar la asociación por reunión tumultuosa, por guerra ó por motín, porque la paz es tan necesaria á la asociación, como la quietud para estudiar el curso de los astros; y querer obtener sus ventajas en medio del tumulto, es como intentar hacer observaciones astronómicas desde un barco combatido por la tempestad.

Veamos prácticamente cómo funciona la asociación.

Eres oficial de zapatero; te crees explota-

do por el maestro, y lo mismo tus 200 compañeros. En vez de hacerle la forzosa, que no la haréis probablemente con una *huelga,* estudiáis bien el negocio; de dónde se traen las primeras materias; cuánto cuestan; el precio de la mano de obra; la extensión del mercado; la facilidad de la venta, etc. Suponiendo que ganáis á razón de 10 reales diarios, un mes de jornal importa 60.000 reales, que es lo que dejáis de ganar en un mes de huelga. ¿Cómo vivís ese mes? Con mil apuros y privaciones: no es posible ni necesario que os las impongáis trabajando, pero imponiéndoos algunas, economizando medio real diario cada uno, en cuatro años tenéis 146.000 reales, aunque vuestros ahorros no ganaran rédito, como deben ganarlo puestos en la Caja. Con este capital, en vez de una huelga organizáis un taller, y si no os basta, él mismo puede serviros de garantía para reunir cantidad mayor; os ponéis á trabajar por vuestra cuenta, suprimís el interés del capital del maestro, el que saca como retribución de su trabajo, si os explota, el que indebidamente se cobra, y como trabajáis más y mejor, interesados como directamente lo estáis, producís más y con más perfección, la industria prospera y la ganancia aumenta. Ya se han hecho algunos ensayos satisfactorios de este medio de *emancipación* para el obrero; y cuando han salido mal, ha sido efecto de su falta de inteligencia y moralidad.

Puedo decirte un ejemplo de ahora, y en

Madrid, de esta asociación de trabajadores. Habrás oído hablar de los conciertos de Monasterio, ejecutados por una asociación de músicos. Monasterio no señala á cada uno un sueldo ó salario, después de satisfecho el cual y los demás gastos, se embolsa la ganancia, sino que se la reparten según los merecimientos de cada uno. Para esto, ellos, que saben lo que cada cual vale, establecen categorías, y cada uno cobra conforme á la categoría que tiene; porque ya comprendes que Monasterio, un artista eminente, que tiene un trabajo ímprobo y una gran responsabilidad, no ha de cobrar lo mismo que el que descansadamente toca los timbales ó el tambor. De este modo nadie explota á nadie; la ganancia se reparte según el merecimiento, sin intermediarios que la distraigan á donde en justicia no debe ir.

Esta asociación de trabajadores para sacar el mayor fruto posible de su trabajo, es de las más fáciles y sencillas, y conviene que nos detengamos un momento á ver por qué.

1.° Los asociados son inteligentes, aprecian bien su mérito respectivo, se convencen de la necesidad de no negar á cada uno el suyo, y se establece entre ellos una jerarquía, sin la cual no es posible orden ni justicia.

2.° Poseen un gran capital, que consiste un poco en sus instrumentos, mucho en su inteligencia del arte, y con él pueden hacer frente á varias eventualidades.

3.° Como este capital no es de primeras materias ni de instrumentos materiales, sino

de genio y conocimientos artísticos, que no perecen sino con la vida del que los tiene, aunque el negocio salga mal, el capital no se destruye. Si, por ejemplo, establecemos una fábrica de papel, se gasta una suma enorme en hacer un edificio, poner una máquina de vapor ó hidráulica, acopiar primeras materias, etc. El negocio sale mal; el capital se ha perdido. Queremos dar un concierto: la gente no acude, el negocio no salió bien, pero el capital queda en pié. Monasterio no pierde por eso la inteligencia del arte, ni los demás asociados tampoco; su capital subsiste, y podrán utilizarle con mejor fortuna otro día. Esto te prueba que cuanta más inteligencia entra en una empresa es menos arriesgada, porque lo que hay que temer en todas, es la destrucción del capital, que no se destruye cuando es de tal naturaleza, que puede existir independiente de las eventualidades de un negocio.

4.° La asociación tiene crédito con el dueño del local, que no le exige el alquiler adelantado, relevándola así de hacer anticipos; con el público, que conoce su mérito y acude á escucharla, evitándole decepciones ó una larga prueba hasta acreditar su mérito.

Las ventajas de la asociación de conciertos consisten, como ves, unas en la índole del negocio, otras en las circunstancias de los asociados. Cuanto mayor es la suma de inteligencia que entra en una empresa, es menor el riesgo de que fracase, y de menos conside-

ración la pérdida en caso de salir mal. Te repito esto, Juan, porque importa mucho que lo entiendas bien y no lo olvides.

Por medio de la asociación, los obreros pueden ser capitalistas y emprender por su cuenta los trabajos que hacen por la de otro. Un gran número de operarios que realicen cada día una economía muy pequeña, al cabo de algunos años se hallarán en situación de establecer una industria. Más arriba hemos dicho que no siendo suficiente el capital reunido, podía servir de garantía para tomar prestada una cantidad mayor. En efecto, si los asociados reunís 600.000 reales y la fabricación no puede plantearse sino con un millón, habrá quien os preste los 400.000 reales restantes, asegurando el pago con los fondos que son vuestra propiedad, ó con los valores en que han sido invertidos.

Podría suceder que hallaseis quien os prestara sin dar garantía alguna: esto acontecería teniendo *crédito*. El crédito está definido con la palabra que le nombra; viene de *creer;* es la *fe,* la persuasión íntima de que la persona que le merece *puede* y *quiere* cumplir con el compromiso que ha contraído. *Poder* y *querer*. En el crédito entran, como ves, dos elementos, uno moral, intelectual el otro. Un obrero hábil, pero vicioso y derrochador, me pide una cantidad prestada, dándome su palabra de devolvérmela con los réditos en plazo no largo. Si él quisiera, bien podría cumplir, pero todo lo que sé de su conducta, me hace

pensar que no querrá: no me inspira confianza, no doy *crédito* á lo que dice, no le presto.

Un excelente hombre, honrado si los hay, pero torpe y limitado, quiere que le haga un anticipo. Yo veo claro que no tiene inteligencia para manejar el capital que voy á confiarle, que le perderá, y que con el mejor deseo se hallará en la imposibilidad de pagarme, ni cuando lo promete, ni nunca; y aunque confío en su honradez, no creo que pueda pagarme según afirma: no doy *crédito* á lo que dice, no le presto.

Esto que hago yo, lo haces tú y lo hacen todos. Cuando damos ó regalamos, habla nuestro corazón ó nuestra vanidad; pero cuando prestamos, habla nuestro cálculo, ó exclusivamente, ó por lo menos bastante alto, para que sea necesario escucharle.

El crédito, se ha dicho, *es un capital,* y lo es en efecto. Si quieres poner una tienda y careces de fondos, pero tienes tal reputación de honradez é inteligencia, que los que han de surtirla no dudan que harás buen negocio, que les pagarás tan pronto como puedas, te fían, y tú te estableces y prosperas: así sucede con mucha frecuencia.

Lo propio que acontece á un indivíduo, pasa á una asociación. Si inspira confianza, halla crédito. Si le tenéis los obreros que os asociáis, con muy pocos fondos podréis hacer grandes cosas, respondiendo vuestra honradez y vuestra inteligencia de que cumpliréis religiosamente. La asociación es un pagador

más seguro que el indivíduo, porque no muere, y porque el error que pudiera cometerse al juzgar á una persona, no influye cuando son tantas, cuya moralidad arrastra por el buen camino al que pudiera carecer de ella. La moral, Juan, siempre la moral; ya ves cómo la hallamos en el fondo de todas las cuestiones económicas.

Yo creo que la asociación es la gran redentora de los obreros: yo creo que hay en ella un gran poder para mejorar la suerte de los hombres, pero no tiene ninguno para cambiar la esencia de las cosas. Una asociación, lo mismo que un indivíduo, para emprender un negocio necesita capital ó crédito, inteligencia y trabajo.

Así, pues, lo que llamáis emancipación del trabajo, no está en hacer la guerra al capital, sino en tener capital; no está en rebelarse contra la inteligencia, sino en tener inteligencia; no está en la huelga, sino en el trabajo; no está en atacar los derechos de los demás, sino en sostener los propios con la razón y por los medios legales; no está en socavar los principios de toda moralidad, sino en ser moral y honrado. Una multitud pobre, ignorante y desmoralizada, no puede emanciparse de ninguna tutela, y de la económica menos que de otra alguna.

La emancipación en nada es el desenfreno; tan lejos de ser así, es una severa sujeción á la regla. La diferencia del hombre emancipado al que no lo está, consiste en que, en

vez de sujetarse á la voluntad de otro, se rige por la suya; que en vez de obedecer á la razón ajena, obedece á la propia; en que tiene la responsabilidad de sus acciones y no la descarga sobre nadie; en que recibe elogio ó vituperio, premio ó castigo, perjuicio ó ventaja por lo que hace. La emancipación, lejos de favorecer la indolencia, exige tarea mayor; la dignidad no es bien que se recibe gratis, sino que cuesta mucho trabajo adquirirla y conservarla.

El obrero que trabaja á jornal y vive al día, descarga en el maestro todo cuidado, no se preocupa de los males que pueden venir, ni de los medios de evitarlos, y cuando llegan, los recibe unas veces con resignada apatía, otras con desesperación rebelde, siempre eximiéndose de toda responsabilidad.

La asociación, esa gran salvadora de las clases obreras, necesitan miembros que tengan iniciativa y responsabilidad. Necesita capital ó crédito; inteligencia para plantear la obra y clasificar los obreros; probidad para colocar á cada uno en el lugar que le corresponde; respeto á la justicia para sostenerle en su puesto; espíritu de orden para que no falte; amor al trabajo para que sea fecundo, y perseverancia para vencer las dificultades. Todo esto que necesita la asociación, han de tener los indivíduos que la componen. Estás inclinado á ver en la asociación:

Holganza, y es trabajo.
Tumulto, y es orden.

Igualdad, y es jerarquía.
Confusión, y es armonía.
Fuerza, y es derecho.

El obrero asociado tiene más trabajo, una regla de conducta más severa, y como premio de su merecimiento mayor, más dignidad y más ganancia.

La esencia de la asociación es la que te dejo explicada; en su forma y, grados varía. Por ejemplo: el obrero puede recibir del empresario capitalista un jornal, y una parte en las ganancias; pero donde principia la asociación, empieza la necesidad de que el asociado sea moral é inteligente: lo son todos los que participan en las ganancias de una empresa, porque ¿cómo era posible que se diese parte en ella á gente torpe ú holgazana, que en vez de hacerla prosperar, contribuiría á que se arruinara?

Así, pues, la retribución del trabajador, sea que la reciba como jornalero, como asociado, ó participando de ambos conceptos, no puede crecer sino en proporción que él crezca en inteligencia y honradez. El hombre tiene á medida que merece. Esta es la ley de la humanidad. Si ves que algún indivíduo se sale de ella, es error tuyo, ó misterio incomprensible; siempre excepción. Atente á la regla, que no ha de dejar de serlo porque los engañadores de los pueblos les hablen mucho de prosperidad material, y nada de inteligencia y de virtud.



CARTA DÉCIMONONA

Sociedades cooperativas: necesidad de la previsión y del sacrificio.

Apreciable Juan: Al estudiar la miseria hemos tenido que tratar del trabajo, del capital, de la asociación, etc., porque es tal la índole de las cuestiones sociales, tienen entre sí tal trabazón y enlace, que una conduce á todas, y todas llevan á cada una.

Tal vez no recuerdes ya, porque han pasado muchos meses desde que hablamos de esto, que al enumerar las causas de la miseria, era la última, si no en importancia, en el orden en que las habíamos colocado, *la insuficiencia de la remuneración del trabajador.* Esta insuficiencia, dijimos, puede ser el resultado:

De que la remuneración es corta.
De carestía.
De muchas obligaciones.
De lo crecido de los impuestos.

Con la posible extensión hemos tratado de la insuficiencia de los salarios; y al decir que

era más hacedero disminuír el precio de las cosas que aumentar el de los jornales, tuvimos que hablar de la baratura y de la carestía, y de las principales causas que la producían. Muchas y muy complejas son, y algunas tales, que tú no puedes modificarlas directamente por el momento; pero una te indiqué, sobre la que puedes influír y aun hacerla desaparecer con respecto á muchos artículos, y precisamente de los de primera necesidad: hablo de los intermediarios entre el productor y el consumidor. La cuestión es de tal importancia, que será bien insistir y detenernos un poco más en ella.

Así como te conviene, como productor, suprimir intermediarios entre las sillas ó las mesas que haces y los que han de comprarlas, y embolsarte la ganancia sin partirla con el maestro, empresario ó como quiera que se llame, de la misma manera estás interesado, como consumidor, en tratar directamente con el que produce, y suprimir las manos intermedias, en las que va quedando un interés que pagas con gran perjuicio de los tuyos. Dirás tal vez: ¿Luego el comercio es perjudicial? El comercio, te digo, es útil como todas las cosas, en su justa medida, y perjudicial cuando de ella pasa. El comercio, lo mismo que el Estado, debe hacer las cosas que hace mejor que tú, y dejarte que hagas las que haces tú mejor que él. ¿Quieres comprar canela? Necesitas del comerciante, que te presta un gran servicio; ni solo ni asociado

puede traerte cuenta fletar un buque ó armarle, y establecer relaciones á tan larga distancia, y hacerte cargo de un negocio tan complicado, sujeto á muchas eventualidades, que necesita muchos conocimientos especiales y muchísimo tiempo. Lo propio se puede decir si necesitas azúcar y otros artículos que vienen de lejanas tierras, y que afortunadamente no son de primera necesidad: te conviene comprarlos al comerciante.

Pero si aquellas cosas de que haces poco y no indispensable consumo y que se producen á largas distancias, te conviene adquirirlas por medio del comerciante, no sucede lo mismo con artículos de primera necesidad de que haces un gran gasto, que se producen donde vives ó muy cerca, y cuya adquisición directa te sería ventajosísima.

¿Quieres abastecerte de patatas? Es muy fácil que te pongas en relación con el cosechero, y que directamente se las compres con una ventaja de un 50 ó un 100 por 100: te conviene suprimir el comerciante.

Pero ¿dónde tienes tú fondos para pagar las patatas que pueda traer un vagón, el porte, etc? La asociación, un pequeño ahorro, ó el crédito, te pondrán en estado de hacer este buen negocio. No puedes pagar 1.000 arrobas de patatas si eres solo; pero asociado con cien compañeros podrás desembolsar el importe de 10, y si la asociación inspira confianza, es decir, tiene crédito, os darán las patatas, además de muy baratas, fiadas; las

iréis pagando á medida que las vayáis consumiendo, y con la economía que resulte, os hallaréis en estado de hacer muy en breve el anticipo necesario, porque del crédito debe usarse cuando es preciso, pero no siéndolo, no.

Se llaman *cooperativas* estas asociaciones, en que los asociados cooperan, es decir, *trabajan de acuerdo* para proporcionar á precios ventajosos los artículos que consumen. La asociación cooperativa no siempre se pone en relación directa con el productor; puede suprimir todos los intermediarios, uno solo, varios ó ninguno, limitando la ventaja á comprar por mayor lo que adquiría al menudo. Si en vez de comprar una libra de garbanzos te reunes con 25 compañeros y compráis una arroba, formáis una sociedad cooperativa la más sencilla posible, pero que no dejará de reportaros alguna ventaja, porque ganaréis en el precio algo, y bastante en el peso. Si en lugar de comprar dos libras de patatas cada día, te asocias á 20 compañeros y compras una carga cada semana, ya suprimís un intermedio; la operación exige un pequeño anticipo, un poco más de trabajo y de inteligencia en el negocio, y la ganancia crece en proporción, y aun más. Para que el provecho de los asociados aumente, es preciso que aumenten también la inteligencia empleada en la compra, el capital ó el crédito que exige, y *su buena fe*. No olvides esto último. Si el encargado de las compras juega ó bebe el dinero con que ha de pagarlas, el negocio es

imposible; y también si no dice verdad, y pone en cuenta un precio superior al que han costado los efectos. Para asociarse con ventaja, se necesita una ilustración relativa con respecto á la cosa que forma el objeto de la asociación; una buena fe absoluta, de manera que los asociados busquen ventajas mutuas, pero de ningún modo exclusivas, se las distribuyan con equidad, y piensen en dar y recibir apoyo á la vez, y no explotarse.

Es triste, pero es necesario decirlo, Juan: una de las causas de nuestro atraso y miseria, es la falta de espíritu de asociación; y una de las causas de que las asociaciones no se formen, es que están desacreditadas por la mala fe que en la mayor parte ha habido. Esta mala fe era de unos pocos, pero favorecida por la ignorancia y la incuria de los muchos, ha dado lugar á picardías horrendas, á robos legales, que enriqueciendo á unos cuantos malvados, ha producido el descrédito de las asociaciones, y con él, la imposibilidad de hacer grandes cosas.

Conviene tener presentes estas lecciones para el escarmiento, pero no convertir la experiencia en desesperación; es preciso que tú, yo, todos, en la medida de su posibilidad, vayamos formando el hábito de asociarnos, escogiendo los asociados y vigilándolos, para que nuestro descuido no vaya en auxilio de su mala tentación, si por acaso la tienen. El que se asocia para consumir, como el que lo hace para producir, aumenta sus provechos y tam-

bién sus cuidados. Lo más sencillo es comprar á la puerta lo que pasa por la calle, pero es también lo más oneroso. Si echaras la cuenta de lo que gastas de más por comprar á la puerta, te quedarías asombrado. Si el trabajador, el sábado por la tarde, después que cobra, ó el domingo por la mañana, en vez de embolsar los jornales de la semana, que son una tentación á que tantas veces sucumbe, fuera á los mercados más abastecidos, y comprara por mayor los artículos más necesarios, su situación económica mejoraría de un modo que te admiraría, por más que sea una cuenta sencilla y clara de sumar y restar. Los vendedores y comerciantes al por menor, son verdaderas sanguijuelas que chupan la fortuna del pobre. Por todas estas razones y otras muchas, te ruego encarecidamente que procures la formación de las *sociedades cooperativas*, recomendándote mucha prudencia en la elección de asociados. Podéis, y creo que debéis empezar por poco, é ir creciendo á medida que aumenten vuestros medios y confianza mutua. Digo *á medida que aumenten vuestros medios*, porque si vais poniendo en la Caja de Ahorros las economías que resultan de comprar por mayor y con menos intermediarios, aunque no seáis muchos los asociados, á la vuelta de pocos años tendréis un capital respetable: esto resulta del cálculo, confirmado por la experiencia donde quiera que se ha hecho. Los primeros obreros que se asociaron en Inglaterra para comprar

al por mayor, y suprimir en lo posible los intermediarios entre el consumidor y el productor, fueron objeto de burla para la gente frívola; que es más fácil, Juan, reír que reflexionar; pero al poco tiempo se vieron los prodigios, que así los llamaron, de las economías acumuladas al comprar, y los humildes trabajadores, á la vuelta de pocos años, fueron capitalistas, y lo que es más, hicieron un verdadero descubrimiento en el mundo económico, dilatando sus horizontes.

Las muchas obligaciones son otra causa de miseria. Si tienes padres ancianos, achacosos, y muchos hijos pequeños, ó aunque no sea más que esta última circunstancia, basta el menor contratiempo para reducirte á la situación más deplorable. El que se encuentra en este trance, no tiene más remedio que redoblar sus esfuerzos y su economía, cosa más fácil de decir que de hacer, y hay que evitar el verse en tal situación, no formando una nueva familia prematuramente y sin tener algunos ahorros, no tomando compañera por capricho ó por gusto solamente, sino eligiendo con razón aquella que por sus buenas cualidades sea capaz de orden y economía, y por su disposición pueda ayudar al esposo. Los que tienen algo, se miran mucho antes de contraer matrimonio; los que carecen de todo, no reparan en nada, y esta ciega imprevisión acarrea males sin cuento para ellos y para la sociedad.

El remedio está en sobreponer la razón á

los instintos; en que la parte intelectual no quede sofocada por la parte animal; en que la satisfacción presente no sea un velo tupido que no deje ver la desgracia futura. Este sacrificio del porvenir al goce del momento, no es sólo consecuencia de la preponderancia de la parte animal sobre la racional, sino de la noción equivocada que te formas de la vida. El decirte que es combate y sacrificio, es, á tu parecer, hablarte de rancias vejeces, buenas para la ignorancia de tus abuelos, pero que desdicen de tu ilustración. Así lo crees tú, porque no observas ni reflexionas; de otro modo, era imposible que en todo lo que te rodea, fuera de ti y en ti mismo, no vieras que el sacrificio y la lucha es la ley de la humanidad. Por una serie de sacrificios de tus padres, vives; por una serie de sacrificios tuyos, vivirán tus hijos. Combate es toda educación; lucha y vencimiento cuesta perfeccionarse; aprender, es triunfar de la ignorancia; y en fin, para presentar ante tus ojos un hecho general, eterno y evidente, te diré que el trabajo, ley del hombre, condición indispensable de su vida, no es cosa expontánea ni fácil, y su dificultad se expresa en el lenguaje por cien frases significativas. Decimos que *cuesta trabajo* lo que necesita esfuerzo; *trabajoso* llamamos á lo que es muy difícil; y las desgracias se llaman *trabajos*. Estas frases son la expresión de las ideas y sentimientos que arrancan de las entrañas del hombre; y el que le dice que en su camino no debe hallar más

que flores, le enerva para arrancar las espinas, y le impide que se resigne con las que no puede suprimir, añadiendo al sufrimiento de la desgracia, el dolor de la sorpresa. Reflexiona, pues, en la necesidad que tienes de trabajar, en el esfuerzo que te cuesta, y no necesitas conocer otras verdades, para ver la mentira de los que niegan la necesidad del sacrificio y del combate.

¿Y los que no trabajan? Ya te he dicho que su número, excesivo para su mal y de la sociedad, es imperceptible, y puede considerarse como una excepción. Ya sabemos que el trabajo no es sólo el manual; que la tarea del ingeniero de un camino es más penosa que la del que lleva una carretilla; que todo el que hace algo útil, trabaja. El corto número, menor cada día de los que no trabajan, al sepultarse en el crimen, encenagarse en el vicio, ó cuando menos vegetar en la ignorancia, despreciables y despreciados, prueban bien que el trabajo es nuestra ley.

Ni la debilidad de nuestro cuerpo, ni la imperfección de nuestro espíritu, soportan los goces sin interrupción, sin lucha, sin trabajo, el cual es á la vez nuestro freno, nuestro maestro, nuestro necesario abastecedor y nuestro bueno y severo amigo. El lenguaje, Juan, sigue las inflexiones de las ideas y de los sentimientos; se inventan nuevas palabras para expresar nuevas cosas; caen en desuso, se olvidan; desaparecen las que significan cosas que ya no existen, y un día, cuando el trabajo se

aprecie en lo que vale, cuando se vea cuán necesario y santo es, creo yo que al crimen y al vicio se les llamará *ociosidad.*

Yo no miro al mundo por un prisma sombrío, ni tengo al hombre por un animal depravado, no. Yo creo que la Providencia, la causa de las causas, la ley suprema, general y eterna, ó como quiera que llames á lo que yo llamo Dios, ha puesto en este mundo grandes bienes; ha hecho el corazón del hombre capaz de grandes alegrías; pero ni están exentas de dolores, ni los bienes pueden alcanzarse sin esfuerzo proporcionado á su magnitud, sin sacrificio mayor ó menor, y sin combate.

Abstenerse y sostenerse, es decir, sacrificio y lucha, era el resumen de la sabiduría antigua; la conclusión de los estóicos, que no eran seguramente fanáticos ni devotos, sino buenos observadores del corazón humano. Si el niño aprendiera esta ley, si la supiera el adolescente y el adulto, la vida se le presentaría bajo otro aspecto, sus pensamientos y acciones tendrían otra dirección, y aceptando valerosa y racionalmente los males inevitables de la existencia, no se vería abrumada con los que pueden evitarse.

La vida es un viaje en el que se hallan hermosos valles y escarpadas montañas, arroyos limpios y ríos difíciles de vadear, días serenos y noches tempestuosas, desiertos y oasis, céfiros apacibles y desencadenados huracanes. Mal quiere á los viajeros, ó por lo menos gran daño les hace, el que les pinta el camino con

facilidades que no tiene, porque llega el paso difícil de la montaña, el día del desierto, la hora de la tempestad, y no estando preparados para la prueba, sucumben en ella, ó quedan tan débiles, que ni aun pueden disfrutar de los goces que hallarían en las jornadas sucesivas, que hacen dificultosamente.

Parte, pues, de la verdad para no llegar al doloroso desengaño. La vida ofrece grandes dificultades; es preciso prepararse para vencerlas. Si no quieres luchar para resistir á la mala tentación, caes en el vicio ó en el crimen; la ley natural, ó la ley social, que es natural también, te castigan, y enfermo ó encarcelado aprendes, cuando ya no es posible triunfar, que era necesario haber combatido. Si no quieres hacer ningún sacrificio, egoísta, hallarás una masa de egoísmos que te atropellarán; imprevisor, pagarás la ciega satisfacción del presente con la desgracia del porvenir. Si joven no aprendes á trabajar, hombre sabrás lo que es miseria; si soltero no tienes previsión, casado te abrumará una familia que no podrás mantener. Aceptémosla ó no, la vida impone condiciones; solamente que son más duras para el que las recibe de la necesidad, pudiendo haberlas admitido de la razón.



CARTA VIGÉSIMA

De los impuestos.

Apreciable Juan: Lo crecido de los impuestos es otra de las causas que contribuyen á la miseria, ya porque exigen del pobre lo que necesita para cubrir sus atenciones, ya porque hacen subir el precio de las cosas. Con sólo decir esto, está dicho que todos son contribuyentes; porque si tú no satisfaces contribución territorial ni de subsidio ó comercio, pagas más caro el aceite y el azúcar que si el propietario y comerciante no estuvieran recargados con un impuesto exorbitante. Todo el que forma parte de una sociedad, contribuye de un modo ó de otro á llevar sus cargas; esto es inevitable y es justo, si en la cantidad no hay exceso ni en la forma vejación. Tenlo muy presente para no formar nunca el cálculo egoísta y erróneo de que los abusos en materia de contribuciones nada te importan cuando no las pagas. Tu interés está unido al de los demás, como tu derecho á su derecho, y toda vejación ó injusticia, por lejana que la

imagines, en ti se refleja, sobre ti influye, á ti perjudica. Si nos persuadiéramos de esta verdad, si comprendiéramos que el interés de todos es el interés de cada uno, no se vería esa insensata indiferencia por las cosas del común, la fraternidad sería conveniencia propia, y el patriotismo cálculo, cuando ahora es abnegación.

En España, Juan, *nadie* se cuida de las cosas que son de *todos,* y así van ellas. Existe además una preocupación, común á otros países, de que el interés que tienen los hombres en el orden se mide por su riqueza. Ya te he dicho, y he de repetírtelo porque importa mucho no olvidarlo, que lo contrario es precisamente lo cierto, y que el orden, es decir, la justicia, importa más á los pobres que á los ricos; y es cosa clara: la justicia es la protectora de los débiles; los fuertes se la toman por su mano. La riqueza es fuerza; la pobreza debilidad; y cuando la justicia no se *distribuya* equitativamente, sino que se *tome,* quedará perjudicado el más débil, es decir, el pobre.

Tienes interés, Juan, un gran interés, en el buen orden de la cosa pública; en que haya escuelas para que aprendan tus hijos; en que el hospital esté bien montado, la Caja de Ahorros bien dirigida, los tribunales compuestos de jueces probos é ilustrados, los presidios y las cárceles organizados para corregir; tienes interés en que las leyes sean justas y los impuestos moderados y repartidos

con equidad, porque tú no puedes retribuír maestros, ni, en muchos casos, ser asistido en tu casa cuando estás enfermo, ni pagar en la cárcel un cuarto aparte, ni en presidio merecer consideración, ni satisfacer el impuesto excesivo sin privarte de algún objeto necesario, ni hacer nunca, ni en cosa alguna, que se incline de tu lado la balanza de la justicia, que inclinan del suyo los poderosos cuando no hay orden. El pobre, mucho más que el rico, está interesado en que las cosas vayan como deben ir, porque las halla como están, sin poder modificarlas; él toma el abogado, el médico, el juez que le dan; es parte más pasiva que el rico, y Dios sabe hasta dónde es paciente, y cuánto padece si no halla en su camino justicia y equidad.

En la función social que te parezca menos susceptible de influír de diferente modo según las diferentes clases, aun en aquélla tiene el pobre mayor interés en que se desempeñe bien. Tú supondrás, por ejemplo, que no te importa más que al rico que un ingeniero sepa su obligación, y si tal piensas, te equivocas. Si por su falta de ciencia, al descimbrar un puente salta una cuña y mata á un hombre, es un pobre el que perece; si al pasar un tren se hunde, los muertos son iguales, pero de los que sobreviven y quedan inútiles, ¡qué diferencia entre el perjuicio que sufre el que tiene bienes y el que no posee más que sus brazos, con que no puede ya ganar el sustento!

Convéncete, pues, de que te importa mucho todo lo que en la sociedad pasa, la instrucción y las leyes de aduanas, el derecho penal y los impuestos; de éstos hemos de tratar hoy, aunque sea brevemente.

El impuesto, como todo fenómeno social, es á la vez causa y efecto. Las crecidas contribuciones son efecto de lo numeroso de los ejércitos y de su mala organización; de lo numeroso de los empleados y del desorden administrativo; del mal sistema ó de la falta de sistema en Hacienda, etc., etc., y son causa de empobrecimiento, de vejaciones y miseria. *La cuestión de Hacienda,* dicen, es siempre *la gran cuestión;* si no fuera por ella, todos los Gobiernos creen (equivocadamente) que serían fuertes y duraderos. Y ¿por qué esta importancia vital de la cuestión de Hacienda? Porque la sociedad *paga* todos sus errores, todas sus injusticias, todos sus desórdenes, todos sus abusos, todos sus vicios, todos sus crímenes; á medida que son más, la contribución es mayor, y cuando se desbordan, la contribución la abruma. El Ministro de Hacienda es el banquero de todo error, de toda maldad, que tiene letra abierta mientras haya fondos. Si la injusticia en forma de ataque al derecho no es visible, ó se mira con indiferencia, en forma de tributo es evidente y vejatoria, nadie la desconoce, á todos duele, y la cuestión de Hacienda no es la gran cuestión sino porque pone de bulto y hace ver y sentir todas las otras cuestiones; es el efecto

palpable, pero no la causa. *El arreglo de la Hacienda* quiere decir *el arreglo de las cosas todas*. Para arreglar la Hacienda es necesario:

No llevar las cuestiones al terreno de la fuerza, y hacer así innecesario un ejército numeroso.

Organizar el ejército del modo más económico y justo, sin más oficiales y jefes que los precisos para mandarlo.

Tener funcionarios y empleados inteligentes, inamovibles, que sepan lo que hacen y no puedan impunemente dejar de hacer lo que deben, lo cual permitirá reducir su número en más de la mitad.

No separar de su destino, sea militar ó civil, más que á los que han faltado á su deber; no dando á éstos retribución alguna, con lo cual se suprime el ejército de cesantes.

No jubilar á nadie que no esté verdaderamente imposibilitado de trabajar.

No cometer fraude en la administración de las rentas públicas, con lo cual aumentarían extraordinariamente.

No malgastar los fondos públicos en obras que no son de necesidad ó de utilidad verdadera.

Hacer las obras públicas con economía, y no enriqueciendo con ellas, á costa del Estado, á los que las hacen.

No malgastar por ignorancia, ó despilfarrar por incuria, los fondos del Estado.

No tener cosa alguna de lujo mientras falte una sola de las que son de necesidad.

Saber imponerse privaciones y sacrificios en momentos supremos, para no contraer deudas que no pueden satisfacerse, y obligan á vivir al día ó de prestado, y á ser víctima de los usureros que especulan con la miseria pública.

Trabajar mucho, trabajar bien, producir barato.

Todo esto se necesita para arreglar la cuestión de Hacienda: ya comprendes que el arreglo no depende del Ministro del ramo.

Figúrate una numerosa familia llena de vicios y de trampas. ¿Te parece posible restablecer su fortuna, sin que su conducta cambie? Apostrofa al que corre con los gastos, recrimínale duramente; él te dirá: Mientras N. sea jugador, U. se embriague, R. gaste en perifollos lo que necesitamos para comer, J. se obstine en no trabajar, K. trabaje poco y mal, etc., es imposible que, por más que haga, salgamos de este estado. Lo propio que á una casa le sucede á una nación: su fortuna no se restablece, si su moral y su inteligencia no mejoran.

Puesto que todo error y toda maldad *se paga*, para descargar el presupuesto hay que disminuír el número de maldades y de errores. ¡Ya es obra! dirás tú. Ardua, te respondo yo; pero aunque el camino sea largo, entremos por él, porque no hay otro.

Un pueblo que se halla en la situación que tiene y tendrá por mucho tiempo España, ha de pagar impuestos crecidos y desproporcionados á su riqueza: que al menos este mal no

se agrave con el modo de repartirlos y recaudarlos. Una contribución ha de ser:

Equitativa, es decir, proporcionada á la riqueza del contribuyente;

No vejatoria en el modo de exigirla;

De recaudación que no sea dispendiosa y no dé lugar á fraude;

De tal índole, que nunca su cobranza pueda convertirse en monopolio.

Observa bien qué impuestos no cumplen con estas condiciones, y declárate contra ellos, pero haciendo uso de la razón, y sin recurrir á la fuerza.

A ti te halaga no pagar contribución alguna, sin hacerte cargo de que esto es imposible, de que, si pesa sobre los propietarios de casas, te subirán el cuarto, y los garbanzos, el aceite, etc., si recae sobre los que comercian en comestibles. El absurdo y la injusticia de decir: no contribuyo con nada, no se verifica nunca, y la apariencia engañosa de que así sea se paga luego con tristísimas realidades. De resultas de haber estado tres años, á tu parecer, *sin pagar nada* (1):

Has sufrido terriblemente por la falta de recursos y la penuria de los Ayuntamientos y Diputaciones;

Sobre ti ha recaído principalmente el mal estado de los hospicios, de los hospitales, de las inclusas, de las cárceles, la falta de trabajo en las obras públicas, etc.;

---

(1) Los años de 1869 á 1871.

Durante este tiempo en que no has pagado nada, se han deteriorado los caminos, y para repararlos se necesita hoy doble, triple ó cuádruple cantidad que para irlos sosteniendo se necesitaba;

Los Municipios y las Diputaciones han contraído empréstitos muy onerosos, cuyos réditos pagarás.

Y podría hacer mucho más larga esta lista; pero con lo dicho me parece que basta para que comprendas *lo caro que te cuesta no pagar nada*. Digo *que te cuesta*, porque aun cuando cueste á todos, para ti es el perjuicio mayor, como lo ves palpablemente en alguno de los males que dejo indicados, y como lo verás en todos, á poco que reflexiones; porque cuando el rico ó la persona bien acomodada, por el mal estado de la cosa pública, tiene que cercenar de lo supérfluo, tú cercenas de lo necesario.

Procura, Juan, dar buena idea de ti: no recurras á la violencia, para que al ir á pedirte la contribución no inspires miedo como si fueses una fiera; economiza para fin de mes una parte de lo que habías de ir gastando día por día, para que no se crea necesario recurrir al artificio, y te traten como hombre y no como niño, é imita lo que se hizo en Inglaterra para abolir las leyes sobre cereales.

Estas leyes eran horribles: hasta que el trigo tenía un precio tal, que los pobres se morían literalmente de hambre, no se permitía entrar trigo extranjero. Los grandes señores,

propietarios de la tierra, habían sido los legisladores; querían enriquecerse vendiendo su trigo caro, y lo vendían. Te advierto de paso, que este cálculo inhumano era errado. Ya ves si había, al parecer, motivo para recurrir á la violencia. ¡Pobre pueblo, si hubiera recurrido! Los que se pusieron de parte de él habrían sido sus primeros enemigos, y su derrota era segura. En vez de armar motines, se formó *una Liga*. Tesoros de elocuencia, de abnegación, de constancia, se gastaron por esos ingleses, que tal vez habrás oído decir que son muy egoístas, los cuales tampoco economizaron su dinero. Reuniones, libros, folletos, periódicos, trabajos perseverantes y sacrificios pecuniarios, para que el interés (mal entendido) no sofocase la voz de la opinión, é impidiera llevar á las Cámaras diputados amigos de la justicia; esto y mucho más se hizo; y á la vuelta de pocos años las leyes sobre cereales se abolieron sin derramar una gota de sangre. ¡Hermoso ejemplo, digno de ser imitado! ¡Consoladora lección, digna de ser aprendida!

Si alguno me respondiera de que España renunciaba al motín, á la rebelión, á las soluciones de fuerza, á la guerra, en fin, yo te respondería de que las contribuciones disminuirían y se distribuirían mejor, y no te abrumarían, ya las pagases directamente como *tributo*, ya indirectamente en forma de *carestía*. Pero por el camino que hemos ido, que vamos, y que tenemos apariencia de ir, los im-

puestos serán cada vez más intolerables y peor distribuídos, porque la guerra es cada vez más cara, y porque siempre fué buena aliada é inseparable compañera de la injusticia. Desde el momento en que se recurre á la fuerza, padecen todos los derechos, en el orden económico como en los demás, y si no se evita que haya luchas á mano armada, será inevitable que los impuestos sean crecidos y se distribuyan mal.

En materia de contribuciones es necesario partir de la verdad, como en todas las materias; y la verdad es que tienen que ser crecidas, porque, como te he dicho, el arreglo de la Hacienda supone verdaderas reformas en todos los demás ramos, y progreso en las inteligencias y en las costumbres. Pero ya que el impuesto fuese grande, que al menos, repito, se repartiera con equidad, y se cobrara sin vejaciones innecesarias. Podría empezarse por lo más fácil, como la prudencia aconseja, y formarse una asociación contra la contribución de consumos sobre los artículos cuyo gravamen fuese perjudicial. Discutiendo templada y mesuradamente, allegando datos, presentando pruebas, en medio del orden que permitiese á cada cual dar su razón y oír la de su adversario, la opinión se modificaría, sin lo cual las instituciones no se cambian; y en lugar de gritos sediciosos que se sofocan, habría convicciones profundas, que son invencibles. Sobre el impuesto hay mucho, muchísimo que hacer; mas al tratar de él, no has de

agruparte para armar motín, sino asociarte para formar opinión. No pueden ventilarse tales cuestiones sin calma; y esto es tan cierto, que, por no tenerla tú en este momento, dejo de decirte muchas cosas que te diría en otra ocasión. A un hombre que está tranquilo se le da un arma para que se defienda; á un hombre que está furioso se le quitan las que tiene, para que no haga daño á los otros y se lo haga á sí mismo. Hasta la verdad, la santa verdad, se dice con temor ó se oculta, como se aleja el manjar más sano del que tiene una irritación en el estómago. ¡Si yo pudiera convencerte de que el mal, bajo cualquiera forma que se presenta, no desaparece sino ahogado por la moralidad y la inteligencia cuyo nivel sube; que los abusos, si no se ha probado que son errores, retoñan aunque se corten á sablazos, y que, como ha dicho una mujer de genio, *no se vence sino á aquellos á quienes se persuade!...*



CARTA VIGÉSIMOPRIMERA

De la Internacional.

Apreciable Juan: Por lo que te he dicho hasta aquí, habrás podido comprender:

Que no debes recurrir á la violencia.

Que está más interesado en el orden el pobre que el rico.

Que el estado de pobreza es la condición de la humanidad, con raras excepciones.

Que la pobreza no es un mal.

Que el mal grave, terrible, el que debemos combatir con todas nuestras fuerzas, es la miseria.

Que la miseria es efecto de muchas y muy complejas causas: y habiendo enumerado las principales, hemos podido persuadirnos que tienen raíces profundas, grandes ramificaciones, y que no se combaten sino elevando el nivel moral é intelectual de la sociedad, de modo que tú, yo y todos, seamos mejores y más ilustrados; porque querer reformar las cosas sin que se reformen las personas, es, de todos los sueños, el más absurdo.

Ha llegado el momento de que discutamos el sitema que te proponen como remedio de tus males, sistema reducido á trastornar completamente el orden actual, á derribar todo lo que existe, á crear una sociedad que en nada se parezca á la sociedad en que vivimos.

Sin entrar en profundas consideraciones, y como por instinto, si la pasión no extravía, ya se comprende que, no pudiendo hacer que los hombres instantáneamente sean del todo opuestos á lo que han sido hasta aquí, las cosas no pueden sufrir un cambio radical y repentino; se comprende que no hay efecto sin causa; que las cosas son porque tienen un motivo de ser y que no es posible que estos motivos cesen todos en el mismo día y á la misma hora, de manera que absolutamente nada de lo que es hoy tenga razón de ser mañana.

La sociedad necesita, lo primero, vivir; lo segundo, reformarse. Podríamos, Juan, compararla á un barco que tiene grandes defectos de construcción, pero que no se puede llevar al astillero, sino que hay que irle modificando dentro del agua; si quieres en un momento darle forma distinta, y empiezas á arrancar tablas de popa á proa y de babor á estribor, el mar se entra, y la embarcación se va á pique. Es necesario irla mejorando poco á poco, por partes, sin olvidar nunca que no puede salir del agua, y que es necesario que flote. Esto, que al buen sentido se le alcanza, la historia lo confirma. La comparación me

parece exacta; pero como las teorías, buenas ó malas, no se combaten con imágenes, entremos en el fondo de la cuestión.

Al empezar á tratarla, tenemos que pronunciar un nombre alarmante, terrible, que horripila, LA INTERNACIONAL. Este nombre despierta temores y esperanzas, iras y odios; representa crímenes y desastres, tempestades y abismos. Al tratar de LA INTERNACIONAL, parece que sean cosas imposibles la imparcialidad y la templanza, y diríase que es preciso que la discusión tenga lo que se llama *armonía imitativa,* que haya de ser apasionada y violenta, y que los argumentos todos han de tener un tinte siniestro, como el reflejo de la tea incendiaria. Nosotros no hemos de discutir así, Juan, sino tranquilamente, sin prevención de ningún género, sin negar justicia á nadie, ni perdón al que lo necesite; sin rencor para ninguno, con amor para todos; teniendo por impulso el deseo del bien, por norte la verdad; no alumbrados por vislumbres rojizos, sino por la luz clara del sol, que alumbra á grandes y á pequeños, que sale para justos y pecadores.

Yo sé que perteneces á LA INTERNACIONAL, pero sé también que por eso no dejas de ser mi hermano, hijo, como yo, del Padre Celeste. Porque seas de esa sociedad, no creo que seas un malvado, un monstruo, una fiera, porque no creo que cientos de miles de malvados puedan asociarse y entenderse en las naciones de Europa, civilizadas y cristianas.

Creo que eres un hombre honrado, que profesas errores que deseo combatir; no me inspiras, pues, ni horror ni desprecio.

En cuanto á tus aspiraciones, no vayas á figurarte que en el fondo son una invención del siglo. No sé quién ha dicho: «Todo lo bueno que tiene LA INTERNACIONAL es antiguo, y todo lo malo, nuevo»; á lo que otro ha replicado: que «lo contrario es precisamente la verdad». No tengo por cierta ninguna de las dos proposiciones; las cosas antiguas y las modernas, los sucesos pasados, presentes y futuros, han de andar mezclados de bien y de mal, como conjunto de mal y de bien son los hombres que en ellos toman parte. No hay, pues, que envalentonarse ni que aterrarse, suponiendo que lo que pasa es inaudito, desconocido y no visto jamás.

La historia nos dice que los pueblos están siempre en una de estas tres situaciones:

O se someten bajo un yugo.

O descansan en la armonía que existe entre sus ideas y sus instituciones todas.

O se rebelan por la contradicción que hay entre sus ideas y su organización.

El período histórico en que vivimos es de rebelión; negarlo, sería hacer lo que esos niños que cierran los ojos para que no los vean; y este estado durará hasta que se armonice la organización con las ideas; hasta que, después de choques, luchas y desengaños, convengan las mayorías, de una parte, en lo que es inevitable; de otra, en lo que es imposible; de

entrambas, en lo que es justo. Este convenio no es definitivo; las ideas cambian, y los sentimientos también; lo que parecía justo ayer, no lo parecerá mañana; y de ahí las contiendas en el pasado, el presente y el porvenir. Las condiciones de la lucha pueden modificarse; puede ésta no ser tan violenta, progreso inmenso, ya porque no cueste lágrimas ni sangre, ya para dar mayor seguridad al fruto de la victoria: las reacciones, más que contra el triunfo alcanzado, son contra los medios empleados para triunfar. Si te privan de una cosa que creías tuya, y resulta que pertenece á otro, podrás resignarte con tal que no te la arrebaten por fuerza; pero si á ésta se recurre, habrá violencia en el combate, humillación y rabia después del vencimiento, y deseo de vengar las afrentas, aun más que de rescatar la cosa perdida. Esto lo verás todos los días en litigantes que se arruinan, diciendo: «*No es por lo que vale...*» (el objeto de litigio), y en hombres que se matan por cualquier frusleria, á propósito de la cual se excitó su amor propio y se encendió su cólera.

Así pues, lo que hay que procurar, no es suprimir la lucha, sino modificarla; no pretender que los hombres á una señal se pongan de acuerdo, sino que lleven sus disidencias al campo de la discusión, y con razones se ataquen y se defiendan. Las explosiones de la ira deben conjurarse como se conjura el rayo, evitando que se acumule la causa que las produce.

Te repito que ni la sociedad se halla en

una situación que no tiene antecedentes, ni se ve al borde de un abismo cual nunca se vió. La cuestión en el fondo es antigua; es la cuestión de pobres y ricos: la novedad está en la forma. Cuando se ventilaba esta cuestión en la antigüedad y en la Edad Media, los mensajeros del descontento de los esclavos y los siervos eran el hierro y el fuego, su voluntad no se revelaba sino derramando sangre y sembrando desolación; no dejaban de ser máquinas sino para convertirse en fieras. Ahora, el número de los que protestan es mayor; pero la fuerza, ni hoy, ni mañana, ni nunca, está en el número, sino en la razón y en la inteligencia y la moralidad para hacerla valer: lo que era esencialmente absurdo en la antigüedad y en la Edad Media, absurdo será en la presente: la multitud de las personas no puede cambiar la esencia de las cosas. No te alucines porque el coro de que formas parte tenga muchas voces: como los ceros en una cuenta son los hombres en sociedad: de nada valen si no hay detrás una cifra, y la otra cifra social es la razón.

Otra diferencia es que no se ha empezado por la lucha, sino por la discusión: esto tiene de malo la pretensión de querer erigir el error en sistema, y el hecho de generalizarle; pero tiene de bueno la posibilidad de rectificarle y el dar idea de hasta dónde llega. El escándalo es á la vez aviso, y como el telégrafo, que se anticipa al huracán, dice: «Detrás viene la tempestad».

Los herederos de los esclavos y de los siervos sois los proletarios: tú y los tuyos, Juan, habéis recibido la herencia de sus dolores y de sus iras; pero como el sufrimiento es menor, también lo es la cólera.

La Internacional lleva años de existencia, y, por bueno ó mal camino, ha marchado en paz. ¿Y París? ¿Y la *Commune?*

París tiene su historia, tiene su plebe de carácter muy especial; se hallaba además en una situación excepcionalísima; no se han tenido bastante en cuenta estas circunstancias al hacer deducciones y profecías. Así como los horrores de la Revolución francesa no se repitieron en todos los pueblos que han proclamado libertad, tampoco los de la *Commune* habían de deshonrar á todas las naciones en que La Internacional se organice. Hacerte á ti moralmente responsable de lo que han hecho los comunistas franceses, es como pretender que deshonren al Emperador de Austria los crímenes y las infamias de Tiberio y de Nerón.

Se dirá: ¿Y las doctrinas de La Internacional? ¿No son las mismas en Londres y en Viena, en París y en Madrid? Esta causa idéntica, ¿no ha de producir en todas partes los mismos efectos?

Lejos estoy de pensar que es indiferente la propagación de las malas doctrinas; juzgo, por el contrario, que el mayor mal que puede hacerse á la humanidad, es propagarlas; pero creo igualmente que el hombre no saca

ni puede sacar en la práctica las consecuencias de todo el mal ni de todo el bien que admite en teoría; que si la pasión le lanza un momento al crimen ó al heroísmo, la lógica no puede llevarle á la suma perfección ni á la depravación suma, porque se opone su naturaleza imperfecta á lo primero, y su conciencia á lo segundo.

Esta verdad, que para mí es evidente, la aplico á todos los indivíduos de LA INTERNACIONAL, y muy particularmente á los de España. Tengo de nuestro pueblo una alta idea, hasta aquí nunca por él desmentida. Como los caballeros de la Edad Media, no sabe escribir, pero sabe ser valiente, honrado y generoso. El ejemplo de los incendios de la capital de Francia no te hará ser incendiario; no asesinarás al Arzobispo de Toledo porque hayan asesinado al de París; aunque te prediquen odio, tendrás gratitud para el que te haga bien; aunque te hablen de abolir la familia, amarás á tu hija y respetarás á tu madre; aunque te hayan asegurado que el derecho de propiedad es una criminal mentira, cuando, armado y dueño de la ciudad, veas á tu lado un hombre que quiere utilizar su fusil para robar, no le llamarás compañero; escribirás en tu barricada, como lo has hecho otras veces: *Pena de muerte al ladrón;* y cuando la autoridad te diga: «Juan, aquí hay caudales públicos; quieren apoderarse de ellos unos centenares de ladrones; necesito tu auxilio», le prestarás, y tú, pobre, serás fiel guar-

dador de aquella riqueza. En el día de la prueba, esté próximo ó esté lejano, creo que las malas doctrinas han de ser menos poderosas que tu buena conciencia y natural generosidad.

Esto he creído, esto he dicho siempre, y esto has probado hasta aquí. Dicen que has variado mucho; afirman que en adelante serás otra cosa: nadie puede tener de esto evidencia; lo más á que están autorizados es á tener duda; y en ella, trátese de un pueblo ó de un hombre, entre la equivocación benévola y la calumnia, ¿quién vacila? ¡Ojalá que te conduzcas de modo que digan: Tenía razón aquella mujer que creíamos visionaria!

Apartados, pues, del ánimo el desprecio, el odio y el terror, habremos adelantado mucho para discutir tranquilamente las materias siguientes:

Igualdad.
Cuarto estado.
Familia.
Propiedad.
Herencia.
Autoridad.
Patria.

De todo esto he de hablarte con la calma que dan la fe en la Providencia y la esperanza en la humanidad. Yo no creo que la sociedad va á disolverse, que las naciones van á hundirse, que el mundo será el caos en breve, y

que de nuestras ciudades no quedará más de lo que ha quedado de Persópolis y de Babilonia. Veo en las cúpulas de nuestros templos una cruz, veo ciencia en el recinto de nuestras escuelas, y digo: Somos demasiado egoístas é ignorantes para ser dichosos, pero amamos y sabemos bastante para no ser aniquilados.

P. S. Han pasado dos años desde que escribimos lo que antecede. ¡Cuántas desdichas, cuántos errores, cuántos sueños y cuántos crímenes en estos veinticuatro meses! Y no obstante, nada hemos visto que nos haga cambiar la buena idea que de nuestro pueblo tenemos; por el contrario, le hemos visto, rotos todos los frenos de la autoridad, en la anarquía más completa, entregado á sí mismo, dueño absoluto de las ciudades, no cometer, sino por excepción, desmanes punibles. Los asesinos de Alcoy, los incendiarios de Sevilla, los expoliadores de Málaga y de algunos pueblos de Andalucía y Extremadura, indignos y execrables son, pero no caracterizan con su crueldad y su infamia al pueblo español, que en su grande, en su inmensa mayoría, que puede casi llamarse totalidad, se ha mostrado comedido y moral, respetando vidas y haciendas á que podía atentar impunemente. Lejos de nosotros la adulación, pero lejos también la calumnia, siempre infame, y mucho más cuando puede decirse con aplauso. El pueblo tiene *sus* defectos, como nosotros tenemos los *nuestros;* no es perfecto ni infalible, por desgracia suya y de todos; tiene errores, preocu-

paciones; da oídos á gente que le extravía; sueña y delira algunas veces; pero conserva cierto fondo de caballerosidad y de sentido moral, que le ha salvado y nos ha salvado á todos de grandes ignominias. ¿En cuántas naciones hubiera sido posible hacer lo que aquí se hizo, sin mayores desastres? En medio de una guerra, indisciplinar el ejército, romper todo freno de autoridad, alistar, pagar y armar la espuma de las poblaciones y reunir aquella gente para que, acumulada en la ociosidad, fermentasen sus malos instintos, esto se ha hecho: los francos han dado escándalos, sin duda; pero cuando no han sido mayores, cuando no han producido graves conflictos, grandes catástrofes, es que el sentido moral de nuestro pueblo es todavía recto, la aversión á cierta clase de maldades fuerte, y débiles los malvados.

¿Y Cartagena? Ciudad desventurada, digna de la compasión de todos, y que no puede ser un argumento para nadie. ¿Qué tiene que ver el pueblo, ni su honradez y buena fama, con que se apodere del primer arsenal y plaza fuerte de la nación una soldadesca desenfrenada, y, abriendo las puertas de un presidio, tengan durante muchos meses una orgía político-pirático-militar? Otros, no el pueblo, son los responsables del desastre de Cartagena, y de la vergüenza y del dolor que de él han salido. Analícense, júzguense con conocimiento de causa é imparcialidad los elementos de que se formó la rebelión, y se verá

que sobre la frente del pueblo no debe recaer su ignominia, y que no puede caberle más parte de la que tienen todas las clases de una nación en las maldades que en ella se cometen.



CARTA VIGÉSIMOSEGUNDA

De la igualdad.

Apreciable Juan: En mi última carta te anuncié las graves cuestiones que teníamos que tratar en las sucesivas: tal vez habrás notado, y si no, quiero hacértelo notar yo, que en la lista de las cosas que teníamos que discutir no estaba la más importante, la que influye en cada una, la que las envuelve todas, la que rodea nuestra alma como la atmósfera rodea nuestro cuerpo: la religión:

El primer motivo que tengo para no hablarte largamente de religión, es mi insuficiencia; el temor de no tratar el asunto como debe ser tratado, con la profundidad y elevación que necesita, con la ciencia que requiere. No hallando yo todas las razones que hay para persuadirte, creerías que no había más de las que te daba, y tal vez confundirías la causa con la debilidad del campeón que la defendía. El segundo motivo es mi falta de autoridad, porque siendo mujer no la tengo en cosa alguna que sea grave, y en tratándose de

creencias, para la mayor parte de los hombres seré sospechosa de error, de fanatismo, de superstición, que así llaman á la fe los que no la tienen: el no haberla perdido se considera como una de las debilidades del sexo. ¡Ay de ti, Juan, ay del mundo y del porvenir de la humanidad, si las madres, las hijas y las esposas no creyeran en Dios; si en medio del soplo glacial del escepticismo, no mantuviesen en su corazón el fuego sagrado; si en la tempestad no salvaran el arca santa; si no opusieran á las negociaciones sofísticas, una afirmación sublime, incontrastable, y no proclamaran muy alto que el sol no deja de brillar en el cielo, porque un eclipse momentáneo prive á la tierra de su luz! ¡Ay del hombre el día en que la mujer no crea en Dios! Pero ese día no llegará; la mujer atea es una especie de monstruo, y los monstruos son excepciones raras; si una mitad del género humano no ve más que la tierra, y la ensangrienta y la aflije, la otra mitad volverá siempre los ojos al cielo, y la blasfemia del hijo será perdonada por la oración de la madre.

He leído en alguna parte, que hay navegantes en buques muy sólidos, de una construcción particular, que en las borrascas cierran las escotillas, abandonan el barco á merced de las olas, y se embriagan. Cuando el huracán cesa y el mar no brama ya, suben sobre cubierta, se orientan, ven dónde están, y se dirigen á donde deben ir. Algo se parecen á ellos los pueblos en esta hora; en la

tempestad de sus iras, también se encierran dentro de sus errores y se embriagan. La tempestad pasará, los hombres, sintiéndose impulsados á dirigirse á donde deben ir, preguntarán dónde se hallan; aquellos que han conservado la fe en Dios les responderán, y su respuesta será para estas almas desorientadas lo que es la brújula para el marino.

Debo hacerte notar, Juan, que aunque la mujer sea más piadosa, no es la única que cree; pensar que sólo los ignorantes tienen fe, es una gran prueba de ignorancia. La impiedad, que hace un siglo aparecía arriba, hoy ha descendido á las capas inferiores, y lejos de indicar saber, denota falta de ciencia: es como una densa nube que de los altos montes ha descendido á los valles, robándoles la luz del sol, que brilla ya esplendente en la cima de las montañas. Ni la ciencia, ni el arte en ninguna de sus manifestaciones, son hoy ateas; si pudieras leer lo que se escribe, verías que los que piensan, creen en algo, que por lo menos dudan, y que esas afirmaciones impías no son de nuestro siglo, mucho más religioso de lo que se supone. La impiedad ha bajado de las academias á la plaza pública; hace más ruido y de más escándalo, pero no tiene tanto poder. Sábelo, Juan: no la fe, sino la impiedad, es hoy cosa de ignorantes; si imaginas darte importancia diciendo que no hay Dios, te rebajas por el contrario, porque los hombres que más valen, creen en Él. Deseo porque te deseo todo bien, deseo que

cuando seas anciano, débil, ó por cualquier motivo desdichado, crean igualmente los que estén cerca de ti, los que puedan consolarte.

Ahora vamos á tratar de la *igualdad*, que sólo incidentalmente tocamos en aquella carta en que procuré demostrarte que la miseria es lo que debemos combatir, no la pobreza, que es ley económica del hombre. Necesario fué allí decir algo sobre la igualdad; necesario es hoy discutirla más á fondo. Bien quisiera evitarte repeticiones, pero están en la índole del asunto, y espero que no las lleves á mal: en materia tan grave, la utilidad es lo primero, y lo último la hermosura del plan y las galas del estilo.

Cuatro son las principales causas de la desigualdad entre los hombres:

1.° La conquista.
2.° El error.
3.° La injusticia.
4.° La naturaleza.

La conquista ha sido hasta aquí fuente perenne, abundante y turbia, de inicuas desigualdades. Los conquistadores se establecían en el país conquistado, se apoderaban de todo ó de la mayor parte del territorio, y gozaban en holganza de los bienes y del trabajo de los conquistados. Los señores, la mayor parte al menos, han sido por muchos siglos los descendientes de los vencedores; los pobres, los descendientes de los vencidos: los primeros eran la nobleza, los segundos la plebe. En pocos pueblos de Europa dejará de haber al-

gún vestigio del origen de esta desigualdad.
Esta causa de desigualdad ha desaparecido. Ni las guerras son ya de conquista, ni el conquistador, aunque existiera, tendría la pretensión de formar una casta aparte al tomar posesión de la tierra conquistada. En las provincias que, por ejemplo, Alemania arranca á la Francia, los soldados prusianos no han despojado de sus bienes á los ciudadanos franceses; no se han sustituído á ellos condenándolos á la servidumbre y erigiéndose en clase superior y prepotente. La victoria no está del todo sorda á la voz de la justicia; la violencia se detiene ante el derecho, y la conciencia general sirve de dique al desbordamiento de las pasiones antisociales. Progreso notable: la guerra causa dolores, ¡oh, muy grandes! es fuente de crímenes é injusticias, pero al menos no establece castas que perpetúen la herencia de iniquidad.

El error da también origen á las desigualdades sociales. El hecho repetido, constante, aparece como una ley que hace callar la conciencia, y ofusca entendimientos claros, genios de primer orden, para los que la mayor de las desigualdades entre los hombres, la esclavitud, pareció estar en el orden de las cosas. El hecho, cuando es universal y constante, de tal modo usurpa la consideración debida al derecho, que parece injusticia negarle título legítimo, tiene tal fuerza, que parece temeridad atacarle, y si los heróicos temerarios, mártires tantas veces, que han nega-

do á las seculares injusticias de los hombres el carácter sagrado de leyes de Dios, merecen bien de la humanidad, debemos ser tolerantes, y no negar buena fe á los que no pueden sacudir el peso de los siglos, ni tener por malo lo que ellos han tenido por bueno.

Donde hay castas, las que oprimen se creen de buena fe superiores a las oprimidas, y ven tan claro su derecho á servirse del hombre inferior, como nosotros vemos el de utilizar como más nos convenga las fuerzas del buey ó del caballo. Sin llegar á este extremo, cuando es muy señalada y muy permanente la diferencia de clases, las elevadas creen en la inferioridad innata de la plebe, tienen por inevitable su abyección; llaman lazos necesarios á los pesados eslabones, orden de las cosas al de sus ideas, y quieren justificar á la Providencia haciéndola la mayor de las ofensas, que es mirar como obra suya males que son el resultado de la infracción de sus leyes. Los que tienen por inevitable y justa la situación de los caídos, ¿cómo han de trabajar eficazmente por levantarlos? En algunos casos, la generosidad de los sentimientos hará faltar á la lógica de las ideas; habrá una hermosa contradicción entre lo que se piensa y lo que se hace; pero la regla general será, que la pereza y el egoísmo se acomodarán bien con una teoría que los releva de todo trabajo, de todo sacrificio, y nada harán para acercar á sí á los que creen separados por el abismo de la necesidad. El número de estas personas no

es corto, aunque disminuye cada día; tenlo presente, Juan, por si hallas en tu camino alguna que te ofenda con su manera de ver las cosas: no le niegues buena fe; piensa que se equivoca nada más, como es probable que te equivocaras tú si te vieras colocado donde está.

La injusticia es otra causa de desigualdad. Hay personas que se elevan por malos medios; que una vez elevados, si no perseveran en su mal proceder, por lo menos no hacen nada para hacer olvidar, neutralizándola con buenas obras, aquella culpa á que deben su fortuna. No es raro que con soberbia é infatuación den á entender la distancia que los separa de los que fueron sus iguales, y leguen á sus hijos, juntamente con un capital cuantioso, una suma no pequeña de desdén injusto.

De estas tres causas de desigualdad, la conquista, como te he dicho, no existe.

El error se disminuye cada día.

La injusticia se retira más despacio, y deber tuyo, y mío, y de todos, es no tener con ella ninguna especie de complicidad, quitarle todo apoyo, y dar á la moral fuerza de ley, de tal modo que el que contra ella quiera elevarse sobre los otros, caiga más abajo que ninguno.

El cuarto origen de las desigualdades sociales, es el que viene de la naturaleza. No será necesario esforzarme para probarte que los hombres no nacen iguales: ves hermanos que reciben la misma educación y se hallan en idénticas circunstancias, ser diferentes, si no

ya del todo opuestos. Uno es tímido, osado el otro; éste es sensible y cariñoso, aquél despegado y duro. En los entendimientos no existe menor diferencia: desde el estúpido hasta el hombre de genio, hay una escala con gran número de gradaciones; y aun en personas cuya capacidad puede llamarse equivalente, las aptitudes son muy diversas. Uno tiene habilidad para obras mecánicas; otro disposición para las artes; el de más hallá aptitud para las ciencias. En estas grandes divisiones hay subdivisiones y variedades numerosísimas. En las artes, el pintor no es músico; en las ciencias, el naturalista no es matemático, y en los trabajos manuales, aunque es más fácil educarse y menos necesaria la disposición especial, habrás notado que hay muchas.

Antes de pasar adelante, y hablando de aptitudes y disposiciones *naturales*, debo explicarte cómo las entiendo yo. Suele decirse: *Tal cosa es conforme á la naturaleza; tal otra, contraria á ella. Esto es natural; aquello, no.* ¡Natural! ¿Dónde y cuándo? Porque lo que es natural en los salvajes, no lo es en los hombres civilizados; y entre éstos, su natural varía con sus diferentes estados sociales. Todos estos argumentos que se sacan del pretendido *estado de naturaleza*, son absurdos, y las reglas de allí venidas, inaplicables. Cuando, pues, te hablo de las causas de la desigualdad que están en la naturaleza, es ésta que tienes y tenemos los que vivimos á esta hora en el mundo civilizado; de ésta hemos de sacar con-

secuencias; conforme á ella hemos de sentar principios y establecer reglas. De aquí á diez ó veinte siglos, parecerán y serán naturales cosas que hoy no lo son ni lo parecen; fáciles las que hoy son imposibles; y lo que es más, injustas las que se tienen por equitativas hoy. Hemos de ser muy parcos, Juan, al usar de las palabras *siempre* y *nunca,* y muy atentos á no meternos á profetas sin estar inspirados. ¿Quién sabe lo que guarda el porvenir? Estudiemos el presente, sin quitarle la esperanza ni darla por realidad.

Hecha esta aclaración, reflexionemos, y habremos de convencernos que la mayor suma de igualdad posible se alcanza en el estado salvaje, y que la civilización lleva consigo indefectiblemente la desigualdad; y aun he llegado á sospechar yo, que esas tribus salvajes, que por incivilizables perecen, no pudiendo sostenerse en frente de pueblos muy adelantados, son tal vez razas absolutamente refractarias á las desigualdades indispensables á toda civilización.

Cuando los hombres se ven obligados por la necesidad *absoluta* á tener un género de vida *idéntico,* á ejecutar todos los días las mismas cosas indispensables y fáciles, las diferencias de su natural no pueden ponerse en relieve, y sólo deberán notarse las que hay en el corto número de facultades que ejercitan. En una tribu salvaje, todos los hombres se ven precisados á lanzarse á los bosques todos los días en busca del sustento, á usar de los

mismos artificios, y á dar iguales pruebas de arrojo y de constancia para apoderarse de su presa. Todos, al llegar la noche, se sienten rendidos de fatiga, y se entregan á un sueño profundo. Algo parecido se nota entre los labradores. El observador adivina afectos y facultades que permanecerán eternamente en el letargo de la inacción. Un escritor en el cementerio de una aldea ha saludado á los *héroes sin victoria;* hubiera podido saludar igualmente á los ambiciosos sin poder, á los filósofos sin ideas, á los pintores sin pincel y á los poetas sin lira.

La necesidad de ocuparse en las mismas faenas es una especie de nivelador, y puede afirmarse que en tal situación, aunque los hombres nazcan diferentes, mueren iguales. Al decir iguales, no se entiende con igualdad absoluta, que es imposible en ninguna circunstancia, sino el distinguirse tan sólo por pequeñas diferencias.

Las desigualdades naturales, poco perceptibles entre los salvajes, se notan ya más en los pueblos que no lo son. Empiezan á variarse las ocupaciones, y á ser posible alguna manifestación de la diferencia de aptitudes; hay algunos indivíduos que no tienen la imprescindible necesidad del trabajo material é idéntico al de todos; puede entregarse al reposo, á la meditación, á esos ocios en que el pensamiento despierta, se agita, lucha y crea.

Entonces el grande ingenio se distingue ya del hombre mediano: es astrónomo, poeta, in-

venta el arado y las ruedas. A medida que la sociedad avanza, el genio crea nuevas artes y nuevas ciencias, que son otros tantos caminos distintos, por donde los hombres emprenden su marcha más ó menos dificultosa, más ó menos productiva, y en los cuales se ven cada vez mejor marcadas las desigualdades naturales, que no podían manifestarse en el estado primitivo.

Este poder de la civilización para destruír la igualdad, no es sólo en el orden intelectual, sino también en el moral y económico. En un pueblo salvaje, los débiles sucumben, y toda la diferencia de fortunas está en la que tengan los fuertes entre sí, por su mayor destreza para la pesca y para la caza. Los crímenes son casi los mismos en todos: el robo, las consecuencias de la ira y la horrible pasión de la venganza. Las virtudes puede decirse que son desconocidas; difícilmente se comprende que haya idea de ellas, y más difícilmente aún que se pongan en práctica. Cuando se ve un hombre salvaje, puede asegurarse que es pobre, ignorante, ladrón y vengativo, es decir, inmoral; el hombre civilizado podrá ser todo esto, pero es también posible que sea rico, instruído y virtuoso; tiene ancho campo donde desarrollar sus facultades, posibilidad de perfeccionarse, de ser sabio y de ser santo.

No han faltado hombres, y aun de los que se dicen filósofos, que han mirado como bello ideal la igualdad completa, que no es posible sino en el estado salvaje, y que, lejos de ser

el bienestar y la dignidad de todos, es la miseria y la abyección general.

De que la igualdad completa es absolutamente incompatible con la civilización, te convencerás con mirar alrededor de ti. No habría guerra, ni rebelión, ni desencadenamiento de pasiones antisociales, que causaran igual trastorno al que produciría la igualdad absoluta en un pueblo civilizado, aunque solamente durase un brevísimo período. Imagínate que todos fuesen panaderos, sastres, labradores, comerciantes, zapateros, albañiles, fundidores, médicos, arquitectos, soldados, químicos, naturalistas, astrónomos, etc.; imagínate si sería posible la sociedad ni un día, si todos quisieran hacer el mismo trabajo, y ninguno dedicarse á los restantes; ya comprendes que ni habría qué comer, ni qué vestir, ni qué calzar, ni medios de trasladarse de un punto á otro, ni posibilidad, en fin, de existencia para nadie. La vida de los pueblos civilizados tiene por condición imprescindible la división del trabajo, la formación de grupos diferentes para los diferentes trabajadores, y por consecuencia, la imposibilidad de una igualdad absoluta entre ellos.

¿Cuáles deben ser los límites de esta diferencia?

¿Cuáles sus consecuencias necesarias y justas?

¿Cuáles las abusivas que pueden evitarse?

Asunto será éste de otra carta, porque ésta se va haciendo ya demasiado larga.



CARTA VIGÉSIMOTERCERA

Continuación de la anterior.

Apreciable Juan: Decíamos en la carta anterior que *la vida de los pueblos civilizados tiene por condición imprescindible la división del trabajo, la formación de grupos diferentes para los diferentes trabajadores, y por consecuencia, la imposibilidad de una igualdad absoluta entre ellos.* Te lo repito, porque importa mucho que te fijes en esta verdad.

Tenemos, pues, una desigualdad necesaria de grupo á grupo. El grupo de picapedreros necesita más habilidad, más educación, emplea trabajo más inteligente que el de los simples peones que llevan una carretilla ó una espuerta. El grupo de ingenieros ha menester una larga y costosa educación que supone un capital no despreciable; corre el riesgo de no concluír esta educación; muchos, tal vez la mayor parte, no la terminan; su trabajo es más difícil, más fecundo, tiene mayor responsabilidad que el del bracero que maneja un azadón. Además, como ya te lo he dicho, las

necesidades. las *verdaderas necesidades* de un hombre de ciencia, son diferentes de las que tiene el que vive del trabajo de sus manos. Necesita instrumentos, libros, planos; unas veces vivir en centros populosos, otras viajar, etc. Su físico, debilitado por los trabajos mentales, hace necesarias mayores precauciones contra la intemperie; su apetito, menos vivo; su sueño, menos profundo que el de quien ejercita solamente los brazos, han menester manjar menos grosero y lecho más blando. Hasta para el solaz y conveniente recreo ha de haber diferencia proporcionada á la educación intelectual que cada uno ha recibido; cuanto ésta sea más esmerada, necesita ser más acabado el cuadro que le extasía, más sublime la melodía que le arrebata.

De la comparación de los diferentes grupos resultarán, en más ó menos, diferencias como las que acabamos de indicar, y necesidades mayores, conforme á los mayores méritos y aptitudes; todo esto es armónico, necesario, justo.

Si quiere pasarse un nivel sobre los grupos todos, el de pilotos se confundirá con el de marineros; el de arquitectos con el de peones de albañil; el de profesores con el de mozos de la Universidad; el de médicos con el de camilleros, etc., etc.; y ya no son posibles largas y fecundas meditaciones, ni esfuerzos perseverantes, ni trabajos inteligentes, ni otra cosa, en fin, que miseria y barbarie.

Hay pues, que reconocer, al mismo tiempo

que la necesidad de los diversos trabajos, la diferencia de los trabajadores, y la justicia de retribuírlos según las dificultades que hay que vencer para la obra, y la utilidad que de ella resulta. En confirmación de lo que te digo, te citaré una autoridad nada sospechosa para ti, la de un gran nivelador, la de Proudhon, que sobre este particular dice:

«El niño, la mujer, el anciano, el hombre valetudinario ó de complexión débil, no pueden hacer la labor del hombre válido: su día de trabajo no será, pues, más que una fracción del día oficial, normal, legal, tomado por unidad de valor. Digo lo mismo del día del trabajador ocupado en una de las muchas labores más sencillas en que la obra se divide, y cuyo servicio, puramente mecánico, exige menos inteligencia que rutina, y no puede compararse al de un verdadero industrial.

»En cambio, y recíprocamente, el obrero aventajado que concibe y ejecuta rápidamente, da más trabajo y de mejor calidad que otro; con más razón, el que á esta superioridad para ejecutar añadiese el genio de la dirección y el poder del mando: éstos, pasando de la medida común, recibirán mayor salario; podrían ganar *uno y medio, dos, tres días de salario* y AUN MÁS.

»De este modo, los derechos de la fuerza (productiva sin duda), del talento y hasta del carácter, del mismo modo que los del trabajo, se tendrían en cuenta, porque si la justi-

cia no hace ninguna acepción de personas, *no desconoce tampoco ninguna capacidad.»*

Es ciertamente gran desdicha la necesidad de autorizarse con textos para hacer comprender verdades tan sencillas como la de que merece mayor retribución el que trabaja más y mejor. Pero aceptando esta necesidad y esta desdicha, como es necesario aceptar los hechos, resulta que, según un gran nivelador, el hombre de mayor capacidad del socialismo, tenemos:

Salario.............	Menor que el medio. Medio. Vez y media mayor. Dos veces mayor. Tres veces mayor. Aun más.

Debe notarse lo indeterminado de la última categoría, y que falta una, la de los que no ganan nada, porque no pueden ó porque no quieren.

Ya ves, Juan, lo que es la igualdad, aun conforme á su más inteligente apóstol.

Después de la diferencia de los grupos, tenemos la de las personas que los componen. En el arte, en el oficio, en la ciencia, hay mayor ó menor aptitud, más ó menos actividad, mejor ó peor voluntad, empleo acertado ó erróneo, moral ó vicioso, del fruto del trabajo. Sobre esto no insisto: ya ves en tu oficio, y lo mismo acontece en los demás y en todas las profesiones, si unos tienen más habilidad que otros, y si unos economizan y otros derrochan lo que ganan. Sólo te llamaré fuer-

temente la atención sobre la diferencia que debe haber entre los primeros hombres de los primeros grupos y los postreros de los últimos; por ejemplo, entre el arquitecto más inteligente, más activo y más moral, y el peón de albañil más torpe, más holgazán y más vicioso: dime con tu buen sentido si esta diferencia no debe ser muy grande, si no está en el orden de las cosas que lo sea, y si la igualdad absoluta no es el más craso de los errores.

Digo *absoluta*, y no lo digo sin motivo. El hombre es un ser inteligente y moral; tiene un pensamiento y una conciencia; hace obras de industria y obras de virtud ó de crimen. El hombre, como inteligencia, como industria, puede ser diferente, é igual como moralidad. En esto se funda la igualdad ante la ley civil y criminal de los que son desiguales ante la ley económica, y de aquí se infiere el error de concluír de la igualdad legal, el derecho á la nivelación de las fortunas. Se pregunta: Si *todos* somos iguales ante la ley, ¿por qué no hemos de serlo *en todo?* Porque no lo somos, es la respuesta sencilla. Aquí detengámonos á reflexionar un poco, porque la cuestión es grave, y de no comprenderla bien, resultaría tomar el sofisma por razón.

En aquella casa viven: en el cuarto principal, un ingeniero, persona de un gran talento que tiene una regular fortuna; en la buhardilla un peón de albañil, buen hombre, bastante torpe, que á duras penas gana lo necesario para vivir: DESIGUALDAD.

El ingeniero y el albañil mantienen á su mujer y á sus hijos con el fruto de su trabajo, hacen mil sacrificios por ellos: IGUALDAD.

El ingeniero y el albañil quieren que su esposa les sea fiel, y se irritan hasta enfurecerse si saben que no lo es: IGUALDAD.

El ingeniero y el albañil, al terminar su trabajo, tienen un gran placer al recibir las inocentes caricias de sus hijos pequeñuelos: IGUALDAD.

El ingeniero y el albañil sufren al ver sufrir á su hijo y lloran su muerte: IGUALDAD.

El ingeniero y el albañil son capaces de un noble impulso, de una acción generosa, de arriesgar su vida por su patria, por su idea, por su amigo: IGUALDAD.

El ingeniero y el albañil son capaces de una acción baja y criminal, de privar á otro de la hacienda, de la vida ó de la honra: IGUALDAD.

El ingeniero y el albañil saben que hacen mal cuando lo hacen, y que hacen bien cuando lo practican; su conciencia les dice á los dos que la vida de otro hombre es tan sagrada como la suya: IGUALDAD.

De esta serie de comparaciones, y de otras que podrían hacerse, resulta que el hombre puede ser desigual á otro como inteligencia, é igual como moralidad; que aun es posible que moralmente valga más el que intelectualmente vale menos; que la ley moral, sencilla, intuitiva, perceptible á la conciencia, no necesita para hacerse comprender una gran fuer-

za intelectual; que las leyes que de la ley moral se derivan, son con justicia iguales para todos; y que de esta igualdad no debe concluirse la económica, porque el nivel de la justicia es tan necesario, como imposible el de la fortuna.

Por humilde que sea tu posición social, tu derecho es idéntico al del que la tenga más elevada. Si matas á un marqués, te castigarán lo mismo que si hubieras matado á un barrendero; si un marqués te mata á ti, será castigado como si hubiese muerto á un magnate. Ante la justicia los hombres son iguales; no hay más diferencia que entre culpables é inocentes; pero si sería absurdo que en presencia del juez alegases como circunstancia atenuante de tu delito el que eras artesano más hábil que aquel á quien habías sacrificado, no sería más razonable pretender que os pagasen igual jornal siendo vuestra obra muy distinta, porque en caso de delinquir tenéis la misma responsabilidad.

Tratándose de la igualdad ante la ley política, puede hacerse un razonamiento análogo. Un sabio dice mal cuando dice: *¡Qué absurdo que el voto de mi zapatero valga tanto como el mío!* Según de lo que se trate. Si se trata de hacer zapatos, valdrá más; si de matemáticas, legislación ó metafísica, valdrá menos; si de votar un concejal ó un diputado, *podrá* valer tanto. Digo podrá, porque no es cosa segura; pero si el artesano tiene buena moralidad y buen sentido, es posible que sepa el

hombre que le conviene para que le represente en el Ayuntamiento ó en las Cortes; no necesita saber más en esta cuestión, y si lleva la inteligencia *necesaria*, el sabio hace muy mal en protestar contra la igualdad ante aquella ley, como el zapatero estaría fuera de razón en pretender ser igualado en todo al que resuelve un problema de Termodinámica ó de Filosofía del Derecho.

Las cosas no siempre han pasado así, Juan: tiempos ha habido, y no muy remotos, en que la pena se imponía según la calidad del delincuente y del ofendido; aún quedan en las leyes restos de esta desigualdad injusta: en procurar extirparlos harías mejor que en perseguir quimeras, malgastando, en la lucha con lo imposible, las fuerzas que necesitas para realizar lo realizable, y adquiriendo fama de insensato, que tanto te perjudica para hacer valer tu razón cuando la tienes.

Fijémonos bien en lo que llevamos dicho, y condensemos para concluír.

Igualdad *absoluta* ante la ley civil y criminal, porque la conciencia y la moralidad de los hombres de todas las clases, alcanzan el grado suficiente para hacerlos igualmente dignos de protección, é igualmente responsables.

Igualdad *posible* ante la ley política, siempre que la inteligencia y la probidad de todos alcancen el nivel necesario para realizar el objeto de la ley.

Igualdad *imposible* ante la ley económica,

porque la aptitud para el trabajo y la voluntad de trabajar son desiguales en los hombres.

Tal es la conclusión; y yo voy á dársela á esta carta, porque falta espacio para tratar, aunque sea muy brevemente, lo que sobre la igualdad nos queda por decir.



CARTA VIGÉSIMOCUARTA

Dificultad: la retribución justa no puede existir con opinión extraviada.—La desigualdad debe estar limitada por la justicia, pero la justicia se define con dificultad y no se entiende por todos del mismo modo.

Apreciable Juan: Una vez persuadidos de que la igualdad absoluta es imposible, veamos hasta dónde conviene que llegue la desigualdad. ¿Quién debe limitarla? ¿Quién debe decirla: Hasta aquí eres necesaria, hasta aquí útil, y más allá perjudicial?

¿Quién? LA JUSTICIA. Esto es evidente: nadie en razón puede protestar contra el mandato de semejante autoridad. Pero ¿qué es la justicia? ¿Es alguna verdad demostrada en todas las esferas y admitida por todos los hombres? Esta palabra, ¿significa para todos la misma cosa? Tan lejos de ser así, partiendo de lo que cada uno llama justicia, se ven los procederes más desacordes, y para llegar á ella se toman los caminos más diferentes, y á veces los más opuestos. En nombre de la justicia tienen los hombres disputas y controversias; en nombre de la justicia sostienen las

más contradictorias proposiciones; en nombre de la justicia se vejan, se persiguen, se combaten, se inmolan. Si no se hiciera en el mundo más mal que se hace con mala voluntad, todos los problemas sociales se simplificarían; pero lo que los complica y hace muchas veces insolubles, es el mal que se hace con sana intención y tranquilidad de conciencia.

Ya comprendes desde luego la gran dificultad: en que los límites de la igualdad deben estar marcados por la justicia, todos estarán conformes, pero en lo que es justicia, lo están pocos.

Voy á citarte otra vez á Proudhon; para ti, debe ser la mayor autoridad, y para mí, aunque es el adversario más poderoso, es el que prefiero, y con el que me entiendo mejor, porque quien se eleva tanto y tanto profundiza, es imposible que no penetre en la esencia de las cosas, y queriendo ó sin quererlo, no la ponga de manifiesto. Escúchale á propósito de la retribución equitativa del trabajo.

«Pues bien: digo que *nada es más fácil que arreglar estas cuentas,* equilibrar todos estos valores, hacer justicia á todas estas desigualdades.

....

....

»Mas para que esta liquidación se verifique, se necesita, lo repito, *el concurso de la buena fe y de la apreciación de los trabajos, servicios y productos;* se necesita que la sociedad trabajadora llegue á este grado de *moralidad*

industrial y económica, que todos se sometan á la justicia que se les haga, sin pretensiones de vanidad personal, sin consideración á títulos, rango, preeminencias, distinciones honoríficas, celebridad, en una palabra, VALOR DE OPINIÓN. LA UTILIDAD SOLA DEL PRODUCTO, LA CALIDAD, EL TRABAJO Y LOS GASTOS QUE CUESTA, DEBEN ENTRAR AQUÍ EN CUENTA.»

Ya lo ves, para llegar, no á la igualdad económica ó de fortunas, pero á limitar la desigualdad debidamente, se necesita:

Concurso de buena fe.

Apreciación de trabajos y servicios.

Moralidad.

Sumisión á la justicia.

Ausencia de vanidad.

Utilidad del producto, trabajo y capital que cuesta, como únicos datos para tasarle.

Suprimir todo valor que dependa de la opinión.

Es decir: se necesita una revolución radical, un cambio completo, imposible en gran parte, en el hombre interior, en el ciudadano, en la sociedad entera.

Y siendo así, ¿no parece delirio ó burla decir, como lo hace Proudhon, que *nada es más fácil que arreglar estas cuentas?*

Aunque todos se sometan á la justicia *que se les haga,* ¿quién hace esta justicia? ¿Quién dice lo que es *justo* que ganes tú haciendo zapatos y yo haciendo versos? No puede ser más que la *opinión;* esa opinión que se quie-

re suprimir, y que es, sin embargo, la que da y quita valor á las cosas, y las califica de injustas ó de equitativas, de útiles ó de perjudiciales, de superfluas ó de necesarias. El déspota, el tirano, la disposición arbitraria, la ley injusta, la organización política y económica, ¿no son el resultado de la opinión? A ella se dirigen el charlatán y el filósofo; y si el primero halla más eco que el segundo; si los apóstoles de la verdad están en la miseria, y los que halagan los errores, los vicios y las pasiones, viven holgadamente ó nadan en la opulencia, ¿de qué es efecto, sino de la moral depravada y de la opinión errónea?

Como poderoso componente de la opinión que tasa la obra del trabajador, entra el *gusto*, esta cosa tan vaga, tan fuerte, tan caprichosa, tan avasalladora, tan flexible cuando es insinuación que pretende apoderarse del ánimo, y tan inflexible cuando es ley.

Un hambriento prefiere un cigarro á un pedazo de pan; una mujer, una cinta al necesaio abrigo.

Un escrito entretenido, obsceno, apasionado, se vende; un escrito grave, útil, filosófico, no halla compradores.

El local en que se ofrece diversión, se llena pagando cara la entrada; aquel en que se ofrece instrucción sólida y gratis, está casi vacío.

Se dan cantidades fabulosas por un diamante; parece caro un instrumento ó un medio de perfección moral é intelectual.

Hay mucho cuidado en saber cuál es la última moda frívola; no importa ignorar cuál es el último descubrimiento útil.

Se paga bien al torero y á la bailarina; el pensador padece en la pobreza, y más, cuanto es más profundo.

La conciencia pública no protesta de que se gasten millones en adornar una oficina, un palacio, un paseo, y se arriesgue la vida de muchos hombres, que más de una vez perecen en la lancha de un práctico, por no gastar algunos miles de reales en un bote salvavidas.

Saca pingües utilidades el que tiene una casa de juego; quien abre la suya para una obra altamente beneficiosa, no debe esperar retribución alguna.

Se echan grandes sumas á la lotería; una empresa humanitaria no halla medios de realizarse.

Con paralelos análogos podría llenarse un tomo, donde verías más por extenso qué de cosas perjudiciales *se pagan bien porque gustan*, y qué de cosas útiles, *porque no gustan*, no se quieren pagar ni bien ni mal, y cómo el gusto caprichoso, extravagante, pervertido, depravado, contribuye á formar esa opinión errónea, que en la esfera económica, lo mismo que en la política, dicta fallos contra la ley y leyes contra la justicia.

Al comprar, todos tenemos más ó menos espíritu de egoísmo y de sinrazón. Queremos comprar lo más barato posible, sin considerar que no pagamos el trabajo de la cosa

comprada; nos aprovechamos de una baratura fabulosa, sin reflexionar que significa la explotación de míseras criaturas, mujeres, niños, hombres, que dan su trabajo por un salario que no les basta para vivir: este es nuestro egoísmo. Queremos comprar, no las cosas que son más útiles, sino aquellas que nos agradan más, porque satisfacen caprichos, gustos ó pasiones: de un día á otro, un objeto ha perdido la mitad de su valor, ó lo ha perdido todo, porque ya no es de moda: esta es nuestra sinrazón.

Todos estos egoísmos y todas estas sinrazones salen al mercado con los productos de la agricultura, de la industria, del comercio, de las artes, de las ciencias, y hacen subir el precio de los diamantes y de las cintas, y bajar el del trigo y de los libros. Tú clamarás contra lo reducido de tu jornal, mientras se enriquece el que vende *revalenta arábiga;* yo, porque no hallo compradores para mis libros, cuando tiene tantos el *aceite de bellotas*. Podremos no tener razón, pero en caso que la tengamos, y que la tengan tantos otros como están en nuestro caso, ¿te parece que podrá remediarse el mal por medio de una ley y de una organización *R* ó *H*, como dicen los socialistas? Es lo mismo que si dijeras que puede decretarse la cordura, el buen sentido y la virtud. Antes y después del decreto, se venderán más fácilmente los billetes de la lotería que los tratados científicos, y se pagará mejor á los toreros y á las modistas francesas

que á los albañiles y á los filósofos. ¿Cómo quieres tener tasaciones equitativas del valor de las cosas, con tasadores tan insensatos como el capricho, el vicio, la ignorancia, la codicia, la vanidad y la pasión?

Ya lo ves: para que tu trabajo, el mío, el de todos los que trabajan, se pague según merece, es preciso SABER LA JUSTICIA Y QUERER HACERLA, cosas entrambas harto difíciles, y de que estamos muy lejos. Sin traer la opinión á lo que es razonable, no pueden tener las cosas el valor que es justo.

La justicia, Juan, es una cosa que se siente, pero que no se ha definido bien, que yo sepa. *Dar á cada uno lo suyo*, se ha dicho, pero ¿cuál es *lo suyo*, lo de cada uno? Esta es la cuestión no resuelta. Proudhon escribe sobre la justicia una voluminosa obra, y da por su fórmula práctica esta máxima del Evangelio:

Haz á otro lo que quieras que él te hiciera á ti.

No hagas á otro lo que no quieras que él te hiciera.

Esto es caridad, pero está tan lejos de ser justicia, que puede volverse contra ella.

Un malvado acaba de cometer un asesinato: yo puedo y debo entregarle á la acción de los tribunales, esto es lo que manda la justicia; pero si hago con él como yo querría que en igual caso hiciera él conmigo, puesto que lo que yo desearía era no ser perseguido, le suelto, cosa injusta con evidencia.

Tú haces una mesa: si yo te la pago como

en tu lugar quisiera que me la pagases, te daré por ella más de lo que vale, porque en tu lugar desearía sacar lo más posible de mi trabajo, ya porque así me conviene, ya porque es natural que cada uno dé al suyo más importancia y valor del que tiene realmente.

Resulta, pues, que tenemos sentimiento de justicia, nociones de justicia, principios de justicia, reglas de justicia; pero una fórmula superior de justicia, que comprenda todas las acciones y sea admitida por todos los hombres, creo que no la tenemos: y cuando te dicen que pidas justicia como pudieran decirte que pidieses una taza de café ó un vaso de vino, de buena fe tal vez, te dan por sencillo y resuelto un problema complicadísimo, y acaso por resolver en el punto que se trata.

Los hombres, cuando están de acuerdo sobre lo que es justo, hacen una ley que lo declara obligatorio; pero además de que la ley se cumple mal cuando es contraria á la opinión de una minoría numerosa, la justicia práctica sólo depende de la ley en una mínima parte: la opinión, la conciencia, la instrucción y la moralidad, el saber y el querer practicar el bien, tienen mayor esfera de acción fuera de la ley que dentro de ella. Un hombre puede ser perverso sin que la ley pueda castigarle; y de estas perversidades extralegales se forma la inmoralidad pública, y por consiguiente, la pública corrupción y la pública desgracia. Lo difícil, lo importante, lo esencial, es arreglar las relaciones de los

hombres, de modo que sean conformes á la justicia, allí donde la ley no llega ni pueda llegar á imponerla. Pero volvemos á preguntar: ¿Qué es la justicia?

Tal vez podríamos decir que, *justicia en el orden jurídico, es la realización del derecho; en el orden moral, el cumplimiento de los mandatos de la conciencia, y que se reconoce en todas las esferas en que es esencialmente buena, y en ningún caso puede hacer al hombre duro para con sus semejantes.*

La definición podrá ser más ó menos exacta: no tengo la pretensión de no equivocarme en cosa que se han equivocado otros que sabían y valían más que yo; pero lo que sí te aseguro con íntimo convencimiento, es que en todo lo que hay daño para la humanidad, perjuicio verdadero, hay injusticia.

Siendo esto así, la igualdad será justa en tanto que contribuya al bien de los hombres, que los haga más probos, más humanos, más virtuosos, más ilustrados, más perfectos, en fin; y será injusta, cuando los pervierta y rebaje.

Será injusta cuando sea absoluta, porque reducirá la sociedad al estado salvaje.

La desigualdad exagerada está en el mismo caso, porque si no se puede prescindir de las diferencias de los hombres, hay también que tener en cuenta sus semejanzas y aquellos derechos idénticos que deben respetarse en todos. Los pueblos que los desconocen ó los atropellan con la esclavitud, las castas ó las aristocracias avasalladoras, se corrompen, de-

caen, perecen. Los que en estas condiciones viven largo tiempo y prosperan, es porque encierran en su seno una masa numerosa de indivíduos, cuya justa igualdad se respeta, y que tienen bastante poder de vida para contrarrestar el germen de muerte que la desigualdad injusta lleva consigo.

Yo concibo las desigualdades sociales como los accidentes del terreno; bueno y necesario es que haya montes, colinas y valles, pero no quisiera abismos de donde no puede salirse, ni montañas donde el aire no es respirable.

Que haya sabios, bien está; pero que no haya ignorantes de lo que todo hombre debe saber, de lo que es esencial que sepa: su deber y su derecho.

Que el artista ó el hombre de ciencia, el industrial, el comerciante, el bracero, se distingan y diferencien según su mérito; pero que sean iguales en su dignidad de hombres, y que esos derechos iguales que tienen ya ante la ley, los tengan ante la opinión y el respeto público. Se ha andado bastante, pero falta aún mucho que andar en esta cuestión del respeto á la dignidad humana, cuestión gravísima, porque no hay cosa más injusta y cruel que el desprecio.

Ya te he dicho que la esfera de la justicia es mucho más extensa que la de la ley. Ante la ley, el pobre ignorante es igual al rico ilustrado; está bien: esto es algo, es mucho, pero no es bastante, ya porque la ley se torcerá en favor de quien es más considerado por la

opinión, ya porque la ley no tiene que intervenir, sino excepcionalmente, en las relaciones de los hombres, y cuando aparecen entre ellos tales diferencias esenciales que se miran como seres de distinta naturaleza, entonces se aman menos, se compadecen menos, son más injustos entre sí, y el desprecio por una parte, el despecho por otra, el odio y la injusticia por entrambas, dan por resultado la perversión y la desdicha de todos.

El traje puede ser modesto ó lujoso: que esté aseado es lo esencial para que no se convierta en obstáculo razonable á la aproximación de las personas de diferente clase: la blusa del obrero, si está limpia, y el uniforme del capitán general, pueden estar en el mismo banco; lo que razonablemente retrae de dar la mano al obrero, no es que está callosa, sino que está sucia. No hace falta que el obrero sea un sabio para que alternen con él los hombres de ciencia, bajo pié de igualdad, en las cosas esenciales que conciernen á su dignidad de hombre y en la inmensa esfera que abarca el mundo moral. Idea del derecho, práctica de la justicia, decencia del lenguaje, compostura de ademanes, aseo en la persona, cierta cultura general, es lo que pueden tener todos los hombres, lo que creo que tendrán algún día, y lo que basta para que alternen sobre una base de perfecta igualdad, en cuanto son igualmente dignos, aunque su posición social sea diferente.

Personas de toga ó de uniforme habrá que

protesten contra esto, y no reconozcan la dignidad de la blusa limpia y del hombre digno que la lleva; pero esas personas, cuyo número será cada vez menor, dejarán de existir cuando su desdén no tenga otro fundamento que su pueril vanidad. Lo que no se apoya en razón ninguna, al fin viene al suelo.

Una vez reconocida la dignidad del hombre, y pasada de las leyes á las costumbres y á las opiniones, la igualdad irá aproximándose á sus justos límites; el trabajo, hasta el más material, se elevará al elevarse el trabajador; será mejor retribuído, porque la idea de lo que un hombre merece no puede separarse de aquella de lo que vale, y porque se comprenderá bien que, ti toda la labor no es igualmente meritoria, toda es necesaria, y ninguna debe reputarse vil.

La desigualdad va limitándose mucho; es de desear que se limite más; pero esto no se conseguirá con vociferarla en los motines, ni aun con escribirla en las leyes, sino disminuyendo la diferencia real y positiva que existe entre los hombres. Trabajemos todos para aproximarlos: trabaja tú el primero; levanta, Juan, cuanto puedas tu nivel moral é intelectual; procura que tu hijo sepa y quiera ser justo y digno, y en la medida posible y necesaria, ilustrado, porque no puede realizarse el derecho á la igualdad entre hombres esencialmente desiguales.



CARTA VIGÉSIMOQUINTA

Del Cuarto Estado.—No existe realmente.—Error de equiparar las revoluciones políticas con las transformaciones económicas.—Males del retraimiento político, y error de que las reformas políticas son indiferentes para las sociales.

Apreciable Juan: Hemos de tratar hoy de lo que se ha llamado el *Cuarto Estado*. Digamos dos palabras de los que le han precedido.

Había tres estados: el clero, la nobleza y el pueblo; los dos primeros gozando de grandes privilegios; el último, sufriendo grandes vejaciones. Uno de los primeros pensadores de la Revolución francesa escribió un folleto con este título: *¿Qué es el Tercer Estado? Nada. ¿Qué debe ser? Todo.* Aparte de la exageración que indica el título, inevitable en la hora en que se escribió, la verdad era que había una desigualdad injusta entre los hombres hijos de la misma patria; que conforme á la clase á que perteneciesen, tenían distintos deberes y derechos; imposibilidad ó facilidad de elevarse á ciertos puestos y disfrutar ciertas ventajas; y abrumados ó libres de contribuciones, según eran plebeyos ó nobles, la

misma distinción los perseguía hasta en el banco de los acusados, donde hallaban distintos jueces y diferentes penas.

Esto tuvo motivo de ser, como todo lo que ha sido; pero llegó una hora en que faltó este motivo, en que las clases privilegiadas no podían alegar ninguna especie de superioridad, ni más ciencia ni más virtud que la clase oprimida, y entonces ésta dijo: *Soy igual á vosotros ante la justicia, quiero serlo ante la ley,* y lo fué. Cuando este cambio se hace en un día, se llama *revolución;* cuando se verifica paulatinamente, *reforma;* pero violenta ó graduada, la igualdad ante la ley es ya un hecho necesario para todo pueblo cristiano y civilizado, y la cuestión no puede ser más que de fecha.

Se dice por algunos, se quiere hacer creer á la multitud que la clase media oprime al pueblo, como el clero y la nobleza oprimía al Tercer Estado, y que como éste triunfó de los privilegiados, el pueblo triunfará de él.

El día en que triunfó el Tercer Estado, abolió muchas leyes, y escribió nuevos códigos políticos, civiles y criminales. El día del imaginario triunfo del supuesto Cuarto Estado, ¿qué antigua ley podrá abolir, ni qué nueva ley podrá dictar?

Imaginemos una Asamblea Constituyente, y después una Legislativa, compuesta en su totalidad de hombres del pueblo, radicales intransigentes, entusiastas niveladores.

Abren la Constitución: ni clase ni privile-

gio; todos los españoles son iguales; nada hay que añadir, nada que quitar.

Abren el Código criminal: ni clase ni privilegio; todos los españoles son iguales; nada hay que añadir, nada que quitar.

Abren las leyes civiles: ni clase ni privilegio; diferencias de unas provincias á otras, que no tienen carácter privilegiado; y si hay que añadir ó quitar, es bajo el punto de vista de la justicia, no de la igualdad.

He aquí nuestros legisladores desorientados. ¿Dónde está esa Clase, ese Estado cuyo vestigio no se encuentra en las leyes? ¿Cómo van á destruír lo que no existe? Nunca caso tan grave se sometió á ningún cuerpo deliberante (1).

Para ser arquitecto, ó médico, ó juez, se necesita una prueba de haber estudiado arquitectura, medicina ó leyes: que esta prueba la dé el hijo de un duque ó el hijo de un barrendero, es igual.

El último monaguillo puede ser Obispo ó Cardenal (esto no es de ahora, la Iglesia ha sido siempre democrática).

Un obrero puede ser diputado, ministro, y hasta marqués y duque.

Hay diferentes profesiones, más ó menos lucrativas, más ó menos consideradas; hay categorías más ó menos elevadas; hay vanidades

(1) Esto se escribía en Junio de 1872, y se ha confirmado con los hechos posteriores, por la esterilidad y la absoluta impotencia revolucionaria (que no debe equivocarse con la *revoltosa*) de los apóstoles del Cuarto Estado, cuando han sido ministros y legisladores.

más ó menos ridículas; pero si ningún hombre por su nacimiento está excluído de ninguna profesión, de ninguna categoría, de ningún título, ¿dónde están las clases y los privilegios, y los Estados primero ni cuarto?

No hay, pues, nobles ni plebeyos; lo que hay es ignorantes é instruídos, groseros y cultos, pobres y ricos. El pueblo, eso que se quiere llamar Cuarto Estado, no puede reclamar ningún derecho, porque se le han dado todos; no puede hacer más que pedir la instrucción que no tiene y la riqueza que no posee. Desgraciadamente, da más importancia á la fortuna que al saber: lo primero quiere ser rico; instruído lo será luego, después ó nunca, y no obstante, es de ley, de ineludible ley, que no mejorará de condición económica hasta que mejore su condición moral é intelectual.

En un año, en un mes, en un día, se han podido suprimir todos los privilegios y declarar á los hombres iguales ante la ley, porque pueden serlo; pero ni en un día, ni en un año, ni en un siglo, puede hacerse lo mismo cuando se trata de igualarlos ante la riqueza, porque son diferentes su voluntad de trabajar y su aptitud para el trabajo. De una plumada desaparecen las desigualdades imaginarias; pero ni el plomo, ni el hierro, ni el motín, ni la batalla, borrarán las diferencias naturales, necesarias en cierta medida y en la misma justas.

Te repito, pues, que no hay ninguna seme-

janza entre lo que era el *Tercer Estado* y eso que se quiere llamar *Cuarto;* y pretender que sucederá con el pueblo, falto de instrucción, lo que ha sucedido con la clase media, donde la instrucción estaba, es hacer una aplicación de las leyes de la historia, como la haría de las de la mecánica el que pidiese el mismo trabajo á máquinas diferentes, porque les había puesto nombres iguales. El *derecho* de las clases obreras es idéntico: el *hecho* es distinto, porque lo es su aptitud científica é industrial.

Hay que fijarse también mucho, y no confundir bajo ningún aspecto la diversa índole de las leyes políticas, civiles, criminales y económicas. Además de la desigualdad que ante las últimas llevan consigo los ingenios, las aptitudes y las voluntades diferentes, hay limitaciones en el mundo material que no existen en el de las ideas. En una legua cuadrada puede haber 30 millones de ciudadanos con todos los derechos que les correspondan: la esfera de la justicia es infinita; declarada en principio, se aplica á un hombre, á un millón, al género humano. Pero en una legua cuadrada no pueden hallar sustento y albergue sino un determinado número de hombres: este número crecerá con la civilización, pero no podrá pasar de cierto límite. Ya ves, Juan, la diferencia que hay cuando se trata de dar á los hombres derechos, y cuando es cuestión de darles sustento. En el primer caso, el legislador dice: «Venid por cientos, por miles, por

millones: todos hallaréis justicia.» En el segundo, la naturaleza dice: «No vengáis más de los que puedo sustentar, porque no todos hallaréis pan.»

Tu derecho electoral no es obstáculo al ejercicio de otro derecho; el hecho de comerte una ración hace imposible el hecho de que se la coma otro. El Tercer Estado luchó y triunfó en una cuestión donde su triunfo podía ser completo é instantáneo; ningún obstáculo esencial había. Lo que se pretende llamar Cuarto Estado parece que quiere luchar, y que se propone vencer, en una cuestión de hecho, donde halla obstáculos tan esenciales como la imposibilidad de que dos hombres vivan con la cantidad de alimento indispensable para uno, y reciban igual retribución por un trabajo que no se parece. ¿Dónde está la semejanza, ni la analogía, ni la lógica de querer equiparar cosas tan diferentes, ni la buena fe ó el buen sentido de poner á la historia en el potro de la pasión para que declare contra verdad?

Como los hombres, aparte de sus vanidades pueriles, no se distinguen ya más que entre ricos y pobres, instruídos ó ignorantes, honrados ó delincuentes; como no hay *Clases* ni *Estados*, es quimérico su triunfo ó su derrota, porque lo que no existe no puede vencer ni ser vencido; y es quimérico también que la constitución económica de un país pueda cambiar tan pronto y radicalmente como la política.

Los obreros que tienen hoy completa igualdad legal, no mejorarán su condición material sino á medida que se ilustren y se moralicen; ni la constitución económica podrá cambiar, como la política, con un Gobierno ó una dinastía. Fíjate bien en esto, Juan: cuando se trata de derechos políticos puede haber *revoluciones,* es decir, cambios radicales é instantáneos; cuando se trata de hechos económicos, de mejorar la situación material de un pueblo y de distribuír mejor su riqueza, no puede haber más que *reformas,* es decir, cambios ventajosos, pero lentos, como lenta es la educación industrial y científica de los hombres, y difícil el progreso en una esfera en que á él se oponen tantos egoísmos, tantos intereses mal entendidos, tantas pasiones ciegas. Sin duda hay *armonías económicas;* sin ellas no podría existir la sociedad; pero ¡qué de pugnas económicas también, y qué diferencia entre la facilidad con que pueden armonizarse nuestros derechos ante la ley, y la dificultad de qué se pongan en armonía nuestros intereses en el mercado, y se evite el abuso de esas fuerzas invisibles, y el choque de elementos que debieran favorecerse, y por culpa de todos se combaten!

La revolución del Tercer Estado cambió las leyes políticas, civiles, criminales y muchas económicas; la que pretende hacer el Cuarto Estado no trata más que de las últimas, y se llama *revolución social,* con lo cual quiere significar cambio radical é inmediato en las re-

laciones de los trabajadores entre sí, de éstos con los capitalistas, de los capitalistas unos con otros, y, en fin, de las leyes todas que rigen el mundo económico, sin distinción entre las que pueden abolirse, porque son efecto de las circunstancias y obra del hombre, y las que son necesarias y por consiguiente eternas.

El Cuarto Estado desdeña la política: la revolución social, que es la suya, ha de hacerse por otros medios. Dice que le es indiferente que haya monarquía ó república, despotismo ó gobierno representativo. No obstante, el oráculo del socialismo ha escrito un libro, el último, que es como un testamento intelectual, como el título de: *La capacidad política de las clases obreras*. Acerca de esta capacidad, ¿qué opina, qué concluye el autor? Concluye cosas diferentes, ó lo que es lo mismo, no concluye nada. El hombre de las negaciones concretas, insolentes, temerarias, y de las afirmaciones vagas y vergonzantes, viene á decir que el pueblo es muy cuerdo y muy insensato, y dice claramente que conviene darle el sufragio universal, mas no que acuda á las urnas; que debe tener voto, pero que no debe votar (1). La razón de esto ya comprenderás que no se da; tales cosas se afirman pero no se razonan.

El desdén del socialismo por la política, ¿es hipócrita ó es sincero? De una y otra

(1) Véase Proudhon: *De la capacité politique des clases ouvrières*.

cosa podrá tener. Entre los que piensan algo, sospecho es de hipocresía; entre los que siguen ciegamente el impulso que reciben, podrá haber sinceridad. Hazte cargo cómo pasan las cosas en la práctica y comprenderás la razón de la teoría.

La ley política establece el sufragio universal. Los obreros acuden á votar; no votan á un obrero por regla general; buscan personas de mayor instrucción, que puedan defender su causa en el Parlamento sin desventaja y con iguales armas que tienen sus adversarios. Aquel hombre no corresponde á lo que de él se esperaba; no puede corresponder; su misión es imposible; su conciencia ilustrada se resiste á la profesión de fe de sus comitentes; vacila, contemporiza, transige por algún tiempo; pero llega una hora y una cuestión capital en que es precisa una afirmación decisiva, y vota contra el parecer de los que le han votado, porque no puede estar por más tiempo en pugna con la evidencia, ni entregar su nombre á las flagelaciones del buen sentido. Este hecho se repite una y muchas veces, llevando otros tantos desengaños al pueblo, que se cree siempre engañado, si no vendido, por sus hombres políticos, y dice que no quiere nada de la política, porque nada espera de ella.

La política aquí no es otra que la *práctica* que declara impracticable lo que lo es por el momento ó por siempre; y el que engaña al pueblo no es el que no hace lo que es imposi-

ble hacer, sino el que le dijo era hacedero. Unos pocos sabiéndolo, la multitud sin saberlo, cuando dice: Nada queremos con la política, quiere decir: Nada queremos con la *práctica* de nuestras teorías. No hay cosa más dolorosa ni más cierta que esas gigantescas afirmaciones para destruír, con que encienden tus iras, y esas afirmaciones microscópicas ó erróneas para edificar, y con las cuales te entregan á las pruebas de la realidad y á las burlas del escarnio.

Si el socialismo no ha de triunfar por el ejercicio del sufragio universal, ni por la rebelión armada, según afirma su gran apóstol, según dicen otros más pequeños, ¿cómo triunfaría, pues? Por la fuerza de las cosas; pero la fuerza de las cosas no es al cabo más que el convencimiento íntimo de las personas; y para llegar á ser hecho, realidad, necesita el triunfo en las urnas ó en los campos de batalla; una de esas dos cosas que se dicen innecesarias: la política ó la rebelión. Suponiendo la rebelión triunfante, tendría su política también, porque tendría su realización de las teorías victoriosas: su necesidad de adoptarlas con esta ó aquella modificación para que sean practicables, y de vencer las resistencias que hallara para plantearlas. La política, pues, en este caso es una cosa tan indispensable como la práctica de lo que se define, se opina y se resuelve; y si los hombres pueden retraerse, las escuelas no pueden prescindir de ella.

No te conviene pasar días, ni horas, ni mi-

nutos siquiera, en esas reuniones donde hay política de pasión, de intriga, de interés; donde se miran los abusos como argumentos, y los hombres como escalones; pero cuando tengas opinión, debes tener voto, y cuando le tengas, debes darle reflexivamente, en conciencia, y ocuparte en la política, como en todos tus deberes, en la medida necesaria. El desdén que por ella tienen muchos, que muchos afectan tener, es una cosa insensata; lo primero, porque en todo retraimiento se incuba una rebelión; lo segundo, porque no es más fácil sustraerse á la política que á la atmósfera que nos rodea. El obrero en su taller, y el sabio en su gabinete, la apartan de sí, la cierran el paso; pero ella fuerza la consigna, penetra hasta ellos, les arrebata el fruto de su trabajo, el preciado sosiego, el hijo querido, que tal vez inmola, invocando hipócritamente el nombre de la patria que deshonra y sacrifica. No te quisiera fanatizado por la política, pero sí ocupado en ella como debe estarlo un hombre honrado en su deber, y un hombre sensato en lo que importa mucho. Todo el que tiene una idea sana y un recto juicio, debe llevarlos á la balanza del bien público, para que no se incline del lado de los aventureros cínicos ó de los forzados de la ambición.

Para saber la *capacidad política de las clases obreras,* mejor que estudiar el libro que lleva ese título, es estudiarlas á ellas, ver lo que hacen y lo que dicen, sus hechos y sus

aspiraciones. El resultado de este estudio es poco consolador para los que de veras las amamos, porque las vemos que, en lugar de atacar los abusos que deben desaparecer; en lugar de pedir las reformas que pueden plantearse; en lugar de clamar justicia cuando tienen razón; en vez de todo esto, se entregan á los extravíos de la cólera, á los sueños de la utopia, queriendo realizar lo imposible y hundir lo que tiene firme asiento en lo más profundo de la naturaleza humana. Esto no lo hacen todos ni en todas partes, pero con verdad te digo que me duele ver á muchos malgastar, contra los males que están en la naturaleza de las cosas, las fuerzas que debían emplear en combatir aquellos que tienen su origen en los errores ó maldades de los hombres.

El supuesto Cuarto Estado, entendiendo por este nombre aquella parte del pueblo que vive del trabajo manual, no puede hacer una revolución en el orden político, porque está hecha, ni en el orden económico, porque en él sólo caben reformas, es decir, modificaciones lentas y ventajosas. Esta obra grande, difícil, necesaria, no es la obra de una clase: es la obra y el deber de todas. ¿Hay alguna que le llene bien? No, seguramente, y cada grupo social, en vez de reflexionar sobre sus faltas, se ocupa en enumerar las ajenas, exagerando su gravedad.

Ahora es moda entre ciertas personas acusar á lo que se llama clase media. Lejos estoy de

pensar que hace todo lo que debe y puede hacer; pero lejos están también de la verdad los que afirman que puede todo lo que de ella se exige, y que no hace nada de lo que debe. ¿De dónde han salido en su gran mayoría, casi en su totalidad, los que han procurado ilustrar, consolar, socorrer al pueblo; los que han pedido para él derechos; los que han luchado por él en la tribuna, en la prensa, en la academia, en los campos de batalla; los que han sido mártires de su causa? De esa clase media eran, y su memoria merecía otro homenaje que las execraciones de la edad presente, que no repetirán, de seguro, las edades futuras.

Todos faltan, todos faltáis, todos faltamos, pobres y ricos, ilustrados é ignorantes. Reflexiona bien, Juan, en esto: puede haber un hombre virtuoso entre una multitud depravada, pero la virtud y el vicio de las clases no se aislan así; se influyen, se compenetran, reflejan unas sobre otras la luz bienhechora y los fulgores siniestros, y cada una ve en las otras, como en un espejo, la imagen de sus errores y de sus culpas. Sin las faltas de la clase media, el pueblo no sería lo que es; sin las faltas del pueblo, la clase media valdría mucho más de lo que vale. La natural propensión es poner los merecimientos propios enfrente de las faltas ajenas: combatámosla; no olvidemos ni el mal que hemos hecho ni el bien que hemos recibido, y entonces, con la mano en el corazón, los de todas las condiciones tendremos más propósitos de enmienda que de venganza.

Buscar lo verdadero y pedir lo justo: tal es la misión de los hombres, cualquiera que sea su fortuna; porque ni Clases ni Estados existen en España, sino en la historia de lo pasado ó en la mala inteligencia de lo presente.



CARTA VIGÉSIMOSEXTA

De la familia.—El género humano no puede existir sin ella.

Apreciable Juan: Nos toca tratar hoy de *la familia*. Si fueras inclusero, no tendría necesidad de realzarla á tus ojos, como no necesita un enfermo que le encarezcan las ventajas de la salud; y esto no te figures que lo digo por figuración, sino por experiencia. He visto á los pobres expósitos, que deben tener idea tan triste, por no decir algo más, de sus padres, buscarlos con un ansia que recuerda la que tiene el viajero sediento, de hallar una fuente pura. La apariencia más engañosa, la suposición más descabellada, el más errado cálculo, sirven de base para indagaciones perseverantes, y dan motivo á importunidades repetidas. Bien poco dignos de amor parecen los que han dado la vida al expósito; él, con todo, quiere conocerlos, quiere amarlos, y no omite medio de buscar á los que le huyen, y de estrechar contra su corazón á los que han dado tal prueba de la dureza y frialdad del suyo. Entra en un

hospicio; busca á un inclusero de la edad y del carácter que tú quieras, niño, joven ó adulto, desabrido ó afectuoso, pacífico ó pendenciero: dile: *Vengo de parte de tu madre, que quiere recogerte,* y le verás transfigurado. Primero se queda como aturdido; luego llora de alegría; después te abruma á preguntas; todo lo olvida, todo lo perdona; y sin perder una hora, sin perder un instante, quiere abrazar á aquella mujer que, aunque tarde, consiente en llamarle *hijo.* Él sólo sabe lo que es no haberse oído llamar *hijo* nunca, y vivir sin que nadie le ame, y morir sin que nadie le llore. El ciego afán con que busca á los autores de sus días, el sublime perdón que tiene para su grave falta, la gratitud con que recibe su tardío arrepentimiento, es el grito de la naturaleza, lleva el sello de una necesidad, de una ley eterna, y es la condenación de los que, por ignorancia ciega ó por criminal cálculo, declaman contra la familia; ciertamente, se halla bien enferma la sociedad en que semejante declamación inspira más que una sonrisa desdeñosa.

Como el mejor medio de apreciar una cosa es sentir su falta, si fueras inclusero, conforme dejo dicho, no comprenderías siquiera cómo una desdicha excepcional, y de las mayores que puede tener el hombre, quiere hacerse extensiva á todos, y se presenta como un gran proyecto para la humanidad. Tú, que has tenido padres, es posible que no comprendas el desconsuelo y la desgracia que es no tenerlos, y te parezca ventajoso eximirte de cuidar á tus

hijos. Digo posible, porque hay momentos en que es posible todo, aunque no es probable que los delirios de los hombres te hagan desconocer la fuerza de las cosas.

No voy á hablarte hoy de la familia haciendo consideraciones de un orden elevado, que tal vez recibirías con prevención desfavorable; nuestro punto de vista será el de la *alimentación, albergue* y *defensa* en este mundo de *hambre, intemperie* y *lucha,* y mis argumentos de los que están en uso y son del gusto de los que se dicen tus amigos, y no deben serlo, puesto que no lo son de la verdad.

Aunque se conceda que el hombre es una especie de mono que hace versos, túneles, templos, constituciones y observatorios astronómicos, cosa que, según algunos, está perfectamente averiguada; aunque se prescinda de toda elevada consideración y de todo alto fin, no viendo en la familia cuestión alguna que no sea fisiológica, con nociones muy ligeras de historia natural, comprenderemos que el hombre es un animal cuya especie se extingue si no forma familia, como, por ejemplo, acontece á las aves. Pero mucho más que en ellas se prolonga en el hombre la infancia; y su hembra, más débil, relativamente á él, que la de los pájaros, necesita su apoyo, su auxilio y su defensa para salvar la prole y perpetuar la raza. Parémonos un momento á considerar lo que puede ser la especie humana sin familia, en el estado salvaje.

El hombre se une á la mujer momentánea-

mente en virtud de un instinto, y después la abandona.

La mujer es madre, y, ó abandona el fruto de su unión pasajera, en cuyo caso muere al momento, porque ya comprenderás que en las selvas primitivas no hay Inclusas, ó quiere conservar á su hijo.

En el segundo caso se encuentra en la situación siguiente: tiene que mantener al hijo ó hijos con su trabajo; el trabajo de aquel estado social es *lucha*. Lucha para perseguir y matar á los animales que le sirven de alimento; lucha para defender la cueva que le sirve de guarida, codiciado albergue, sin el cual la prole, desnuda y débil, sucumbe al rigor de la intemperie; lucha para defenderse de las fieras; lucha para defenderse de los hombres, faltos, por regla general, de alimento, que es siempre *presa*.

¿Te parece posible que la débil hembra del hombre pueda combatir tantos enemigos, triunfar de tantos obstáculos y salvar á sus pequeñuelos, cuya larga infancia necesita por tanto tiempo auxilio eficaz y poderosa defensa? Es evidente que no. El hombre primitivo es un animal de combate, luchador por necesidad, y cuya vida supone necesariamente una serie de triunfos. Aunque la mujer pudiera alcanzarlos, aunque no fuera más débil, el hecho de ser una, de ser sola, la imposibilitaría para atender á la alimentación y defensa de los hijos, que necesitan de todo el auxilio del padre y de la madre; el de entrambos es insuficiente muchas veces, como lo prueba la difi-

cultad con que se propaga la especie en los pueblos salvajes.

Se había creído hallar alguno en que la familia no existía; así lo afirmaban viajeros mal informados; pero de más detenida y exacta observación resulta que no hay hombres sino donde hay familia, más ó menos perfecta, con estas ó aquellas condiciones, pero familia al fin. Y cuenta que donde se supuso que no existía, era en una región favorecida por la naturaleza, de tal modo, que en un clima suavísimo crecen espontáneamente frutos con que puede vivir el hombre, que no tiene que luchar con animales feroces, allí desconocidos: aun con tan excepcionales ventajas, y en esas especies de paraísos terrenales, la familia es una condición de existencia para el hombre. Si esto sucede donde el aire es templado, la alimentación fácil, el albergue seguro, la lucha con animales feroces innecesaria, ¿qué acontecerá en el rigor del clima y la aspereza de la tierra en que han vivido nuestros ascendientes, en lucha con las fieras, de cuyo gran número tenemos pruebas irrecusables?

Aquí debemos notar, Juan, una circunstancia que no puede pasar inadvertida. Hablamos del hombre considerándole como un animal, prescindiendo de todo lo que puede hacerle bueno ni grande, atentos sólo á que no sucumba. Y ¿qué hallamos? Que necesita vivir en familia, imponerse grandes penalidades por largo tiempo para que su prole no perezca, ó lo que es lo mismo, amar y sacrificarse;

es decir, que la abnegación y el amor son necesarios en toda circunstancia, en cualquier estado, y que la elevación que supone es la indispensable compañera del hombre, aun reducido á la mayor indignidad, y considerado únicamente como un animal que perpetúa su raza. Si la especie humana existe, es porque ha habido en ella familia, amor, espíritu de sacrificio.

Cuando vas por un campo y ves señales de cultivo, dices: «Aquí hay hombres». Cuando halles hombres, puedes decir: «Aquí hubo seres que no fueron egoístas, que amaron, que aceptaron deberes penosos». El hombre necesita cierta cantidad de moralidad, como de aire, para no sucumbir.

Es de imposibilidad fisiológica, material, que el hombre primitivo se perpetúe sin familia; por ella vivimos, porque por ella han vivido los antepasados á quienes debemos la existencia. Y nuestros descendientes, ¿podrán eximirse de la ley de sus progenitores? Los pueblos civilizados, ¿ofrecen tales condiciones, que la infancia no necesite del amor, del cuidado y de la protección de los padres? Investiguémoslo brevemente.

Pueden hacerse dos suposiciones:

1.ª Se conserva la familia incompleta; la madre cuida de los hijos.

2.ª Se rompen enteramente los lazos de familia; la madre, lo mismo que el padre, abandonan la prole, de que se hace cargo el Estado; la crianza de los hijos es un servi-

cio público como el de correos ó el de faros.

En la primera suposición, de que la madre se quede con los hijos, recuerda, Juan, algo de que por desgracia habrás visto muchos ejemplos, recuerda lo que sucede cuando una mujer queda viuda con hijos pequeños: el de pecho la incapacita para trabajos seguidos, y los otros, con los precisos cuidados que su debilidad é imprevisión reclaman, concluyen por absorber su tiempo, no quedándole el que necesitaría para ganar el sustento, ni aun para ella sola: si la caridad pública ó la privada no auxilian eficazmente á esta familia, sucumbe sin remedio. Podrá haber algún caso, cuando la viuda sea una mujer de alguna habilidad rara ó disposición especial, de esas que con justicia ó sin ella se pagan mucho, en que pueda sola sostener á sus hijos; pero la regla es que, muerto el padre, necesitan auxilio ajeno, porque los esfuerzos de la madre son impotentes para salvarlos; en un pueblo civilizado, como en una horda de salvajes, la madre sola no puede alimentar la prole y salvarla de la destrucción.

Examinemos el segundo caso, aquel en que el Estado tiene que encargarse de todo recién nacido, y la nación convertirse en una inmensa casa de expósitos. Aquí salen, brotan en tropel cuestiones graves de orden muy diverso: prescindamos de todas para no atender más que á la fisiológica; el niño necesita alimentarse. ¿Quién le dará de mamar? Procuraremos formarnos una idea de lo que será la

sociedad sin familia, bajo el punto de vista de la lactancia de los niños. Millones de ellos esperan una mujer que los lacte para no morir. ¿Dónde se hallarán tantas? Las mujeres no tienen padre, madre ni hermano; las jóvenes que no ha mucho han sido madres y pueden ser nodrizas, se hallarán en una de estas cuatro situaciones:

Unidas á un hombre por más ó menos tiempo, y en su compañía.

Separadas del padre de su hijo, y con deseo y esperanza de unirse á otro hombre.

Solas y con bienes de fortuna ó medios y voluntad de ganarse el sustento.

Solas y en la miseria, por cualquier motivo que fuere.

De estas cuatro categorías de mujeres jóvenes y en situción de lactar, ¿cuáles querrán hacerlo por un salario, que será necesariamente reducido? Hay que eliminar las tres primeras, porque ni la mujer que vive con un hombre que la mantiene, ni la que espera hallarle, ni la que cuenta con medios para vivir, han de ir á encerrarse en una Inclusa, ó llevarse á casa un recién nacido, cuya presencia es un obstáculo, cuyos cuidados son una traba, y cuya lactancia, además de quitar libertad, quita atractivos á la mujer que depende de ellos, porque suprimida la familia, la ley del amor será el gusto, y la belleza física recibirá únicamente homenajes, culto y ofrendas. Para nodrizas de los millones de niños que las necesitan, no quedan más que

las mujeres á quienes la última miseria obliga á ir á encerrarse entre las paredes de una Inclusa. Estas mujeres, en corto número proporcionalmente para las que se necesitan, serán de mucha edad, de poca salud ó de una fealdad repugnante, porque sin alguna de estas circunstancias, y bajo el imperio del amor libre, en él hallarán más atractivos y vida menos penosa que en una casa de expósitos. Esto no es una suposición, sino una consecuencia lógica, indefectible, y para convencerse de la cual basta observar qué clase de mujeres van á lactar á los tornos de las inclusas.

Se dirá tal vez: la mayor parte de los expósitos se lactan fuera de la casa. Eso sucede ahora, porque los recogen mujeres casadas y con familia, donde el inclusero deja alguna utilidad sin producir perturbación; la nodriza está unida á su marido, tiene padres, hermanos é hijos que la auxilien en el cuidado del niño; éste no es una traba enojosa para la que está sujeta y enlazada al hogar doméstico por sus deberes y por sus afectos, ni sirve de obstáculo para buscar las aventuras del amor libre: el inclusero va ahora á ser uno más en la familia pobre y honrada. Cuando no hubiera familia, ¿á dónde, cómo, ni á qué iría al incierto albergue de la aventurera aislada? Por regla general, con muy pocas excepciones, los niños, millones de niños, no se olvide, quedarían en los tornos de las Inclusas. ¿En qué proporción estarían las amas que acudiesen á lactarlos? Imposible es hacer cálculo ni aun

aproximado; pero teniendo en cuenta lo que pasa actualmnete, en que es tan reducido el número de los expósitos que no van al campo, y que hay épocas y países que con mucha dificultad tienen una nodriza para cada tres niños, no sería exagerado suponer que hubiera una para cada diez. Estoy en la persuasión de que ni aun esto se conseguiría; pero concedamos una cosa imposible, dadas las circunstancias que vamos presuponiendo: imaginemos que habría una nodriza para cada cinco niños; su muerte por inanición no sería menos cierta.

Los expósitos mueren ahora en una proporción tal, que si á ellos solos estuviese confiada la conservación de la especie, se extinguiría. Si tal acontece al presente, ¿qué se podría esperar cuando la lactancia se hiciese en peores condiciones, y fuera, no ya una cosa difícil, sino un problema imposible de resolver, como sucedería siendo expósitos todos los niños que nacen?

Pero no había de ser muy difícil procurar alimentación á los recién nacidos. ¿Por qué? Porque no nacerían. Sin familia, con la general y extrema licencia de costumbres, el número de nacimientos sería muy escaso, y la tierra se despoblaría, porque el vicio ya se sabe que no es fecundo. La depravación es estéril, física y moralmente, y si engendra alguna cosa, son seres enfermizos y monstruosos, que no se reproducen.

Rotos los lazos de la familia y el freno de la religión y de la moral, la corrupción

alcanzaría proporciones nunca vistas, y la despoblación en igual medida. El hombre salvaje, aunque no sea casto, es continente: el ejercicio continuo y violento, la alimentación escasa é incierta, la lucha incesante contra la intemperie, y las mil clases de enemigos que le asaltan; la falta de atractivos de la mujer, cuya belleza física necesita condiciones imposibles en aquel estado, cuya belleza no puede existir en la abyección y embrutecimiento en que vive, todas estas circunstancias hacen que en los pueblos primitivos la falta de moralidad no produzca el desenfreno de costumbres que en los pueblos civilizados. La historia de éstos prueba la verdad de lo que voy diciendo; y á poco que la hojearas, verías cómo el progreso de la industria y de las artes, si hay retroceso en la moral, es un cáncer en la vida de las naciones, que las arruina, las despuebla, las mata.

Bien podíamos aquí dar el punto por suficientemente dicutido. ¿A qué insistir en los males que de la supresión de la familia vendrían á la humanidad, si no era posible que hubiera humanidad, si era seguro que se extinguiría la especie humana? No obstante, en la próxima carta examinaremos brevemente lo que serían los hombres sin familia, suponiendo una cosa imposible, que hubiera hombres. Pero desde ahora, á los que nos pregunten lo que sería sin familia la sociedad, podemos responder resueltamente: *Primero un lupanar, después un cementerio, y por fin un desierto.*



CARTA VIGÉSIMOSÉPTIMA

Influencia de la familia en la religión, en la moral, en la ciencia, en el arte, en la economía.

Apreciable Juan: Hemos visto en la carta anterior, que familia y especie humana son cosas que no pueden separarse; que fuera de la familia, ni en el estado salvaje ni en el civilizado tiene el hombre condiciones de vida, y que para no morirse de hambre y de frío, necesita padres durante el largo espacio de su prolongada y débil infancia. Realmente, no era necesario decir más sobre la materia. ¿Para qué insistir sobre los males que la supresión de la familia acarrearía á la sociedad, cuando es evidente que no habría sociedad porque no habría hombres? No obstante, cuando el error se presenta con tal abundancia de delirios, tal vez convenga á la verdad tener lujo de razones, y por esto diremos algo sobre la necesidad de la familia en todas las esferas de la existencia humana, tomando, para no extendernos demasiado, las principales, que son:

Religión.
Moral.
Ciencia y arte.
Economía.

Religión.—El hogar doméstico es el primer santuario, los padres los primeros iniciadores, la familia la primera congregación que siente á Dios y que le implora. La madre da idea de su bondad y enseña á amarle; el padre, de su sabiduría, de su poder, é inspira aquel respeto necesario á todo amor para que sea digno y duradero. Las verdades religiosas, como todas aquellas en que el sentimiento entra por mucho, necesitan, para hacerse comprender bien y para asentarse en sólida base, de la educación individual. Hay que adaptarse al carácter, facultades, inteligencia y temperamento del niño, lo cual hacen los padres más ó menos bien, muchos por instinto, y como sin apercibirse de ello, sirviendo el ejemplo de lección cuando los maestros no pueden dar otra: hay que practicar aquellas cosas que se creen, y al armonizar las acciones con la fe, graduarlas en la medida que la individualidad de cada uno exige. Además, como la base de la religión debe ser el amo, el niño que no tiene familia, que no inspira ni siente cariño, privado del amor de su madre en la tierra, es más difícil que ame al Padre Celestial.

La necesidad de la familia para educar los sentimientos religiosos se ve en esas agrupa-

ciones numerosas de niños que no la conocen. Si la casa en que se acogen está bien ordenada, saben la doctrina, rezan el rosario, oyen misa y se confiesan. Pero si se penetra un poco más adentro; si de las prácticas religiosas se pasa á la religión íntima, á la que conmueve el corazón, á la que purifica el pensamiento, á la que eleva el espíritu y le levanta hasta Dios, entonces, por regla general, se nota que en aquella alma privada de afectos no penetra bastante el sentimiento de la divinidad, y que el niño tosco de la aldea á quien enseñó á persignarse su madre, sabe menos doctrina, pero tiene más religión que el privado de afectos y mejor aleccionado de la ciudad. Cuando en algún campo de batalla, al desabrochar, para curarle, á un soldado herido, se ve que tiene un escapulario, al comprender que está mortal, bien se le puede preguntar si tiene algún encargo que dejar á sus padres, porque probablemente no será inclusero.

De lo que sería la religión sin familia, da alguna idea lo que es con la familia incompleta, que así pueden considerarse bajo este punto de vista, por desgracia muchas en número, en que el padre prescinde enteramente de la religión, cuya enseñanza está á cargo de la madre. Suelen aprovecharla las hijas; pero los varones, en cuanto dejan de ser niños y empiezan á respirar en una atmósfera de impiedad y escepticismo, se contaminan con él, y lejos de preservarlos de la terrible epidemia

la autoridad y consejo del padre, éste, con su ejemplo, contribuye á que miren desdeñosamente todo sentimiento religioso, considerado, como cuidado doméstico, propio sólo de la mujer. La mujer se aflige de la impiedad del marido y de los hijos; los hijos y el marido se ríen de las creencias de la esposa y de la madre, y este desdén pasa en mayor ó menor cantidad, pero pasa siempre á la persona. No habiendo armonía en las ideas, no la hay en las acciones; las conciencias se separan, los espíritus se alejan, y la razón sin piedad y la piedad sin razón, acrecientan sus mutuos agravios y conducen á faltas graves y á dolores profundos. El hogar doméstico, lo repito, es el primer santuario; el corazón que allí no ha sentido á Dios, no suele tener ecos para las voces que se elevan en el templo.

MORAL.—Moral es el hombre que comprende lo justo y quiere realizarlo; pero resulta que sin cierta cantidad de amor, ni se comprende la justicia, ni se tiene voluntad de hacerla. Si se observan los pueblos y los hombres, se notará que los que no aman son duros, crueles, y por consiguiente, injustos. Cuando no se mira al hombre como un hermano, muy cerca se está de mirarle como un enemigo, para con el cual la justicia humana no es obligatoria. ¿Desde cuándo los enemigos declarados, los que están en guerra, empiezan á tener derechos mutuos? Desde que empiezan á amarse durante la paz. El bien que los hombres se hacen, el respeto que se

inspiran, la justicia á que se creen obligados, su moralidad, puede medirse por el amor que se tienen. La familia, fuente de amor y de sacrificio, lo es, por lo tanto, de moralidad. El niño tributará un día á sus hijos el amor que ha recibido de sus padres, y se impondrá privaciones y sacrificios como aquellos que por él se han impuesto los autores de sus días. La ley de amor se escribe en vano si no se pone en acción. Siendo amado y amando, se aprende á amar; sintiendo, se educa la sensibilidad; viendo la abnegación y recogiendo sus frutos, se aprende á vencer el egoísmo, y el deber entra en los hábitos de la vida, se infiltra en ella y se cumple, sin notarlo, como se respira. Las familias donde los deberes se olvidan, donde no hay moralidad, son aquellas cuyos individuos no se aman: no se cometen faltas para con el que inspira cariño, ó, una vez cometidas, se reparan pronto.

Si el crimen tuviera genealogía como la nobleza (é importaba más buscársela), se vería que esos hombres duros y perversos, inmorales en alto grado, vienen de generaciones que se suceden sin tener en la familia sentimiento de amor y espíritu de sacrificio (1).

Y cuando falta ese foco de amor y de abnegación que se llama familia, ¿cuál será la escuela y el apoyo de la moralidad? Los millo-

(1) Años después de escritas estas líneas hemos visto el rábol genealógico de una familia de criminales, que confirma lo dicho.

nes de niños educados por el Estado, sin padres á quienes respeten, ni amen, ni de quien sean amados, ¿cómo educarán su corazón, que no puede educarse sino por el sentimiento?

El que crea que el deber y la virtud se aprenden como la física y las matemáticas, leyendo un libro y oyendo á un profesor que los enseña, equivocada idea tiene del espíritu humano y de las condiciones que necesita para levantarse hasta la virtud y el deber. La educación científica puede ser colectiva; la educación moral tiene que descender al individuo, ó no es educación; el niño sin familia que forma parte de la enorme masa de alumnos que el Estado educa, ¿de quién recibirá esas lecciones que se dan en forma de cariño, ni cómo penetrará en su alma el sentimiento que á ninguno inspira, ni el espíritu de abnegación que nadie por él tiene? Suprimida la familia, los hombres se amarían menos, serían más egoístas y duros, y con su egoísmo y su dureza crecería su inmoralidad; esto es evidente para todo el que entienda algo de moral, por poco que sea.

Tratando de la familia, no es posible dejar de hacer mención de lo que se ha llamado el *amor libre,* con que se pretende sustituirla. ¿Qué es el amor libre? Según unos, el desenfreno absoluto de las costumbres, la prostitución generalizada, el comunismo aplicado á las relaciones de los sexos. Según otros, esto es una calumnia ó una mala inteligencia; el amor libre como ellos le entienden,

como debe entenderse, es una especie de matrimonio que dura todo el tiempo que los contrayentes tienen voluntad de permanecer unidos; *mutuo consentimiento,* esta es la ley, la única ley que debe regir sobre la materia.

Yo no creo, Juan, en la omnipotencia de las leyes; pienso, por el contrario, que pueden muy poco las buenas en pugna con los hábitos de un pueblo corrompido, y que las malas se estrellarían contra la severidad de costumbres; pero dada la relajación de las nuestras, la falta de energía de los sentimientos religiosos y de rectitud y fijeza en los principios y en las ideas; cuando todo se bambolea á merced de las teorías y de las pasiones, la ley que las favorece, cuando son groseras, puede hacer mal, mucho mal, y no hacen poco los que contribuyen á menoscabar el prestigio de las grandes instituciones que necesitan y merecen respeto. Bien sé que la fuerza de las cosas tiene más poder que ningún mandato dictado por los hombres; bien sé que, abolida la familia por la ley, existiría de hecho, y declarado disoluble el matrimonio á voluntad de los cónyuges, el número de los divorcios no sería tan grande como era de temer; pero sé también cuánto daño haría una concausa poderosa añadida á otras muchas de corrupción y licencia.

En vez de pedir facilidades para disolver el matrimonio, sería mejor predicar razón, prudencia y moralidad para contraerle.

La indisolubilidad del matrimonio, con ex-

cepciones raras, debe ser la regla, ya esté escrita en las leyes, ya en las costumbres. En algunos casos podrán venir de aquí inconvenientes y aun desgracias terribles; pero además de que estos casos serán rarísimos, si al matrimonio presiden la moralidad y la razón, no es posible dictar ninguna ley, la más justa, y por consiguiente la más útil, que en alguna circunstancia no imponga condiciones duras al individuo.

En caso de agresión injusta, ¿no es necesario inmolar á la patria miles de sus hijos? ¿No es necesario defender la sociedad contra los ataques de los malhechores, con riesgo y á veces sacrificando la vida de los que la defienden? Un hombre á quien las apariencias señalan como asesino, ¿no se reduce á prisión, aunque tal vez esté inocente hasta que lo pruebe? La justicia impone á la sociedad como al individuo deberes, que por costosos no dejan de ser justos. Para tener patria, alguna vez puede ser necesario inmolarse por ella; para verse libre de bandidos, alguna vez puede ser necesario morir persiguiéndolos; para recoger las ventajas de que un asesinato no quede impune, alguna vez puede ser necesario verse reducido á prisión.

¿Cómo no ha de ser necesario correr el remoto riesgo (muy remoto si hay prudencia y moralidad) de verse unido en matrimonio á una persona que nos hace desgraciados, cuando de este posible mal recoge la soceidad y hemos recogido nosotros mismos tantos bie-

nes? Si esta ley, que en algún caso puede parecernos dura, es justa y necesaria, ¿por qué hemos de declamar contra ella en nombre del frío egoísmo, de la licencia desenfrenada ó del aturdimiento imprudente? Se piden facilidades para romper los vínculos del matrimonio, cuando lo que se había de pedir era moralidad y prudencia para contraerlos. La pasajera fascinación de los sentidos, el interés, la vanidad, llevan al matrimonio, y luego se le pide algo que no sea efímero, vano ni vil, acusando á la institución de las faltas de los que no comprenden ó no cumplen las condiciones sin las cuales no es posible que sea benéfica. No tengo noticia de un solo matrimonio contraído moral y razonablemente que necesite ley que facilite el divorcio, ni que la utilizara aunque existiera.

Ciencia y arte.—Agrupo estas dos cosas que tienen manifestaciones muy diversas, pero que pueden considerarse como una bajo el punto de vista que las considero aquí, es decir, cual facultades del espíritu que se cultivan, se desarrollan, se perfeccionan, en una palabra, se educan. Hay muchos que creen que nada tiene que ver la moral con la ciencia y con el arte; error tan grave como figurarse que son independientes el pulmón y el estómago. Lo mismo que las entrañas de nuestro cuerpo, las facultades de nuestro espíritu forman parte de un todo armónico, dan y reciben impulsos unas de otras, y ejercen mutua y poderosa influencia.

La desmoralización no sólo enerva, disipa y destruye la salud corporal, sino que extravía, empequeñece y rebaja las facultades del alma. Todos saben que un hombre vicioso no es buen trabajador, y que, por consiguiente, hace poca y mala obra á cualquier arte, oficio ó ciencia á que se dedique. Otra cosa hay menos visible para el que mira con poca atención, pero no menos cierta, y es lo que podría llamarse perversión del arte y de la ciencia, por reflejo de la perversión moral. ¿Qué le sucede al músico, al poeta, al pintor, al escultor que no tienen ningún noble sentimiento, ninguna idea elevada? Todos los días lo estamos viendo. Ni la melodía, ni el cuadro, ni la estatua, ni el poema, son lo que podían y debían ser: impulsos ruines, cálculos mezquinos, ideas erróneas se incorporan á las facultades del artista como un fermento corruptor; el ideal sublime se convierte en ídolo vil; los dilatados horizontes en reducidos límites, y el genio en instrumento inútil, puesto en tan indignas manos.

Además, la elevación del arte no depende sólo del artista; su poder no es sólo personal; su inspiración es una voz y un eco; su brillo es en gran parte reflejo, y en un pueblo corrompido, el sentimiento de lo grande y de lo bello, ó no nace en el artista, ó muere, como se apaga una luz en un pozo de aguas inmundas. El público corrompido es corruptor; pide obras que alaguen sus gustos viles, y el arte, en vez de proclamar las leyes es-

critas por el genio inspirado en lo alto del Sinaí, recibe las que le dicta el vulgo desde las profundidades cavernosas de sus depravados instintos. El que moralmente no es grande, difícil es que lo sea en ninguna esfera; que para resistir en todas al vicio, es necesaria la virtud. ¡Cuántas veces viendo un cuadro, una estatua ó un poema, puede decirse de su autor: A este hombre no le faltó para ser poeta ó artista, más que ser honrado!

La ciencia se resiente también de la desmoralización de los que la cultivan, porque no se engrandece, ni es fecunda para el bien, sin nobles impulsos que la levanten á las altas esferas donde la verdad brilla, sin la incontrastable perseverancia que nace de generoso entusiasmo, y sin la abnegación que llega hasta el sacrificio. La ciencia puesta al servicio del interés ó de la pasión, ni se engrandece ni se extiende; vicia en vez de purificar la atmósfera en que vive el espíritu; es una especie de monstruo repugnante ó infecundo.

El hombre es, como hemos visto, lo mismo física que moralmente, un todo compuesto de partes armónicas; no puede rebajarse ni levantarse una sin que se rebajen ó se levanten todas, y la supresión de la familia, que disminuye su moralidad, debilita su poder para la ciencia y el arte.

ECONOMÍA.—El hombre tiene necesidades, y para cubrirlas es menester un trabajo productivo: si no produce todo lo que necesita, sucumbe. Cuanto más produce y menos gas-

ta, podrá economizar más, será más rico. Estas economías podrá tenerlas en reserva para hacer frente á sucesos desgraciados, como enfermedades, dificultad ó imposibilidad de producir por cualquier motivo, ó aplicarlas á perfeccionar los instrumentos de trabajo, ó á ensanchar su esfera de acción; de todos modos, aquella economía es un elemento de bienestar. De estos elementos de bienestar individuales se compone el bienestar general; una nación es próspera cuando prosperan los que de ella forman parte. ¿Qué hará el hombre para que sus gastos disminuyan, sin que sus necesidades queden desatendidas, y al mismo tiempo se aumenten sus productos? ¿Cómo combinará sus fuerzas? ¿A qué artificio recurrirá para utilizarlas mejor? ¡Admirable armonía de lo justo y de lo útil! El hombre, siguiendo los nobles impulsos de su alma, obedeciendo á los mandatos de su conciencia ilustrada, halla la mejor organización económica; ese grupo que se llama *familia,* donde se ama más, es donde más se trabaja y se gasta menos, es donde hay un poderoso instrumento de prosperidad, de tal modo, que si la familia no se estableciese en nombre de la conservación de la especie, de la moral, de la ciencia y del arte, sería preciso crearla para la economía social. Busquemos el pueblo más próspero y floreciente; suprimamos en él la familia, y no tardará en ser un pueblo miserable. Si la proposición te parece dudosa, será evidente á poco que la reflexiones.

La riqueza de un pueblo, claro está que se compone de la de los individuos que de él forman parte: observemos, pues, lo que son éstos en la esfera económica, es decir, como productores y consumidores. Supongamos una familia compuesta de seis personas; un matrimonio con tres hijos y el padre ó la madre ancianos: es decir, entre seis individuos, un buen trabajador, dos trabajadores imperfectos, y tres consumidores que no producen. El hombre vigoroso se esfuerza á trabajar, tiene que mantener una numerosa familia, su mujer, su madre, sus hijos, criaturas amadas y amantes; débiles que confían en su fuerza y le pagan en cariño y en felicidad los sacrificios que por ellos hace. Estos sacrificios no tienen para él carácter de tales, no los ve siquiera, identificado como está con su familia. Yo y NOSOTROS, tienen una significación idéntica; todo es allí común, la riqueza y la miseria, el dolor y la alegría, la felicidad y la desgracia, la honra y la infamia. La *casa* de aquel hombre es una parte de su persona, es *él mismo,* y para ella trabaja con afán, y á ella lleva el producto de su trabajo: este producto no se pone en manos ociosas ni egoístas. Su mujer, en cuanto el cuidado de los hijos lo consiente, le ayuda más ó menos, pero siempre mucho. Por ella tiene aseadas la ropa y la habitación; por ella está su alimento bien condimentado y á la hora conveniente. Puede dedicarse con más asiduidad al trabajo y ser un poderoso auxiliar de su marido, ayudada para

el cuidado de sus hijos por su padre ó su madre anciana. Esta cuida de los niños y hace en la casa todo lo que no necesita grande habilidad ni mucha fuerza. Aunque corta de vista, débil y achacosa, todavía es un precioso auxiliar por sus servicios y por sus consejos. El abuelo da lecciones de su oficio, da sobre todo lecciones de la vida, comunicando á los jóvenes el fruto de su experiencia. Esta experiencia, prescindiendo de su valor moral, tiene un gran valor económico, porque contribuye á la perfección del productor, y le evita pruebas arriesgadas y tanteos inútiles. Así combinados estos tres trabajadores, se auxilian, se suplen, se completan con el estímulo de los pequeñuelos, centro hacia el cual converge el amor de todos. En la enfermedad se cuidan, en la desgracia se sostienen, en todas las pruebas de la vida oponen á la miseria un grande esfuerzo combinado, por el poderoso impulso que impele á la producción, por la parsimonia del gasto y por la economía que resulta de la vida en común.

Suprimida la familia, estas seis personas se dispersan, disminuyendo sus productos y aumentando sus gastos. El obrero robusto trabaja menos, no tiene el poderoso impulso del amor de sus hijos, ni necesita esforzarse tanto para proveer á sus necesidades y á las de la mujer con quien no tiene más vínculo que una unión pasajera. Esta mujer no se identifica con él; su presente, su porvenir, su prosperidad, su ruina, su vida, en fin, no son una

cosa misma. Gasta alegremente cuanto tiene, ó si economiza, es para sí, procurando explotar al que la abandonará en breve. La abnegación de la madre de familia; aquel amor puro que en la esfera económica produce un trabajo incansable; la atención continua y minuciosa para que se aproveche todo esfuerzo, y para procurar mayor suma de bienestar con el menor gasto posible: nada de esto puede hallarse en el hogar ambulante de las uniones efímeras; la esposa gasta poco y trabaja mucho; la querida gasta mucho y trabaja poco; todo el que haya observado los hábitos y tendencias de las mujeres deshonestas, habrá podido ver que se distinguen por su amor á los gastos superfluos y su odio al trabajo; propagar la deshonestidad en la mujer es aumentar los despilfarros de la vanidad y del desorden y disminuir los productos. Hablaban un día dos personas caritativas de una mujer extraviada que se proponían traer al buen camino. Desconfiaba bastante del éxito una de ellas, y la otra, más experimentada, la preguntó:

—¿Trabaja?

—Sí, y con mucha asiduidad.

—Entonces está salvada.

Y se salvó, en efecto, según el pronóstico, fundado en una larga experiencia.

Del grupo disperso de la familia tenemos á los dos obreros principales, trabajando menos y gastando más. Su auxiliar, el anciano ó anciana, tan útil para el cuidado de la casa,

para el cuidado de los niños, para guiar con su consejo á la inexperta juventud, y para contenerla muchas veces en alguna pendiente peligrosa; el anciano sin familia es una carga para la sociedad, y vive una vida que le pesa mucho. En la soledad material y moral de un miserable albergue desde donde sale á implorar la pública compasión, ó en el aislamiento moral de un establecimiento público, donde es inútil su experiencia, y difíciles, si no imposibles de utilizar, sus débiles fuerzas; donde falta amor que disculpe las impertinencias de la edad, y mime los achaques; donde el mal humor y la tristeza tienen su asiento; donde hay aquella acritud de los que llevan al fondo común males sin esperanza, y dolores sin consuelo que se multiplican y propagan, el anciano se siente rebajado porque se ve inútil; se desespera ó se aflige, porque sólo inspira desdén ó desvío, y deprimido el ánimo, se encorva y se debilita más el cuerpo, que consume, produciendo poco ó nada. El anciano sin familia es la criatura más triste y más inútil.

Nos resta considerar á los tres niños sin padres ni abuelos, lactados, mantenidos, vestidos y educados por extraños mercenarios que hacen por dinero algo, muy poco, de lo que por amor harían sus abuelos y sus padres. Aquí resalta bien la inferioridad económica de una organización que priva al niño de familia. La nodriza del expósito no es más que nodriza, y pasa la vida en ociosidad difícil de

evitar; la madre que lacta á su hijo, cuida al mismo tiempo de los otros, de su marido, de su madre, de lo que se llama *la casa,* y si tiene quien la auxilie, puede dedicarse á un trabajo bien retribuído.

La familia agrupada en derredor de los niños, los mantiene del modo más económico posible; trabajando, los atiende y vigila, aprovechando para ellos esfuerzos y horas que se perderían fuera del hogar doméstico.

Además, el mercenario que cuida un niño, quiere *ganar* con él algo; los padres *pierden* por él su sosiego, su bienestar, su salud y en algunos casos hasta su vida. Es incalculable el aumento de gasto que produciría el móvil egoísta de la ganancia, ni la economía que resulta del esfuerzo generoso de la abnegación. Puede asegurarse, te repito, que, aunque la familia no fuese necesaria para la conservación de la especie humana y para la educación del hombre en todas las esferas, lo sería como un elemento económico, como la fuente de producción sin la cual los pueblos sólo hallarían miseria y ruina.

Aunque muy brevemente, nos hemos hecho cargo, Juan, de las principales consecuencias de la supresión de la familia; pero aunque el hombre pudiera multiplicarse y crecer, prosperar, hacerse rico y sabio fuera de ella, ¿qué sería de él, qué de la sociedad, cuando se viese privada de la fuerza que más la sostiene, de la abnegación que más la levanta, del sentimiento que más la purifica? ¿Puedes imagi-

nar tú, puede imaginar nadie, lo que sería un mundo donde ningún hombre tuviera el recuerdo de su madre, el ejemplo de su madre, el respeto de su madre, el sostén de su madre, la religión y el amor de su madre? Yo no sé lo que semejante mundo sería, pero me figuro una especie de caos moral, ó alguna cosa como una caverna lóbrega donde se oyen extraños ruidos y se ven repugnantes y aterradoras visiones.

¿A qué esforzar los argumentos contra los que atacan la familia? Luchan contra la naturaleza y no pueden triunfar; bastaría para vencerlos el grito unánime de todas las mujeres y de todos los siglos, que les dice: ¡Insensatos! ¿Quiénes sois, de dónde habéis salido los que pretendéis que la mujer, en su pena ó en su alegría, no diga: ¡HIJO! y que el hombre, en su dolor, no exclame: ¡MADRE!



CARTA VIGÉSIMOOCTAVA

De la propiedad.

Apreciable Juan: Nos toca hoy hablar de la *propiedad,* cuestión cuya importancia no hay que encarecer, porque en la actualidad esta importancia más bien se exagera que se desconoce.

I

En la hora en que vivimos, los hombres hacen comparecer las instituciones ante el tribunal de su criterio; todo se investiga, se analiza y se discute; pero como los jueces, ni siempre tienen la suficiente ilustración, ni siempre son desinteresados, ni están exentos de pasión, ni tienen aquella calma sin la cual difícilmente se comprende lo verdadero, y se quiere lo recto, resulta que los fallos no son justos todas las veces, y hay que apelar de la humanidad á la humanidad misma, para que, teniendo en cuenta documentos que no le presentaron ó no quiso examinar, y mejor informada, resuelva conforme á justicia.

La propiedad se halla hoy en el banco de los acusados; no es la primera vez, ni será la última; no está exenta de culpa, porque la propiedad es el hombre, y como toda institución, refleja su imperfección y se contamina con sus vicios. El error de sus acusadores consiste en hacerla responsable de los males que coinciden con ella, y en pensar que es causa de todas aquellas desdichas que no remedia. La propiedad, como la actividad, como la inteligencia, como la fuerza, como todo lo que es necesario, no tiene mal en su principio, en su esencia; el mal le viene del abuso, de la dirección torcida, del cálculo errado ó culpable, que convierte todo poder puesto en manos indignas, en un peligro ó en una desventura. Si el propietario es perverso, perversa aparece la propiedad; si santo, santa; y según tenga abnegación ó egoísmo el que la maneja, puede calificarse de instrumento benéfico ó de máquina infernal.

Si la propiedad se adquiriera siempre por buenos medios, y se destinase á buenos fines; si el propietario fuera un hombre laborioso que por no tener necesidad material y apremiante de trabajar, no se creyese fuera de la santa ley del trabajo; si ilustrado, convirtiera su riqueza en instrumento de prosperidad, dedicándola á empresas útiles; si benéfico, difundiera la luz de la verdad, procurando ilustrar y moralizar á los que estaban en condiciones menos favorables; si compasivo, sintiera en su alma la repercusión de los dolores

ajenos, y contara como el mayor bien de su fortuna el poder de consolar la desgracia; si todo esto lo hiciera sin ostentación, sin aparato, sencilla y naturalmente, como los buenos cumplen su deber; si todos los propietarios de todos los países, de todos los siglos, hubieran hecho lo mismo, ¿crees tú que nadie, nunca, ni en ninguna región, hubiera maldecido la propiedad? Es evidente que no.

El mal, pues, no está en la cosa, sino en el hombre; no viene de la propiedad, sino del propietario, ni puede ser de otro modo, porque siendo la propiedad imprescindiblemente necesaria, no podía ser esencialmente mala. Este modo de considerarla nos lleva á plantear el problema de una manera razonable y que hace posible su resolución: en vez de decir: *¿Cómo destruiremos la propiedad?* digamos. *¿Cómo se hará para que la propiedad cause el menor mal y produzca la mayor suma de bien posible?*

He dicho que *la propiedad era necesaria,* y como esto es precisamente lo que se niega, es lo que hay que probar, para lo cual basta un poco de buen sentido y un poco de buena fe, siempre que el alma esté exenta de apetitos y pasiones que obscurezcan en ella la luz de la verdad.

II

Todo lo que *vive* tiene necesidad de *apropiarse* alguna cosa. Las plantas extienden sus

raíces, y se asimilan, se apropian aquellos principios que hay en la tierra, necesarios á su nutrición; extienden sus ramas, y se asimilan, se apropian aquellos principios que hay en la atmósfera y sin los cuales es imposible su vida. Aquí hallamos la apropiación en su grado mínimo, en bosquejo, puede decirse; pero ya resalta en ella un hecho esencial, á saber: que donde está una raíz ó una rama, no puede haber otra, y que tienen que desviarse por el aire ó por la tierra, para buscar los principios de que depende su vida en un espacio que no esté ocupado.

Lo que la planta hace en virtud de la ley de su crecimiento, el animal lo hace ya en virtud de su voluntad; el animal puede y quiere moverse, puede y quiere buscar los objetos que han de sustentarle, y los busca en una esfera más extensa, y se los apropia. La acción de la planta se extendía solamente á algunas pulgadas ó algunas varas; la del animal puede llegar á muchas leguas, y no sólo el teatro es más vasto, sino que la *intención* y el *trabajo* de buscar el sustento, establecen diferentes condiciones al *apropiárselo.*

Donde no hay *conciencia* clara, no puede haber *derecho;* bien determinado el hecho de la fuerza, será la ley de la apropiación cuando el apetito ó la necesidad aguijonean, pero no hay duda que tienen cierta especie de respeto instintivo á la propiedad algunos animales; el que primero se apodera de una presa ó de una guarida, parece que la mira como

cosa *suya;* por lo menos, se ve que la defiende con más tesón del que emplea para atacarle el que se la quiere *quitar,* y siendo las fuerzas iguales, es seguro que el primer poseedor triunfará, y probable que no será acometido.

Cuando para procurarse los medios de subsistencia, el animal no hace más trabajo que *buscar,* no debe haber otro derecho que el del que llega el primero, ó del *primer ocupante,* como dicen los juristas. Repito que en los animales no habrá idea de derecho, pero alguna especie de conformidad instintiva deben tener con el orden necesario, porque de otro modo no podrían existir. Observa los que pacen en la pradera, roen en el ramaje de los arbustos, buscan granos sobre la tierra ó tubérculos debajo de ella; verás que cuando encuentran ocupada una extensión de pradera, una rama de árbol, la grana que se desprendió de él, ó la raíz que otro sacó hozando, pasan adelante en vez de disputar el alimento al que antes le halló; esta es la regla, sin la cual es imposible la vida, porque si los animales establecieran una lucha por cada porción de alimento; si quisieran despojar de él al que primero le ocupó, en vez de buscar otro, la guerra de todos contra todos haría imposible que pudiera alimentarse ninguno, y las especies sucumbirían de hambre, por no haberse podido *apropiar* el necesario sustento. Aunque los animales, como los astros, no tengan conciencia de la ley que los rige, la

ley existe, á ella se sujetan, y por ella viven al menos muchas especies.

Cuando el *trabajo* del animal no se limita á *buscar;* cuando es más perseverante, más inteligente, más intenso, y transforma la materia y crea por medio de esta transformación objetos que no existían, se tiene, y en general es tenido, por dueño de ellos; las abejas respetan mutuamente *su* colmena; los castores *su* habitación, y las aves *sus* nidos; por suyo tienen aquello que han trabajado, por suyo es tenido entre los de su especie, sin lo cual se extinguiría. Si los pájaros quisieren despojar á los otros de los nidos en construcción, en vez de hacerlos; si las abejas lucharan encarnizadamente por apoderarse de la colmena en que otro enjambre hace su trabajo maravilloso, aves é insectos sucumbirán por querer alcanzar por la violencia lo que sólo se obtiene por el trabajo.

Cuando el trabajo sólo consiste en buscar, la cosa hallada pertenece al primero que llega. La bellota es de cualquier cerdo, la hierba de cualquiera vaca, el arbusto de cualquiera cabra, la presa, en fin, de cualquiera que de ella se apodera; pero á medida que el trabajo es más intenso, se especifica, se determina más; el nido no es de un pájaro cualquiera, como la grana ó el insecto de que se alimenta, sino de tal pájaro precisamente, de él solo, *del que lo ha hecho;* la araña teje su tela para sí, etc.

La sustancia mineral que se asimila, se

apropia la planta; la hierba ó la grana que se apropia el rumiante ó granívoro, son pasivas, nada ponen de suyo para ir á formar parte de aquel viviente á cuya vida son indispensables. La raíz es la que se extiende por la tierra; el pez marcha por el agua y el pájaro por el aire en busca de las sustancias sin las cuales perecería. Se ve, pues, que es cualidad esencial de todo el que *vive* ser *activo,* tener en sí un principio de acción que obra sobre aquello que se apropia: cuando esta acción es *intencionada, constante, inteligente, y da un resultado beneficioso para el que la ejerce, se llama trabajo.*

III

Resumiendo, tenemos:

1.° Que *la vida* lleva consigo necesariamente *la apropiación.*

2.° Que la apropiación es *individual, exclusiva,* no pudiendo un sér apropiarse cosa que otro se haya apropiado.

3.° Que la apropiación es tanto más determinada y exclusiva, cuanto mayor actividad perseverante é inteligente, ó lo que es lo mismo, mayor trabajo ha costado al apropiante.

4.° Que los animales que trabajan por instinto se sujetan á la ley de la apropiación, que siendo necesaria, tiene que ser obedecida bajo pena de destrucción de los infractores.

Ya ves, Juan, con toda evidencia, que el

hecho de apropiarse los vivientes las cosas necesarias á la vida no es una invención de los hombres, sino una necesidad de su organismo, una ley de Dios ó de la naturaleza, como quiera decirse. ¿Qué diferencia hay entre *apropiación* y *propiedad?* La que va del *hecho* al *derecho*, del animal al hombre, del que tiene conciencia y moralidad al que de una y otra carece. El hecho fatal, *bruto*, por decirlo así, de la apropiación de los animales, al llegar al hombre se convierte en *derecho de propiedad*. Cuéntase de una golondrina, que despojada de su nido hizo un llamamiento á sus compañeras, que le ayudaron á castigar cruelmente al ladrón; algunos otros casos análogos se refieren, pero dado que sean ciertos, siempre serán excepciones; la regla es que los animales no se reunen y ponen de acuerdo para emplear la fuerza de todos en defender la cosa apropiada por cada uno, y que cuando el fuerte tiene voluntad de despojar al débil, éste queda despojado.

Ahora pasemos á tratar del hombre como *apropiador* y como *propietario*. El hombre en el primer concepto, como todo viviente, necesita apropiarse las cosas necesarias á su vida, el animal que caza, el fruto que coge, la cueva en que se guarece de la intemperie. A medida que progresa, se va apropiando mayor número de cosas: la rama mondada y reducida á dimensiones oportunas, que es la primera arma; el tronco de árbol horadado, que es la primera embarcación; la cabaña le-

vantada en sitio conveniente, que es el primer edificio.

Esta serie sucesiva de apropiaciones no las ha menester el hombre sólo para sí, y para atender á las necesidades de su vida, porque no es solo; ya sabemos que no puede vivir sino en familia; tiene, pues, necesidad de una apropiación más extensa para que su mujer y sus hijos no sucumban: se apropia, pues, todo lo que para ellos necesita, albergue mayor, más cantidad de alimento, de vestidos, etc.

Hasta aquí el hombre obra como un animal *industrioso* y nada más. Llena las condiciones de su vida, es activo, y se apropia lo que puede sustentarla; trabaja para que este sustento no falte á él ni á los suyos.

Pero el hombre no vive solo; ni aun le basta la familia para existir; necesita la sociedad de sus semejantes, la horda, la tribu, la nación, un conjunto de criaturas semejantes á él, con quienes comunique ciertos afectos, ciertas ideas, con quienes goce lo que solo no puede gozar, y con los cuales se defienda de enemigos que le aniquilarían si estuviera aislado. El hombre, eminentemente sociable, tanto por sus necesidades materiales, como por las de su espíritu, necesita de la compañía y del auxilio de los otros hombres; de su unión con ellos, tanto como de su inteligencia le viene la superioridad que respecto de los animales tiene.

El hombre, en sociedad con otros, se apropia lo que necesita y su actividad le propor-

ciona; pero he aquí que otro hombre se quiere apoderar de una cosa que él se había apropiado ya con esfuezo y trabajo y llamaba suya. El apropiador la defiende enérgicamente, siente que el despojador es injusto y comete una acción mala. A pesar de la energía de la defensa, si el agresor es más fuerte, triunfa, y y el acometido se queda sin la cosa que con su trabajo se había apropiado. Pero esta idea que él tenía de que la cosa le pertenecía, era *suya*, no la tiene él solo, la tienen todos los que viven en sociedad con él, y sienten la injusticia de aquella violencia, y le defienden, y llaman delito á la acción de privar á uno por fuerza de lo que es suyo, y delincuente al que la comete, y prohiben la una y castigan al otro.

Como los que así piensan y sienten son los más, establecen que no se pueda privar á nadie de aquello que es suyo, porque lo ha menester para vivir, y con su trabajo se lo apropió; esto pasa á ser regla general, obligatoria, tenida por justa, ó sea ley, que escrita ó no, rige aquella sociedad donde se prohibe el robo. Esta prohibición en los hombres primitivos, no es probablemente un acto de reflexión, sino una espontánea manifestación de la conciencia. Aquellas cosas que son indispensables para la vida de las sociedades, como para la de los individuos, instintivamente se hacen, y se siente su necesidad, que más tarde se razona. Después de los hombres rudos que hacen valer con la fuerza de su brazo el fallo

de su conciencia, vienen los hombres cultos, que razonan la legitimidad y la necesidad de aquel fallo.

En efecto, si el hombre no puede vivir sin apropiarse aquellas cosas necesarias á su existencia, impedirle esta apropiación es impedirle que viva, es matarlo.

Si para apropiarse aquellas cosas necesita desplegar su actividad y su inteligencia, partes integrantes de su ser, las cosas creadas por él son suyas, porque suyas son su actividad y su inteligencia; atacándolas, se ataca su personalidad, su individualidad, su Yo, del cual una parte ha pasado á su obra. Lo que se respeta en el producto del trabajo, es la persona del trabajador; es aquel esfuerzo, aquel pensamiento que lo crea, sin el cual no existiría, y, ó no se respeta al hombre, ó es preciso respetar su obra. Así, los déspotas que arrastran por el lodo la justicia y la dignidad humana, no sólo son señores de *vidas,* sino también de *haciendas*. Ataque á la cosa bien adquirida, ataque á la persona; así lo han comprendido todos los hombres de todos los países: la pérdida material en un fuego ó en una inundación, aflige, pero no irrita; lo que indigna en el robo es que el hombre siente la injusticia, y se ve atacado en su propiedad.

La vida de los hombres, que es una serie de esfuerzos inteligentes para proveer á sus necesidades, es incompatible con una serie de violencias. Si la lucha constante fuera una condición de vida, las otras condiciones se-

rían imposibles; el hombre, batallador siempre y trabajador nunca, no podría existir. Para tener ánimo, tiempo y fuerza para trabajar, es preciso tener seguro el fruto de su trabajo, y que el *hecho de la apropiación* se convierta en *derecho de propiedad.*

El hombre que tiene mayor esfera de acción; que tiene más necesidades y más medios de satisfacerlas; que tiene una actividad mayor y más inteligente, propia para multiplicar sus relaciones con la naturaleza y modificarla en mayor escala, y crear más abundantes y variados productos; el hombre, sér moral del que forma parte la idea del deber y de la justicia, no puede existir en ningún orden ó esfera con sólo el hecho; ha menester en todas el derecho, que, aplicado á las cosas que con su trabajo se procura, se llama propiedad.

Ya ves, Juan, que la propiedad es una cosa necesaria y justa: sagrada la han llamado muchos, y no sin razón, porque en todo lo que es justo hay algo de santo. Ese grito de reprobación que se oye por doquiera cuando se trata de atacar la propiedad, ¿crees, por ventura, que es la obra de unos cuantos propietarios egoístas? No. Es la sociedad que se siente amenazada en sus fundamentos, herida en sus entrañas: por eso se aterra; por eso protesta con desesperada energía. Siempre que la propiedad se ataca á mano armada, hay quien con vigor la defiende, y corre sangre y hay víctimas. ¿Crees que esto sucede uno y

otro año, uno y otro siglo, y en todas las regiones, por alguna general obcecación? No. El instinto, la conciencia y la razón de los hombres están de acuerdo en que sin propiedad, ni sociedad ni vida son posibles. ¿Por qué se ataca? Porque los hombres convierten con frecuencia sus necesidades en pasiones, y abusan de la propiedad como de la fuerza, como de la inteligencia, como de todo; pero de que padezca indigestión el que come con exceso, no debe concluirse que el comer no es necesario.

Continuaremos otro día tratando de esta cuestión, que no puede encerrarse en una sola carta, y ésta va siendo demasiado larga.



CARTA VIGÉSIMONONA

Continuación de la anterior.

Apreciable Juan: Después de lo que hemos visto en la carta anterior, ya podemos formarnos idea de lo que es la *propiedad*.

Su ORIGEN está en la personalidad humana; en la necesidad absoluta que el hombre tiene de apropiarse aquellas cosas que hay en la naturaleza, y sin las cuales sucumbiría, y en su actividad, que las modifica y hace adecuadas al fin de su existencia. Para que haya propiedad se necesitan dos términos:

1.° La persona que ha de apropiarse la cosa.

2.° La cosa que ha de ser apropiada.

Una persona, por el hecho de serlo, no puede ser propietaria de una cosa que no existe, ó que con justicia se ha apropiado otro; porque lo que en física se llama *impenetrabilidad de los cuerpos*, es decir, imposibilidad que uno ocupe el espacio ocupado por otro, es ley también de la propiedad: una misma cosa no puede ser de más de una persona. Se dice á veces que *muchas* personas tienen *parte* en *una* cosa, pero es de aquellas que se pueden par-

tir, ó ellas ó el valor que las representa; una cosa absolutamente indivisible no puede ser más que de una persona, y el acto de apropiación definitivo es siempre exclusivo del que apropia. Un prado, por ejemplo, se dice que es de cuarenta personas; pero es una manera inexacta de hablar, porque la verdad es que cuarenta pedazos de prado, uno al lado del otro, y que parecen un todo, son de otros tantos propietarios. Si se vende y vale cuarenta duros, cada cual se llevará veinte reales; si se siega y produce cuarenta carros de hierba, un carro será para cada uno. Lo mismo sucede con una tierra, una mina ó una fábrica, la propiedad de *toda* la cosa no es de *todos* los propietarios, sino que una *parte* es de cada uno; de modo que si se explota, se reparte el producto, y el valor, si se vende: es realmente propiedad individual aquella que por la sociación de los propietarios tiene á veces apariencia de colectiva.

La propiedad *colectiva,* aunque al parecer sea excepción de esta regla, no lo es en realidad, porque aun cuando materialmente pertenece á muchos individuos, es *una sola persona jurídica* la propietaria, y el ayuntamiento ó la comunidad, cualquiera que ella sea, son los *únicos* dueños y propietarios de la cosa que se disfruta en común, y que cuando llega á utilizarse, es por partes indivisibles. La leña ó la bellota del monte común, cuando llega el caso de consumirla, es ya propiedad del que la consume.

Aunque en la práctica se verifique pocas veces, se da el caso en que la propiedad de una cosa no se divide por *partes* entre diferentes propietarios, sino por *cualidades*, es decir, por aquellas circunstancias que la pueden hacer aplicable á diferentes usos. De un monte, por ejemplo, puede haber tres propietarios, no que le dividan en tres porciones, sino de los cuales uno aproveche el pasto, otro la leña, y otro la grana ó fruta de los árboles. De una vaca, uno puede aprovechar la leche, otro el abono, y otro la fuerza.

Resulta que un hombre, en virtud de su personalidad, tiene derecho á ser propietario *en general*, pero no á serlo de una cosa particular, si esta cosa es ya propiedad de otro que se la apropió con justicia. Como un cuerpo no puede estar donde está otro, un propietario no puede serlo de un objeto que está bien apropiado, hasta que el propietario lo ceda voluntariamente. La cualidad de hombre no da, pues, derecho á apropiarse un objeto determinado que otro hombre posee con buen título.

Si después de haber comprendido el *origen* de la propiedad, y héchonos cargo de una de sus cualidades esenciales, que es la individualidad, queremos tener de ella una noción exacta y formularla, podremos decir que PROPIEDAD *es el poder conforme á justicia de una persona sobre una cosa material, para todos los objetos posibles inherentes á su índole y racionales*. Analicemos la definición.

Poder conforme á justicia. El que por fraude ó por violencia se apodera de una cosa, tendrá poder sobre ella, pero no tendrá propiedad. Si vive en una sociedad en que lo justo se comprende y se realiza, será despojado; si no, será un usurpador fuerte, cuyo delito queda impune, pero no un propietario.

De una persona sobre una cosa. La propiedad es tan esencialmente personal, que no puede existir sin persona; y tan determinada, que no puede ser sin una cosa. En vez de una persona, pueden ser muchas personas, y en vez de una cosa, un conjunto de cosas; pero descomponiendo el propietario colectivo, se encuentra siempre que sus elementos constitutivos son personas, y analizando la cosa apropiada, se ve que es susceptible de fraccionarse, ella ó el valor que la representa, y formar tantos como propietarios han de poseerla.

Material. Como es de esencia de la propiedad que el propietario pueda disponer de la cosa apropiada, ésta ha de ser de aquellas de que el hombre pueda usar á su albedrío, sin más restricciones que las indispensables exigidas por la justicia. Se dice de un sujeto que tiene una plaza de relator ó una cátedra *en propiedad* pero realmente es una manera inexacta de hablar, porque no pudiendo vender, ni cambiar, ni regalar aquellas plazas, no puede decir que son suyas.

No es lo mismo tener ciertos derechos sobre una cosa, que ser propietario de ella. Todo funcionario público tiene derecho á que

se le ampare en el desempeño de los deberes que le impone su empleo, y aun á que no se le separe mientras cumpla bien; pero todos estos derechos reunidos, y otros análogos que pudieran añadirse, no constituyen el de propiedad, que únicamente versa sobre el sueldo asignado á sus funciones.

Para todos los objetos posibles inherentes á su índole. El propietario ha de tener gran libertad para disponer de la cosa que posee; ha de poder cambiarla, venderla, modificarla, usarla, arriesgarla, darla ó guardarla como le parezca; si no, no sería suya. La libertad que tiene el propietario pasa á la cosa que es su propiedad, que es pasiva y sin conciencia, y por lo tanto, debe seguir el impulso que le da el sér activo, moral é inteligente, que la posee. Si el hombre no tuviera un gran poder sobre el objeto apropiado, éste ejercería sobre él una especie de tiranía, viniendo á quedar la persona subordinada á la cosa. Si posees un valor, y aunque te halles en gran necesidad, no puedes enajenarlo, padecerás hambre y miseria, porque una ley, dando más importancia á que poseas el objeto que á que remedies la necesidad, prescinde de tu desdicha. Si tienes una tierra cuya renta no es bastante para que vivas sin cultivarla ó sin administrarla de cerca; si el clima no es provechoso á tu salud, ó por cualquiera otra circunstancia te conviene venderla, y la ley te lo prohibe, tienes que permanecer en ella de por vida, esclavo de tu propiedad, en vez de ser su se-

ñor. Si la propiedad se inmoviliza y las jerarquías sociales se arreglan á ella, como sucedía hace algunos siglos en la época llamada *feudal,* el rango y el poder de una persona se miden por la extensión de su hacienda; su categoría no depende de su virtud, ni de su trabajo, ni de su ciencia, sino del valor de sus fincas; él marca el lugar que ha de tener en la escala social la persona, que parece un mero representante de la tierra y esclavizada por ella. Siempre que esto se hace, se ataca el derecho del hombre y la dignidad humana, que no consiente que el sér inteligente y libre, en vez de servirse de las cosas como de un instrumento, se sienta amarrado por ellas como por una cadena.

Dirás que la riqueza de una persona influye mucho en el aprecio que de ella se hace: así es ciertamente, pero este hecho es error de la opinión y no injusticia de la ley, que no debe arreglar ninguna jerarquía social por la cantidad de bienes que poseen. Cuando éstos se exijan para alguna función, ha de ser porque puedan servir de garantía á alguna responsabilidad, ó de racional indicio de alguna cualidad moral ó intelectual apropiada al objeto que se busca.

Y *racionales.* El hombre, sér racional, ha de manifestar esta esencial cualidad en todo: como padre, como esposo, como hijo, como trabajador, como ciudadano, como propietario; siempre. Todos sus derechos, todas sus garantías se le conceden como á *racional;* desde el

momento que deja de serlo, se le retiran ó disminuyen en la medida de su sinrazón. Si al propietario de una cantidad de trigo le ocurre arrojarla al mar, como no tiene para esto *razón*, no tiene *derecho*, y la sociedad puede y debe impedirle semejante locura. Si al propietario de un monte le ocurre ponerle fuego, como no sólo, insensato, destruye el valor que representa, sino que, culpable, pone en peligro de ser consumidas por las llamas las propiedades colindantes y tal vez las personas que en ellas habitan, hay derecho para tratarle como criminal.

De lo dicho resulta que la propiedad no es un hecho arbitrario, caprichoso, violento, y como si dijéramos, *bruto*, sino una necesidad, á la cual se prevee por medios equitativos y con objetos racionales. Necesaria y justa en su principio, libre en sus movimientos, razonable en sus fines, la propiedad es el hombre, que no puede existir sin ella.

Comprendiendo el origen de la propiedad y su esencia, fácil es comprender su *derecho*, que no es más que *la sanción legal del poder justo del hombre sobre las cosas*. Sin ley que la determine y la ampare, es la propiedad un derecho fundado en razón y en justicia; lo *mío* y lo *tuyo* existen desde que existe el hombre que distingue su persona de la de otro, y dice: Yo y Tú; mas para que esta distinción sea respetada, es preciso que se convierta en ley, es decir, en *una regla general obligatoria, tenida por justa, que se impone con la volun-*

tad y la fuerza de todos para amparar la justicia de cada uno.

Ahora, Juan, aunque estamos lejos, me parece oírte decir: «Pues ¿cómo siendo la propiedad una cosa tan buena y tan santa, hay tantos males y tanta perversión en las sociedades que la toman como base de su constitución económica?» El argumento es natural, y la queja parece una razón; pero nota, amigo mío, que las ideas, al encarnar, al pasar de la región del pensamiento á la de los hechos, pierden á veces su diáfana pureza, y se obscurecen y se manchan, y se desfiguran como fuente cristalina que corre por tierra fangosa. ¿Comprendes la sublimidad de la ciencia, viendo al hombre vulgar que la cultiva? ¿Comprendes la santidad de la justicia, viendo al juez que no sabe ó no quiere aplicarla? ¿Comprendes la divinidad de la religión, viendo al creyente que, invocándola, infringe sus preceptos? No, seguramente, como no comprendes la alta misión de la propiedad viendo al propietario indigno. En presencia de tantos dolores é iniquidades, dirás: *Hé aquí la obra de la religión, de la propiedad, de la ciencia y de la justicia;* y yo te responderé: HE AQUÍ LA OBRA DEL HOMBRE.

Pero las ideas, replicarás, no pueden realizarse sino por los hombres, ni la propiedad existir sin el propietario: ciertamente, y por eso, sólo modificándole y moralizándole á él, puede aparecer ella con la pureza de su justicia. El propietario no puede ser perfecto por-

que es hombre, pero puede acercarse mucho á la perfección, y cuanto más se acerque, más aumentarán las ventajas y disminuirán los inconvenientes de la propiedad. Estos inconvenientes no le vienen, como te he dicho, de que haya nada malo en su esencia; es en principio absolutamente buena, como la belleza, la fuerza, la inteligencia, la libertad; pero como de ellas, se abusa. No vayas á reptir eso que se dice con frecuencia de cosas que son *buenas* en teoría y *malas* en la práctica; lo que es bueno teóricamente es *esencialmente* bueno, y llegará á serlo practicado, cuando el error ó la maldad que sirven de obstáculo á su realización desaparezcan. Mejoremos á los hombres, ilustrémoslos, y veremos indefectiblemente las buenas prácticas de las buenas teorías.

Que por lo tocante á la materia que nos ocupa puede haber progreso, y que el hombre puede acercarse y se acerca á la perfección, cosa es que se demuestra por la experiencia de los individuos y por la historia de las naciones. Hoy, más respetada la propiedad en lo que tiene de justa, se halla más limitada que en la antigüedad y en la Edad Media, en lo que pueda tener de abusiva. El propietario de la tierra no es ya *señor* de los que la cultivan, no es su legislador, ni su juez, ni tiene derechos cuyo recuerdo ruboriza. El hombre no puede ser ya propiedad de otro hombre; y aunque para vergüenza y dolor de España todavía haya esclavos en sus dominios, es un

hecho cuyo *derecho* no se defiende; una concesión á las circunstancias; un aplazamiento de la justicia, que no se niega. La propiedad es respetada siempre en su esencia, pero se la obliga á variar de forma cuando en la que tiene sirve de obstáculo al bien general: una obra de utilidad pública no se detiene porque un propietario no quiera ceder el terreno indispensable para realizarla; la ley no le *despoja*, pero le *expropia*.

Estos tres ejemplos y otros que podría citarte, ponen de manifiesto que, moralizándose los hombres, la idea de la propiedad se eleva, acercándose más y más á su pureza esencial.

Si observas á los propietarios, notas que unos convierten su propiedad en daño, y otros en beneficio de sus semejantes; que aquí es el fruto del fraude ó de la violencia, y allá de la inteligencia y del trabajo; que ya sirve de alto ejemplo, ya de irritante escándalo; pero no hay duda que existen muchos propietarios intachables por el modo de adquirir sus bienes, y que los usan con moralidad; y no hay duda tampoco que este número puede acrecentarse disminuyendo cada vez más la voluntad y el poder de juntar riquezas por malos medios y dirigirlas á malos fines.

La *voluntad* y el *poder*, hemos dicho, de modo que la propiedad ha de purificarse con las buenas costumbres y las buenas leyes; pero cuenta que éstas poco ó nada pueden en el *modo* de emplear los bienes, cosa importantísima, y que aun para la manera de adquirirlos

son impotentes cuando las costumbres sancionan ó toleran la inmoralidad y el fraude. Yo no soy de los que creen que las cosas van bien, al menos todo lo bien posible, y que nada puede ni debe hacerse para que vayan mejor; pero veo claro, muy claro, que todas las leyes, y todos los motines y todas las revoluciones, no podrán hacer que *la propiedad sea honrada* cuando *no es honrado el hombre*. Fétido es el lodazal de tantos malos medios de adquirir y de tantos modos escandalosos de gastar; pero cuando se toleran y se aplauden, señal es que estamos lejos de una equitativa distribución de la riqueza. Hacer que varíe de *manos*, no de *vicios*, es todo lo que pueden alcanzar los actos violentos; para moralizarla se necesitan, como te he dicho, buenas leyes, y sobre todo buenas costumbres.

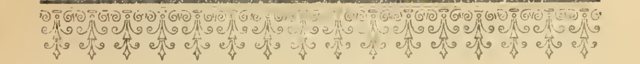
Se acusa principalmente á la propiedad:

1.° En el modo de adquirirse.

2.° En el modo de distribuirse.

3.° En el modo de gastarse.

No podemos tratar ni aun brevemente estos tres puntos en esta carta, y los dejaremos para otra.



CARTA TRIGÉSIMA

Continuación de la anterior.—Donación.—Herencia.—Modo de adquirir la propiedad y de gastarla.

Apreciable Juan: Continuando el asunto de las dos cartas anteriores, trataremos del modo de *adquirir* y *distribuir* la propiedad.

El bello ideal sería que la propiedad fuera siempre producto del *trabajo honrado;* mas para no correr tras lo imposible, malgastando fuerzas que hacen falta para alcanzar lo hacedero, fijémonos bien en tres cosas:

1.ª Que el progreso en todo es lento.

2.ª Que cuando el nivel moral es bajo, la adquisición de la riqueza no puede ser equitativa.

3.ª Qué cosa es trabajo.

Progreso lento.—No es posible que se pase de repente de tener el trabajo, sobre todo el manual, por una especie de *ignominia,* como lo era en tiempos no muy remotos, ó que sea *ignominiosa* la ociosidad, como debería serlo, y como lo será algún día; necesitan muchos años los hombres para variar de modo de pensar, sin lo cual no es posible que cam-

bien de modo de vivir. Aunque en todo sea preciso *dar tiempo al tiempo,* en poco se ha andado mucho por este camino. No existen ya las falanges de ociosos que hace cincuenta años se ocupaban solamente en consumir sus rentas. Es hoy cosa muy rara que el hombre más acaudalado permita que sus hijos estén completamente ociosos, y no los haga trabajar algo estudiando alguna cosa. Ya empieza á ser mal visto y poco apreciado el rico que no sigue ninguna carrera ó de otro modo se ilustra, es decir, que no trabaja nada. Este cambio en la opinión y en las costumbres lo hemos visto verificarse en pocos años, y también desaparecer ó disminuír el desprecio con que se miraban ciertas ocupaciones. El número de los ociosos decrece rápidamente: es una verdad consoladora; pero no puede intentarse que desaparezcan en un momento, ya porque las sociedades no cambian sus costumbres como las decoraciones los teatros, ya porque es difícil que la santa ley del trabajo no tenga ningún infractor.

Vago, ante la ley moral, es todo el que, pudiendo, no trabaja. Yo pregunto á los ricos: ¿No hay más vagos que los ociosos *sin modo de vivir conocido?* Yo pregunto á los pobres: ¿No hay más vagos que los señores que no trabajan? ¿No infringen la ley moral, lo mismo el ocioso acaudalado, que el mendigo que, pudiendo trabajar, le pide limosna? La inmoralidad de la holganza no es exclusiva de ninguna clase; todas tienen en su seno

individuos que las honran poco, consumiendo sin producir, y el holgazán que va en coche es más visible, pero no siempre es más culpable, que el que implora la caridad pública.

La opinión debe retirar su aprecio á todo el que, grande ó pequeño, rico ó pobre, no trabaje, y las leyes deben perseguir la ociosidad indirectamente, que es como pueden perseguirla por regla general, al menos por ahora.

Moralidad.—Desterrada la ociosidad, ó reducida al mínimum posible, se habrá hecho mucho para que la propiedad sea siempre de honrado origen; pero falta aún mucho que hacer. Hombres trabajadores hay que unen su actividad á su malicia para enriquecerse por malos medios. Las leyes deben castigarlos, y los castigan alguna vez; pero ¡cuántas son impotentes, y cómo se convierten en cómplices los que debían servir de obstáculo al delito! Esta complicidad moral ó material que necesita el que quiere enriquecerse sin reparar en el *cómo*, la halla en todas las clases: arriba, en medio y abajo. Si vamos siguiendo una á una las especulaciones poco honradas del rico sin conciencia, veremos que ninguna hubiera sido posible á no hallar muy á la mano cómplices de su maldad. A veces, para detener en su camino un gran negocio fraudulento, bastaría que hallase en él un solo hombre de moralidad; y el mal es tan grave, que este hombre no se halla. Las riquezas mal adquiridas, que insultan la pública miseria, hijas son de la pública corrupción; y es absurdo concluir

que la propiedad es mala porque el robo es fácil. El modo criminal de adquirir la propiedad, que es un ataque á la propiedad, ¿cómo puede convertirse en argumento contra ella? Las maldades de los hombres no cambian la esencia de las cosas, y porque por culpa de todos, absolutamente de todos, sea posible ó sea fácil adquirir por malos medios la propiedad, no dejará de ser justa en principio y necesaria en la práctica. Si los muchos fueran lo que debían ser, no serían lo que son los pocos que contra justicia se enriquecen.

QUÉ COSA ES TRABAJO.—Para no calificar sin razón á nadie de ocioso, es preciso que recuerdes la definición que te he dado del trabajo, y no pienses que merece este nombre sólo el material. El hombre de ciencia, el artista y el poeta, trabajan tanto, trabajan más que el que se dedica á una faena puramente mecánica. La ciencia y el arte tienen una alta misión que llenar, y la sociedad que quisiera *vivir sólo de pan,* se rebajaría tanto, que en breve ni aun tendría pan con qué vivir. El sabio, el artista y el poeta tal vez viven en aparente ociosidad, cuando su trabajo fecundo ilustra y eleva á los hombres. A la inteligencia, al arte, á la poesía, no se puede señalar tarea; trabaja como puede, cuando puede, lo que puede, y no hay que confundir esta libertad necesaria con la holganza. Visitaba un sujeto una fábrica montada muy en grande, y tomaba nota de los sueldos de los operarios. Uno, que lo tenía muy crecido, llegó

á chocarle porque le veía constantemente en la inacción, y, señalándole, preguntó al director del establecimiento: «Qué hace aquel hombre?» *«Le tenemos para discurrir»*, le contestó. La respuesta pareció extraña al visitante; pero cesó su extrañeza cuando supo que el aparente ocioso se ocupaba constantemente en buscar medios de perfeccionar aquella industria, que sin él hubiera permanecido estacionaria. Si aun para los casos materiales es indispensable el trabajo del espíritu, ¡cuánto más intenso no será en aquellas obras que ilustran la inteligencia ó elevan el alma! No mires, Juan, con prevención, ni tengas por ociosos estos operarios del arte y de la ciencia: de ellos han salido tus mejores amigos, tus redentores, los mártires de tu razón y de tu justicia. ¡Desdichado el pueblo que tenga por inútiles la belleza y la verdad!

Hay otra especie de trabajadores más elevados todavía, y son los que se dedican á consolar á los afligidos y á amparar á los necesitados. Aquel hombre parece que no tiene oficio ni profesión. ¿Será un holgazán? Entremos en su despacho. Sobre su mesa hay una larga lista, muy larga, de familias pobres á quienes socorre; la examina, hace apuntes, abre su gaveta, saca algunas monedas y algunos cartoncitos, toma su sombrero, y va y viene por las calles más extraviadas, y sube á buhardillas y baja á sótanos, llevando á los desdichados auxilio y consuelo. Otro emplea una gran parte de su tiempo en un estable-

cimiento benéfico, etc., etc. Estos hombres y otros cuya ocupación es análoga, y que la pasión ó la ligereza pueden calificar de ociosos, son buenos, benditos trabajadores.

Es trabajador *todo el que se ocupa en alguna cosa útil.* Es útil *todo lo que directa ó indirectamente puede contribuir al bien del hombre,* entendiendo por BIEN *lo que mejora su situación material, ilustra su entendimiento, eleva su espíritu, purifica su sentimiento y consuela su dolor.*

Debo advertirte que todo trabajo, para ser digno y moralizador, debe ser libre: el hombre no ha de acabar su tarea como mulo que da vuelta á una noria, ni como esclavo que se mueve bajo el látigo; y esta necesidad de libertad en el trabajo es tanto mayor, cuanto la obra es menos mecánica. Hay, pues, que dejar al obrero intelectual ociosidad aparente, á veces ociosidad real, que no es más que descanso necesario y movimientos excéntricos y extravagantes para el que no está identificado con su idea. Hechas estas distinciones, que son de justicia, disminuye mucho el número de los que tienes propensión á calificar de ociosos.

Habiéndonos fijado en qué cosa es trabajo; en que no es posible que instantáneamente pase de ser ignominioso á ser una condición de honra y á que nadie se sustraiga á su ley; habiendo visto cómo la desmoralización influye para juntar riquezas por modos reprobados, ya podemos comprender que los medios

de adquirir la propiedad han de ser buenos cuando lo sean las costumbres, y malos á medida que éstas se depraven. Pasemos ahora de la manera de adquirir la propiedad á *su distribución*.

Ya hemos visto, tratando de la igualdad, que no es posible ni justa la de bienes, y hasta la saciedad se ha repetido, que si el lunes se distribuyera la riqueza social por iguales partes, al domingo siguiente habría ya un gran desnivel de fortunas, porque habría sufrido una disminución la del que pasó la semana en la taberna, y un aumento la del que trabajó con ahinco.

Pero si hay una desigualdad de fortunas necesaria y justa, hay otra injusta y perjudicial, y que la opinión y las leyes deben procurar disminuir. De esta desigualdad poco equitativa se acusa principalmente:

A la donación.

A la herencia.

A la escasa retribución del trabajo.

El derecho de *dar*, es en justicia inseparable del derecho de *tener:* si no puedes disponer libremente de una cosa, no puedes decir que es tuya. La *cosa*, ya lo hemos visto, ha de estar subordinada á la *persona*, y seguir el impulso de su voluntad. Lo que se necesita es que esta voluntad sea recta, para que la razón y la justicia presidan al modo de dar, como al modo de adquirir y de gastar.

Cuando un padre de familia la desatiende para enriquecer á una manceba, si el hecho

puede probarse, la ley debe intervenir para que la donación sea nula: no hay destrucción de valor como en el caso que suponíamos de arrojar el trigo al agua, mas hay lo que es todavía peor, escarnio de los buenos sentimientos é infracción de las leyes más santas. Estas infracciones no son muy raras por desgracia, pero son difíciles, si no imposibles de probar; la ley es impotente para evitarlas, y la facultad de dar, inseparable en justicia de la de poseer, tendrá todos los inconvenientes que tiene en todas las esferas la libertad, que por falta de moralidad se convierte en licencia. Así, pues, para que la riqueza no vaya por *donación* á donde no debe ir, no hay más medio que el de que el *donante* sea lo que debe ser.

Las leyes sobre *herencia* creo que deberían y podrían modificarse, de modo que, sin suprimirla, sufriera una limitación encaminada á procurar que no se acumulen riquezas que no son producto del trabajo del que las posee, ni de la voluntad del que anteriormente las poseía.

La facultad de *testar* no es más que una forma de la facultad de *dar*, de manera que el propietario de una cosa puede legarla á quien le parezca, como podría regalársela á quien quisiera. Pero esta libertad, como todas, ha de estar dentro de la ley moral, porque si un hombre deja hijos de menor edad ó imposibilitados de ganarse el sustento, é hijas solteras que no pueden proveer á su subsistencia,

ó mujer pobre, no tiene derecho á sumirlos en la miseria, aunque sea relativa, para enriquecer á un extraño.

La herencia de padres á hijos no es una institución caprichosa de los hombres, sino una cosa natural y justa: si las leyes la prohibieran, contra ellas subsistiría. Si lo que tienes no pudieras dejarlo á tus hijos, harías de modo que no apareciera á tu muerte, y fraudulentamente les sería dado. Si eran tierras, ó casas, ó establecimientos industriales, los venderías para reducir su valor á forma en que pudiera sustraerse á la acción de la ley, ó harías cesión de tus fincas á una persona de tu confianza, para que á tu muerte las cediera ó asimilara una venta que las pusiese en manos de los queridos de tu corazón. Algo de esto ha sucedido ya: cuando una ley prohibió heredar á las hijas, aunque no hubiera varón, el padre no podía consentir que sus bienes fueran á una persona extraña, quedando en la pobreza la que le era más querida, y la ley se burlaba.

Si no pueden cumplirse las leyes contra la opinión, ¿cómo se cumplirán las que son contra la naturaleza? El mal más ostensible é inmediato de la ley que negase la facultad de testar, sería el afán general de reducir los bienes á valores de esos que pueden ocultarse, á dinero y papel al portador, etc.; nadie querría tener tierra, ni fábrica, ni buque, que á su muerte pasara á manos extrañas, y la decadencia de la agricultura, de la industria y del comercio sería general é instantánea.

Que los hijos son los *herederos naturales* de los padres, cosa es, no sólo que se *siente,* sino que se *razona.* No hay posibilidad material, ya lo hemos visto, pero además no hay justicia en impedir que un hombre deje á su hijo lo que puede dar á un extraño; es no sólo su derecho, sino también su deber en muchos casos.

Cada cual cría y educa á sus hijos con las necesidades y las ideas de la posición social que ocupa; la habitación, el vestido, el alimento y las ideas del hijo del que gana 20.000 reales al año, son muy diferentes de las que tiene aquel cuyo padre gana 2.000. Sería, pues, cruel é injusto que los padres no diesen á sus hijos una educación en armonía con las ideas y necesidades, y hasta con los sentimientos de su posición, porque claro está que el hijo ha disfrutado durante su infancia y su juventud de la misma comodidad del padre. Puede decirse que le hereda en vida por valor de toda la cantidad que su educación exige, y esta herencia es de rigurosa, de rigurosísima justicia. Si el hijo, por falta de salud, por falta de inteligencia, ó por dedicarse á esos trabajos que, aunque muy útiles, están mal remunerados, no puede ganar para cubrir sus necesidades, no sólo las naturales, sino las que le creó la posición de su padre, deber es de éste dejarle sus bienes y evitar el peligro y la desgracia de los grandes cambios de fortuna. Digo *peligro,* porque es muy grande el que corre la moralidad en los cambios

bruscos de posición, y cuando la educación no está en armonía con los medios pecuniarios, lo mismo el que tiene ideas y necesidades de una situación desahogada y se ve reducido á la pobreza, que el que como pobre vivió y se educó y de repente se encuentra rico, corren peligro de degradarse. Estos cambios se deben evitar cuanto sea posible, y la sociedad en que son frecuentes, tiene un gran elemento de inmoralidad y perturbación.

Que hereden á los hijos los padres es en muchos casos de evidente justicia, y en todos natural consecuencia de los afectos más puros y respetables. ¿No sería una monstruosidad que pasaran á un extraño los bienes del que muere sin hijos y deja á sus ancianos padres en la pobreza, en la miseria, enfermos tal vez, y de seguro achacosos, que son harto achaque los muchos años? Y aunque no se hallen necesitados, ¿qué cosa más natural que el que sea para los padres una parte al menos de los bienes del que muere sin hijos, y todos si el propietario no dispone otra cosa? La ley que debe fortificar los vínculos de familia y estrechar los santos lazos de los afectos elevados y puros, ¿ha de intervenir para aflojarlos, negando el derecho de heredar á los que tenían tanto á ser queridos del que deja la herencia? ¿Es, por ventura, la ley algún avaro sin moralidad y sin conciencia, que no ve más que valores y necesidades materiales? Al dictar sus mandatos á los hombres,

¿ha de prescindir de sus sentimientos? En ese grupo de padres, hijos, abuelos, hermanos, que han puesto en común sus dolores, sus alegrías y sus sacrificios; en que todo ha sido común; en que difícilmente sabe cada uno lo que ha dado ni recibido de otro; á la muerte de cualquiera de ellos, ¿había de venir la ley á ejercer un despojo, más aún, un atentado? No; semejante mandato, injusto é irritante, sería desobedecido; la naturaleza no se deja burlar por leyes insensatas que huellan sus sagrados fueros. Como te he dicho, creo que puede y debe modificarse la ley sobre herencias, pero respetando siempre los afectos, los deberes y los derechos de padres, hijos, abuelos y hermanos: de otro modo sería desobedecida en su perjudicial tendencia á rebajar los lazos de familia, harto flojos, por culpa y para desgracia de todos.

En resumen: la donación es un derecho, consecuencia del de propiedad; y la herencia de padres, hijos, abuelos y hermanos podría modificarse con ventaja; pero es cosa tan natural y justa, hay en su favor tan altas consideraciones de índole tan diversa, que la ley que la anulase sería impracticable, y anulada ella misma por los más puros y arraigados afectos del corazón humano.

Vengamos á la *retribución del trabajo,* que tanto influye en la distribución de la riqueza: poco tengo que añadirte á lo que te dije hablando de los salarios. Cuando se trata de retribuir el trabajo, se piden disposiciones que

emanen del Estado, y se organizan huelgas, y se agolpan motines, siendo así que en esto, más que en nada, influyen la opinión, la inmoralidad y la ignorancia. ¿Quién da grandes sueldos á los toreros? Tú y tus amigos, ¿no sois los que principalmente contribuís á su prosperidad? ¿Quién da grandes ganancias á las modistas y á los sastres en boga? ¿Quién paga pródigamente á las bailarinas? ¿Quién sostiene tantas tabernas y tantas casas de juego y de prostitución? ¿Quién deja en la pobreza, tal vez en la miseria, al trabajador honrado y asiduo que, con la obra de sus manos ó de su inteligencia, no puede dar pan á su familia? La inmoralidad y la ignorancia. Estas son las grandes culpables, pródigas cuando se trata de pagar al que satisface sus caprichos, avaras cuando hay que remunerar al que provee á sus necesidades materiales y á las que debe tener todo espíritu, si no ha de depravarse en la abyección.

¿Por qué los banqueros y los hombres llamados de negocios realizan á veces ganancias tan superiores á su trabajo y á su mérito? Porque hallan corrupción é ignorancia en torno suyo; sin estos poderosos auxiliares, seguro es que no medrarían tanto. Y no es sólo arriba donde se prospera á favor de la inmoralidad y el descuido, sino también en medio y abajo.

Los que han explotado las Sociedades de crédito, lo han hecho á favor de la ignorancia y de la incuria de los asociados.

El dueño de un café gana cada día en la cerveza que vende, el 100 por 100, advirtiendo que no suele poner capital, porque cobrando al contado, paga en la fábrica por plazos vencidos.

Un revendedor de billetes de teatro ó de los toros, gana más que un honrado jornalero. ¿Quién tiene la culpa de estas y otras muchas ganancias exorbitantes, y todavía de peor género? El público que paga.

Y cuando en todas las esferas la opinión extraviada ó pervertida y el descuido van *retribuyendo el trabajo* sin equidad ni razón, ¿cómo pretender que la riqueza esté bien *distribuída?* Fíjate bien, Juan, en el resultado que ha de dar esta infracción general y continua de las leyes de la equidad, y comprenderás que el mal, al menos lo más grave del mal, está aquí, y que no hay acuerdo de las Cortes, ni decreto del Gobierno, ni medida revolucionaria, que puedan hacer que el trabajo se retribuya conforme á razón cuando no la tienen los que le pagan.

Lejos estoy de pensar que la sociedad remunera á cada uno según sus merecimientos; pero no comprendo que este mal pueda disminuir sino á medida que aumenten la ilustración y la moralidad. Desde el momento en que tú, yo y todos *paguemos* las cosas, no *por el valor que deben tener,* según el trabajo y el mérito que representan, sino por el *gusto que nos dan,* establecemos una categoría de obreros privilegiados, y contribuímos efi-

cazmente á que la propiedad se reparta mal. Desde el momento en que no nos negamos á alternar con el que se enriquece por malos medios; que no oponemos directa ó indirectamente, según podamos, obstáculos á su injusta prosperidad; que no somos *activos* para impedirla; que pensamos, obrando en consecuencia, que *nada va con nosotros* cuando inmediatamente no recibimos daño; que no queremos comprometernos, ni arriesgar nada, ni tomar el más mínimo trabajo por hacer valer los fueros de la justicia, la iniquidad saldrá muchas veces triunfante en la distribución de la riqueza, como en todo.

Se habla mucho de la *tiranía del capital;* no te negaré que en muchos casos no sea una verdad; pero, como todos los tiranos, el capital necesita, para existir, esclavos, es decir, seres sin inteligencia ni fuerza moral. Si el capital saca más ganancia de la que debe, es porque el trabajo no es bastante inteligente y bastante digno para hacer que se dé la parte que le corresponde. Puedes verlo palpablemente observando cómo el capital tiene menos poder de abusar de los trabajadores, á medida que éstos saben más, y cómo es más equitativo cuando trata con el maestro de obras, con el ingeniero y el arquitecto, que en sus relaciones con el peón de albañil. Te dirán que esto consiste en que hay muchos peones de albañil, y que si uno se niega á trabajar en malas condiciones, otro las aceptará; pero la verdad es que esas malas condiciones no serán acepta-

das por ninguno, cuando todos tengan cierto grado de ilustración y de dignidad, y sean capaces de asociarse entre sí ó con el capital, de modo que éste no les imponga la ley.

El capital, lo mismo que el trabajo, quieren sacar la mayor utilidad posible; ninguno es mejor ni peor que otro; y en el antagonismo que entre los dos se establece, como en toda lucha, lleva lo peor el más débil, que aquí lo es el menos inteligente.

Se acusa la tiranía del capital, y parece pasar inadvertida la que el trabajo ejerce cuando puede. Á cualquiera parte que se vuelva la vista, se ven trabajadores inteligentes explotando á los que son rudos, y distribuyéndose las ganancias en proporción nada equitativa. Y no hay medio de evitarlo; retribución mayor de trabajo supone más inteligencia y más moralidad en el trabajador; sin esto podrá haber huelga, motín ó rebelión, pero no habrá aumento *permanente* de salario.

No hay más excepción de esto que los *obreros intelectuales,* que suelen ser explotados por los que saben y valen menos que ellos; esto es efecto de una situación suya especial, de muchas causas que pueden resumirse diciendo, que es un operario que se siente irremisiblemente impulsado á crear un producto que no se aprecia, que no se aprecia lo bastante, ó que no se aprecia en el momento; y apremiándole la necesidad, y no siéndole posible dedicarse á otro trabajo, vende á menos precio las obras del suyo, y se deja explotar á

sabiendas por quien vale menos que él. La ley parece dura, pero no lo es tanto como lo parece; porque el obrero intelectual, cuando vale algo y á medida que vale, halla en su obra, pueda venderla ó no, su mayor recompensa, y aunque pobre, no se cambia por el que á su costa se enriquece; diríase que su retribución es como el producto de un orden más elevado. Cuando esto se exagera, vive tal vez en la miseria, y de ella es víctima el operario intelectual, en cuya naturaleza hay algo de la del mártir. Sus verdugos no lo son impunemente; la sociedad que le tortura recibe en dolores el pago de su injusticia. En este trabajador hay la circunstancia excepcional de que no puede redimirse de la miseria por su inteligencia, sino que tiene que ser rescatado por el aprecio que de ella haga la multitud.

Habiéndonos hecho cargo, aunque brevemente, de las principales circunstancias que influyen en el modo de adqurirse y distribuirse la propiedad, réstanos decir algo sobre la manera de emplearla, problema enteramente moral, que se resolverá para bien ó para desdicha de un pueblo, según que sus costumbres sean puras ó depravadas. Dime *cómo* una familia ó un país (es igual) gasta lo que tiene, y yo te diré *lo que es*.

Si impía, nada habrá para las obras piadosas.

Si vana, subirán mucho los gastos de ostentación.

Si glotona, los de alimentos regalados.

Si sucia, será corta la partida dedicada al aseo.

Si viciosa, cada vicio figurará en el presupuesto por una cantidad proporcionada á su preponderancia.

Si descuidada, subirá mucho la reposición frecuente de aquellos objetos que necesitan más cuidado para conservarse.

Si ignorante y despreciadora del saber, nada empleará en medios de instruirse.

Si dura y egoísta, se verá que la desgracia no tiene ninguna participación en su fortuna.

Aficiones, vicios, virtudes, locuras, extravagancias, egoísmo, abnegación, todo se revela en los gastos; el presupuesto que los detalla retrata moralmente á la persona ó á la familia á que se refiere.

Recíprocamente, si conoces bien á una persona, sabrás cómo gasta su fortuna.

La cuenta de los gastos, dada con exactitud, pocas veces deja de ser un acusador ante el tribunal de una buena conciencia; pero hay tan pocas buenas, que los tenidos por mejores se contentan con *adquirir honradamente*, como si no fuera necesario también *gastar honradamente* para merecer la calificación de hombre honrado. Cuando la ley civil no sanciona como absoluto el derecho de propiedad; cuando le sujeta á disposiciones que le coartan, la ley moral, mucho más severa, mucho más exigente, ¿no le pondría limitación alguna? Y si la autoridad ó el juez no lo impiden, ¿cada

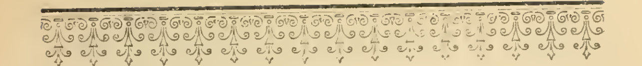
cual ha de poder hacer de lo suyo *lo que quiera?* Bien atrasado está el mundo, y bien bajo el nivel moral, puesto que no se tienen por acciones indignas y altamente culpables ciertos gastos que prueban el desenfreno del vicio, del egoísmo ó de la vanidad.

Todas las clases, en la medida de su fortuna, aprontan su contingente al vicio, á la vanidad y al egoísmo; *ninguna* está exenta de culpa; y como yo quiero demasiado á los pobres para adularlos, te diré que si gastan menos mal, es más bien por impotencia que por virtud. Las necesidades apremiantes, imprescindibles, de la vida, suelen servirles de freno, pero esto no sucede siempre; y si con severidad se juzga, es tan raro hallar un pobre como un rico que se ajuste en sus gastos á lo que la moral exige. El despilfarro del pobre no es tan ruidoso como el del rico, pero no es menos culpable; que no es más digno de vituperio el rico que fuma en pocos días muchos puros, que el pobre que gasta un real en una cajetilla y priva de una libreta á sus hijos hambrientos. Lo superfluo, lo excesivo, lo inmoral de un gasto, puede ser algunas veces cosa absoluta; pero otras, muchas más, es cosa relativa, y tal desembolso, que sin inmoralidad puede hacerse en una posición, es una grave falta en otra.

Por hoy, y hablando contigo, no insistiré más sobre esto; pero sí te diré antes de concluir, que el empleo que de los bienes se hace es de tal importancia, que podría suscribirse

á que se distribuyeran *de cualquier modo*, con tal que *se gastaran bien;* y esta manera de gastarse está fuera del alcance de las leyes, dependiendo completamente de las costumbres. ¡La moral, siempre la moral, lo mismo para *adquirir* la riqueza, que para *distribuirla* y *gastarla!*

Propiedad bien adquirida, bien distribuída, bien gastada, significa honradez é instrucción generalizada. Ni leyes escritas, ni rebeliones armadas, harán que se nivelen en lo que es posible y justo las fortunas, donde esté desnivelada la instrucción y depravadas las costumbres



CARTA TRIGÉSIMOPRIMERA

Del comunismo.

Apreciable Juan: Hay dos métodos para cerciorarse de la certidumbre y de la razón de una cosa: uno consiste en probar su verdad, y otro en poner de manifiesto la mentira de la contraria. Aplicando esto á la propiedad, después de haber procurado convencerte de que es necesaria, trataré de persuadirte de que el comunismo es imposible.

En la confusión de palabras, inevitable cuando es tanta la confusión de ideas, habrás oído llamar, y llamado tal vez, *comunismo* á la *repartición*. Se ha dicho que tal ó cual hombre, ó grupo de hombres, es comunista porque quiere repartirse los bienes de tal ó cual otro, en lo cual habrá despojo, violencia, robo, apropiación que pasa de unas manos á otras, pero no comunismo, que consiste precisamente en no *repartir* las cosas, y que todas sean de todos. Dejemos, pues, sentado que los partidarios de la *repartición* no son *comunistas*, sino *apropiadores*.

Espero, Juan, convencerte sin grande esfuer-

zo de que el comunismo es tanto más fácil cuanto un pueblo está más civilizado; que, á medida que se moraliza y se ilustra, la propiedad se arraiga, y que, por consiguiente, los comunistas, que pretenden pasar por gente *avanzada,* son verdaderos *retrógrados.* Afianzar la prcpiedad, *extenderla,* ese es el progreso; *negarlo* es retrogradar, desenterrando sistemas muertos, que se pretende galvanizar con el dolor y la cólera.

Para proceder con orden, grande amigo de la claridad, fíjate bien en el doble carácter del hombre, en que es *productor* y *consumidor,* en que trabaja y provee á sus necesidades y á sus goces con el fruto de su trabajo. El comunismo tiene que darle sus leyes en ambos conceptos, ó no puede dictárselas en ninguno, como lo veremos claramente. Sigamos el orden natural, según el que la producción precede al consumo.

El hombre como productor, es decir, como trabajador. ¿El trabajo ha de ser libre, ó no? Si lo primero, no hay comunismo. Si lo segundo, no hay hombre; hay cosa, hay esclavo. Fácil es poner en evidencia esta verdad.

Quiere establecerse el comunismo respetando la libertad de trabajo, que es la que tiene cada cual de dedicarse á aquella labor para la que tenga mayor disposición y gusto; esta labor necesita un instrumento que precisamente ha de ser *propio,* si el trabajo es *libre.* Supón un grupo de trabajadores, de los cuales uno quiere ser carpintero, otro marinero, otro

carretero, otro músico, otro fundidor, otro astrónomo, etc. ¿Les ha de dar el Estado, respectivamente, barco, carro, piano, fábrica de fundición y telescopio? ¿Ha de dar todos los instrumentos *porque* los pide el trabajador, y *para* que haga de ellos lo que le parezca, sin cuya condición no será libre el trabajo? Y cuando se gasten, se pierdan ó se rompan en los ensayos desgraciados que tantas veces ha menester el trabajador para llegar á un resultado feliz, ¿el Estado repondrá estos instrumentos? Ya comprendes, Juan, que es absolutamente imposible; que el Estado no puede tener instrumentos que cuesten cientos, miles ó millones de reales, á disposición de cada trabajador que venga á pedirlos, sin que *tenga nada con qué responder,* y que, en virtud de la libertad de trabajo, del derecho de dedicarse al que mejor le parece, exige del fondo común una fábrica, un capital para dedicarse al comercio ó seguir una larga carrera, ó un violín. Si estos instrumentos de trabajo se daban á cualquiera que los pidiese, todos pedirían de los más costosos. ¿Quién había de contentarse con un azadón y una espuerta, sabiendo que podía obtener cosa de mucho más valor? Si se negaban, el trabajo no era libre, porque el operario, ni podía tener instrumento *suyo,* ni se le daba el que indispensablemente había menester.

Para que el trabajo sea libre, es condición esencial tenga instrumento *propio,* ó le reciba de alguno que le tiene en *propiedad;* sin esto

no será dueño de dedicarse al oficio ó profesión que mejor le parezca y es materialmente imposible que del fondo común puedan salir todos los instrumentos que pidan el capricho, la vanidad, la locura, el error, todas las pasiones y todos los desvaríos humanos *irresponsables;* porque para tener *algo* con qué responder, es preciso tener propiedad de *alguna cosa,* y entonces no hay comunismo.

La responsabilidad en este caso no podía ser, en justicia, más que *pecuniaria,* la cual es imposible en el comunismo. No se podría llevar á un hombre á la cárcel, ni imponerle ninguna pena corporal, porque hubiera destruído, inutilizado un instrumento de trabajo, por costoso que fuese y por inhábil que fuera él para manejarle, porque no podría probarse que había culpa de su parte, puesto que el error basta para emprender una especulación desastrosa, y el amor propio es suficiente para persuadir á los hombres que son capaces de hacer lo que es superior á sus facultades, como se ve todos los días en la ruina de personas que pierden su capital y su tiempo por haber calculado mal ó no conocídose bien.

El trabajador libre es el que se dedica á la obra que le parece mejor, y ha de tener instrumento apropiado para ella; este instrumento que, con evidencia, el Estado no puede darle, ha de ser *suyo,* y, pequeña ó grande, ha de haber *propiedad,* y no puede haber *comunismo.* El instrumento podrá valer solo algunos reales ó muchos miles de duros; es

igual para la demostración del principio que exige que sea propio del trabajador libre.

No pudiendo ser libre bajo la ley del comunismo, el trabajo estará sujeto á las reglas que el Estado le imponga, valiéndose de uno de estos tres medios:

Reclutar operarios en el número que fuera necesario, haciendo pasar á un grupo los que no quepan en otro.

Elegirlos.

Echarlos á la suerte.

Alistará zapateros, pintores, panaderos y astrónomos, como alista soldados, y señalará á cada uno su tarea y su sueldo, y el trabajador se convertirá en un siervo del Estado, sin iniciativa, sin responsabilidad, sin facultad de seguir su vocación ni dejar libre vuelo á la inspiración de su ingenio. Cuando el cupo de mecánicos ó el de pintores esté lleno, Vatt y Murillo ingresarán en el grupo de albañiles ó mozos de cuerda. No habrá quien voluntariamente desempeñe los trabajos más penosos, y se agolparán operarios para las tareas que se reputan más descansadas.

Miles, millones de operarios llegarían á pedir al Estado trabajo que no fuese manual; habría médicos, abogados, farmacéuticos, comerciantes, etc., por cientos de miles, y se hallaría con dificultad quien labrase la tierra, forjara el hierro, ni barriera la calle. Se dirá que, por una parte, el interés bien entendido, por otra, las naturales tendencias armónicas, serían bastantes para evitar estos inconvenientes.

Respondo que, sin anatematizar el interés, y concediéndole su legítima participación en las resoluciones humanas, estoy lejos de mirarle como el regulador de ellas; lo primero, porque debe subordinarse á la justicia, y lo segundo, porque le veo casi siempre fuera de la razón. Los que no miran más que su interés para obrar, obran contra él por regla general; el interés es bueno como subordinado, pero malo como jefe, y de ninguna manera puede encomendársele la alta misión de contener en sus justos límites ningún ímpetu violento, ninguna pasión subversiva.

En cuanto á las naturales tendencias armónicas, más confianza merecen que el interés para regularizar los movimientos de la máquina social; pero no debe exagerarse su poder hasta declararle omnipotente, ni olvidar dos circunstancias. La primera, que el armónico concurso de los miembros del cuerpo social, como del cuerpo humano, exige condiciones apropiadas á su manera de existencia; inútil es la armónica organización de un pez para que viva fuera del agua, y de un ave para que viva sumergida en ella; del mismo modo, una organización económica, tiránica y absurda como la comunista, lejos de poder corregirse por las armónicas tendencias naturales, las esterilizaría completamente. La segunda circunstancia que debe tenerse en cuenta, es el momento histórico en que vivimos, la propensión á dejar los campos por las ciudades, y en estas á abandonar el trabajo manual por

estudios fáciles y carreras que con desdichada facilidad se concluyen. Las causas permanentes y las transitorias, todo en el momento actual contribuiría á romper el equilibrio, una vez falseada la ley económica.

El segundo medio, el de elegir operarios, es también impracticable. ¿Cómo ha de saber el Estado quién tiene disposición para las diferentes artes, oficios y profesiones? Si un padre no suele acertar la carrera que debe dar á sus hijos; si se equivoca con frecuencia, ¿no es evidentemente imposible que el Estado elija, entre millones de ciudadanos, aquellos que son más propios para cada arte, oficio ó profesión? ¿Cómo había de haber asomo de equidad ni acierto en semejante elección, ni cómo pueblo alguno había de resignarse á las injustas arbitrariedades que de ella resultarían?

Dejar á la suerte la resolución del problema es el tercer medio, y no hay que encarecer si es absurdo ó practicable. El arte, la ciencia ó el oficio que exigen más inteligencia, serían el lote de hombres nulos, estúpidos tal vez, mientras á los de más disposición les tocaría la tarea más tosca; sobre tal base es imposible organizar el trabajo.

La organización del trabajo es lo que se pide muy alto por los reformadores modernos, y con lo que se hace más ruido, siendo así que el comunismo es absolutamente impotente para organizar, no digo el trabajo de una nación, pero ni aun el taller más reducido. Suprímase la libertad y la responsabilidad, y sin ellas no

puede haber *organización* de nada, sino hacinamiento de hombres que trabajan poco y mal, bajo el látigo ó el aguijón del hambre.

Suponiendo lo imposible, que el comunismo organizase el trabajo con obreros sin responsabilidad, sin libertad, y elegidos al capricho ó al acaso, ¿cómo los retribuiría? A todos igualmente, y ateniéndose al mínimum necesario, porque si daba á cada trabajador según su obra, ganando los que trabajan mucho y bien más que los que hacían poco y mal, podrían economizar y hacerse propietarios. Para que no haya propiedad, es preciso que no pueda haber economías, que el obrero gane lo estrictamente necesario para su subsistencia.

Arreglándose la retribución á un mínimum indispensable, el trabajo se nivelará al del operario peor; porque ¿cómo un obrero ha de esforzarse en trabajar mucho para que le paguen lo mismo que al que hace poco? El trabajo rebajado al del más holgazán ó más torpe, se vería en una decadencia tan grande, que llegaría en breve á ser infecundo, y la miseria y la vuelta á la barbarie serían una cosa tan inevitable como pronta.

Toda buena organización social ha de procurar que se eleve cuanto sea posible, en calidad y cantidad, el nivel del trabajo, ya sea manual, ya intelectual, de modo que, procurando todos hacer como los que mejor hacen, ninguna aptitud se esterilice por falta de actividad del que la tiene. El comunismo, que, sin suicidarse, no puede retribuir á cada opera-

rio según su obra; que para evitar la acumulación, la propiedad, necesita igualarlos á todos, para que ninguno pueda formar capital con sus economías; el comunismo, por esta sola circunstancia, es esencialmente incompatible con todo trabajo fecundo y toda civilización adelantada.

En cuanto á talleres, establecimientos agrícolas, industriales y mercantiles del Estado, tratando del socialsimo, que no es más que un comunismo vergonzante, te indiqué ya la imposibilidad absoluta de que el Estado sea fabricante, comerciante y labrador. No hay para qué insistir mucho sobre esto; tu buen sentido y la observación más superficial de los hombres y de las cosas te harán comprender que el Estado no puede dedicarse á cultivar patatas y traer canela de Ceilán, á vender fósforos y construir telescopios. El interés y la actividad individual, ayudados por cuantos estímulos impulsan al hombre y por todas sus facultades, bastan á penas á sostener una industria ó un comercio, y no evitan la ruina de un gran número de comerciantes é industriales. ¿Qué sucedería cuando todos estos trabajadores fueran *empleados*, sin inteligencia, sin interés inmediato, sin responsabilidad por el éxto del negocio, manejando un capital que no era suyo, para conseguir un resultado beneficioso que no había de ser para ellos? Digo sin *responsabilidad*, y te recuerdo que no puede tenerla ningún trabajador comunista: la pecuniaria, como dijimos, no puede imponerse

al que nada posee, y la personal, ¿cómo había de exigirse á un hombre por una especulación que había salido mal, cuando salen mal tantas sin que el especulador tenga culpa? Á ninguno podría castigarse, y si se castigaba, nadie emprendería nada, exponiéndose á un castigo y sin esperar ganancia.

Es tarea bien enojosa y bien desdichada tener que decir estas cosas que todo el mundo sabe, que están repetidas hasta la saciedad, que alcanza el buen sentido de la persona más vulgar, y cuya verdad evidente niega, no obstante, toda una escuela que, convirtiendo en argumentos el dolor y la pasión, saca las conclusiones más absurdas y las entrega como axiomas á una multitud fanatizada y ciega. ¿Cómo nadie que con calma haga uso de su razón, ha de suponer que el Gobierno puede convertirse con buen éxito en jefe de taller y director de fábrica, en labrador y en comerciante? ¿Quién de los que lo dicen y de los que lo repiten daría su fortuna, pequeña ó grande, para establecer una industria dirigida por el Estado? Seguro es que nadie, porque el interés haría comprender al menos apto la inevitable ruina de semejante especulación. Y esto que no se haría con los fondos de *cada uno*, quiere hacerse con los fondos de *todos*, como si el egoismo más ciego y brutal que pretende eximir á los asociados de la responsabilidad que ha de caber á la sociedad, pudiera variar la esencia de las cosas, dar al Estado aptitudes que no tiene, y

hacer que cuando fuera el único propietario, su ruina no fuese la de la nación entera.

El pequeño ensayo hecho en París de taller nacional, según te indiqué, salió mal, como debía. Acumulación de operarios, producción mala y cara, estancamiento de productos, pérdida, ruina, imposibilidad de continuar, despedida de los trabajadores, conflicto horrible: tal fué la marcha de los talleres nacionales establecidos en París, y tal será la de los de igual clase donde quiera que se establezcan. Digo que el ensayo fué en *pequeño,* y así es la verdad, porque aunque se emplearon muchos miles de obreros, ¿qué es esto para la organización de todos los trabajos de todo un país? Si desgraciadamente los hombres volvieran á extraviarse por semejante camino, nunca podría el Estado organizar por su cuenta el trabajo en grande: la cosa es de tal manera absurda é imposible, que á los primeros pasos se desplomaría el edificio por una ley menos visible, pero no menos cierta, que la que atrae los cuerpos graves hacia el centro de la tierra.

Vemos, pues, que el comunismo es incompatible con la libertad de trabajo, porque el trabajador *libre* ha de tener *instrumento propio* ó concertarse con alguno que lo tenga

Que el comunismo no puede organizar sin libertad de trabajo, porque no puede recibir á los trabajadores en tropel para que se dedique cada cual á la labor que mejor le parezca, aunque para ello no tenga aptitud, ni pue-

de elegirlos ni dejar á la suerte le designación del puesto que cada uno ha de ocupar.

Que no dando á cada operario más que un mínimo indispensable, porque desde el momento en que puede haber economías puede haber propiedad, la falta de estímulo del trabajador producirá inevitablemente la ruina del trabajo.

Que no es posible que el Estado se haga jefe de taller, agricultor y comerciante, sin que se arruinen la agricultura, la industria y el comercio.

Y si toda esta serie de problemas insolubles resolviera, y si venciese todos estos invencibles obstáculos, puesto que el trabajo libre lleva consigo necesariamente la propiedad, ¿qué haría el comunismo del *hombre* cuando el *trabajador* no fuera libre? Le convertiría en esclavo. Sin iniciativa, sin actividad fecunda, sin responsabilidad, sin estímulo, sin libertad, en fin, para dar á su actividad la dirección que mejor le parezca, á sus facultades el vuelo que puedan tomar, á su moralidad una condición esencial, el hombre como ser racional desaparece con el trabajador libre; no hay persona, queda solamente una cosa uncida al yugo de la regla inflexible. Desde el momento en que tu inteligencia y tu responsabilidad se suplen por la del Estado, y que tu libre albedrío se estrella contra un poder omnipotente, podrán llamarte con este ó con el otro nombre, pero en realidad eres un esclavo. Probablemente no imaginas que cuando al

compás de himnos á la libertad, los que tú supones sus apóstoles quieren plantear el comunismo, de lo que tratan realmente es de organizar la esclavitud.

La *producción en común* sólo se concibe en un pueblo sumamente atrasado; de modo que lo que te dan como un adelanto, sería un retroceso.

El salvaje tiene *sus* pieles, *su* albergue y *sus* armas, etc.; pero prescindamos de esta propiedad y considerémosle explotando el terreno *común;* con los de su tribu ó de su horda, le defiende contra los vecinos extraños ó enemigos, que todo viene á ser lo mismo. En aquel terreno todos cazan ó pescan, cogen fruta, cortan leña y se construyen un albergue, ó se apropian una guarida. El trabajo no se hace en común, pero lo es el terreno, en el cual todos pueden desplegar su actividad.

Avanzando un poco más, la sociedad vive un poco menos al acaso, y en vez de fiarlo todo al azar de la caza y de la pesca, domestica ciertos animales y los cuida y los multiplica; son los pueblos pastores. En ellos están *apropiados* los ganados, pero es común el terreno en que pastan ó cuya hierba se recoge.

Adelantando más las sociedades, los hombres empiezan á cultivar la tierra y apropiársela; mientras el cultivo es muy inperfecto, hay pueblos en que se hace en común; pero á medida que se perfecciona, y como condición indispensable para perfeccionarse, el cultivador se va haciendo propietario *exclusivo*,

cuando menos de los productos de la tierra, y esta exclusión ha de ser tanto mayor, cuanto el trabajo sea más extenso y más inteligente, y la personalidad del trabajador esté más determinada. Si, por ejemplo, se trata de segar una pradera *común,* no hay gran dificultad en que sea común el trabajo y en distribuir los productos por iguales partes á cada uno de los individuos de la colectividad propietaria.

Lo mismo puede decirse si hay que coger el fruto de los árboles. En estos casos *la naturaleza lo hace casi todo,* el hombre *no hace casi nada;* los productos de la naturaleza son gratuitos, y por esta razón y por lo sencillo y poco importante del trabajo, hay posibilidad de que éste sea común y de distribuir sus productos por iguales partes. Pero si en vez de coger la fruta de un árbol se trata de hacer un instrumento quirúrgico delicado ó una locomotora, la primera materia, es decir, lo que la naturaleza ha puesto, no vale nada ó casi nada, y todo el valor de estos productos depende del trabajo del hombre. En estas obras despliega el operario actividad, perseverancia, inteligencia; emplea un capital y necesita educación. No es un hombre cualquiera que, como cualquier otro, hace un breve esfuerzo muscular; es un operario previsor, inteligente, perseverante, responsable, que ha menester aprendizaje y anticipos y sacrificios de sus padres durante todo el tiempo que necesita para instruirse y ejercitarse en su oficio ó pro-

fesión. Aquí es ya absolutamente imposible que el trabajo se haga en común, ni que los productos se distribuyan por iguales partes. Con estas condiciones no hay posibilidad de hallar obreros hábiles, aplicados y perseverantes, ni, por consiguiente, que haya cultivo perfecto ni obra acabada.

Si de la industria pasamos á las artes y á las ciencias, se pondrá aún más de manifiesto que el trabajo en común solo es posible en pueblos salvajes. Un médico, un escultor, un arquitecto, un poeta, ¿es posible que mancomunadamente con todos los de su profesión curen al enfermo, levanten un edificio, hagan la estatua ó el poema? ¿No es evidente que han menester desplegar cualidades y hacer esfuerzos y sacrificios suyos propios, que necesitan y revelan una muy determinada personalidad, y que no pueden hacerse, cuando las cualidades todas del individuo se aplastan bajo el rodillo que pasa el Estado, y van á sepultarse en la sima del trabajo en común, de la retribución idéntica y de la falta de responsabilidad?

A medida que la sociedad avanza, el operario tiene mayor habilidad y cultura; su *yo* se determina, su personalidad se marca, aumenta en dignidad, en exigencias, en derechos y en deberes; domina mejor sus pasiones y las cosas materiales; es más dueño de sí; merece más respeto y tiene más poder. Para expresar las altas cualidades de una persona se dice que es *distinguida*, porque, en efecto, lo que realza

la dignidad del hombre es que su personalidad no se confunda con ninguna otra, que sea libre y responsable, con voluntad firme, conocimiento claro y actividad perseverante.

El hombre *trabajador* no es todo el hombre, pero es la mayor parte; sabiendo *qué cosa hace,* hay mucho adelantado para saber *quién es,* y no es posible que el hombre gane en dignidad, valga más, moral é intelectualmente, se *distinga,* cuando el trabajador se confunda en la masa común y no sea inteligente ni responsable. Hay que elegir entre la civilización y el estado salvaje; éste puede existir con alguna especie de comunismo aplicado á la explotación; aquélla necesita trabajadores libres y responsables, recibiendo una retribución proporcionada á su mérito; de modo, Juan, que al predicarte *comunismo,* te predican pura y simplemente *salvajismo.*

Si ha de ser común el trabajo, sin libertad, responsabilidad ni retribución proporcionada á su mérito, hay que renunciar á su división, á su inteligencia, á su actividad; suprímanse, pues, las cátedras, los museos, los talleres, los caminos de hierro, el telégrafo y hasta el arado: vuélvanse los hombres á vagar por los bosques en busca de alimentos y á guarecerse en las cuevas, y perezca la especie humana casi en su totalidad, pues en la tierra que hoy alimenta millones de seres racionales apenas podrán vivir algunos miles de salvajes. Aquí no hay suposición gratuita ni afirmación exagerada; la ciencia económica demuestra que

el trabajo comunista es incompatible con la civilización, y lo demuestra con tanta claridad como las ciencais exactas patentizan sus más incontrovertibles verdades.

Como hablando del *socialismo* te advertía que no le confundieses con la *asociación*, te digo ahora que no equivoques el trabajo *comunista* con el trabajo *asociado*. Que los obreros trabajen *juntos* y se esfuercen para conseguir por los mismos medios un mismo objeto igualmente útil para todos, no es comunismo, porque el obrero es libre, es responsable, tiene la propiedad del instrumento ó de una parte de él, y se le retribuye según el capital que ha anticipado y el trabajo que hace. Si eres carpintero y con otros compañeros establecéis un taller por vuestra cuenta, cada cual participará de las ganancias, según lo que haya puesto para plantear la industria y según la parte de trabajo con que contribuya á su prosperidad; seréis *asociados*, pero no *comunistas*, porque nadie suscribiría á la condición de que *su* capital y *su* trabajo fuera de *todos*, y que el despilfarrado holgazán que no lleva más que su inútil persona, utilizase lo mismo las ganancias que el económico y activo, que llevó á la empresa sus ahorros y su trabajo perseverante.

Me parece haberte demostrado con evidencia:

Que el comunismo no puede organizar el trabajo libre.

Que el trabajo, sin libertad, no puede organizarse tampoco.

Que cuando el obrero no es libre, el hombre es esclavo.

Que la división de trabajo, el trabajo inteligente y responsable, la civilización, en fin, son incompatibles con el comunismo, que es *barbarie* y *esclavitud*.

Esto considerando al hombre como *productor*.

En la carta siguiente le consideraremos como *consumidor*.



CARTA TRIGÉSIMOSEGUNDA

Continuación de la anterior.

Apreciable Juan: Nos sucede hoy con el comunismo una cosa análoga á la que nos pasaba tratando de la familia, que como sin ella no puede haber hombres, no hay para qué enumerar los males que de suprimirla resultarían para la sociedad. Si con el comunismo no puede haber *producción,* no es necesario demostrar las dificultades que ofrece para el *consumo.* Nos haremos cargo de ellas con todo, aunque sea brevemente, atendido á que nada sobra en materia de razones, cuando tan faltos de ella andan nuestros adversarios.

La sociedad no puede existir sin la familia; la familia es imposible con el comunismo, no sólo por ser este incompatible con las leyes de la *producción,* como hemos visto, sino porque se opone también á las del *consumo,* como vamos á ver.

El hombre que tiene mujer, hijos, padres, familia en fin, necesita casa *suya,* al menos el tiempo que la *paga,* y algún valor en propie-

dad para amueblarla. No hay familia sin hogar, sin un albergue donde se acojan y se reunan los que hacen sacrificios ó se aprovechan de ellos; los que tienen los mismos intereses, las mismas alegrías, los mismos dolores, los mismos secretos; los que sienten la necesidad imprescindible, al par que de *comunicar* con sus semejantes, de *aislarse* con sus *íntimos*. El hombre que dice *mi* hijo, *mi* padre, necesita decir *mi* casa, *mis* muebles, *mi* trabajo, *mi* jornal.

Hemos comprendido que todo el que *vive*, se apropia algo. Cualquiera que sea el modo de producir y de destruir los valores, el acto de utilizarlos es siempre un acto de *apropiación*. Supongamos realizados todos los imposibles de la teoría comunista; demos por hecho que produce y distribuye, y veamos si al *consumir* puede realizarse.

Cada cual recibe para su uso, ración, vestido, calzado: aquello no es ya *común;* ha llegado el caso de usar de ello, de aprovecharlo, de *apropiárselo*, y por consiguiente, aquellos objetos son de su propiedad. La persona que recibe una ración, puede cambiarla por otra que le guste más ó le siente mejor; puede regalarla, venderla y hasta tirarla. Puede ayunar por devoción, ó estar á dieta por higiene, ó por el gusto ó la necesidad de economizar. Lo mismo que se hace con la ración puede hacerse con el vestido y demás objetos que componen su lote. ¡Qué de privaciones no se impondrá el hombre estudioso para comprar un libro, el

artista para poseer un pincel más delicado ó un instrumento más perfecto! ¡Qué no hará el que ama por mejorar la situación del objeto amado! El avaro no perdonará medio de formar un pequeño tesoro; el que tiene horror al hospital, hará grandes sacrificios para ser asistido en su casa el día que caiga enfermo; y habrá, en fin, infinita variedad de móviles para hacer y acumular economías.

Tiénese por cosa cierta que el que llevó á América el *café*, iba en un buque donde llegó á escasear el agua tanto, que se daba de ella escasa ración. Aquel hombre tenía su *idea*, la de aclimatar en el Nuevo Mundo una planta, y porque no se secara la regaba con el agua que para sí recibía, sufriendo por espacio de muchos días los horrores de la sed. Todo el que tiene una idea ó un sentimiento, los pone por encima de los objetos materiales. ¿La tiranía del Estado le ha reducido á no poseer más que una ración? De ella economizará, y tanto más cuanto él sea mejor, para proveer á las necesidades de su cariño ó de su inteligencia. Si una fuerza brutal no le ha dejado libertad para *producir*, al *consumir* la tendrá al menos; podrá imponerse sacrificios y privaciones en aquella esfera suya, propia, íntima, á donde no llegará nunca el Estado. Por tiránico, por minucioso que sea, no hay poder que le tenga para evitar que tú te impongas privaciones y realices economías y las acumules ó hagas de ellas donación. Si la esfera del *productor* pudiera estar sujeta á la arbitrariedad del capri-

cho ó al yugo de la fuerza, la del consumidor tendría siempre que ser más libre.

En las *verdaderas* leyes económicas hay armonía, como en todas las leyes naturales. Así como hemos visto que el comunismo para *producir* era tanto más imposible cuanto el hombre estaba más civilizado y su personalidad y dignidad se señalaban más, sucede lo propio bajo el punto de vista del *consumo*. En una horda salvaje, en que varían poco las aptitudes y facultades, no difieren mucho los gastos é inclinaciones: donde no hay elementos de diferencia, se siente la necesidad de diferenciarse. Pero á medida que un pueblo se civiliza, se marcan las divergencias individuales: á la infinita variedad de aptitudes para producir, corresponde otra igual para *consumir;* y no es menor atentado á la personalidad y dignidad humana obligar al hombre á que emplee de una manera que se le marque lo que para su consumo se le asigne, que obligarle á que dirija su actividad inteligente contra su inclinación, ó en privarle del producto de su trabajo. Cuanto más *varían* los medios de producir, se diferencian también más los *modos* de consumir, y esta diferencia lleva consigo la de las fortunas y la creación de la propiedad, porque da lugar, de una parte, al despilfarro; de otra, á la economía. Estas economías se harán por una ley natural y contra todas las leyes humanas. En habiendo libertad, por poca que sea, habrá económicos y pródigos, astutos y cándidos, ingeniosos y necios, activos

é indolentes; habrá impulsos nobles y pasiones viles, apetitos groseros y abnegaciones sublimes. Todo esto, que en un pueblo atrasado apenas se bosqueja, aparece en relieve y de más bulto á medida que un pueblo se civiliza; el consumidor tiene más tentaciones para despilfarrar si es vicioso, y más estímulos para ahorrar si es económico: de este ahorro inevitable resultará necesariamente, como te he dicho, *la propiedad*. La ley podrá prohibirla, pero existirá como *contrabando*, con todas las consecuencias de éste, encareciendo el producto con el riesgo, y desmoralizando al productor. No habrá propietarios de tierras ni de fábricas, pero los habrá de dinero, de alhajas y de toda clase de bienes muebles. De esto puede dar alguna idea lo que sucedía con los judíos hace algunos siglos, raza fuera de la ley común, tolerada unas veces, perseguida otras, que vivía preparada siempre al despojo de que con tanta frecuencia era víctima, allegando riquezas de las que fácilmente pueden ocultarse, y corrompiéndose en la usura, la mentira, la astucia y la traición, como todo el que es víctima de la iniquidad constante y de la fuerza bruta. El judío de la Edad Media, aun no puede dar idea de lo que serían los propietarios del porvenir bajo la ley del comunismo, en la suposición (imposible de realizar, no lo olvides) de que en un pueblo adelantado pudiera organizarse la producción comunista.

Esta es la naturaleza humana, y sólo desconociéndola, se pretende que, mientras el

hombre sea *persona,* mientras conserve alguna cosa que se parezca á dignidad y libertad, renuncie á poseer, aunque para ello no tenga otro medio que la economía al consumir. Esta tendencia es tan fuerte, que á pesar de la exaltación del sentimiento religioso, que mira con desdén los bienes de este mundo, las Ordenes monásticas empezaron á poseer; eran como familias cuyos bienes estaban vinculados. En los mendicantes la regla mandaba vivir de limosna, ideal que supongo no lo será para los reformadores, ni debe serlo para ti, porque lo que en algún caso, y para un número corto de personas, puede ser una virtud, es un imposible para la generalidad. Como *productor,* el comunismo monacal existió mientras la fe religiosa se mantuvo muy viva; mientras una gran tensión de espíritu, enteramente excepcional, pudo contrarrestar las leyes de la naturaleza humana; apenas esta tensión disminuyó, las Ordenes monásticas produjeron menos, concluyendo por no producir nada. Y cuenta con que ese comunismo pudo vivir porque estaba en una sociedad que no era comunista y le enviaba de contínuo los elementos de vida que en sí no podía tener. ¿Cómo pudo existir el tiempo que duró? Porque el fraile no tenía familia ni personalidad. La *celda* es posible para el *célibe;* el hombre *casado* necesita *casa.* El que es *solo,* puede hacer voto de *pobreza;* el que tiene familia, debe hacer *voto de riqueza,* es decir, de ganar honradamente y de economizar cuanto le sea posible,

á fin de que sus hijos pequeñuelos, sus padres ancianos, su mujer, su hermano, imposibilitado tal vez, su familia, en fin, no carezcan de lo necesario. En el monje, que quiere decir *solitario*, puede ser una virtud la pobreza; en el hombre que tiene familia, sería una falta, y en ciertos casos hasta un delito, porque á los que nos han dado la vida y á los que la han recibido de nosotros, les debemos aquellos auxilios materiales y morales, sin los que la vida es un imposible ó una desgracia; auxilios que no podemos prestar si nada poseemos.

He dicho que el comunismo monacal pudo existir, no sólo porque el religioso no tenía *familia*, sino porque no tenía *personalidad*, y debemos fijarnos mucho en esta última circunstancia. ¿Por qué el monje, como *consumidor* y de lo que para su uso recibía, no economizaba ni acumulaba sus economías, de modo que llegase á constituir propiedad? Esto consistía, no sólo en que no era esposo, ni padre, ni hijo, sino en que no era *hombre*. Muerto para el mundo, no tenía voluntad ni libertad; la obediencia era su ley, y borrar toda individualidad, el colmo de la perfección. Insisto sobre esto para que veas si la práctica comunista estará fuera de la naturaleza humana, cuando á un comunismo enclavado en una sociedad que se fundaba en la apropiación, de la cual recibía vida, y sostenido por la exaltación del sentimiento religioso, no le bastó suprimir la familia, tuvo que suprimir también la *persona*, el hombre, cuya ten-

dencia irresistible le lleva á poseer. Todo el que es dueño de sí, aspira á ser dueño de alguna cosa; la propiedad de las cosas materiales, es la consecuencia á la vez y la condición de la libertad en el orden moral y en la esfera de la inteligencia.

Debo hacer aquí una protesta, no sea que por acaso interpretes mal mis palabras. Lejos de mí la impía vulgaridad de dirigir calumnioso insulto á tantos sabios, á tantos grandes hombres, á tantos mártires y á tantos santos como han producido las Ordenes monásticas; esto, siempre injusto, sería hoy vil: si los he citado, es para probar que no se puede *suprimir el propietario* sin *mutilar al hombre.*

Me parece que de lo brevemente expuesto se infiere con bastante claridad, que aunque pudiera existir la producción comunista, el *consumo* haría propietarios.

También voy á llamarte la atención sobre un hecho que no deja de ser notable. Para la constitución de un Estado, ó su administración, ó sus leyes penales, se necesita que la opinión sancione el cambio, si no lo hace un déspota; pero cuando se trata de poner en *común* el producto del trabajo, los ahorros del consumo, la vida económica, en fin, no hay ley que lo prohiba, ni la opinión sería un obstáculo. ¿Como, pues, los comunistas, bastantes en número para formar colonias, no ponen en práctica sus teorías? Si á su parecer el no estar la sociedad toda bajo la ley comunista, tendría algunos inconvenientes para el ensayo, les ofre-

cería en cambio la inmensa ventaja de poder dejar en ella los elementos inútiles y los perturbadores, los imposibilitados y los criminales; ventaja que, bien considerada, superaría todos los inconvenientes. ¿Cómo, pues, los comunistas válidos y honrados no se reunen para poner en práctica la teoría? Ensayo de comunismo verdadero, puro, no ha llegado á mí noticia ninguna; los que se han hecho de comunismo mixto y vergonzante, han salido mal. No tengo yo por argumentos concluyentes los hechos; pero éste que te cito no deja de ser significativo.

Así como ya vimos que no debe confundirse la ASOCIACIÓN con el SOCIALISMO, debemos notar que el que existan cosas comunes no quiere decir que haya comunismo. *Comunes deben ser aquellas cosas que puedan serlo con ventaja de la comunidad.* Paseos, caminos, bibliotecas, museos, establecimientos de enseñanza y de beneficencia, etc., deben pertenecer á todos. Es de desear que estos bienes comunes sean más cuantiosos cada vez, aumentando y mejorando las escuelas, estableciendo gimnasios, baños públicos y hasta diversiones honestas, que sean para la higiene del alma lo que los paseos son para la del cuerpo. Estos y otros objetos de propiedad común, lejos de ser hostiles á la propiedad privada, la favorecen, porque generalizando la instrucción, combatiendo la inmoralidad y las enfermedades, se aumenta la facilidad de llegar á ser propietario honradamente, y se disminuye la de ha-

cer fortuna por medios reprobados. Los inútiles esfuerzos que se hagan para establecer el comunismo, serían bien dirigirlos á que fueran comunes todas aquellas cosas que pueden serlo y que han de contribuir á que el hombre se perfeccione y haga más apto para adquirir propiedad. Es doloroso, Juan, para los que bien te queremos, ver la vida que te hacen malgastar en perseguir quimeras, á riesgo de que te suceda lo que al desdichado que, por empeñarse en coger la luna, se cayó en un pozo.

Hace años se ha tomado una medida deplorable, la de vender los bienes de *Propios*, entre los cuales se han incluído muchos de *aprovechamiento común*, cuyo producto era de todos los vecinos del pueblo á que pertenecían. Y ¿sabes la razón que para esto se dió, y, seamos sinceros, la razón que había? Que la comunidad era mala administradora, que destruía su hacienda, y había que ponerla en tutela como á un menor ó un pródigo. Siempre lo mismo, Juan: se menoscaban los intereses del pobre porque no los entiende bien; el infeliz que hoy se duele de no poder cortar una rama para calentarse, porque el árbol tiene dueño, se olvida de que cuando el monte era de propiedad común, lo talaba. Y no creas que en decir esto hay exageración; ahora mismo, los que tienen ganados, queman los montes para aumentar el pasto.

No apruebo, por regla general, la venta de los bienes de Propios; tengo más simpatía con el pobre desvalido que con el rico propietario,

pero no dejo de ver en esta medida, como en otras, el resultado de la ignorancia egoísta de las masas, y de comprender que mientras no suba el nivel de su inteligencia y de su moralidad para comprender bien sus intereses, éstos saldrán perjudicados, ni más ni menos que sucede á los indivíduos que las componen.

Si la razón condena el comunismo, no puede absolverle la historia, porque sólo interpretando mal una de las dos, puede decirse que la ciencia y la experiencia se contradicen. Los comunistas, como esas personas que, no muy seguras del propio mérito, cifran en el de los ascendientes su orgullo, quieren escudarse con una larga genealogía, que inventan al tiempo de citarla; solo la falsa interpretación de los hechos puede llevarles á autorizar su doctrina con ejemplos del pueblo hebreo, de Esparta, de Roma, de los primeros cristianos, y de los protestantes y demás sectas religiosas que se han separado de la Iglesia.

En el pueblo hebreo, lejos de que nada hubiera parecido á comunismo, la propiedad tenía un carácter religioso y una inmutabilidad que la ponía á cubierto de todo ataque, no bastando á destruirla, ni la voluntad del propietario, que no podía vender sino cuando más por cincuenta años, al cabo de los cuales llegaba el del *jubileo,* y toda propiedad volvía á su señor. Cada propietario hebreo era una especie de mayorazgo que sólo podía enagenar por un tiempo dado sus haciendas. Los que, si no comunidad de bienes, han visto allí al menos

igualdad, se han olvidado que los judíos, como todos los pueblos de la antigüedad, tenían clases sociales diferentes, que jamás podían llegar á confundirse. ¿En qué se parece esto á igualdad ni á comunismo?

En la Judea hubo una especie de comunidad religiosa, la de los esenianos, en la cual algunos han creído ver un feliz ensayo de comunismo: nada es menos exacto. Aquéllos eran unos solitarios de costumbres puras, de vida austera, célibes la mayor parte, sujetos á una disciplina inflexible, sin esclavitud, pero con una jerarquía graduada y clases que no se confundían; despreciadores de las riquezas, eran comunes el trabajo y los bienes; arrojaban de su seno á todo el que cometía faltas graves; tenían tres años de noviciado, y cierta analogía con los primeros cristianos, aparte del orgullo de que se les acusa, y que les daba cierta semejanza con los estoicos.

No es cierto, aunque te lo afirmen los que quieren convertir la historia en una especie de testigo falso, que estos y otros grupos de hombres que han vivido en común, hayan sido los precursores del comunismo. Los pitagóricos, los cenobitas, los anacoretas, eran hombres dominados por una idea, que sentían en sí un fuerte impulso de reacción contra el vicio, la impiedad ó la ignorancia general; que se agrupaban para consagrarse á la virtud, á la religión ó á la ciencia; poniendo en común sus esfuerzos y sus medios, medios que habían recibido de sociedades fundadas en el derecho

de propiedad, á las cuales no cedían la suya colectiva, y que arrojaban á los infractores de su severa disciplina. Toda comunidad, para no perecer, necesita renovarse con los neófitos que le da la familia, recibir la sabia de la propiedad, y poder arrojar de su seno al criminal ó al vicioso que la perturbaría; por donde comprenderás el error de los que buscan en las comunidades, con este ó el otro nombre, precedentes y autoridades para el comunismo.

También suelen presentarte como ejemplo práctico de él, un famoso pueblo de la antigüedad, Esparta. Componíase esta nación de guerreros que abrumaban á una multitud de míseros esclavos; era la ciudad como un gran cuartel, frecuentado por mujeres deshonestas, que, juntamente con los soldados, mantenía un pueblo oprimido por la esclavitud más horrible y sangrienta. Éste debía ser muy trabajador y morigerado, porque á pesar del yugo que le oprimía, de las vejaciones que soportaba, de verse obligado á mantener en la ociosidad un ejército relativamente numeroso, y de no tener más industria que la agrícola, ni artes, que estaban proscritas, ni comercio exterior ni casa interior; á pesar de todas estas circunstancias, se multiplicaba. Los esclavos que le componían se llamaban *ilotas:* cuando su número parecía excesivo é infundía temor de que, envalentonados por él, tratasen de rebelarse, los cazaban, y la juventud de Lacedemonia preludiaba con esta hazaña una vida de combates, de rapiñas, de sangre. Estos

soldados, señores de la tierra, se la distribuían con cierta igualdad, comían el rancho en común, y contribuían á él con una cantidad de alimentos, lo cual ha dado, sin duda, lugar á que se diga que en Esparta se estableció el comunismo. Aunque realmente no existía allí, el aparente é imperfecto que hubo en aquel ejército, llevó este acompañamiento inevitable:

Trabajo forzado y explotación tiránica.

Proscripción de las ciencias, las artes, la industria y el comercio.

Perversión de costumbres.

Y ¿cómo se explica que un pueblo en que había todo esto ha vivido fuerte y temible y temido algunos siglos, y lo que es más, la historia ha escrito su nombre con respeto, poniendo sobre sus hijos la corona inmortal del héroe? Yo creo, Juan, que el prestigio de Esparta, donde había tantas cosas repugnantes, inícuas, abominables, consiste en que sus hijos, durante mucho tiempo, despreciaron la muerte y amaron la patria. El instinto de la vida es una cosa tan general y tan poderosa, que el hombre que la desprecia, sea el que sea, aun el mayor criminal, impone; y el amor á la patria una cosa tan santa, que purifica y eleva al que le siente, é inspira respeto y admiración al que le contempla. Esta virtud y aquélla cualidad motivan el juicio que se ha formado de Esparta, así como el error de que allí existió el comunismo, se explica por el olvido del verdadero pueblo, y algunos actos de la vida hechos en comun por el ejército opresor, que

se tenía y era tenido sola y exclusivamente como nación.

En cuanto á Roma, sus luchas entre plebeyos y patricios, entre esclavos y señores, sus proscripciones, sus matanzas, jamás tuvieron tendencias comunistas, enteramente contrarias al modo de ser de aquel pueblo, sino que se proponían cambiar la distribución de la propiedad, evitar su acumulación monstruosa, efecto de la conquista y de la rapiña, impedir que el hombre formase parte de ella, ó arrancarla por fuerza á los que por fuerza la habían adquirido.

Ha llegado á decirse ¡que no se dice! que el Divino Maestro ha enseñado el comunismo. Jesús no enseñó ni el comunismo ni el socialismo, ni la propiedad, ni sistema alguno social ni político, sino el amor, la abnegación, la justicia, la perfección, en fin. «Buscad el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura». Jesús no formó escuelas ni gobiernos, sino indivíduos virtuosos dirigiéndose á lo íntimo, á lo interno, á lo profundo del corazón, del sentimiento, del juicio, que es de donde arrancan las verdaderas reformas, en vez de pretender hacerlas sin modificar á los hombres.

Pero si el Salvador no condenó ni aplaudió sistema económico, su moral y su vida y los preceptos del Decálogo, que no *destruyó*, sino *completó*, ponen bien de manifiesto su doctrina respecto de la propiedad y la familia. *No hurtar, honrar padre y madre*, son condena-

ciones contra el comunismo. Lo que ha inducido á error son las duras palabras que ha dirigido á los ricos. Nota lo primero, que las empleó contra los *ricos,* no contra los propietarios, y después que las riquezas fueron señaladas como obstáculo á la salvación, obstáculos que debían superarse con la pureza y la *pobreza* de espíritu. Lo que Jesús predicó fué la moral que veda adquirir por malos medios; el amor que no permite gozar con el fruto de los dolores; la abnegación y el sacrificio que impulsan á privarse de un bien porque otro le disfrute, y á inmolarse por salvar á nuestros hermanos; y en fin, la pureza y la perfección más sublime. ¿Hay en esto algo que se parezca á constituir la propiedad de este ó del otro modo?

También han creido algunos visionarios ver comunistas en los primeros siglos de la Iglesia, equivocando el *comunismo* con la *comunidad* y la *comunión,* es decir, suponiendo una constitución de la propiedad distinta, ó su negación, en lo que era desprenderse de ella por la limosna, ó llevarla al fondo común de una congregación de fieles que era como una extensa familia. Y así y todo, esto debió ser raro aun en las primeras iglesias, porque los apóstoles en sus epístolas se quejan de lo reducido de las ofrendas, y se ven en la necesidad de estimular á los fieles para que sean mayores, hablando siempre de deber moral y religioso, y nunca de sistema económico ni constitución distinta de la propiedad.

Viniendo á siglos posteriores, ni Pelagio, ni Wicleff, ni Juan Huss, ni Lutero, ni Calvino, ni otros muchos herejes y protestantes de quienes se ha dicho que habían atacado el derecho de propiedad, se pronunciaron contra él; por el contrario, muchos de ellos hicieron alianzas con grandes propietarios, príncipes y reyes que seguramente no los hubieran auxiliado á ser comunistas. Los únicos que con algún viso de razón pueden ser llamados así son los *anabaptistas*. Aunque no creamos todo el mal que se ha dicho de esta secta, porque debe leerse con desconfianza la historia escrita por enemigos triunfantes, aparece bastante claro:

1.° Que su negación de la propiedad fué apasionada, iracunda, salvaje, puesto que se redujo, en teoría, á declamaciones niveladoras; en la práctica, á la expoliación, sin sistema económico que sustituyese al que pretendían destruir, ni organización del trabajo, de la producción, de la distribución y consumo, que diese idea de que ellos tenían alguna de la radical reforma que predicaban.

2.° Incapacidad *esencial* para formar una sociedad civilizada, por la negación de aquellos principios sin los cuales toda racional y progresiva agrupación es imposible.

3.° Arbitrariedad y tiranía sin límites en los *inspirados*, legisladores de las conciencias y jefes administrativos y militares, que hacían las distribuciones, imponían penas y mandaban ejércitos.

4.° Disminución de trabajo, y por consiguiente, de la producción.

5.° Relajación de las costumbres.

Por más benevolencia que se lleve al juicio de los comunistas que fueron arrojados de Suiza, que invadieron los Países Bajos y Alemania, y dominaron muy poco tiempo en Mulhausen y en Munster, no se les puede defender de los cargos que te dejo enumerados, y que los convierten, no en un precedente honroso, sino en un deplorable ejemplo.

La dominación de la Compañía de Jesús en el Paraguay ha sido confundida por algunos con el comunismo, del cual, ciertamente, no podía estar más distante. Lejos de que los bienes fuesen comunes, el único propietario era la Compañía, que distribuía á cada colono su tarea y su ración, y era como el tutor de un pueblo de menores. Si ejerció bien ó mal la tutela, cuestión es muy controvertida y no para tratada en este lugar: sólo si, te apuntaré que la gestión económica del Gobierno, que lo era todo, no pudo plantearse sino con estas condiciones:

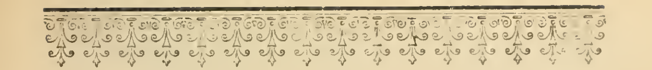
1.ª Preponderancia del sentimiento religioso, que permitió formar un gobierno teocrático.

2.ª Inferioridad de los gobernados por su ignorancia, y probablemente por su raza, respecto de los gobernantes.

3.ª Una autoridad sin límites en el jefe del Estado, y una obediencia ciega en los súbditos, que moralmente se constituían en voluntaria servidumbre.

Dime con tu buen sentido si de aquí pueden sacarse consecuencias favorables al comunismo, ni hacerse aplicaciones á pueblos descreídos, celosos de su libertad y de su autonomía, de la misma raza y no inferiores á sus gobernantes. La única lección provechosa que puedes sacar de estos ejemplos por lo tocante al asunto que tratamos, es que la gestión económica del Estado exige siempre en todas partes, y cualesquiera que sean las circunstancias que la acompañen, una autoridad arbitraria y sin límites.

Por esta rápida reseña podrás comprender el valor de los *hechos* que te citan á veces en favor del comunismo los que acuden á la historia, no como á experimentada consejera, sino para utilizarla como arma de combate. Las cosas imposibles en teoría no pueden ser hacederas en la práctica.



CARTA TRIGESIMOTERCERA

De la autoridad.

Apreciable Juan: Hoy debemos ocuparnos en la *autoridad*, que suelen personificar en uno ó muchos hombres que mandan.

Si la humanidad anduviera, aunque despacio, sin volver atrás, estaría ya muy adelante; pero es el caso que por avanzar sin prudencia, retrocede sin tino, como viajero que no tiene guía ó navegante que carece de brújula. Acciones y reacciones; saltos en direcciones opuestas; en prueba de que dos y dos no son seis, sostener que son cinco, es lo que se ha observado en todos tiempos y puede observarse en el nuestro. Combatir un extravío con otro y un error con el opuesto, no es el camino que enseña la lógica, pero suele ser el de la pasión, y por eso se tarda tanto en comprender la verdad y en realizar la justicia.

Hay épocas en la historia, (y la nuestra es una de ellas) en que todo raciocinio parece engendrado por una reacción, y en que todo mal quiere *cortarse de raiz*. En esto de *desarraigar* modos de ser de la sociedad, es necesario, Juan,

reflexionar un poco para no extraviarse mucho. En primer lugar, ten muy en cuenta que una cosa absolutamente mala, es decir, sin mezcla ninguna de bien, es difícil que sea institución social, y más que se perpetúe; tan difícil, que solamente como excepción rara puede citarse en la historia.

Alguna vez se apodera de los hombres una especie de vértigo, ó se sienten acometidos de epidemia moral; pero esto, como te digo, es raro; lo que comúnmente sucede es que todas las cosas que han sido, tuvieron, no sólo su *motivo,* sino su *razón* de ser, y que han producido una suma mayor ó menor de bienes.

La primera consecuencia de esta sencilla verdad comprobada por la historia, es hacernos justos con las cosas y con las personas, no despreciarlas, aunque procuremos suprimir instituciones que tuvieron su utilidad y su justicia, ni mirar como malvados ó como locos á los que pretenden sostenerlas. Con esto nos colocaríamos en una región serena para juzgar y ser juzgados con imparcialidad; purificaríamos la atmósfera de las emanaciones de la ira, que como el humo de la pólvora no permite ver claro á los combatientes, y seríamos razonables, precisamente porque no creíamos tener toda la razón. Cuando negamos á otro la suya, él nos niega la nuestra, y de este encadenamiento de negaciones resultan las luchas tenebrosas, en que se apaga la antorcha de la verdad.

La segunda consecuencia de no creer que los hombres han carecido de inteligencia y

de sentido moral hasta ahora, es tener esta duda. Tal institución que fué buena en su tiempo, ¿conservará todavía algo *bueno* aplicable al nuestro? Puesto que el bien en la esencia es uno mismo y sólo varía en la forma y condiciones, variando éstas, ¿no podemos continuarle, como se hallan después de un incendio los metales preciosos que el fuego ha podido hacer cambiar de forma, pero no destruir? Esta razonable duda daría lugar á la reflexión y serviría de freno á los impacientes que creen, ó se conducen al menos como si creyeran, que el modo de llegar primero á un punto es arrojarse por un precipicio que está en la línea más corta.

Y aunque se trate de cosas absolutamente perjudiciales, al extirparlas, es locura prescindir de los que las tienen por útiles. El arbol del mal da peligrosa sombra, y ¡ay del que pretenda *desarraigarle* sin *podarle* primero.

Antes de querer variar una institución en la realidad, es necesario cerciorarse bien de que está desacreditada en la opinión. No basta que sea errónea para que la tentativa se justifique: el error se encastilla; los que suben al asalto sin estar practicable la brecha, quedan en el foso; y los que lo mandan, responsables son ante Dios y la historia de aquéllas vidas.

Pero supongamos que una institución es ya absolutamente mala; que está suficientemente desacreditada; que ha llegado el momento de suprimirla. ¿Crees que porque debe destruirse

sin *demora*, puede derribarse sin *precaución?* Ya sabes lo que se hace con una casa vieja. Aunque esté *denunciada*, no deja de estar en pie; sus materiales no desaparecen desde el momento en que se declara que allí son inútiles; cohesión mayor ó menor tienen unos con otros, y fuerza tendrán al caer, que aplastará al que sin las debidas precauciones quiera echarla por tierra. Yo he visto ruínas de antiguos castillos que eran un verdadero peligro para la población sobre la cual amenazaban desplomarse, pero que no se podían derribar sin gastar bastante dinero y encomendar la obra á persona muy entendida. Lo mismo que con las ruínas de las obras materiales del hombre, sucede con las del orden social: si son grandes y antiguas, para que no se desplomen con daño, hay que apearlas con inteligencia. Detrás de la almena no está el hombre de armas, cierto, pero la piedra, al caer, es una fuerza y mata. En lo mental y en lo físico, tenlo presente, Juan, aunque de derribar se trate, es preciso hacerlo con regla, orden y medida; si no ¡pobres operarios!

Derribada una institución, hay que sustituirla con otra: la sociedad, como el hombre, necesita albergue, y el albergue suyo, su condición de existencia es la justicia, que ha de reinar en todas las esferas de la vida y formularse en las leyes que un poder, llámese como se quiera, debe hacer cumplir. ¡Contradicción singular! Al mismo tiempo que se quiere investir al Estado de una monstruosa dic-

tadura económica, haciéndole gerente único de la producción, se le niega la autoridad indispensable, no ya para que sea fuerte y poderoso, sino para que exista ni aun débil y miserable. Parece como una burla, Juan, que te digan al mismo tiempo que el Estado va á darte derecho al trabajo y ser el único capitalista y el único juez del mérito y distribuidor de los productos, con todas aquellas cosas más que quiere el socialismo que haga el Estado, para lo cual no le bastaría la omnipotencia, y que á la vez te inciten á revelarte contra toda autoridad y á combatir todo gobierno. Esto no se explica por las leyes del raciocinio, sino por los cálculos culpables de intereses egoístas, por los impulsos de la ira ó por los retrocesos de la reacción.

¿El capital no ha hecho todo lo que debía? Suprimir al capital.

¿La organización de la familia es defectuosa? Suprimir la familia.

¿Se han cometido abusos invocando la religión? Suprimir la religión.

¿Los gobiernos no cumplen bien? Suprimir el gobierno.

A un cúmulo de males, una serie de negaciones: á esto se quiere dar el nombre de reforma y de progreso, como si el organismo social no fuera una grande, á veces una terrible afirmación, á la que no es posible sustraerse suprimiendo los elementos de la realidad. Estos elementos, fatales para el que nada cree, providenciales para el que tiene alguna creen-

cia, pesan sobre todos como el sol brilla igualmente sobre los ciegos que sobre los que ven la luz.

El gobierno es una necesidad *absoluta* de la sociedad; la forma puede variar, la esencia es de ley natural, y, por consiguiente, indestructible. Pero ¿qué es el gobierno? Obligado á responder, tal vez darías una definición en el fondo como la siguiente: GOBIERNO, *unos cuantos hombres de fama equívoca, desacreditados tal vez, que sacan contribuciones, alistan soldados, prohiben algunas cosas malas que se hacen, y mandan algunas buenas que se dejan de hacer.* Sin que yo niegue que en alguna circunstancia la definición pueda tener mucho de verdad, ni sostenga que nunca sea en todo mentira, te advertiré que las cosas han de juzgarse por su esencia y no por la forma que en determinadas circunstancias puedan tener. Ahora reflexionemos un momento en el por qué el gobierno es una necesidad.

Todo lo que tiene vida tiene *organización,* y tanto más complicada, cuando el sér es más perfecto. Un montón de tierra, si el viento no la lleva, si el agua no la arrastra, si la mano del hombre no la traslada ó transforma, inmóvil é idéntica permanece. Que pongas la que está dentro afuera, ó la de arriba abajo, es igual; el montón queda el mismo, sus partes son iguales, y para formar un todo sin vida no tienen necesidad de ser diferentes ni de agruparse de este ó del otro modo; todas pueden ocupar el lugar de cada una, sin que el to-

do varíe: como el montón no tiene vida, no necesita ninguna especie de organización.

Si en vez de una porción de tierra coges un arbol y haces una operación análoga á la anterior, y le vuelves lo de arriba abajo y lo de fuera adentro, y le trituras y confundes sus partes, el arbol muere: como tenía *vida,* tenía *organización;* las hojas, las raíces, el tronco, tenían cada cual su forma y su destino, no eran iguales; contribuían igualmente á la vida de la planta, pero desempeñando funciones diferentes.

Si de la planta pasas á un animal, cuanto más perfecto, menos homogéneo; es decir, más desiguales son las partes que le componen, menos puedes sustituir unas con otras y alterar á tu arbitrio su modo de ser sin que perezca.

Nota la graduación. El montón de tierra sin organización ni vida tiene sus elementos *agregados*, superpuestos: pueden cambiar de posición á tu voluntad; la posición de las partes, absolutamente iguales, no altera la esencia del todo. El arbol puedes todavía podarlo, serrarlo; aún retoñará; con precauciones puedes introducir en tierra las ramas, que echarán raíces, y poner al sol las raíces, que echarán hojas; puedes variar mucho de su forma sin destruirle. El animal, cuanto más perfecto, es menos modificable á tu voluntad; y al hombre, por ejemplo, no puedes reformarle á tu capricho, ni mutilarle sin que perezca.

Vemos, pues, que á medida que la *vida* se

eleva, la *organización* se *complica*, necesita *más* condiciones invariables y se presta *menos* á ser modificada por la voluntad del hombre. El conjunto de las condiciones sin las cuales muere el animal ó la planta, es *la ley necesaria de la vida;* la sociedad la tiene también, y es locura querer prescindir de ella.

El niño, el adulto, el anciano, la mujer, el temerario, el prudente, el débil, el fuerte, el cruel, el compasivo, el pródigo, el económico, el veleidoso, el perseverante, el holgazán, el trabajador, el inteligente, el estúpido, elementos son bien distintos que no pueden sustituirse unos por otros; la variedad infinita de inclinaciones y aptitudes de los miembros que componen el cuerpo social, que llenan funciones diversas, prueban con evidencia que la sociedad es un sér organizado como el animal, y no un agregado de moléculas como el montón de tierra. Prueba en el cuerpo social á sustituir la acción de agentes diversos; á que el hombre llene las funciones de la mujer, el ignorante las del sabio, el criminal las del ciudadano probo, y la sociedad perece, ni más ni menos que un hombre á quien se quisiera hacer respirar con el estómago y digerir con el pulmón. Esto quiere decir que la sociedad, como todo organismo, tiene condiciones y leyes orgánicas. Las condiciones de vida de la sociedad son las mismas que las de los individuos que la componen, y pueden dividirse en tres grupos:

Condiciones materiales.

Condiciones morales.

Condiciones intelectuales.

Albergue, vestido y alimento, afectos, rectitud, conocimiento, saber en mayor ó menor escala, son necesidades del hombre. Pero que vayas al trabajo ó al templo; que estreches amorosamente á tu hijo contra tu corazón, ó sostengas el vacilante paso de tu anciana madre; que medites sobre alguna verdad ó sientas la inspiración de alguna cosa grande y bella; donde quiera que vas y lo que quiera que hagas, va contigo tu derecho, y toda acción y obra tuya ha de ser respetada mientras sea justa. Sin este respeto, tu vida es imposible en todo orden de ideas y de acciones; si te turban, si te acometen, necesitas para defenderte emplear en la lucha la fuerza que habías de aplicar al trabajo. Así como el hombre material, que coma ó que beba, que trabaje ó descanse, que vele ó que duerma, necesita *respirar* siempre, por ser el aire una condición de su vida, del mismo modo el hombre social necesita *justicia,* porque sin ella no puede existir. Se vive mejor ó peor con más ó menos justicia, pero hay un mínimo sin el cual las sociedades perecen, como los hombres que se asfixian en los pozos inmundos. En Oriente hubo imperios de que no queda más que el nombre; ciudades de portentosa magnificencia, que no se revelan al viajero sino por columnas rotas ó sepulcros subterráneos. Poco significan los nombres de los pueblos y de los reyes que los destruyeron, ni qué armas usa-

ban: lo que importa investigar y ver claro, y se comprueba y se ve mirando con un poco de atención, es que esas sociedades han perecido porque llegó á faltarles aquella cantidad de justicia sin la cual los pueblos mueren.

La sociedad hemos visto que no es un *agregado,* sino un *organismo,* que no es un *montón,* sino una *vida;* pero esta vida no obedece en todo, como la de las plantas y los animales, á leyes fatales. El grupo de árboles extiende sus raíces y sus ramas de igual modo, siempre que sean iguales la clase de terreno y la humedad y el calor. Una sociedad de insectos no se aparta de la regla que su instinto le revela; las abejas y las hormigas de hoy viven absolutamente lo mismo que hace veinte siglos, y como vivirán cuarenta después. Obedecen á una ley fatal como los astros, y se pueden calcular sus movimientos en el agujero ó la colmena, como los de la luna en el espacio: la ley de su existencia se cumple fatalmente; no hay necesidad de que nadie se encargue de hacerla ejecutar, porque no hay ninguno que pretenda infringirla.

En la sociedad humana entran nuevos elementos: los seres que la componen, no sólo tienen *vida,* sino que tienen además *voluntad justa* ó *injusta;* y esta circunstancia, que de *viviente* eleva al hombre á la categoría de *persona,* hace necesario un *poder* que sujete las voluntades injustas á la ley de la vida social. La hormiga nada hará que no esté conforme al bien del hormiguero; pero el hombre pue-

de hacer y ejecuta muchos actos perjudiciales a la sociedad, y á veces destructores de ella. El que con voluntad perseverante se apodera de lo que te pertenece, calumnia tu buen proceder ó atenta contra tu vida, necesita una fuerza que le contenga, y una ley que determine hasta dónde y cómo esta fuerza ha de obrar, para que ella misma no cometa injusticia al querer evitarla. Siendo el hombre dueño de sus acciones, teniendo libertad moral, con sólo que hubiese uno dispuesto á abusar de ella, haría necesarios el poder y la ley que debe aplicarla. La voluntad injusta de un ladrón, de un incendiario, de un lascivo, de un asesino, si no encontraba freno, bastaría para turbar la existencia de un pueblo entero y hacerla imposible. Cuando este freno no le pone la sociedad, le pone el ofendido; donde quiera que no hay justicia, hay venganza; es preciso que la haya, porque es indispensable que halle obstáculo la intención criminal y perturbadora.

Épocas ha habido en que *la justicia se tomaba por la mano;* pero esto, en vez de ser un ideal del porvenir, es una desdicha de lo pasado. La tiranía del más fuerte y la guerra contínua, son la inevitable consecuencia de un poder social impotente para realizar la justicia. Cuando los pueblos han salido del laberinto ensangrentado que se llama satisfacción de la ofensa tomada por el ofendido, vestigios quedaron de su aciago reinado en la arbitrariedad con que se clasificaban los delitos, en la

crueldad con que eran castigados, y hasta en la satisfacción que se concedía á la conciencia general, dando á la justicia el horrible nombre de *venganza pública*. Limitar la autoridad y el poder en todo aquello que puede ser beneficioso, es volver á los tiempos bárbaros; el progreso consiste en disminuir la fuerza del crimen y del vicio, y no la del gobierno.

Apenas hay necesidad de indicar la desventaja de que sea el inmediatamente perjudicado, y no la sociedad, quien ponga coto á los desmanes del perverso. Figúrate un ladrón, que mientras trabajas te roba tu única chaqueta. Natural es que te indignes contra el pícaro que, mientras ganas penosa y honradamente el pan de tu familia, te priva de tu abrigo para venderle por un vaso de aguardiente. Huye: hechas tras él; á la indignación que su mal hecho te ha causado, se añade la de la resistencia que opone á que le castigues; le das alcance al fin, y como suele decirse, *te ciegas*, le maltratas duramente; sino hay quien se interponga entre ambos, tal vez le das un golpe mortal. ¿Te parece que el robo de una chaqueta es razón para matar á un hombre? Seguramente que no, ni tú lo harías *á sangre fría;* pero *acalorado,* es inevitable aquel abuso de la fuerza con el que no respetó el derecho. Si te contienes y no tocas al ladrón, entonces éste se irá riendo de tí, y muy animado á repetir una acción lucrativa sin trabajo ni peligro. El ofendido no puede ser justo:

1.° Porque la cólera no le deja apreciar la criminalidad del hecho.

2.° Porque no tiene medios de investigar las causas que pueden disminuir ó agravar esta criminalidad; ya comprendes la diferencia que va de robarte la chaqueta para embriagarse, ó para ponérsela al enfermo que carece de abrigo.

3.° Porque no tiene medio de sujetar al malhechor, de lo cual resulta que la alternativa es un castigo brutal y excesivo, ó la impunidad; además, este castigo pervertirá, en vez de corregir al criminal, como debe intentarlo toda persona.

4.° Porque puede no ser una cosa clara, ó ignorarse absolutamente la persona que ha cometido el delito; tú no tienes medios de averiguarlo, y hay probabilidad de que quede impune ó de que castigues á un inocente.

De todo lo expuesto, aunque brevemente, resulta:

1.° Que la sociedad no es una agregación inerte, sino un cuerpo con vida.

2.° Que la vida de la sociedad, como la de todo sér viviente, tiene condiciones que forman la ley de su existencia.

3.° Que esta ley de existencia social es la justicia en mayor ó menor dósis, pero siempre con un mínimum indispensable.

4.° Que la realización de esta justicia no puede hacerse por el ofendido ni aun por el que no lo sea y esté atenido á sus medios individuales.

5.° Que se necesita una ley que evite á la vez la arbitrariedad y la impunidad, la crueldad y la mayor perversión del culpable, y un poder que tenga fuerza para ejecutar la ley.

6.° Que este poder es el Estado, cuyo órgano es el gobierno.

7.° Que el gobierno, con una ú otra forma, no es un error ni un abuso, sino una necesidad.

Pero el Estado, el gobierno, que es su órgano, considerado solamente de la manera que acabamos de hacerlo, parece tener por único objeto la represión, y quedar reducido á mandar la Guardia civil, nombrar jueces y construir cárceles y presidios. No ha faltado quien así lo considere; sólo en enfrenar la *mala voluntad,* sino en auxiliar la *voluntad buena,* de tal modo, que el perverso encuentre *obstáculos* á su criminal intento, y el hombre honrado *facilidades* para ser mejor y más dichoso: la perfección del hombre y su bienestar son el objeto final de todas las instituciones humanas. Aunque sea de paso, te haré notar que dicha y perfección, son, ó dos fases de una misma cosa, ó dos cosas tan íntimamente enlazadas, que pueden comprobarse una con otra. La felicidad que no perfecciona, es mentira; la perfección que hace desgraciados, no es verdad.

La razón del poder del Estado, y por consiguiente del gobierno, si la analizamos, da idea de su *índole.* Esta razón es la libertad moral del hombre, su voluntad, que puede ser justa ó injusta. Cuando el hombre hace mal uso de

su libertad y es culpable, en el concepto de tal, es inferior á los animales y hace necesaria la fuerza que le obligue al cumplimiento de la ley de existencia de su especie; de aquí la necesidad de la *represión*.

Pero cuando el hombre hace buen uso de su voluntad, se eleva muy por encima de los otros vivientes. Esta voluntad recta, además de justa, puede ser y es á veces elevada, sublime, de tal modo, que no solo produce ciudadanos honrados, sino genios de altas aspiraciones, propagadores de grandes ideas y mártires de causas santas; de aquí la justicia del auxilio, de la protección, en algunos casos, de la iniciativa del Estado para realizar nobles y fecundos pensamientos en todo aquello que no pueden llevar á buen término los medios de que dispone el indivíduo. Así como el poder debe reprimir toda tendencia al mal, está obligado á favorecer todo impulso hacia el bien; debe aspirar toda emanación benéfica, recoger todo rayo luminoso de verdad, para formar un foco poderoso que lleve á donde quiera los resplandores de su luz; debe escuchar toda voz que formule un pensamiento fecundo, y responder á toda razonable interrogación, de tal manera que contenga, aisle y debilite las actividades perjudiciales, y acumule, condense y fortifique las útiles. Podemos definir el Estado, *la fuerza de todos para contener lo que hay de malo y fortificar lo que tiene de bueno cada uno.*

Tan errónea es la opinión que quiere que el Estado lo haga todo, como la que pretende que

no haga nada; error que viene de no formarse idea exacta de lo que es el Estado y de lo que es el gobierno.

No escuches á los predicadores de anarquía, ni acudas á los llamamientos que te hacen para combatir todo poder y negar toda autoridad. Purificar el poder, perfeccionarle, es alta misión de hombres racionales; destruirle, es imposible empresa de insensatos. Persuádete, Juan, de esta verdad, y tenla siempre muy presente: EL MEDIO MÁS SEGURO DE TENER EL PEOR GOBIERNO POSIBLE, ES EL EMPEÑO DE NO TENER NINGUNO.



CARTA TRIGÉSIMOCUARTA

La patria.

¡La patria! ¿Qué es la patria? Al procurar responder á esta pregunta, se me viene á la memoria una sentida composición del señor don Ventura Ruiz Aguilera, y pareciéndome que saldrías perdiendo mucho si yo te dijera en vulgar prosa lo que él tan bellamente ha dicho en buenos versos, te los copio:

LA PATRIA

I

Queriendo yo un día
Saber qué es la patria,
Me dijo un anciano
Que mucho la amaba:
«La patria se siente;
No tienen palabras
Que claro la expliquen,
Las lenguas humanas.
Allí, donde todas
Las cosas nos hablan
Con voz que hasta el fondo

Penetra del alma;
Allí, donde empieza
La breve jornada
Que al hombre en el mundo
Los cielos señalan;
Allí, donde el canto
Materno arrullaba
La cuna que el Angel
Veló de la Guarda;
Allí, donde en tierra
Bendita y sagrada,
De abuelos y padres
Los restos descansan;
Allí, donde eleva
Su techo la casa
De nuestros mayores. .
Allí está la patria.

II

»El valle profundo
Y enhiesta montaña,
Que vieron alegres
Correr nuestra infancia;
Las viejas rüinas
De tumbas y de aras,
Que mantos hoy visten
De hiedra y de zarzas;
El árbol que frutos
Y sombra nos daba
Al són armonioso
Del ave y del aura;
Recuerdos, amores,
Tristeza, esperanzas,
Que fuentes han sido
De gozo y de lágrimas;
La imagen del templo,
La roca y la playa,
Que ni años ni ausencias
Del ánimo arrancan;

La voz conocida,
La joven que pasa,
La flor que has regado
Y el campo que labras,
Ya en dulce concierto,
Ya en notas aisladas,
Oirás que te dicen:
Aquí está la patria.

III

»El suelo que pisas
Y ostenta las galas
Del arte y la industria
De toda tu raza,
No es obra de un día
Que el viento quebranta;
Labor es de siglos
Que el cielo consagra.
En él tuvo origen
La fe que te inflama;
En él tus afectos
Más nobles se arraigan;
En él han escrito
Buriles y hazañas,
Pinceles y plumas,
Arados y espadas,
Anales sombríos,
Historias que encantan,
Y en rasgo indeleble
Tu pueblo retratan.
Y tanto á su vida
La tuya se enlaza,
Cual se une en árbol
Al tronco la rama.
Por eso, presente
O en zonas lejanas,
Doquiera contigo
Va siempre la patria.

IV

»No importa que al hombre
Su tierra sea ingrata;
Que peste y miseria
Jamás de ella salgan;
Que viles verdugos
La postren esclava,
Rompiendo las leyes
Más justas y santas;
Que noches eternas
Las brumas le traigan,
Y nunca los astros
La luz deseada.
Pregunta al proscrito,
Pregunta al que vaga
Sin pan y sin techo
Por tierras extrañas,
Pregunta si pueden
Jamás olvidarla,
Si en sueño ó vigilia
Por ella no claman.
No existe, á sus ojos,
Más bella morada;
Ni en campo, ni en cielo,
Ninguna lo iguala.
Quizá, unidos todos,
Se digan mañana:
¡Mi Dios es el tuyo;
Mi patria, tu patria!

Esto es la patria para el corazón; al que no le tiene, es inútil hablarle de ella; es un ser moralmente imperfecto y mutilado. Pero si la patria *se siente;* si el patriotismo, más bien que un raciocinio, es un sentimiento, no quiere decir esto que sea un absurdo; muy por el contrario, la razón le sanciona. Sucede con el amor

de la patria lo que con el amor de los hijos: se siente primero, se motiva después. Siempre que hay una necesidad imperiosa para la sociedad ó para el indivíduo, la Providencia ha colocado un sentimiento ó un instinto, es decir, un impulso fuerte é instantáneo que obra sin discutir, y tanto más independiente del raciocinio, cuanto es más indispensable.

El hombre respira aun contra su voluntad, digiere sin saberlo, y cierra los ojos antes de hacerse cargo de que podría dañarles el objeto que á ellos se acerca. Los cuidados que se dan á los hijos pequeñuelos, y sin los cuales la especie no podría perpetuarse, no son calculados tampoco: los padres, y las madres sobre todo, hacen por amor lo que por cálculo no harían nunca. La razón del hombre, su noble compañera, su divino atributo, está sujeta á los desvaríos del error y á las flaquezas de la voluntad, y por eso no se le encomienda exclusivamente ninguna función esencial á la vida de los indivíduos ni de las naciones. El patriotismo, ¿es una de estas cosas esenciales de los pueblos? Nos será fácil probarlo.

No estaría poblada la tierra sin el amor instintivo que tiene el hombre al lugar donde nace. Sólo aquellos favorecidos por la naturaleza tendrían pobladores; y en vez de que hoy un sentimiento, el amor de la patria, establece la armonía, y el lapón vive dichoso entre sus eternos hielos, y el árabe en el abrasado desierto, habría sangrienta lucha para apoderarse de las comarcas fértiles y templadas, quedándose

el resto para mansión de animales feroces. Esta despoblación de las tierras estériles y destemplados climas, llevaría consigo probablemente la extinción de la especie, y de seguro su falta de cultura y de progreso. Las razas diversas, con sus diferencias de nacionalidad, son para el género humano lo que los diferentes indivíduos para un pueblo. Si todos quisieran ser albañiles, sastres, abogados ó arquitectos, la obra social sería imposible, porque exige división de trabajo, y tanto mayor, cuanto la civilización está más adelantada. De igual modo, si no hubiera más que un pueblo en la zona más favorecida, le faltaría la división del trabajo *humano,* no menos necesaria que la del trabajo *social;* una nacionalidad *única* produciría una especie de *estancamiento* intelectual y moral; todo progreso sería imposible é inevitable, por consiguiente, la decadencia, porque la razón y la historia prueban de un modo evidente, que todo el que no avanza hacia el bien, retrocede al mal, que permanecer estacionario es imposible, y que los pueblos necesitan comunicarse é influirse mutuamente, llevar al fondo común los elementos de vida que cada cual posee, de modo que se aumente su capital y se levante el nivel de la moralidad y de la inteligencia.

Y esto sucede, no solo porque los pueblos son diferentes, sino porque no están en el mismo período de su vida. La marcha es armónica, pero no simétrica, y el esfuerzo intermitente, cuando la labor debe ser contínua. Figúrate

una de esas obras que empezadas no pueden interrumpirse sin perder lo hecho, y en las que se emplean diferentes cuadrillas para que descansen unas mientras trabajan las otras: tal es la humanidad. Las cuadrillas son los pueblos; si á la hora en que se necesita no acude el relevo, la obra no se hace; si no hay diferentes nacionalidades, el relevo no puede acudir; y si no hay patriotismo, no puede haber nacionalidades diferentes.

Ya ves la razón de ese sentimiento que se llama amor de la patria, que, como todos se eleva y se purifica á medida que se ilustra y se moraliza el hombre. El *amor* á la patria en los pueblos de la antigüedad llevaba consigo el *odio* á los que no pertenecían á ella: *extranjero,* tanto quería decir como *enemigo,* y aun había idiomas en que con una sola palabra se nombraba á entrambos. El amor de la patria era también más ó menos hostil de la familia: el ciudadano de Roma ó de Esparta absorbía al hombre; antes que padre de sus hijos era hijo de la república.

Esta especie de *incompatibilidad* entre los *deberes,* prueba una gran inmoralidad y una grande ignorancia; el amor de la familia, de la patria y del género humano, son armónicos, y en vez de hostilizarse, se prestarán mutuo apoyo cuando los hombres sean un poco menos imperfectos. Si se han podido poner en pugna las virtudes *cívicas* y las virtudes *privadas,* es porque no se han analizado, es porque no se ha comprendido que el hombre público nece-

sita *amor,* y el hombre privado *energía.* ¿Basta, por ventura, para ser hombre de Estado, no venderse y tener cierta instrucción? Menguado político sería con estas dos solas condiciones, y desdichado pueblo el gobernado por él. El que es mal hombre en la familia, no puede ser buen ciudadano; el padre, el esposo, el hermano, el hijo perverso, no pueden tener criterio moral, ni conciencia clara, ni noble impulso, ni perseverante esfuerzo, ni aquel resorte poderoso del espíritu que vence los grandes obstáculos é inspira los grandes hechos.

¿En qué consiste que muchos hombres de quienes se espera mucho hacen tan poco? En que no son honrados. No hay más que una moral; las virtudes y los deberes son armónicos, son rayos de luz que salen del mismo foco. No creas que será buen diputado ó buen ministro el que es mal hijo ó mal padre; no imagines que el empleado concusionario ó el juez venal sean rectos y probos en la sociedad y en la familia; ni te figures tampoco que el hombre que es malo en su familia y malo en su patria, pueda ser bueno para la humanidad.

El amor de la patria, armónico con el de la familia y de la humanidad, es una necesidad *humana,* como hemos visto, porque sin él quedaría despoblada la tierra; es una necesidad *social,* porque sin él toda obra de progreso y de perfección sería imposible. ¡Ay de la humanidad si no hubiera patría! ¡Ay de la patria si no hubiera familia! Patria, familia, humanidad, cosas son que

no pueden destruir las teorías de ninguna escuela, pero que pueden ensangrentar y hacer desdichadas la obcecación y las iras de los partidos. Te predican que fraternices con los obreros de todas las naciones: bien está; hermanos tuyos son y debes amarlos. Pero como si tu corazón fuera tan pequeño que no pudiera ensanchar la esfera de su amor, y como si en él hubiera un foco de odio inextinguible que fuese necesario lanzar sobre alguno, la fraternidad para una *clase* de extranjeros lleva consigo la hostilidad con otra *clase* de compatriotas, y para que tengas humanidad, te dicen que no tengas patria. Todo esto es absurdo, Juan; no creas en el amor que no es más que una sustitución de odio, ni imagines que ha de ser compasivo con los extraños el que es cruel con los propios: el hombre es uno, idéntico así mismo, bueno ó malo para todos.

Debe aceptarse la verdad donde quiera que esté, y rechazarse el error en cualquier parte que se halle. Aplica á *La Internacional* esta verdad sencilla; toma de ella el amor á los extranjeros y no el odio á los compatriotas; recibe la humanidad, pero no le des en cambio la patria.

Hace pocos años acudías, como de costumbre, el día 2 de Mayo, á honrar la memoria de los que en igual día habían muerto á manos de los soldados de Murat. Algunos indivíduos de *La Internacional* quisieron hacer una manifestación contra tu patriotismo; tú

lo impediste violentamente, en lo cual hiciste mal. Los manifestantes estaban en un error, pero también en su derecho, que debieras haber respetado, sin ceder por eso nada de tu razón. Esta razón era entonces, y hoy, y siempre, que porque ames á los franceses de hoy, porque perdones á los de 1808, no por eso has de menospreciar ni olvidar siquiera la memoria de los mártires del patriotismo y del deber. Cuanto más se eleve tu alma, cuanto más se dilate la esfera de tus simpatías, cuanto más cierres tu pecho al odio, cuanto mejor seas, en fin, de más valor será el homenaje que rindas á los que murieron por el santo amor de la patria. Si ellos te ven desde un mundo donde no se aborrece, sólo recibirán gratos la corona que les ofrece tu mano cuando al tributo de tu amor no vaya unido ningún impulso de ira.

No hay más segura señal de decadencia en un pueblo que el menosprecio ó el olvido de los valerosos que le han honrado. Y ten, Juan, muy en cuenta que su memoria ha de respetarse, aunque la razón porque murieron no lo parezca hoy en día. Los hombres han de juzgarse en la época en que han vivido. Si en ella fueron probos y desinteresados; si antepusieron el bien público al suyo; si tuvieron en poco la vida y en mucho la honra, grandes fueron, y como grandes deben ser tenidos y ensalzados. Negar el título de *bueno* al que no entendió el *bien* como le entendemos, es tener un criterio tan mezquino como injusto.

No pidamos á los hombres cualidades que no pudieron tener en su época; no tengamos la fatuidad de tener por caudal propio el fondo común de nuestro siglo, que han contribuído á formar los mismos que desdeñamos. ¡ Si supieras cuánto debes á los que te han precedido ! ¡ Si supieras cuántos mártires se han necesitado para proporcionarte la menor de las ventajas que disfrutas ! Si supieras cuántas víctimas ha hecho la fuerza para que puedas hacer valer tu derecho, no olvidarías, ingrato á los que se inmolaron por ti, no calumniarías á los que, muriendo, esperaron en la justicia de la posteridad; no romperías los lazos que deben unir á los hombres buenos de todos los siglos; y en vez de rechazar con escarnio una herencia de gloria, te acercarías, descubierta la cabeza, á las sagradas tumbas, y ellas te dirán: ¡ Hay patria !



CARTA TRIGÉSIMOQUINTA

Conclusión.

Apreciable Juan: Por modestas que sean las aspiraciones del que para la prensa escribe, siempre imagina que siquiera ha de tener un lector. Yo me lo he figurado también, y he hablado contigo como un ser real que sufre y que goza, que teme y que espera, como con una racional criatura expuesta á caer en el error y susceptible de penetrarse de la verdad. Al llegar al término de esta conversación que contigo he tenido por espacio de dos largos años, parece como que te había cobrado cierta especie de afecto, pues aunque no seas más que una idea, con las ideas se encariña uno también; por eso al decirte adiós, hubiera querido que fuese como el de dos amigos que, después de una discusión razonada, se retiran sosegadamente al tranquilo hogar, con la seguridad que humanamente puede haber de que no les sucederá mal ninguno.

¡Cuan distinta es la realidad de este mi deseo! Donde quiera que te retires y á cual-

quier lugar que yo vaya, hallaremos la inquietud, el desasosiego, la destrucción, la violencia, lágrimas y sangre y muerte; la guerra, en fin, la más impía de las guerras que se hacen entre sí los que son dos veces hermanos (1).

Ni nombres propios hemos de pronunciar, ni traer al debate persona ni cosa que pudiera darle apariencia de parcialidad ó de pasión; pero si no hemos de acusar, ni dirigir cargos, ni lanzar anatemas, deber nuestro es consignar las lecciones que con lágrimas y sangre está escribiendo la historia.

Las circunstancias han venido á favorecer la realización de aquellas teorías, que como panacea de tus males te daban y como errores he combatido. Los hombres de esas teorías han podido ponerlas en práctica; gobernantes y legisladores han sido, y se desploman y van cayendo y caerán bajo el peso de la imposibilidad de realizar lo imposible. ¿Dónde están esas reformas radicales, esos males cortados de raíz, esas transfiguraciones sociales, para las que no se necesitaba, al decir de sus apóstoles, sino que fuesen poder los que amaban al pueblo y poseían la verdadera ciencia social? ¿Cómo no estamos ya constituídos según las teorías socialistas? Comprendo que en la práctica pudieran surgir graves dificultades, como acontece siempre en las transcendentales reformas: esto, ni era cosa de extrañar, ni

(1) Ensangretaban á la sazón á España tres guerras civiles: la de Cuba, la *carlista* y la llamada *cantonal*.

argumento que de bena fe y con conocimiento de causa pudiera hacerse; no se trata, pues, de este ó del otro obstáculo, de aquella infamia ó del crimen de más allá, no: aunque el llanto enturbie los ojos y cubra el rostro el color de la vergüenza, es necesario enjugar las lágrimas y alzar la frente é imponer silencio á las voces del dolor y de la ira, y levantar con espíritu imparcial y mano firme el acta de este terrible debate.

Lo grave para el crédito de los socialistas, fantásticos creadores del *Cuarto Estado*, no es que se haya hecho poco en el sentido de sus ideas; es que no se ha *intentado nada*. Fíjate bien en esto, Juan, porque la gran lección está aquí; no te hablo de crímenes, ni de horrores, ni de infamias; te hablo de *impotencia absoluta*, de no haber adoptado una medida, tomado una resolución, formulado un acuerdo, que realice, que intente realizar siquiera aquellas teorías de organización del trabajo, conversión de la propiedad individual en colectiva, etc. Ni un vuelo atrevido, ni un surco profundo, ni una prueba de esa sinceridad en el error, que se llama fanatismo y que extravía, pero al menos no degrada. Los hombres del Cuarto Estado parece que han perdido la fe en sus sistemas en el momento mismo en que han estado en situación de realizarlos, como ciegos que de repente reciben la luz, ó niños que echaran de ver que las pompas de jabón no tienen dentro más que aire. Jamás poder anunciado como revolucionario conservó tan com-

pleto *statu quo;* jamás hombres de sistema, puestos en el caso de realizarlos dieron tan claras muestras de no tener fe en él; jamás se dió tan solemne escarmiento á la credulidad fascinada. Suprime la orgía política, eso que escandaliza, que indigna y que da horror, y el socialismo en el poder y en el santuario de las leyes, es un cadáver al que no se concederán los honores de la sepultura.

Aparte de la falta de arranque y de energía que en tal grado no podía preveerse, todo lo demás era de esperar. Por abatir una bandera y levantar otra y hacer unas cuantas afirmaciones osadas y negaciones impías, no se convierte en hacedero lo que es esencialmente irrealizable. Hace meses lo vimos hablando del supuesto *Cuarto Estado.* La revolución política estaba hecha; la económica no podía hacerse, porque en esa esfera, los cambios, ni pueden ser repentinos, ni se hacen por medio de hombres que se amotinan en las calles, que tiran tiros en los campos ó votan en los comicios ó en las Cortes. Los creadores de estados sociales imposibles han dicho: «que *el Cuarto Estado sea*», y el Cuarto Estado NO FUÉ; y en la hora más propicia para mostrarle al mundo, cuando desde las cumbres del poder se podía ostentar victorioso y preponderante; ha desaparecido como esas sombras que crecen para desvanecerse. La prueba se podía intentar; ningún obstáculo material lo impedía; pero la cosa es tan absurda, que ni aun le es dado aspirar á los honores del ensayo;

es un campeón, no derrotado, sino *corrido,* á la sola amenaza del contacto con la realidad.

En vez de hacerte un resumen de cuanto te llevo dicho, voy á presentarte un abreviada enumeración de las pruebas que la práctica de los últimos tiempos ha traído á mis afirmaciones. Observemos los sucesos enfrente de las grandes cuestiones, de aquellas cuestiones capitales y palpitantes, con que se han fascinado las inteligencias y exasperado los ánimos, convirtiéndolas en fulminantes de esos á que se pone fuego, no para abrir una vía, sino para volar un edificio (1).

PROPIEDAD.—La propiedad no cambia de constitución, sino tal cual vez de mano.

El maestro había dicho (ó repetido): «*La propiedad es el robo*»; algunos discípulos dicen: «*El robo es la propiedad*», lo cual es sumamente lógico. No se da un paso, ni el más mínimo, para variar la índole de la propiedad; hay sustitución de propietario, despojo, hechos violentos que en nada invalidan el derecho, prácticas que no corresponden á ninguna teoría. Nótalo bien, Juan, porque es de notar. Mandan los adversarios más ó menos francos de la propiedad individual, se arman las masas que poco ó nada poseen; el principio de autoridad es nulo; no hay más que dar la señal del despojo, y el despojo se hará impunemente. Los propietarios tienen miedo, carecen de

(1) Esto se escribía en Agosto de 1873, y las *Cartas al obrero* habían empezado á publicarse en Mayo de 1871

hábitos militantes, y son los menos; los pobres son los más; parece que se han contado; no les repugna la apelación á la fuerza; la ley de los hombres calla; la de Dios no se escucha; la tentación atruena con voz que repiten los mil ecos del escándalo. ¿Cómo hay en España una sola casa donde pueda hallarse algún valor, que no haya sido saqueada? ¿Quién contiene á la multitud? Quién pone diques á ese torrente? El mismo que señala un límite que no traspasa el mar tempestuoso. Del propio modo que el mundo físico, tiene sus leyes el mundo moral, y por ellas, aun en medio de las borrascas políticas y de los cataclismos sociales, una mano invisible pone coto á su acción perturbadora; y los adversarios, los detractores, los que niegan la propiedad en principio y no tiene, á su parecer, ninguna razón para respetarla, de hecho la respetan, y, lo que es todavía más, la defienden. Tú y tus compañeros más de una vez habéis amparado al propietario y perseguido al ladrón.

Acá y hallá hay robos y despojos, cierto; pero son violencias hechas al propietario más bien que ataques á la propiedad; el número de éstos es relativamente muy corto, y si se han castigado flojamente, no consiste en que esté en la opinión la impunidad para esta clase de delito, sino que hoy está en la práctica para todos. Se roba y se despoja, pero sin atacar al principio de propiedad, sino dando al atentado un alto fin, diciendo que es necesario para defender la religión ó la república. Es

grande el número de los ladrones; muy corto el de los que se atreven á serlo sin esta ó la otra máscara. Tales hechos, repetidos en tales circunstancias, prueban hasta la evidencia que la propiedad no es una institución de las que pasan, ni un error de los que se desvanecen, sino una condición esencial de vida en las sociedades humanas. La lección que los sucesos están dando, es solemne; insensatos serán los hombres si no la toman.

La familia.—Tan reciamente combatida por algunos reformadores radicales, ¿qué ataques ha sufrido desde que han podido convertir en hechos las amenazas que contra ella fulminaban? ¿Dónde están las resoluciones propias para que la familia se constituya sobre diferentes bases ó para suprimirla? Todo el daño que ha recibido viene de las malas costumbres, de la corrupción, de los vicios, en cuya práctica tienen una desdichada conformidad los hombres de las teorías más opuestas.

El trabajo.—¿Dónde está la organización del trabajo, ese famoso sofisma, ese talismán poderoso, ese admirable instrumento de prosperidad y de justicia, esa bandera de guerra bajo la cual se alistan tantos obcecados campeones? ¿Por ventura se ha hecho, se ha intentado nada para esa organización, piedra angular del edificio socialista? Por más que cuidadosamente observo, no veo que se trate de la realización del *derecho al trabajo*, sino del *derecho á holgar;* únicamente de la práctica de

este último veo ejemplos y varias disposiciones que tienden á asegurarlo.

IGUALDAD.—Busco en vano los decretos, las leyes y aun las violencias niveladoras. Las jerarquías sociales ninguna alteración han sufrido, y hasta las vanidades continúan ostentando el oropel de sus distintivos.

PATRIA.—Los que la desgarran ponen en relieve el absurdo de los que quieren suprimirla. Estos no levantan bandera; es una anarquía vergonzante y práctica, que no se afirma ni quiere generalizarse por medio de ninguna teoría. No es una escuela, es un motín; no es un principio, es un atentado. Se ve la mezcla de cinismo é hipocresía que tiene siempre el que obra contra el buen sentido y la conciencia. El hombre es capaz de hacer más daño del que se atreve á confesar; es tan poderosa su propensión á justificar sus hechos, que lo intentan hasta los criminales más endurecidos, hasta los locos mientras conservan una ráfaga de razón. La falta de consecuencia y de lógica del grupo que niega la patria, pone en relieve lo absurdo de semejante negación. Los que se apartan de la patria común, hacen y dicen en la pequeña patria lo mismo que condenaban en la grande.

Ninguna supresión ni creación esencial; todo se reduce á limitar el lugar de la escena, que ocupa dos leguas en lugar de doscientas ó de dos mil. Contradicción, hipocresía, impotencia, nada más se ve en los que niegan la patria; y cuando digo *nada más,* es porque

hago abstracción y caso omiso de toda culpa y de todo crimen, limitándome á señalar la falta de razón y de lógica, las imposibilidades esenciales, invencibles, los errores en la esfera de la inteligencia, á los que han de corresponder y corresponden, por desgracia, maldades y dolores en la esfera moral.

Aunque la tierra que fué España deje de obedecer á unas mismas leyes; aunque sus hijos dejen de amarse, y en vez de intereses armónicos, tengan intereses encontrados; aunque en lugar de vivir en dichosa paz, se hagan encarnizada guerra, ¿probarán algo contra la *idea* de la patria? El ensayo hecho por los que esa idea combaten, la acredita, haciendo una cosa parecida á esa prueba que se llama *por el absurdo* y que aquí podría llamarse *por el desastre*. ¿Qué mejor razonamiento en favor de la bondad de una cosa que los males que resultan de suprimirla? Todo lo que has visto prácticamente y en el terreno de los hechos de algunos meses á esta parte, debe ser para tí Juan, la más concluyente prueba de que se puede constituir de este ó del otro modo, pero de que no se puede suprimir la patria. Mira lo que son y lo que hacen los que la combaten, y verás que parece que los han elegido para desacreditar lo que sostienen, como los espartanos embriagaban á los esclavos para hacer odiosa é infame la embriaguez.

AUTORIDAD.—La negación del principio de autoridad es otro artículo de la fe ortodoxa de los transformadores sociales. La voluntad del

individuo, sus derechos absolutos é ilegislables, son su ley, que él es el encargado de hacer y ejecutar. Y ¿qué ha sucedido al poner en práctica semejante teoría? Que la negación de todo principio de autoridad es la negación de toda práctica de derecho y de toda realización de la justicia. Ese individualismo exagerado, se hace inevitablemente egoísta, caprichoso, insensato, loco, y las voluntades sin regla son indómitas y destructoras como fieras, y como tales es preciso perseguirlas. Mira esos pueblos: fíjate en aquél que más tiempo lleva rebelado contra el principio de autoridad, y verás sucederse las tiranías, convirtiendo toda fuerza en violencia y todo mandato en atentado. No puede haber reunión de hombres sin autoridad; cuando se admite en principio, hay que aceptarla de hecho, y en la persona de un hombre, por regla general, el más indigno de ejercerla. Esto es tan cierto, que los que van á combatir violentamente la autoridad, empiezan por admitir una, llevan un jefe, sin el cual ni aun se podría intentar la empresa. Ahora has podido y puedes observar con qué violencia mandan los que se niegan á obedecer, y cómo se multiplican las autoridades para combatir el principio de autoridad. Creo que nunca los partidarios de una teoría habrán hecho más para desacreditarla en la práctica y para probar la necesidad y la justicia de aquello que como innecesario é injusto rechazan.

RELIGIÓN.—Los ataques á la religión no

han tenido ese carácter que revela un convencimiento, aunque errado, firme, ni un odio implacable, ni un impulso fuerte; y así debía suceder: de una acción débil, no podía resultar una reacción poderosa. ¿Cuáles han sido las manifestaciones del ateísmo sofístico de los semifilósofos, y del ateísmo brutal de los ignorantes? Algunas tropelías, la profanación y el despojo de algunos templos, con apariencia de tener más codicia del oro en que están engastadas reliquias, que deseo de ultrajarlas; hechos aislados; en medio de la violencia, cierta timidez, revelación de la debilidad, es todo lo que contra la religión se hace durante la dominación de los que no la tienen, á lo cual pueden añadirse algunos escritos sin lógica, sin ciencia, sin elevación, ó no pocas veces sin aquella dignidad, no ya la que corresponde al asunto, sino la que debe tener el escritor, cualquiera que sea el que trate. Estos no son medios para desacreditar la religión, sino para encender el fanatismo, y así sucede. A las impiedades del Mediodía responden las descargas del Norte. Cada blasfemia, una rebeldía; cada profanación, una batalla ganada por los que ofenden ellos también apelando á la violencia, ¿quién lo duda? pero no lo niegan, y esto basta para hacerlos menos odiosos que los ateos, en torno de los cuales la humanidad, como espantada, hará siempre el vacío. La preponderancia material de los que en nada creen ni otra vida esperan, ha dado tal espectáculo de escándalo impotente y violenta de-

bilidad, que si no abona el fanatismo, lo robustece y lo explica. Ahora puedes notar la culpable ligereza y crasa ignorancia de los que tratan la religión como cosa fútil y baladí. Pasan las generaciones que cierran los templos, y los templos se abren de nuevo, porque la eternidad no pasa, porque las tempestades no marcan el nivel de las aguas, ni son los hombres de la humanidad los que dicen: *Después de la muerte, la nada.*

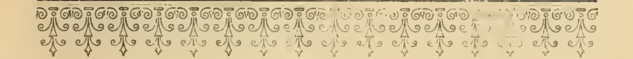
Puedes notarlo, Juan: el triunfo material de los que sostienen cierto género de errores, es su derrota en el orden de las ideas, porque pone en relieve su radical impotencia. Soberbios al negar, tímidos en la afirmación, nulos en la práctica, tales han sido, son y serán, los que de cualquier modo, y enarbolando esta ó la otra bandera, dicen al hombre que puede vivir sin propiedad, sin familia, sin trabajo rudo, sin dolor, sin resignación, sin virtud, sin ley, sin Dios.

Al despedirme de tí, me salta la triste duda de si no habré conseguido convencerte de ninguna verdad, ni desvanecido en tu ánimo ningún error. Si así fuere, que Aquel que ve las voluntades reciba la mía, que era buena para tí. No me han cabido en suerte, ni los medios materiales con que podía darte auxilio, ni la elevada posición, que dicta los mandatos ó da autoridad á los ejemplos. Un buen consejo es todo lo que podía darte, y recíbasle ó no, te lo he dado para descargo de mi conciencia.

Adiós, amigo mío. ¿Quién sabe á dónde nos

arrojarán las olas de la tempestad que ruge? ¿Quién sabe si en un día de horror te darán á beber una de esas copas de maldad que enloquece, y, falto de razón, levantarás la mano, me herirás en las tinieblas de tu error, y caeré, como han caído tantos otros que, como yo, te amaban y más que yo valían? Si así fuese, de ahora para entonces te perdono, dejándote, como testamento de mi amor, el deseo de que tu corazón no aborrezca, de que tu espíritu se eleve, de que en tus ojos penetre la luz de la verdad, y que antes de cerrarse para siempre se vuelvan una vez al cielo.

FIN DEL VOLUMEN PRIMERO



INDICE DEL VOLUMEN PRIMERO

Páginas

